

CORNELIA FUNKE
RECKLESS



SOMBRA VIVAS

de

A Jacob Reckless le queda poco tiempo de vida. Lo ha intentado todo para acabar con el maleficio del Hada Oscura que pesa sobre él desde que ella, a cambio, perdonara la vida de su hermano pequeño Will. En el pecho de Jacob permanece aún prendida al corazón la señal de ese maleficio, la polilla. Cuando esta se desprenda y alce el vuelo de regreso hacia el hada, él morirá. Jacob ha perdido demasiado tiempo buscando la solución en los objetos equivocados, y sus esperanzas se han ido truncando. Pero... en algún lugar del mundo del espejo debe de existir un remedio. Acompañado por Zorro, Jacob comienza una carrera contrarreloj en busca de esa magia que le permita salvar la vida.



Cornelia Funke

Sombras vivas

Reckless-2

ePub r1.0
fenikz 23.04.15

Título original: *Reckless. Lebendige Schatten*

Cornelia Funke, 2012

Traducción: María Falcón Quintana

Ilustraciones: Cornelia Funke

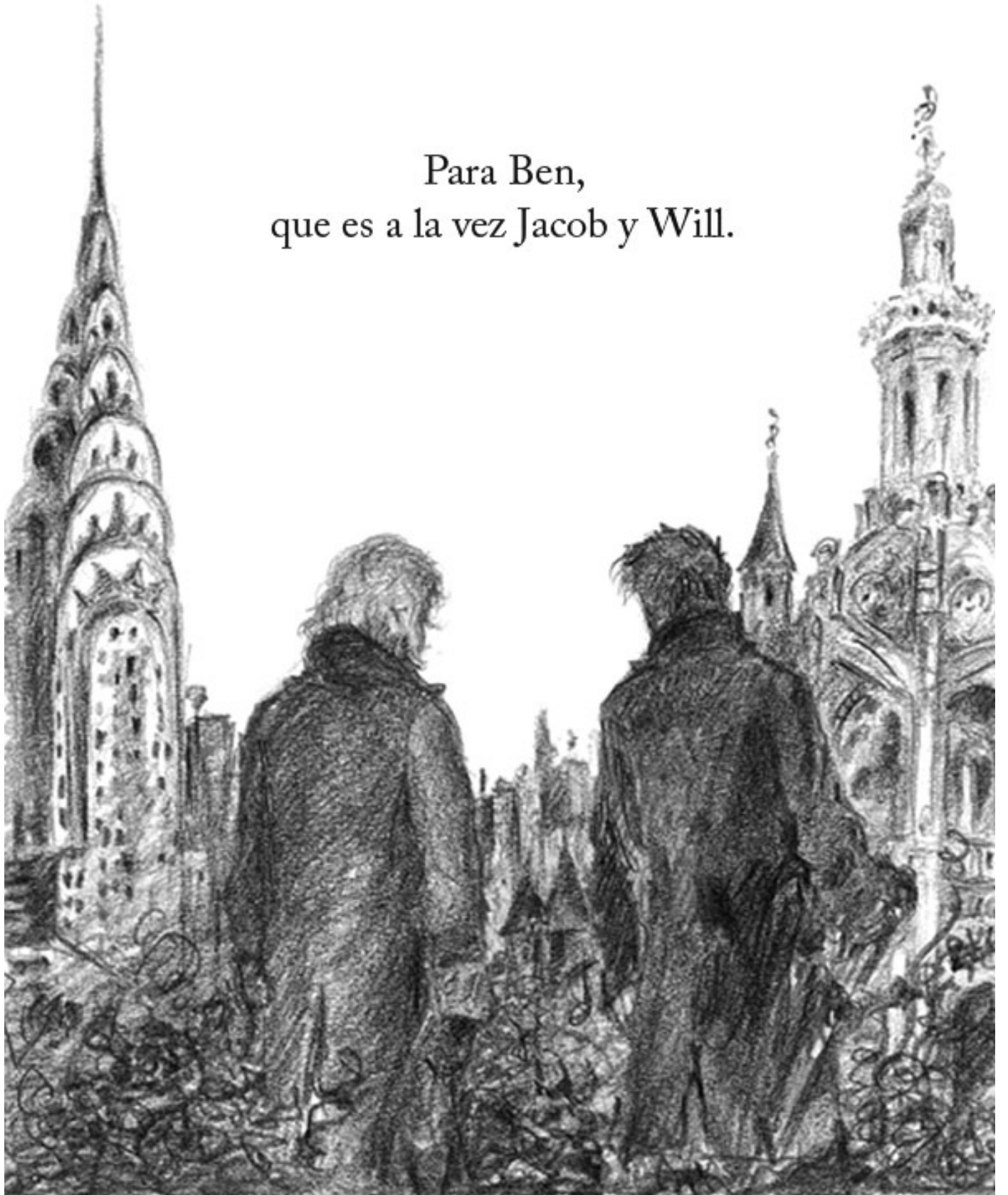
Editor digital: fenikz

ePub base r1.2





Para Ben,
que es a la vez Jacob y Will.



www.epublibre.org

II

ANIVERSARIO



Edición Conmemorativa

se



RECKLESS

Sombras vivas



J *La espera*

Aún no había regresado.

No me quedaré mucho tiempo. Zorro se secó la lluvia del rostro. Aquello podía significar muchas cosas en Jacob. A veces se quedaba semanas. A veces, meses.

La ruina seguía allí abandonada como siempre, y el silencio entre los muros quemados la hacía tiritar de frío, al igual que la lluvia. La piel humana guardaba el calor mucho peor, si bien Zorro se transformaba cada vez menos en la zorra. Entretanto, sentía con demasiada claridad cómo la piel le robaba los años... incluso sin necesidad de que Jacob se lo recordara.

Al despedirse la había estrechado con tanta fuerza como si quisiera llevarse su calor al mundo en que había nacido. Algo le causaba miedo, pero, por supuesto, no lo admitía. Seguía siendo como un niño que creía poder escapar de su propia sombra.

Habían estado en el norte, en Sveriga y Norga, donde, incluso en esa época, los bosques estaban profundamente nevados y los lobos entraban en las ciudades a causa del hambre. Antes habían viajado tan al sur que la zorra seguía encontrando arena del desierto en su pelaje. Miles de kilómetros... Países y ciudades de los que nunca habían oído hablar, en busca, supuestamente, de un reloj de arena. Pero Zorro conocía demasiado bien a Jacob para creer eso.

Las primeras prímulas salvajes brotaban hacia sus pies de entre las piedras reventadas. El rocío, que resbalaba de los pétalos cuando rompió uno de los delicados tallos, aún estaba frío. Había sido un largo invierno y Zorro sentía los meses transcurridos como una helada sobre la piel. Habían sucedido tantas cosas desde el último verano. Todo aquel temor por el hermano de

Jacob... y también por él. Demasiado miedo. Demasiado amor. Demasiado de todo.

Se prendió la flor de color amarillo pálido en la chaqueta. Las manos... ellas compensaban la fría piel que el cuerpo humano traía consigo. Cuando llevaba puesto el pelaje, Zorro echaba de menos leer el mundo con los dedos.

No me quedaré mucho tiempo.

Con un rápido movimiento de mano atrapó un pulgarcito, que le estaba metiendo su diminuta mano en el bolsillo de la chaqueta. Este solo soltó el tálero de oro cuando ella lo sacudió con la misma fuerza que la zorra sacudía a los ratones cazados. El pequeño ladrón intentó morderle los dedos antes de salir huyendo echando pestes. Jacob le metía siempre unos táleros de oro en el bolsillo antes de marcharse. Aún no se había habituado a que, entretanto, ella también se las arreglaba bien sin él en el mundo de los humanos.

¿De qué tenía miedo?

Zorro se lo había preguntado después de que, durante días, hubieran cabalgado de un pueblucho a otro únicamente para acabar bajo el seco granado de un sultán muerto. Le había vuelto a preguntar otra vez cuando Jacob se había emborrachado durante tres noches seguidas, después de que solo hubieran encontrado una fuente seca en un jardín abandonado.

—No es nada. No te preocupes —un beso en la mejilla, la sonrisa despreocupada que Zorro había descubierto con doce años—. No es nada...

Sabía que extrañaba a su hermano, pero había algo más. Zorro alzó la vista hacia la torre de la ruina. Las tiznadas piedras parecían susurrar un nombre. Clara. ¿Era eso?

Su corazón seguía encogiéndose al pensar en el arroyo en el que las alondras muertas habían flotado. La mano de Jacob en el cabello de Clara, su boca en la de ella. Tan sedienta.

Quizá por eso casi se habría marchado con él. De hecho siguió a Jacob hasta la torre, pero el valor la abandonó ante el espejo. Su cristal le parecía un hielo oscuro en el que su corazón se helaría.

Zorro le dio la espalda a la torre.

Jacob regresaría.

Siempre regresaba.



2

El mundo equivocado

La sala de subastas se hallaba en la trigésima planta. Paredes revestidas de madera, una docena de hileras de sillas y, en la puerta, un hombre que, con sonrisa nerviosa, marcaba los nombres en la lista de inscripción. Jacob aceptó el catálogo que este le dio y se acercó a una de las ventanas. Un bosque de torres y, tras ellas, como espejos de plata, los Grandes Lagos. Había llegado esa mañana de Nueva York a Chicago, un trayecto para el que habría necesitado semanas en un carruaje. Debajo de él, la luz del sol se prendía en paredes de cristal y tejados dorados. Ese mundo podía fácilmente competir en belleza con el de detrás del espejo, pero Jacob sentía nostalgia.

Se sentó en una de las sillas y examinó los rostros que lo rodeaban. Muchos los conocía: anticuarios, administradores de museos, coleccionistas de arte. Cazadores de tesoros como él, solo que los tesoros de ese mundo no poseían más magia que edad y belleza.

El catálogo de la subasta mostraba la botella, cuyo rastro Jacob había seguido hasta allí, entre la tetera de un emperador chino y el sonajero de plata del hijo de un rey inglés. Parecía tan insignificante que, con suerte, no encontraría ningún otro postor. Una funda de cuero gastado protegía su oscuro cristal y el cuello estaba cerrado con un sello de cera.

«Botella de origen escandinavo de principios del siglo XIII», decía el pie de foto. El propio Jacob la había descrito de ese modo cuando se la vendió a un anticuario en Londres. En aquel entonces le había resultado de lo más divertido neutralizar a su habitante de esa forma. Tras el

espejo, liberarlo podía ser mortal, pero en ese mundo resultaba tan inofensivo como aire embotellado, una nada tras el cristal marrón oscuro.

La botella había cambiado varias veces de dueño desde que Jacob la había vendido. Le había costado casi un mes volver a localizarla. Un tiempo del que no disponía. La granada que todo lo cura, la fuente de la eterna juventud... había desperdiciado muchos meses buscando los objetos equivocados y en su pecho seguía anidando la muerte. Era el momento de intentarlo con una medicina algo más peligrosa.

La polilla sobre su corazón era cada día más oscura: el sello de la sentencia de muerte que el Hada Oscura infligía por pronunciar su nombre. Su hermana se lo había susurrado a Jacob entre dos besos. Ningún hombre había sido ejecutado de una forma tan tierna. Amor traicionero... La sangre roja, que bordeaba la huella de la polilla, recordaba por qué crimen moría en realidad.

Desde la primera fila le sonrió una comerciante a la que había vendido, hacía años, una garrafa de cristal de elfo (ella lo había tomado por cristal de Persia). Jacob había traído antaño muchos objetos a través del espejo para pagar las matrículas de Will o las facturas médicas de su madre. Por supuesto. Sin que sus clientes hubieran sospechado que les estaba vendiendo algo de otro mundo.

Jacob echó un vistazo al reloj y miró impaciente al subastador. *Venga, vamos.* Tiempo perdido. No sabía siquiera de cuánto disponía aún. Medio año, quizá menos...

La tetera del emperador chino alcanzó un precio ridículamente elevado, pero la botella, como cabía esperar, no causó excitación cuando la colocaron en la mesa de subastas. Jacob estaba convencido de que sería el único postor cuando, una hilera de sillas más atrás, otra mano se alzó.

El postor tenía una estatura casi tan grácil como la de un niño. Los anillos de diamantes de sus cortos dedos eran más valiosos que todos los objetos pendientes de subasta. Su pelo corto era negro como las plumas de un cuervo, a pesar de tener el rostro de un hombre viejo. Y la sonrisa, con la que obsequiaba a Jacob, parecía saber demasiado.

Qué disparate, Jacob.

Había cambiado un puñado de táleros de oro para la subasta. El fajo de billetes que había recibido a cambio le había parecido más que suficiente. A fin de cuentas, él mismo no había obtenido gran ganancia con la botella. Pero cada vez que subía su oferta, el extraño también alzaba la mano, y Jacob sentía cómo con cada nueva suma, que el subastador anunciaba en alta voz, el corazón le latía más deprisa del disgusto. Un murmullo recorrió la sala cuando la puja alcanzó el precio de la tetera imperial. Otro comerciante comenzó a pujar... y se retiró cuando el precio subió más y más.

¡Déjalo ya, Jacob!

¿Y entonces qué? No sabía qué otro objeto debía buscar si no, ni en ese ni en el otro mundo. Sus dedos envolvieron involuntariamente el pañuelo de oro en su bolsillo, pero su magia funcionaba allí tan poco como la de aquel al que la botella mantenía prisionero. *Y qué más da, Jacob. Antes de que se percaten de que no puedes pagar, habrás cruzado el espejo.*

Alzó de nuevo la mano, aun cuando se sintió indispuerto al oír la suma que el postor anunció. Era un precio considerable hasta para la propia vida. Lanzó una mirada a su contrincante. Los ojos que respondieron a su mirada eran verdes como la hierba recién cortada. Se arregló la corbata,

volvió a sonreír a Jacob... y bajó la mano ensortijada.

El martillo del subastador cayó y el alivio provocó mareos a Jacob mientras se abría paso a través de la hilera de sillas. En la primera fila, un coleccionista ofrecía diez mil dólares por el sonajero de plata. Tesoros, a ambos lados del espejo.

La cajera sudaba en su chaqueta negra y había empolvado demasiado su pastosa piel.

Jacob le obsequió su sonrisa más amable y le entregó el fajo de billetes:

—Confío en que sea suficiente como señal.

Añadió otros tres táleros de oro. Por lo general, las monedas eran también un medio de pago bien visto en ese mundo. La mayoría de los comerciantes lo tenían por un estúpido que desconocía el valor de las antiguas monedas de oro, y para los que preguntaban por la emperatriz que aparecía en la moneda, tenía preparada una historia descabellada. Pero la cajera sudorosa lanzó una desconfiada mirada a los táleros y pidió ayuda a uno de los subastadores.

La botella se hallaba apenas a dos pasos entre los otros objetos adquiridos en subasta. De cerca, el cristal tampoco revelaba nada sobre el que se ocultaba detrás. Por un momento, Jacob pensó en largarse con su botín a pesar de los vigilantes que había en la puerta, pero un carraspeo interrumpió aquel pensamiento de todo menos razonable.

—Unas monedas muy interesantes, señor... ¿cómo era su nombre?

Ojos verdes. Su contrincante apenas le llegaba a Jacob a los hombros. En el lóbulo izquierdo de la oreja llevaba un diminuto rubí.

—Reckless. Jacob Reckless.

—Sí, claro —el extraño metió la mano en la chaqueta a medida y sonrió al subastador—. Yo respondo por mister Reckless —dijo mientras le tendía a Jacob su tarjeta. La voz era ronca, con un ligero acento que Jacob no pudo catalogar.

El subastador bajó respetuoso la cabeza.

—Como usted desee, mister Earlking —dijo dirigiéndole una mirada interrogante a Jacob—. ¿Adónde le enviamos la botella?

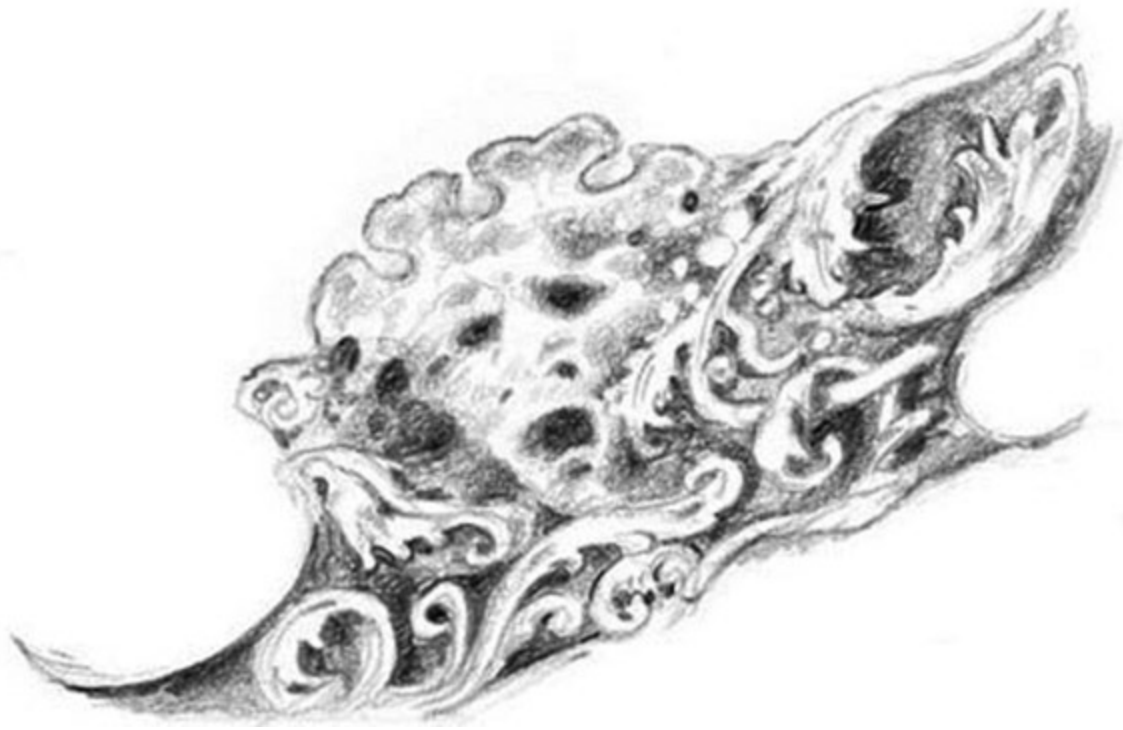
—Me la llevaré yo mismo.

—Por supuesto —dijo Earlking sonriendo—. Llevaba mucho tiempo en el lugar equivocado, ¿no es cierto? —el pequeño hombre hizo una reverencia antes de que Jacob pudiera responder—. Salude a su hermano de mi parte —dijo—. Le conozco muy bien a él y a su madre.

Después se dio la vuelta y desapareció entre el galano gentío.

Jacob miró la tarjeta que tenía en la mano. «Norebo Johann Earlking». Nada más.

El subastador le entregó la botella.



3

Fantasmas

El mundo equivocado. En el aeropuerto, el vigilante de seguridad examinó la botella con tanto detenimiento que, tras el espejo, Jacob le hubiera puesto en algún momento la pistola sobre su pecho uniformado. Su vuelo aterrizó con demora en Nueva York, y su taxi quedó atascado en el tráfico nocturno tantas veces que anheló viajar en coche de caballos a través de las soñolientas calles de Schwanstein. Delante del viejo edificio de apartamentos, la luna se reflejaba en sucias charcas, y del muro de ladrillo sobre la entrada, las grotescas caras, que tanto habían intimidado a Will de niño y por las que siempre había agachado la cabeza delante de la puerta, descendían la mirada. La polución las había erosionado entretanto de tal modo que apenas se diferenciaban de las flores de piedra que trepaban a su alrededor. Jacob percibió, sin embargo, su fija mirada con más claridad que nunca mientras subía la escalera de la entrada, y a su hermano seguramente le sucedía lo mismo. Los desfigurados rostros poseían un horror completamente nuevo desde que a Will le había crecido una piel de piedra.

El portero que había en el hall de la entrada seguía siendo el mismo que les había sacado a rastras del ascensor cuando lo habían cogido demasiadas veces arriba y abajo. Mister Tomkins. Había envejecido y engordado. En el mostrador, sobre el que ya tenía preparada la correspondencia, seguía estando el tarro lleno de piruletas con las que los había sobornado de niños para que realizaran los recados por él. Jacob había convencido en algún momento a Will de

que Tomkins era un devoraniños, tras lo cual se había negado, durante días, a ir al jardín de infancia por miedo a tener que pasar junto al portero.

Tiempos pasados. En el viejo edificio, anidaban en todos los rincones. Detrás de las columnas del hall de la entrada, que Will y él habían utilizado para jugar al escondite, en los sótanos, en cuyas oscuras bóvedas había buscado por primera vez (y sin éxito) tesoros, o en el ascensor enrejado, que habían convertido, según las necesidades, en una nave espacial o en la jaula de una bruja. Era extraño lo mucho que la perspectiva de la propia muerte traía de vuelta el pasado... como si, de pronto, cualquier instante vivido estuviera presente y susurrara: quizá sea esto todo lo que recibas, Jacob.

La puerta del ascensor seguía atascándose cuando se la abría de un empujón.

Séptima planta.

Will le había dejado una nota colgada en la puerta del piso. «Hemos salido de compras. La comida está en la nevera. ¡Bienvenido a casa! Will».

Jacob guardó la nota en el bolsillo del abrigo antes de abrir la puerta. Había pagado con su vida aquella bienvenida, pero lo habría hecho otra vez por la sensación de tener de nuevo un hermano. No habían vuelto a estar tan unidos desde que Will se había deslizado cada noche en su cama y había creído que los porteros devoraban a veces carne humana. El amor se escapaba de una forma terriblemente fácil.

La oscuridad, que aguardaba a Jacob tras la puerta, resultaba extraña y familiar al mismo tiempo. Will había pintado el pasillo y el olor de la pintura fresca se mezclaba con el de su infancia. Sus dedos seguían encontrando a ciegas el interruptor de la luz. La lámpara era nueva, lo mismo que la cómoda que había junto a la puerta. Las viejas fotos de familia habían desaparecido, y el deslustrado papel pintado, sobre el que aún después de años se podía reconocer dónde había estado colgada la foto de su padre, había sido repintado de color blanco.

Jacob dejó la bolsa sobre el pisoteado parqué.

Bienvenido a casa.

¿Realmente era posible otra vez, después de todos los años en los que todo cuanto había querido encontrar allí había sido el espejo? Sobre la cómoda había un jarrón con rosas de color amarillo. El sello de Clara. La idea de volver a verla lo había puesto algo nervioso antes de atravesar el espejo. No había estado seguro de si su corazón latía más deprisa por el simple recuerdo o porque el agua de alondras aún seguía surtiendo efecto. Pero todo estaba bien. Estaba bien verla con Will en ese mundo, al que él mismo no pertenecía desde hacía tanto tiempo. Aparentemente no le había contado a Will nada del agua de alondras. Pero Jacob sentía cómo ese recuerdo los unía a ambos como si se hubieran extraviado en el bosque y hubieran encontrado el camino de vuelta juntos.

• • •

Will había cambiado tan poco la habitación de su madre como el despacho de su padre. Jacob abrió la puerta solo de forma reacia. Junto a la cama había unas cajas con libros de Will, y debajo de la ventana estaban apoyadas las fotos de familia que habían estado colgadas en el pasillo.

La habitación seguía oliendo a ella. La manta patchwork que había sobre la cama la había cosido ella misma. Los parches de tela habían estado dispersos por todo el piso. Flores, animales, casas, barcos, la luna y estrellas. Jacob no había podido nunca descifrar lo que quiera que la manta contaba de su madre. A menudo los tres se habían tumbado en ella cuando les había leído un libro. Su abuelo les había contado los cuentos con los que había crecido en Europa, poblados de brujas y hadas, con cuyos parientes se había encontrado Jacob tras el espejo, pero las historias de su madre habían sido las de Norteamérica. El jinete sin cabeza, Johnny Appleseed, Hermano Lobo, la hechicera y el gigante de Seneca. Jacob no había encontrado sus huellas tras el espejo, pero estaba convencido de que también existían allí al igual que los personajes de los cuentos de su abuelo.

Sobre la mesilla de noche de su madre había una foto que la mostraba a ella con él y con Will abajo en el parque. En ella parecía muy feliz. Y tan joven... Su padre había hecho la foto. En esa época probablemente él ya supiera del espejo.

Jacob limpió el polvo del cristal. Tan joven. Y tan hermosa. ¿Qué había buscado su padre que no había podido encontrar en ella? Cuántas veces se lo había preguntado de niño. Había estado tan seguro de que ella había tenido que hacer algo malo... y había sentido tanta rabia hacia ella. Rabia por sus debilidades. Rabia por no poder dejar de amar a su padre y esperarlo contra su propia convicción. ¿O había confiado en que su hijo mayor lo encontraría un día y lo traería de vuelta? ¿Acaso él no lo había imaginado todos esos años en secreto? ¿Que un día regresaría con su padre y le borraría toda la tristeza del rostro a su madre?

Tras el espejo había relojes de arena que detenían y retrocedían el tiempo. Jacob había buscado durante mucho tiempo uno para la emperatriz. En Lombardía giraba un carrusel que convertía los niños en adultos y los adultos en niños, y en Varangia, un príncipe poseía un reloj de juguete que, cuando uno le daba cuerda, le devolvía a su propio pasado. Jacob se había preguntado a menudo si eso cambiaba realmente el rumbo de las cosas o si uno acababa actuando del mismo modo que lo había hecho una vez: su padre continuaría atravesando una y otra vez el espejo. Él lo seguiría y Will y su madre se quedarían atrás solos.

¡Por el amor de Dios, Jacob! La perspectiva de la propia muerte volvía sentimental.

Se sentía como si, en los últimos meses, alguien hubiera lanzado su corazón una y otra vez a la fundición, como una pepita de metal que simplemente no quiere adoptar la forma correcta. Si la botella resultaba tan inútil como la manzana o la fuente, el esfuerzo habría sido en vano, y al igual que su madre, pronto no sería más que una foto en un polvoriento marco de plata. Jacob volvió a dejar la foto sobre la mesilla de noche y alisó la manta de la cama como si su madre fuera a entrar en la habitación en cualquier momento.

Alguien abrió la puerta del piso.

—Jacob está aquí, Will —la voz de Clara sonaba casi tan familiar como la de su hermano—. Ahí está su bolsa.

—¿Jake? —En la voz de Will ya no se oía la piedra que le había teñido la piel—. ¿Dónde andas?

Jacob oyó a su hermano recorrer el pasillo y, por un fugaz instante, se encontró en otro pasillo, a su espalda el rostro de Will descompuesto por el odio. *Ya pasó, Jacob*. No, no había pasado del todo y estaba bien así. No quería olvidar lo fácilmente que podía perder a Will.

Y de pronto apareció en la puerta, sin oro en la mirada, la piel blanda como la suya, solo considerablemente más pálida. Al fin y al cabo, Will no había cabalgado durante semanas a través de un desierto maldito.

Lo abrazó casi con la misma fuerza que antaño, cuando Jacob lo había salvado, en el patio del colegio, de algún alumno de cuarto con ansias de pelea. Sí, valía la pena el precio, en tanto su hermano no supiera el importe del pago.

Los recuerdos de Will sobre la época detrás del espejo eran como pedazos con los que intentaba en vano componer un todo. A fin de cuentas, a nadie le gustaba vivir con la sensación de apenas recordar semanas decisivas de su vida. Cuando Will le describía a Clara y a él rostros o lugares, Jacob volvía a ser otra vez consciente de lo mucho que su hermano había vivido solo tras el espejo. Era casi como si Will tuviera una segunda sombra, que lo seguía como un extraño... y que lo asustaba de vez en cuando.

• • •

Jacob no podía aguardar a regresar, pero Clara le pidió que se quedara a comer, y quién sabía si volvería a verla a ella o a Will. Así que se sentó a la mesa de la cocina, en la que, de niño, había grabado con su primer cuchillo sus iniciales, e intentó parecer lo más despreocupado posible. Pero por lo visto también había perdido la habilidad de venderle a su hermano historias inventadas como ciertas. Jacob le pilló varias veces sus miradas pensativas cuando le explicaba su viaje a Chicago con un fabricante de Schwanstein y su pasión por los espíritus de las botellas.

Con Zorro no habría intentado siquiera esa historia. Durante su interminable búsqueda de los objetos equivocados había estado a punto de contarle la verdad, pero la idea de ver el propio miedo también en el rostro de Zorro se lo había impedido cada vez. Quería a Will, pero para él seguiría siendo siempre, antes que nada, el hermano mayor. Con Zorro era simplemente él mismo. Ella veía tanto de lo que él ocultaba a los demás... aun cuando a él no siempre le gustara y muy raramente ambos expresaran lo que sabían del otro.

—¿Conoces a un tal Norebo Earlking, Will?

Su hermano arrugó la frente.

—¿Un tipo bastante pequeño? ¿Con un extraño acento?

—El mismo.

—Ma le vendió algunas de las cosas del abuelo cuando necesitó dinero. Creo que es dueño de un par de anticuarios aquí y en Europa. ¿Por qué?

—Me pidió que te saludara.

—¿A mí? —Will se encogió de hombros—. Ma no le vendió todo lo que le interesaba. Quizá quiera probar suerte ahora con nosotros. Es un tipo raro. Nunca tuve claro si le gustaba a Ma.

Will se acarició el brazo. A menudo se pasaba la mano sobre la piel como queriendo asegurarse de que el jade ciertamente había desaparecido. Clara también se percató del gesto. Fantasmas... Will se levantó y se sirvió una copa de vino.

—¿Qué debo hacer si me hace una oferta? El trastero está repleto de viejos trastos. Por su aspecto parece que nuestra familia no se hubiera desprendido de nada desde que este edificio fuera

construido. Apenas hay sitio para las fotos que hemos quitado de las paredes. Pero Clara necesita un despacho y... —Will dejó la frase sin acabar, como si los fantasmas de sus padres estuvieran aguzando el oído en las habitaciones vacías que habían dejado.

Jacob pasó el dedo sobre las iniciales que había grabado en el tablero de la mesa. Se había comprado el cuchillo a escondidas.

—Vende lo que quieras —respondió—. Vacíalo todo. Si queréis, podéis utilizar también mi habitación. Puedo dormir en el sofá, vengo muy poco.

—Tonterías. Tu habitación se quedará igual. —Will le acercó una copa de vino—. ¿Cuándo regresas?

—Hoy mismo —ya no le resultaba tan sencillo como antes ignorar la decepción en el rostro de su hermano. Lo extrañaría.

—¿Va todo bien? —Will lo miraba con gesto de preocupación. Sí, engañarlo no resultaba tan sencillo como antes.

—Claro. Es duro vivir en dos mundos. —Jacob intentó que sonara a broma, pero el rostro de Will permaneció serio. Se parecía tanto al de su madre. Will arrugaba la frente incluso del mismo modo que ella.

—Deberías quedarte aquí. ¡Es demasiado peligroso!

Jacob bajó la cabeza para que Will no viera su sonrisa. *Se ha vuelto realmente peligroso por tu causa, hermanito.*

—Volveré pronto —dijo—. Con toda seguridad.

Seguía siendo un buen mentiroso. La probabilidad de que el habitante de la botella no lo salvara, sino que lo matara, era de una entre mil. *Una entre mil en tu contra, Jacob.* Ya había apostado más fuerte.



4

Peligrosa medicina

De vuelta. La lluvia, que el viento soplaba en la cara de Jacob cuando salía de la torre, parecía por un momento la misma que se había precipitado en la ventana de su madre. Sus ojos buscaron la silueta de una zorra entre los muros hundidos, pero solo un duende, flaco y hambriento, como solían estar al final del invierno, pasó deprisa ante sus pies. ¿Dónde estaba?

Era raro que Zorro no lo estuviera esperando. La mayoría de las veces percibía el momento de su regreso con días de antelación. Naturalmente pensó enseguida en trampas o en la escopeta de algún campesino que protegía a sus gallinas. *Qué disparate, Jacob*. Sabía cuidar de sí misma mucho mejor que él. En cualquier caso, no quería tenerla cerca al abrir la botella.

El silencio que lo rodeaba era, después del ruido del otro mundo, más irreal que el duende, y sus ojos necesitaron como siempre unos segundos para acostumbrarse a la oscura noche. En el mar de luces del otro mundo uno olvidaba muy deprisa lo oscura que era. Miró alrededor. Necesitaba un lugar en el que el habitante de la botella no pudiera crecer hasta las nubes. Además, no debía arriesgarse a que la torre y el espejo sufrieran daños.

La vieja capilla del castillo.

Se había salvado del fuego, que había destruido el castillo, al igual que la torre, y se hallaba directamente detrás del jardín abandonado, que descendía la pendiente de la colina. Jacob tuvo que abrirse paso con el sable. Escaleras mohosas, estatuas reventadas, fuentes en cuyas pilas de

mármol flotaban hojas de invierno descompuestas. Delante de la capilla se elevaban lápidas sobre la hierba crecida: Arnold Fischbein, Luise Moor, Käthchen Grimm. Las sepulturas de los criados habían sobrevivido al fuego, pero del mausoleo de los propietarios del castillo solo quedaba un anillo de piedras carbonizadas.

La madera de las puertas de la capilla estaba tan hinchada que Jacob apenas podía abrirlas. El interior ofrecía un aspecto desolador. Las vidrieras de colores estaban rotas y los bancos habían calentado hacía tiempo unas frías chozas, pero el techo seguía intacto... y el recinto de la iglesia tenía apenas cuatro metros de altura. Tenía que bastar.

Un pulgarcito acechaba preocupado sobre el borde de la pila de agua bendita vacía cuando Jacob le quitó la funda de cuero a la botella. El cristal marrón estaba tan frío que casi le quemaba los dedos. Su habitante no procedía del sur, donde se podían encontrar espíritus de las botellas en cualquier mercado del desierto. La medicina que Jacob necesitaba solo la suministraban los espíritus nórdicos. Eran considerablemente menos frecuentes y verdaderamente malignos, por lo que los hombres que los cazaban tenían más cicatrices que Chanute. El espíritu que Jacob planeaba liberar había maltratado tanto a su cazador que este solo había sobrevivido a la lucha contra él unas horas. El propio Jacob lo había enterrado.

Espantó al pulgarcito para que saliera antes de que su curiosidad lo matara, y cerró las puertas. «¡Son todos unos asesinos, Jacob, no lo olvides nunca!». Chanute le había advertido más de una vez contra los espíritus nórdicos de las botellas. «Los han encerrado porque les gusta matar y saben que, en castigo, han de servir para el resto de sus inmortales días a cualquier estúpido que se convierta en el dueño de la botella. El único pensamiento que les obsesiona es el modo de matar a su maestro para conseguir la botella».

Jacob se dirigió al centro de la capilla.

El dibujo que había grabado en la botella de cristal servía de atadura al que mantenía prisionero. Jacob lo marcó en la superficie interna de sus manos antes de sacar el cuchillo. Solo había algo más difícil que capturar a esos espíritus: dejarlos salir de forma indemne. Pero ¿qué tenía que perder?

El sello, que tapaba el cuello de la botella, procedía de un juez que había condenado al espíritu a arresto perpetuo tras el cristal marrón. Jacob quitó la cera del orificio con el cuchillo. Después, dejó la botella sobre las baldosas y retrocedió rápidamente.

El humo que subió de su cuello era de color gris plata, como las escamas de un pez. Formó dedos, un brazo, un hombro. Los dedos buscaron a tientas a través del aire frío y se convirtieron en un puño, y de los hombros avanzó empujando un pescuezo, dentado como el de un lagarto.

¡Cuidado, Jacob!

Se inclinó en el humo, que seguía saliendo de la botella. Sobre él se formó un cráneo de frente chata y lacios cabellos largos hasta los hombros. Después se abrió una boca en la carne plateada. El gemido que salió de ella hizo temblar los muros de la capilla como los flancos de un animal. Las ventanas rotas reventaron y Jacob respiró cristal hecho añicos. Le llovieron cascos de colores mientras el espíritu abría los ojos encima de él. Eran blancos como los de un ciego, con pupilas que nadaban como impactos de bala en su centro. Cuando su mirada encontró a Jacob, este volvía a sostener la botella en la mano, los dedos firmes y cerrados alrededor de su cuello.

El gigantesco cuerpo arqueó el lomo como un gato antes de saltar.

—Vaya —la voz del espíritu de la botella sonaba tan áspera como si en su prisión de cristal se le hubiera olvidado el habla—. ¿Y tú quién eres? ¿Dónde está el otro que me capturó? —preguntó inclinándose hacia Jacob—. ¿Está muerto? Recuerdo haberle roto las costillas. Pero eso no es nada comparado con lo que le haré al juez. En todos estos años no he pensado en otra cosa. Lo deshojaré como a una flor, me limpiaré los dientes con sus huesos, me sonaré la nariz con su piel...

La capilla se llenó con su áspera ira y el dibujo en la superficie de las manos de Jacob se cubrió de cristales helados.

—¡Basta ya de fanfarronería! —le gritó al espíritu—. No harás nada de eso. Me servirás hasta que me harte o te encerraré en una de las prisiones en las que se almacena a tus semejantes como botellas de vino.

El espíritu de la botella se apartó los lacios cabellos de la frente. Eran de cristal flexible y en cualquier país detrás del espejo valían una fortuna.

—¡Eso no ha sido muy respetuoso! —murmuró.

Su rostro estaba lleno de cicatrices y la oreja izquierda, desgarrada. En su frío país natal solían estar en guerra.

—Bien. ¿Cuáles son los deseos de mi nuevo maestro? —ronroneó—. ¿Lo de siempre? Oro. Poder. ¿Enemigos rendidos a tus pies como moscas aplastadas?

El cristal de la botella estaba tan frío que insensibilizaba las manos de Jacob. *Agárrala con firmeza, Jacob.*

—¡Dámela! —El espíritu de la botella se inclinó tanto que su cabello de cristal rozó los hombros de Jacob—. Dame la botella y te proporcionaré lo que quieras. Pero si la conservas, aguardaré día y noche la ocasión de matarte. He pasado demasiado tiempo sin ver otra cosa que cristal marrón y tus gritos ahuyentarían el silencio que me sigue entumeciendo los oídos —la idea provocó una encantadora sonrisa en su golpeado rostro. A los espíritus de las botellas les gustaba hablar casi tanto como matar.

—¡Puedes quedarte con la botella!... —gritó Jacob. El olor a azufre que subía de la piel color gris era tan intenso que estaba a punto de vomitar—: ...a cambio de una gota de sangre.

Los dientes que el espíritu dejó al descubierto eran de un color tan gris como su cuerpo.

—¿Mi sangre? —Su sonrisa irónica evidenciaba un franco regocijo por el mal ajeno—. ¿Qué te está matando? ¿Un veneno? ¿Una enfermedad? ¿Una maldición?

—¿Y a ti qué te importa? —respondió Jacob—. ¿Estamos de acuerdo o no?

La sonrisa se volvió mortal. Por lo general intentaban morderle a uno la cabeza tan pronto se les daba la botella. Jacob sabía de dos cazadores de tesoros que habían acabado así. Los espíritus de las botellas tenían dientes fuertes. *Tendrás que ser muy rápido, Jacob. Muy rápido.*

El espíritu le tendió la mano.

—Estamos de acuerdo —incluso su dedo más pequeño era tan largo como el brazo de una persona.

Jacob agarró con firmeza la botella a pesar de que el cristal le quemaba la piel.

—Oh, no. Primero tu sangre.

El espíritu enseñó los dientes e, inclinándose hacia él, comentó de forma sarcástica:

—¿Por qué no la coges tú mismo?

Jacob lo había esperado.

Agarró uno de los cabellos de cristal y trepó por él. El espíritu intentó atraparlo pero, antes de conseguirlo, Jacob le introdujo profundamente la botella en la nariz. El espíritu aulló y se afanó por sacarla con sus toscos dedos. *Ahora, Jacob*. Saltó a sus hombros y le rajó con el cuchillo el lóbulo desgarrado de la oreja. Salpicó sangre negra. Jacob la restregó contra su piel, mientras el espíritu seguía intentando en vano sacarse la botella del agujero de la nariz. Sus jadeos y gemidos hicieron bailar cristales de hielo en el aire. Jacob saltó de sus hombros. Casi se parte las piernas al aterrizar en las baldosas cubiertas de escarcha. *¡En pie, Jacob!* El techo de la capilla reventó encima de él cuando el espíritu, en su cólera, apoyó la espalda dentada en él. Se deslizó hasta la puerta.

Corre, Jacob.

Corrió hacia los altos abetos que crecían tras la capilla, pero antes de hallar refugio bajo sus ramas, unos dedos glaciales lo alzaron en el aire. Jacob sintió cómo le rompían una costilla. Peligrosa medicina.

—¡Sácamela!

Jacob gritó de dolor cuando el espíritu lo estrujó con más fuerza. Los gigantescos dedos lo alzaron hasta que pudo meter la mano en el enorme agujero de la nariz.

—Si la dejas caer —le murmuró el espíritu—, ¡aún me quedará suficiente tiempo para romperte los huesos!

Probablemente. Pero si le daba la botella también lo mataría. *No tienes nada que perder*. Los dedos de Jacob encontraron el cuello de la botella y envolvieron con fuerza el frío cristal.

—¡Sá... ca... laaa! —La voz del espíritu lo envolvió en glaciales deseos de morir.

Jacob no tenía prisa. A fin de cuentas, se trataba quizá de los últimos momentos de su vida. En lo alto de la colina veía la torre de la ruina elevarse sobre el cielo aún oscuro, debajo de ella una marta devoraba las yemas frescas de un árbol. Se acercaba la primavera. *A vida o muerte, Jacob*. Una vez más.

Sacó la botella del agujero de la nariz y la arrojó con toda su fuerza contra el caballete de la capilla.

El grito de rabia del espíritu dejó petrificada a la marta. Los dedos de color gris oprimieron con tal fuerza el cuerpo de Jacob que creyó oír romperse cada hueso. Pero a través del dolor se oyó el cristal haciéndose añicos. Los gigantescos dedos lo soltaron... y Jacob cayó.

Cayó profundamente.

El impacto lo dejó sin respiración, pero, sobre él, el cuerpo del espíritu explotó como si alguien lo hubiera llenado de dinamita. Su piel de color gris se desgarró en mil jirones. Llovió sobre Jacob como una especie de nieve sucia mientras él, tendido, se lamía la sangre negra de los labios. Sabía dulce y le quemaba la lengua.

Había recibido lo que quería.

Y seguía con vida.



5

Alma

En las calles de Schwanstein, iluminadas por las luces de gas, no quedaban desde hacía ya años brujas en ejercicio. Las brujas encarnaban el pasado y los habitantes de Schwanstein creían en el futuro. Preferían acudir a los médicos, que se habían mudado desde Vena, a confiar en la magia y hierbas de sabor amargo. Solo cuando la medicina moderna no conseguía ayudarlos, se encaminaban a un pueblo situado al este de la colina del castillo.

La casa de Alma Spitzweg se hallaba directamente junto al cementerio, aunque por lo general intentaba que sus pacientes no acabasen allí demasiado pronto. Oficialmente regentaba una consulta de médico. Alma entablillaba miembros partidos como los médicos de la ciudad. A veces prescribía incluso las mismas pastillas, pero trataba a vacas y duendes con el mismo esmero que a sus pacientes humanos, sus vestidos cambiaban de color con el estado del tiempo y sus pupilas eran afiladas como las de su gato.

La consulta de Alma estaba aún cerrada cuando Jacob llamó a la puerta trasera. Pasó mucho rato antes de que abriera. Por su semblante, había tenido una dura noche, pero al verlo su rostro se alegró. Su aspecto era exactamente el mismo que Jacob había imaginado de niño que tendría una bruja, pero había visto a Alma con muchos rostros y de muy diversas formas.

—Te habría podido necesitar anoche —dijo mientras su gato le daba la bienvenida ronroneando—. El zancudo saltarín que vive en lo alto de la ruina ha intentado robar un niño. ¿No

puedes ahuyentarlo de una vez?

El zancudo saltarín... la primera criatura que se había encontrado tras el espejo. Jacob seguía conservando las cicatrices de sus dientes amarillos en la mano. Había intentado capturarlo docenas de veces, pero los zancudos saltarines eran astutos y maestros en el arte de jugar al escondite.

—Lo intentaré. Lo prometo —dijo Jacob cogiendo al ronroneante gato en el brazo y siguiendo a Alma a la sencilla habitación en la que ejercía la antigua y la nueva medicina. Cuando él se quitó el abrigo y ella vio la sangre negra en su camisa, harta sacudió la cabeza.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó—. ¿Acaso no puedes venir a verme una sola vez con una gripe o una indigestión? En el día de mi muerte me reprocharé no haberte impedido ser aprendiz de Albert Chanute.

A Alma no le había gustado nunca el viejo cazador de tesoros. Jacob se había refugiado demasiadas veces en su casa después de que Chanute le hubiera propinado una paliza, y, al igual que todas las brujas, tenía una opinión negativa de la caza de tesoros. Jacob se había encontrado por primera vez con ella en la ruina. Alma tenía absoluta confianza en las hierbas que allí crecían. «¿Maldita? Medio mundo está maldito», fue su comentario respecto de las historias que se contaban sobre la ruina. «Y las maldiciones desaparecen antes que los malvados rumores. Allí arriba no hay más que piedras carbonizadas».

No había preguntado lo que un chico de doce años más solo que la una hacía entre los muros de un castillo calcinado. Alma no formulaba ese tipo de preguntas porque, de todos modos, conocía las respuestas. Se había llevado a su casa a Jacob, le había dado ropa que no atrajera las miradas de extraños y le había advertido acerca de pulgarcitos y cuervos de oro. En sus primeros años detrás del espejo, siempre había encontrado en su casa un plato de comida caliente o un lugar donde dormir. Alma le había tratado después de que por primera vez un lobo le hubiera mordido; le había entablillado su brazo partido, cuando intentó cabalgar un caballo embrujado; y le había explicado de qué habitantes de ese mundo era preferible mantenerse alejado.

Le quitó un poco de sangre negra de su piel y la olió.

—Sangre de espíritu nórdico —dijo mirándolo con gesto de preocupación—. ¿Para qué la necesitas?

Le puso la mano sobre el corazón. Después le abrió la camisa y le pasó la mano sobre la huella de la polilla.

—¡Estúpido! —dijo golpeándole el pecho con el huesudo puño—. ¡Regresaste con el hada! ¿No te dije que te mantuvieras alejado de ella?

—¡Necesitaba su ayuda!

—¿Y qué? ¿Por qué no viniste a mí?

Abrió el armario, en el que guardaba sus instrumentos para el arte medicinal menos moderno.

—¡Era la maldición de un hada! No me habrías podido ayudar —ninguna bruja podía hacer algo contra la magia de las hadas—; se trataba de mi hermano —añadió.

—¿Se merece tu hermano que pagues con tu vida?

—Sí.

Alma lo observó en silencio un momento. Después sacó un cuchillo del armario y le cortó a

Jacob un mechón de cabello. El cabello se quemó tan pronto lo frotó entre los dedos. Las brujas podían hacer arder la mayoría de las cosas solo con sus manos.

Alma observó la ceniza pegada a las yemas de sus dedos... y miró a Jacob. Sus dedos estaban blancos como la nieve. No necesitaba explicarle lo que aquello significaba. Ya se había liberado de una maldición una vez. Cuando, en aquel entonces, había pedido a Alma que comprobara si se había roto la maldición, el color de la ceniza de las yemas de sus dedos había sido negro.

La sangre del espíritu de la botella no había surtido efecto.

Se abotonó la camisa. *Eres hombre muerto, Jacob.*

¿Había estado observando el Hada Roja todos esos meses cómo una esperanza tras otra se evidenciaba engañosa? ¿Lo estaba haciendo ahora? Las hadas tenían muchas formas de ver lo que querían. Probablemente aguardaba su muerte desde que él le había susurrado el nombre de su hermana. *No, Jacob. Desde que tú la abandonaste.*

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó.

La compasión de la mirada de Alma era peor que su rabia.

—Dos, tres meses, quizá menos. ¿Cómo te maldijo?

—Logró que pronunciara el nombre de su oscura hermana.

El gato de Alma le acarició las piernas como queriendo consolarlo. No se le notaba que podía resultar muy peligroso cuando no le agradaba una visita.

—Creía que sabías más de hadas que yo. ¿Olvidaste con qué esmero ocultan su nombre?

Alma se dirigió al viejo armario de los medicamentos, cuyos cajones estaban repletos de todos los remedios que el mundo del espejo suministraba.

—El de su hermana lo he pronunciado incontables veces.

—¿Y qué? La Oscura es muy distinta —la raíz que Alma sacó de un cajón parecía una pálida araña con las patas pegadas al cuerpo—. Es más fuerte que las otras, pero no vive como ellas al amparo de su isla. Eso la hace vulnerable. No puede permitirse que alguien sepa su nombre. ¡Probablemente ni siquiera se lo haya revelado a su amante! —Machacó la raíz en un cuenco y echó el polvo en un saquito—. ¿Cuánto tiempo llevas ya con la polilla en el pecho?

Jacob deslizó la mano bajo la camisa. La huella apenas se percibía.

—La Roja me salvó primero la vida con ella.

La sonrisa de Alma era amarga:

—Simplemente se ha tomado la molestia de que mueras como ha planeado. Las hadas adoran jugar con la vida y la muerte... Y estoy convencida de que el hecho de que su poderosa hermana se haya convertido en su ayudante involuntaria le ha endulzado aún más la venganza —dijo tendiéndole a Jacob el saquito con la raíz machacada—. Aquí tienes. Esto es todo lo que puedo hacer. Toma una pizca cuando venga el dolor, porque vendrá.

Llenó un cuenco con el agua fría que sacaba del pozo que había detrás de la casa, y Jacob se limpió la sangre del espíritu de la botella del cuerpo antes de que le corroyera la piel. El agua se tiñó de un color tan gris como su piel.

En su último cumpleaños había llenado una hoja de papel con los nombres de los tesoros que aún quería encontrar a lo largo de su vida. Había sido su vigésimo quinto cumpleaños. *No cumplirás más, Jacob.*

Veinticinco.

La toalla que Alma le tendió olía a menta.

No quería morir. Amaba la vida que vivía. No quería otra, solo más de ella.

—¿Me puedes decir cómo sucederá?

Alma abrió de un empujón la ventana para arrojar el agua fuera. El día aclaraba.

—La Oscura utilizará el sello de su hermana para recobrar su nombre. La polilla que tienes sobre el corazón despertará a la vida. No será agradable. Cuando se desprenda de tu carne y alce el vuelo, estarás muerto. Quizá aún te queden unos minutos, quizá una hora... pero no habrá salvación —se apartó de forma brusca. Alma odiaba que la vieran llorando—. Desearía poder hacer algo, Jacob —dijo en voz baja—. Pero las hadas son más poderosas que yo. La inmortalidad trae eso consigo.

El gato lo miró. Jacob pasó la mano sobre el negro pelaje. Siete vidas. Siempre había creído que poseía al menos tantas.



6

¿Y ahora qué?

En el cementerio que había detrás de la casa de Alma, algunas tumbas procedían de la época en que, en Austrien, se habían asentado muchos trolls para escapar de los fríos inviernos de sus países de origen. Sus mágicas aptitudes manejando la madera había proporcionado a la mayoría una fortuna, por lo que a menudo sus lápidas estaban bañadas en oro. Jacob no sabía cuánto tiempo llevaba allí de pie contemplando las imágenes, artísticamente talladas, que describían las hazañas de algún troll muerto. A su alrededor, hombres, mujeres y niños se dirigían al trabajo. Los carros pasaban dando sacudidas por la calle mal pavimentada que había delante de la puerta del cementerio. Un perro ladró a un trapero que hacía su ronda entre las sencillas casas, y él simplemente se quedó allí, mirando fijamente las tumbas; seguía sin poder pensar.

Jacob había estado tan seguro de que encontraría una forma de salvarse. A fin de cuentas, no había nada que no pudiera encontrar. Aquella convicción le había acompañado desde que había sido aprendiz de Chanute. El mejor cazador de tesoros de todos los tiempos... desde sus trece años de vida no había tenido otro objetivo... ni ningún otro nombre para sí mismo. Pero parecía que, al final, solo era capaz de encontrar los objetos que otros codiciaban. ¿Qué le importaba un zapato de cristal que traía el amor eterno, un garrote que mataba a golpes a cualquier enemigo, un ganso que ponía huevos de oro o una concha con la que se podía escuchar a los enemigos? Él había querido ser el hombre que encontrara esas maravillas, nada más. Y las había encontrado todas. Pero, tan

pronto buscaba algo para sí mismo, la búsqueda resultaba en vano: así había ocurrido con su padre y así sucedía con la magia que debía salvarle la vida.

Mala suerte, Jacob.

Volvió la espalda a las lápidas y a sus tallas de madera bañadas en oro. La mayoría mostraban riñas en tabernas o competiciones de bebidas —las hazañas de las que los trolls estaban orgullosos eran raras veces honorables—, pero algunas describían lo que los fallecidos eran capaces de hacer con la madera: marionetas vivas, mesas cantarinas, cucharas de cocina a las que uno se podía encomendar. *¿Qué dirá tu lápida sobre ti, Jacob?* Jacob Reckless, nacido en otro mundo, muerto por la maldición de un hada... Se agachó y levantó una diminuta lápida, debajo de la cual había un duende enterrado.

Se acabó la autocompasión.

Su hermano había recuperado su piel.

Por un momento deseó con tanta intensidad que Will no hubiera cruzado nunca el espejo que sintió mareos. *Busca un reloj de arena, Jacob. Retrocede el tiempo y no cabalgues hacia el hada. O rompe el espejo antes de que Will te siga.*

Una mujer abrió la puerta oxidada del muro del cementerio. Dejó unas ramas con flores sobre una tumba. Quizá, al mirarla, pensó en Zorro, porque era lo que ella haría. En cualquier caso, más bien le dejaría un ramo de flores silvestres sobre la tumba. Violetas o prímulas. Eran sus flores favoritas.

Se dio la vuelta y se encaminó a la puerta.

No. No buscaría ningún reloj de arena. Aun cuando retrocediera el tiempo, solo volvería a repetir de forma exacta lo mismo. Y había acabado bien. Al menos para su hermano.

Jacob abrió la puerta y miró la colina, sobre la cual se perfilaba la torre de la ruina ante el cielo matinal. *¿Debía regresar y decirle a Will lo que le pasaba?*

No. Aún no.

Primero tenía que encontrar a Zorro.

A nadie más que a ella le debía la verdad.



7

En vano

El Hada Oscura retrocedió. Jacob Reckless. No quería volver a ver su rostro. Todo ese miedo en él, el dolor... Sentía la muerte que el nombre de ella le llevaba como una herida sobre la blanca piel.

No era su venganza. Aun cuando el estanque, que le mostraba su miedo, fuera el mismo estanque del castillo en cuya orilla él le había transformado la piel en corteza.

Su hermana roja veía seguramente las mismas imágenes en el lago que las había alumbrado a las dos. ¿Qué esperaba de su muerte? ¿Que esta aliviara el dolor de su infidelidad o que sanara su orgullo herido? Su hermana roja no sabía mucho del amor.

El estanque se volvió oscuro como el cielo que se reflejaba en él, y sobre las olas únicamente siguió temblando su propia imagen. El agua la desfiguraba, como si su belleza se descompusiera. ¿Y qué? Kami'en ya no la miraba de todos modos. Solo miraba el vientre hinchado de su esposa humana.

Los ruidos de la ciudad atravesaron el jardín nocturno.

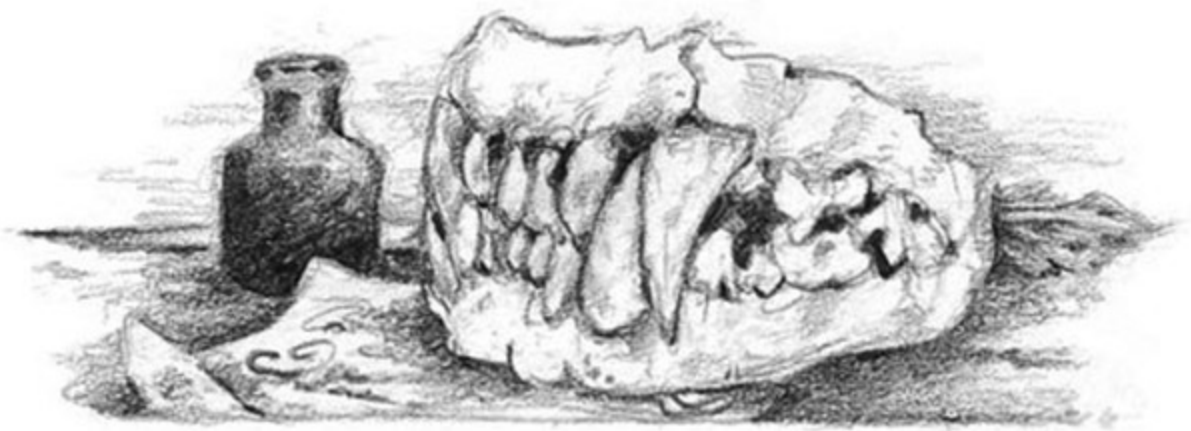
La Oscura se dio la vuelta. No quería ver nada más, ni a sí misma ni al amante infiel de su hermana. A veces anhelaba recuperar las hojas y la corteza que él le había dado.

Ni siquiera se parecía a su hermano.

La polilla que se posó en su hombro era como un jirón de noche sobre su blanca piel. Pero

incluso la noche le pertenecía ahora a la otra. Kami'en dormía cada vez más a menudo con su princesa de rostro de muñeca.

¿Qué quería su hermana con todo ese miedo y todo ese dolor? No devolvían el amor.



8 *Chanute*

En la calle que conducía a Schwanstein, los trabajadores se agolpaban ya ante las puertas de la fábrica de tejidos. Sus sirenas llamaban al turno de mañana, y Jacob apenas podía tranquilizar al viejo caballo que Alma le había prestado, cuando su aullido se disputó la temprana mañana con las campanas de la iglesia. La yegua afiló tan preocupada las orejas como si los dragones hubieran regresado, pero solo oía la nueva hora. El aullido de las sirenas. El tictac de los relojes. Las máquinas querían marchar y lo hacían deprisa.

Muchos de los hombres que aguardaban helados ante las puertas siguieron a Jacob con la mirada cuando pasó cabalgando. El cazador de tesoros, que llevaba siempre oro en el bolso, que iba y venía como se le antojaba, y que desconocía el trabajo penoso y la monotonía que les amargaba la vida. Cualquiera otro día habría comprendido la envidia en los cansados rostros, pero esa mañana se habría cambiado por cualquiera de ellos, aun cuando eso significara catorce horas de trabajo por un salario de dos monedas de cobre la hora. Cualquiera vida era preferible a la muerte, ¿o no?

Era una mañana ridículamente hermosa. Los árboles echaban hojas, el color verde vivo... incluso el pelaje del viejo caballo parecía oler a primavera. Demasiado estúpido. Quizá resultara menos difícil morir en invierno, pero Jacob dudaba de que aún le quedara tanto tiempo.

Al borde de la calle dormía un chico, el sucio fardo oprimido contra el pecho para que los

pulgarcitos no le robaran lo poco que poseía. Jacob no había sido mayor que él cuando llegó por primera vez a Schwanstein; solo algo mejor alimentado gracias a Alma.

Los afilados frontones se habían parecido a una de las imágenes de los amarillentos libros de cuentos de hadas de sus abuelos y el hollín en el aire había olido de forma más aventurera que los gases residuales del otro mundo. Todo había olido a aventura: los arreos de cuero de los carruajes, incluso las bostas de caballo sobre el sucio adoquinado y los despojos en los que unos hambrientos duendes husmeaban. Unos meses después se había encontrado con Albert Chanute y había perdido definitivamente su corazón en el mundo tras el espejo.

• • •

Las contraventanas de El Ogro estaban aún cerradas cuando Jacob ató el caballo de Alma delante de la puerta de la taberna. Solo estaban abiertas las de su cuarto, tal y como las había dejado.

Cuando se ausentaba, Zorro pernoctaba allí a veces. A lo largo de todo el camino había estado preparando las palabras que quería decirle. Pero ninguna versión sonaba bien.

En la taberna, el nuevo cocinero de Chanute fregaba los platos sucios de la noche anterior. Chanute había enrolado al antiguo soldado después de que demasiados clientes se hubieran quejado de la comida que él mismo cocinaba. Tobias Wenzel había perdido su pierna izquierda en una de las batallas contra los goyl y bebía demasiado, pero era muy buen cocinero.

—Está arriba —dijo cuando Jacob se acercó al mostrador—. Pero cuidado: tiene dolor de muelas y los goyl han subido los impuestos.

Los goyl gobernaban desde hacía ya más de medio año en Austrien, pero nadie en Schwanstein sospechaba que los hermanos Reckless eran, en parte, responsables de ello. Probablemente a casi nadie le habría interesado de todos modos. Los hombres habían regresado de la guerra (si habían sobrevivido a ella), los goyl construían nuevas fábricas y calles, lo que era bueno para el comercio, y el propio alcalde continuaba siendo el mismo. En la capital había atentados con bombas y una resistencia organizada, pero la mayor parte del país se había puesto de acuerdo con los nuevos señores, y en el trono de la emperatriz se sentaba su hija y estaba embarazada de su esposo de piedra.

Chanute solo ladró un gruñón «¿qué?» cuando Jacob llamó a su puerta. El cuarto en el que vivía estaba aún más abarrotado de recuerdos de sus días de cazador de tesoros que el comedor de la taberna de El Ogro.

—Vaya —gruñó presionando la mejilla inflamada con la mano—. Pensaba que esta vez no regresarías.

Dolor de muelas. Nada que uno quisiera tener tras el espejo. Jacob había dejado una vez que le extrajeran una muela inflamada en Vena. Pelear contra un ogro exigía menos valor.

—¿Y? —Chanute lo examinó con ojos entrecerrados—. ¿Has encontrado la botella?

—Sí.

—¡Lo ves! Te dije que no supondría un problema. —Chanute limpió la pluma, que sujetaba en su mano de madera, y miró fijamente la hoja de papel que tenía delante. Escribía sus memorias, desde que un cliente borracho le había metido en la cabeza que podía ganar una fortuna con ellas.

—La he encontrado, sí... —Jacob se acercó a la ventana—, pero la sangre no ha surtido efecto.

Chanute dejó la pluma a un lado. Se esforzó por no mirar con gesto de preocupación, pero nunca había sido un buen actor.

—Maldición —murmuró—. Pero qué puede pasar. Ya se te ocurrirá otra cosa. ¿Qué hay de la granada? La que está en el jardín encantado del sultán, ya sabes.

Jacob ya tenía preparada la respuesta en los labios, pero el viejo miraba de una forma tan consternada que se la tragó. Era posible que, si le contaba la verdad, el propio Chanute partiera a caballo en busca de una medicina. Chanute había envejecido. La prótesis del brazo la llevaba puesta cada vez con menos frecuencia porque le producía cada vez más dolor, y su oído había empeorado tanto que en la plaza del mercado había estado a punto de ser atropellado por un coche de caballos un par de veces. No. Jacob seguía sintiendo sus callosas manos sobre la piel, de todas las palizas que el viejo le había propinado, pero todo lo que había logrado en ese mundo se lo debía a Albert Chanute y a lo que el viejo cazador de tesoros le había enseñado. Le debía una mentira.

—Claro —respondió—. La granada. ¿Cómo pude olvidarla?

El feo rostro de Chanute esbozó una sonrisa de alivio.

—¡Lo ves! Lo conseguirás. Y, en último caso, también está la fuente.

Jacob le dio la espalda para que no pudiera leer la verdad en su rostro.

—¡Maldición! Habría preferido que el ogro me hubiera mordido la cabeza en vez del brazo. — Chanute volvió a apretar la mano en la mejilla—. ¿Te quedan raíces de pantano?

Su consumo entumecía cualquier dolor. Pero después uno creía estar rodeado de fuegos fatuos zumbando durante días. Jacob sacó la lata de la mochila que servía de botica de viaje: raíces de pantano, hierbas contra la fiebre, un ungüento que Alma le había preparado, yodo, aspirinas y unos antibióticos del otro mundo. Pescó una de las raíces de la lata y se la tendió a Chanute. Parecían orugas desecadas y sabían a rayos.

—¿Dónde está Zorro? ¿Está aquí?

Ella llevaba tiempo notando que algo no marchaba bien, pero, mientras él había conservado la esperanza, le había resultado fácil creer que era mejor que no supiera la verdad. No podía esperar a verla.

Pero Chanute negó con la cabeza, mientras se metía la raíz en la boca retorcida de dolor.

—No —gruñó—. Lleva semanas fuera. El enano quería enrolarte para que le encontraras una pluma de cisne humano y, como tú no estabas aquí, le ofreció a Zorro conseguírsela. ¡No me mires de ese modo! Es mucho más precavida que tú y más lista que tú y yo juntos. Consiguió la pluma, pero el cisne le hirió el brazo. Nada grave. Está en casa del enano curándose. Con el oro que tu árbol le proporcionó se ha comprado un castillo derruido. Zorro te ha mandado la dirección.

Levantó la dentadura del ogro, que usaba de pisapapeles, y le tendió a Jacob un sobre. El escudo de armas estaba estampado en pan de oro. El árbol con el que Jacob había pagado el camino a la fortaleza de los goyl había convertido a Evenaugh Valiant en un enano muy rico.

—Dale esto cuando la veas. —Chanute le dio un paquetito envuelto en seda—. Dile a Zorro que se lo manda Ludovik Rensman. Su padre tiene el bufete de abogados al otro lado, detrás de la iglesia. Ludovik es un buen partido. Tendrías que haber visto su cara cuando le dije que ella se

había marchado —hizo bailar sus ojos de forma burlona.

La última mujer con la que Chanute había entablado relación había sido una rica viuda de Schwanstein, pero a ella no le habían gustado las cabezas de lobo disecadas que él había colgado en su salón.

—¡Aaahhh! —Chanute se dejó caer aliviado en la cama—. ¡Las raíces de pantano saben peor que el té de las brujas, pero puedes confiar en ellas! —Seguía durmiendo debajo de la manta raída bajo la que había roncado, antaño, en la naturaleza virgen. Quizá le hacía soñar con sus viejas aventuras.

El pan de oro se le pegó a Jacob en los dedos al abrir el sobre con la carta de Zorro. Su letra era considerablemente más legible que la suya, a pesar de que él le había enseñado a escribir. La carta solo contenía un frío saludo y una descripción del camino.

Jacob había estado mucho tiempo fuera.

—Gallberg —murmuró—. Eso está a más de diez días a caballo de aquí. ¿Qué pretende el enano con un castillo en esas montañas perdidas de la mano de Dios?

—¡Y yo qué sé! —Los ojos de Chanute ya estaban vidriosos—. Quizá quiera retirarse a la madre naturaleza. Ya sabes lo sentimentales que pueden ser los enanos conforme se van haciendo mayores.

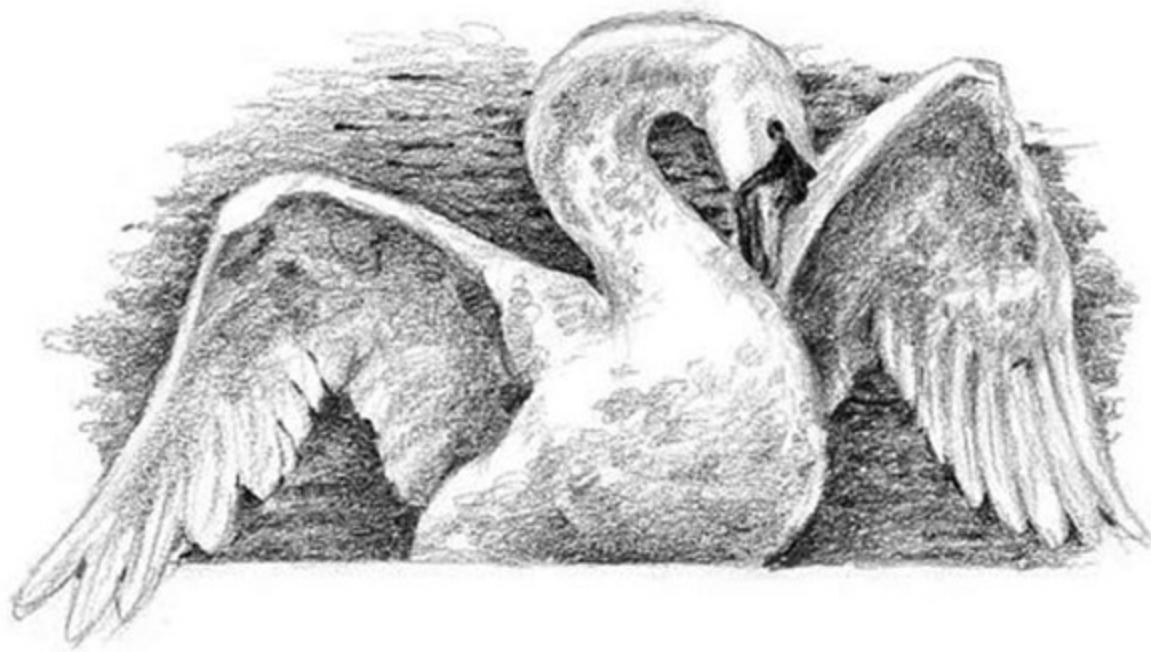
Sí, pero aquello no valía para Evenaugh Valiant. Probablemente el enano había descubierto un filón de plata debajo del castillo. Jacob metió la carta de Zorro en la mochila. Una pluma de cisne humano... era un botín peligroso, pero Chanute tenía razón. Zorro sabía de la caza de tesoros casi tanto como él.

—¿Por qué no te emborrachas? —balbució Chanute mientras su mano espantaba fuegos fatuos imaginarios—. ¡La granada no saldrá huyendo! —exclamó haciendo risitas sobre la broma como un niño—. ¡Y si no te sirve, siempre puedes repasar mi lista!

La lista de Chanute. Colgaba en el salón de la taberna, debajo de su viejo sable mellado: la lista de todos los objetos mágicos que había buscado y que no había encontrado nunca. Jacob se la sabía de memoria, y no había nada en ella que pudiera salvarlo.

—Claro —respondió dejándole a Chanute otra raíz de pantano junto a la almohada—. Ahora duerme.

Diez días. El maldito enano. Solo podía confiar en que Alma tuviera razón y aún le quedara algo más de tiempo. Si la muerte lo buscaba antes de volver a ver a Zorro, ni siquiera podría retorcerle a Valiant el pequeño pescuezo por ello.



9

Montañas perdidas de la mano de dios

Diez días a caballo... Jacob cogió el tren después de haber estudiado la ruta en el mapa con manchas de Chanute. El castillo de Valiant se hallaba en un lugar tan inaccesible que cualquier caballo se habría partido las patas subiendo el camino, pero por fortuna los enanos habían abierto túneles con tanto entusiasmo en los últimos años que de hecho existía ahora una estación cerca.

El tren necesitaba cuatro días y noches. Un largo tiempo con la muerte en el equipaje. En cada túnel le costaba tanto respirar que parecía que alguien le estuviera echando ya la tierra sobre el pecho. Intentó distraerse con las memorias de un buscador de tesoros que había buscado pájaros de fuego y nueces de esmeralda para un príncipe en Varangia, pero, mientras sus ojos se aferraban a las letras impresas, veía otras imágenes: la sangre en su camisa después de que el goyl le hubiera disparado en el corazón, Valiant delante de una tumba recién excavada y, una y otra vez, el Hada Roja susurrándole el nombre de su hermana. Cuatro días...

De la soñolienta estación de tren en la que se bajó, un funicular subía a las rocosas cumbres en las que se hallaba el castillo de Valiant. Sus muros sobresalían aún de la nieve profunda, y Jacob maldijo al enano todavía más cuando, para el empinado resto del camino, tuvo que pagarle a un campesino un tálero de oro entero por su asno mordedor.

El castillo era todo menos impresionante. La torre izquierda estaba hundida y las otras parecían haber sido fuertemente tiroteadas, pero Valiant recibió a Jacob en la podrida puerta con

una sonrisa tan orgullosa como si se encontrara ante el palacio de la emperatriz.

—No está mal, ¿verdad? —le gritó a Jacob mientras un criado enano gruñón le quitaba el bolso de la mano—. ¡Soy el señor de un castillo! Sí, ya lo sé. La renovación va un poco atrasada —añadió cuando Jacob examinó las tiroteadas torres—. No es fácil producir material. Además... —dijo lanzando una rápida mirada al criado y bajando la voz—, además, el árbol me está dando guerra. Últimamente solo arroja polillas pringosas.

—¿En serio? —Jacob se esforzó por no mostrar su satisfacción. Ni siquiera él había tenido mucha suerte con el árbol.

Valiant se pasó la mano sobre el bigotillo que se dejaba crecer. Parecía un milpiés sobre el labio superior, pero a cualquier enano que se dejara más bigote se le consideraba anticuado sin remedio.

—¿Cómo estás? ¿Qué estás buscando? —preguntó lanzándole una mirada impaciente—. ¡Estás pálido!

Genial. *Domínate, Jacob*. Solo le faltaba que el enano adivinara lo que le sucedía.

—No, estoy bien —respondió—. He estado buscando algo, pero no lo he encontrado.

La mejor mentira era la que se acercaba a la verdad.

El criado que les abrió la puerta del castillo era un humano. Ningún enano habría alcanzado el pomo, y nada evidenciaba con más imponencia la prosperidad de Valiant que un criado humano. Mientras el criado le quitaba el abrigo cubierto de costras de nieve, Valiant le indicó el precio de cada mueble que había en el vestíbulo expuesto a la corriente de aire. Estaban hechos sin excepción para humanos —los enanos ignoraban con gusto su propia altura—, pero Jacob no tenía ojos para jarrones de Mauritania o tapices, que exhibían la coronación del último rey de los enanos.

—Está arriba —dijo Valiant al percatarse de su mirada—: ayer hice venir a un médico a examinarla, aunque no quería saber nada sobre el asunto. Pasáis juntos demasiado tiempo. Ya es tan terca como tú. Pero ha traído una fantástica pluma. ¡Tú no habrías traído una mejor!

• • •

Valiant había alojado a Zorro en la torre mejor conservada del castillo. Cuando Jacob entró a su habitación, dormía en una cama muy grande para un enano, pero casi pequeña para ella. Había tenido suerte. El cisne solo le había causado una herida profunda. Jacob recogió la camisa ensangrentada, que yacía en el suelo junto a la cama. Le había pertenecido una vez. Zorro había aprendido de Clara lo mucho más práctica que era la ropa de hombre.

Jacob le cubrió el hombro vendado con la manta. Había cambiado tanto en los últimos meses. De la niña que se le había aparecido por primera vez hacía casi cinco años no quedaba demasiado. La zorra la hacía crecer tan rápido que Jacob siempre le advertía de transformarse con demasiada frecuencia. Un día tendría que elegir entre el pelaje y la oportunidad de una larga vida humana. Jacob siempre había creído que estaría con ella cuando tomara esa decisión, pero no parecía que fuera a ser así.

Le apartó el cabello rojo de la frente. En la mesilla de noche junto a la cama reposaba una

pluma. Jacob la cogió y sonrió. Había conservado una. Así se lo había enseñado Chanute también a él: «De lo que quiera que busques para tu cliente, cuida de conservar algo para ti». Se trataba de un ejemplar immaculado. Jacob había visto pocas veces una pluma tan hermosa. Lo más fácil era robarla de un nido, pero hasta eso resultaba peligroso. Los cisnes humanos eran sumamente agresivos. Una terrible pena los había transformado en cisnes y solo los parientes consanguíneos podían liberarlos y devolverles la forma humana. Jacob casi paga con un ojo el haberse encontrado con el plumado hijo de una panadera. Lo que quiera que fuera que uno tocaba con una pluma de cisne humano desaparecía de inmediato y volvía a aparecer allí donde se colocaba. Chanute había transportado muchos tesoros de ese modo. Aunque no funcionaba siempre. Algunos objetos se perdían por el camino.

—Ni lo intentes. La pluma es mía —en los ojos de Zorro seguía anidando el sueño. Se sobresaltó cuando, al incorporarse, se apoyó en el brazo herido.

Jacob dejó la pluma en la mesilla de noche.

—¿Desde cuándo sales a cazar tesoros sin mí? —«Te he echado mucho de menos», quiso añadir, pero la mirada de Zorro era fría... como siempre que había permanecido demasiado tiempo fuera.

—La misión no era demasiado difícil. Y estaba harta de esperar.

Se había convertido en una mujer sin que Jacob se hubiera percatado realmente de ello. A sus ojos había sido siempre hermosa, incluso cuando aún era aquella cosa flaca, que solo se quitaba los lampazos del cabello de mala gana. Hermosa, como todo lo que era salvaje y libre. Pero ahora portaba la belleza de la zorra en la piel humana.

—Sigues transformándote con demasiada frecuencia —dijo él—. Si no tienes cuidado, pronto tendrás mi misma edad.

Ella apartó la manta.

—¿Y qué? —Llevaba puesto el pelaje, lo llevaba siempre que dormía por miedo a que alguien se lo robara—. Deja de preocuparte por mí. Antes no lo hacías.

Sí, Jacob, ¿qué significa eso? Ya lo verás, se las apañará muy bien sin ti. Pero él no lo vería.

De la mochila sacó el pequeño paquete que Chanute le había dado.

—No me habías contado que tienes un rico admirador en Schwanstein.

Zorro desenvolvió el papel y sonrió. Dentro había un chal. Pasó la mano sobre el terciopelo de color verde y dejó el chal junto a la pluma.

—¿Qué hay de ti? —preguntó mirándolo de forma interrogante—. ¿Has encontrado lo que andabas buscando?

—Sí y no.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó cubriéndose el hombro vendado con la manga—. ¿Quieres decirme de una vez qué estás buscando?

Vamos, Jacob. Quieres decírselo. Es la única a la que quieres decírselo. La había extrañado tanto. Y estaba harto de esconder su miedo.

Jacob se desabrochó la camisa.

—He estado buscando una medicina.

El ribete rojo que rodeaba a la polilla parecía haber sido enmarcado con sangre fresca.

Zorro respiró hondo.

—¿Qué significa eso? —Su voz sonaba aún más áspera que de costumbre.

Ella leyó la respuesta en su rostro.

—Ese era, pues, el precio —dijo esforzándose por sonar serena—: sabía que tu hermano no había recuperado su piel porque sí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Los ojos de la zorra, pardos como el oro empañado. No sabía si era el color de los ojos con el que había nacido o si el pelaje se lo había dado.

—¿Qué hada fue?

Di algo, Jacob. Cualquier cosa que la consuele. Pero ¿qué?

Se acercó a ella y le enjugó las lágrimas de las mejillas.

—Abandonar a una de ellas siempre se ha castigado con la muerte y yo me la he jugado directamente con dos.

Zorro lo abrazó.

—¿Cuánto queda? —susurró.

—No lo sé. Ya no sé nada.

Era solo una mentira a medias. Jacob enterró el rostro en el cabello de Zorro. No quería pensar más. Quería recuperar el tiempo en el que habían buscado juntos la magia perdida y en el que había vivido la sensación de ser inmortal y dueño de todo un mundo. Quería imaginar lo que haría cuando tuviera la misma edad que Chanute, soñar en comprar un palacio en Etrurien o pescar oro de piratas en el Mar Blanco. Sueños infantiles. Había confiado en tenerlos cuando cumpliera cien años. En su lugar, tendría que pensar en qué mundo deseaba ser enterrado.

Llamaron a la puerta.

Valiant no aguardó un «adelante». Zorro se soltó del abrazo de Jacob cuando el enano entró en la habitación. La fantasía de Valiant seguramente solo se lo imaginaba, pero Jacob no tenía previsto revelar el verdadero motivo de las lágrimas de Zorro.

—¿Qué tal si cenamos? —Valiant le obsequió una sonrisa algo maliciosa—. Hay gamuza. ¡Sé que no suena demasiado tentador, pero tengo un cocinero de Vena que hasta de un asno hace un banquete! —dijo señalando a Zorro—. ¡Pregúntale a ella, si no me crees!

Zorro se obligó a esbozar una sonrisa.

—Deberías probar la gamuza —dijo.



10

Profundamente enterrada

El comedor de Valiant estaba igual de expuesto a la corriente de aire que el resto de su castillo, y Zorro agradeció la chaqueta que Jacob le puso sobre los hombros. Contra el miedo, en cualquier caso, ayudaba tan poco como el fuego de la chimenea, que el criado de Valiant alimentaba con madera húmeda.

La mesa, las sillas, los platos, los vasos, incluso los cubiertos tenían medidas humanas, pero las sillas estaban provistas de escalones para que el enano pudiera subirse a ellas sin el bochorno de que un criado tuviera que ayudarlo. Valiant estaba de muy buen humor y por fortuna creía que el silencio de Jacob era consecuencia del cansancio del viaje.

Lo perderás, Zorro.

Esas palabras le colocaban un férreo anillo alrededor del corazón.

Se avergonzaba de haber creído que había permanecido tanto tiempo fuera por Clara. Tendría que haberlo conocido mejor después de todos esos años. Pero había estado tan cansada... todo ese amor desamparado, el deseo, el anhelo por él. Le había sentado bien darle la espalda a Schwanstein y estar sola un tiempo, percibir la propia fuerza. Ser feliz sin él. No era bueno amar demasiado, menos aún a alguien que consideraba el sentimiento una simple mona que, en algún momento, se dormía y se olvidaba. Un par de veces había jugado incluso con la idea de simplemente no regresar a Schwanstein. Pero ahora todo era distinto. ¿Cómo iba a dejarlo solo

ahora?

Valiant preguntó a Zorro cómo estaba la gamuza.

¿Cómo? Hasta la carne de su plato hablaba de la muerte. Zorro clavó el tenedor en la carne de gamuza y miró a Jacob. Su rostro parecía tan joven cuando tenía miedo. Y tan vulnerable.

Prometiste protegerlo. El corazón de Zorro susurraba aquello una y otra vez. *Entonces, cuando te liberó de la trampa.* ¿Y qué? Las promesas eran inútiles cuando debían medirse con la muerte. Esta era como un lobo hambriento en el bosque. A su padre biológico lo había ido a buscar tan inmediato a su nacimiento que ella no recordaba su rostro, y tres años más tarde su única hermana había sido su víctima.

¡Pero Jacob no!

Por favor, Jacob no.

Valiant se sirvió por tercera vez y apostó con Jacob a que lo siguiente que los goyl atacarían sería Lothringen y no Albión. A quién le interesaba eso o si la hija de la emperatriz le daría efectivamente un hijo al rey goyl. Fuera, el viento aullaba como un animal hambriento y la noche era casi tan fría como su miedo.

—Sí, lo sé. ¡En el consejo de enanos voté en contra! —Valiant había bebido demasiado. Eso lo hacía aún más parlanchín. Naturalmente el palillo de dientes, con el que se sacaba la carne de gamuza de los dientes, era de oro—. Fue codicioso cavar tan profundamente, pero en este momento nada da más dinero que las minas de hierro —el enano aguardó a que los criados hubieran recogido los platos sucios y se inclinó hacia Jacob sobre la mesa—. No habían planeado cavar hasta la Ciudad Muerta. ¡Los idiotas solo se dieron cuenta al toparse con la puerta!

—¿De veras? —murmuró Jacob.

Apenas había comido nada.

Zorro lanzó a los dos dogos, que estaban tumbados delante de la chimenea, los huesos que había reunido en su plato. La zorra que había en ella sabía lo bien que sabían. A Valiant no le gustaban los perros. Eran tan grandes que apenas les sobrepasaba un palmo, pero habían venido con el castillo.

—Deberían haber vertido un cargamento de piedras delante y haberla olvidado. —Valiant dejó caer el palillo en la mano del criado—. Sabes que estoy siempre buscando un buen negocio. Pero ¿a quién quieren venderle esa cosa si finalmente consiguen entrar?

Jacob se sirvió el resto del deplorable vino que Valiant había dejado.

—¿Entrar dónde?

Al parecer escuchaba con tan poca atención como Zorro.

—¡En la cripta! ¿De qué crees que llevo hablando todo el rato? ¿Zorro no te ha contado nada?

Valiant lanzó una mirada llena de reproches a Zorro. Probablemente había recitado la historia una docena de veces. Pero ella había estado ocupada con sus propios pensamientos y pronto se había hartado de escuchar recitaciones sobre la historia y la política de los enanos. Uno de los perros se le acercó y le olfateó la mano. Quizá olía a la zorra bajo la piel humana.

Valiant bajó la voz.

—Es la tumba de ese rey con nombre impronunciable. Küsmund o como quiera que se llame. Ya sabes... el verdugo de las brujas.

Jacob vació el vaso.

—¿Gismundo?

—Sí. Como quiera que se llame. Todo es absolutamente confidencial. —Valiant hizo señas a uno de los criados y señaló la botella de vino vacía—. ¿Qué crees que es esto? —le abroncó—. ¡Trae una nueva! ¡Muchos viticultores mezclan últimamente su vino tinto con polvo de elfos! —murmuró a Jacob mientras el criado se marchaba deprisa—. Me pregunto cómo no se les había ocurrido antes. Mantienen a los elfos en jaulas. Cientos de jaulas. Es fantástico —alzó la copa y brindó con Jacob—: ¡Por los tiempos modernos!

Jacob miró su copa como si los elfos reclusos nadaran en su interior.

—¿La cripta estaba saqueada? —su voz sonaba tan indiferente como si estuviera preguntando por el sastre de Valiant.

El enano se encogió de hombros:

—Conoces el consejo de enanos. Ahorran en el lugar equivocado. De los cazadores de tesoros que han mandado, no ha vuelto ninguno. Pero te digo: ¡es mejor así! ¿Quién quiere un arma que termina cada guerra de un disparo? ¿Dónde está el negocio...?

El enano continuó hablando y Zorro percibió cómo Jacob buscaba su mirada. No estaba segura de lo que veía en sus ojos: esperanza o miedo a ella. El verdugo de las brujas. Intentó recordar lo que los cazadores de tesoros asociaban con ese nombre, pero todo lo que le vino a la memoria fue que en cada cementerio de brujas había una piedra que lo maldecía.

—¿Puedes llevarme a la cripta?

Valiant estaba en ese momento alabando el excelente beneficio que se podía hacer con las guerras, pero la pregunta de Jacob lo hizo enmudecer en el acto. El enano esbozó una sonrisa maliciosa, que levantó el ridículo bigote sobre sus dientes de oro.

—O sea que sí. Casi me habías convencido de que tenías conciencia. Al fin y al cabo solo se trata de negocios, ¿no es eso?

Jacob le quitó la copa de la mano:

—¿Puedes llevarme allí? Necesito una respuesta antes de que te bebas la silla.

Valiant le arrancó la copa.

—¿A quién quieres venderle esa cosa? ¿A los goyl? ¿O quieres hacer feliz con tu ayuda a un rey humano, para variar, y así reparar lo que hiciste por los rostros de piedra en la catedral? Jacob Reckless, el cazador de tesoros que decide quién gobierna este mundo.

El rostro de Jacob palideció aún un poco más. No le agradaba recordar la Boda Sangrienta y el papel que había desempeñado en ella.

El tono de su voz se volvió más ronco a causa del enfado cuando le respondió al enano:

—No ayudé a los goyl, sino a mi hermano.

Valiant hizo bailar sus ojos de forma burlona:

—Sí, lo sé. Eres un santo. Sin embargo, deberías estar contento de que los goyl mantengan en secreto quién les salvó la piel de piedra en la Boda Sangrienta. Son más odiados que nunca. Los atentados en Vena no son nada comparado con el enfado que tienen en sus provincias nórdicas. En Prusia y Holstein, los atentados son el pan de cada día, y Albión provee de armas a los rebeldes. El mundo es un barril de pólvora. El negocio de la dinamita y la munición nunca fue mejor. Lirios de

hadas y agujas de bruja... —el enano gruñó de forma despectiva—, ¡mercancías de ayer! El comercio de armas. Ese es el futuro. ¡Y las manos de los enanos crean bombas muy manejables!

Su sonrisa reflejaba tal éxtasis que parecía estar contemplando el mismo paraíso.

—¿Qué hay en esa cripta? —preguntó Zorro mirando a Jacob con gesto interrogante.

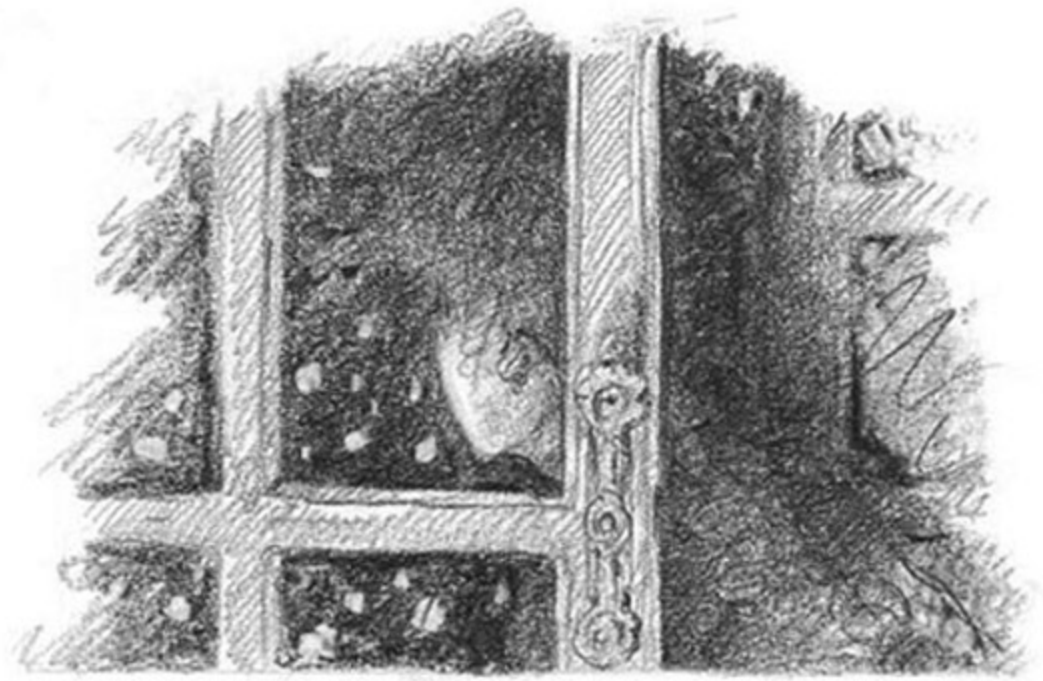
Valiant se pasó la servilleta sobre el bigote humedecido por el vino.

—La ballesta más mortífera que se haya construido —su lengua se volvía más pesada a cada palabra. Zorro tuvo que esforzarse para comprender las palabras que balbucía—. Una flecha en el pecho del general y todo el ejército se convertirá en una montaña de cadáveres. No está mal... ni siquiera los goyl tienen algo comparable a eso.

Zorro miró a Jacob sin comprender. ¿Qué significaba aquello? ¿Quería desperdiciar el tiempo que le quedaba buscando un tesoro cualquiera?

—El cincuenta por ciento para mí —dijo Valiant—. No... el sesenta. O, de lo contrario, olvídate.

—Te daré el sesenta y cinco por ciento... —dijo Jacob—, si partimos mañana temprano.



II

Juntos

Polvo de elfos y vino tinto. Cuando Jacob subió a Zorro a su habitación, Valiant hablaba con los cuadros de las paredes, los pies sobre su mesa demasiado grande, sentado en su silla demasiado grande, en su castillo ridículamente grande y desmoronado. Todos perseguían sus sueños infantiles.

A Zorro le dolía el hombro, aun cuando intentaba ocultarlo, y abajo, en la cocina, Jacob encontró un adormilado criado que le preparó un cuenco de agua hirviendo. El pico de un cisne humano no era el arma más limpia, así que le aplicó en la herida, además, el ungüento que Alma le había mezclado.

Mordeduras, cuchilladas, quemaduras en los dedos... Seguramente Zorro, al igual que él, desconocía con qué frecuencia se habían tratado el uno al otro en todos esos años. Su cuerpo le resultaba casi tan familiar a Jacob como el suyo propio, pero ahora se sorprendía tocándola con timidez. Formaba parte de él, lo mismo que su sombra. La hermana menor, la mejor amiga. Jacob la quería tanto que el otro amor parecía algo de lo que debía protegerla: el juego hambriento al que era mejor poner fin antes de que deviniera demasiado serio. Deseó haber tenido en cuenta esa regla con el hada.

Zorro guardó silencio mientras él le cambiaba el vendaje del hombro. A menudo su silencio era expresión de la muda familiaridad que los unía. Pero esa vez no. Jacob abrió la ventana y

vertió el agua ensangrentada en la noche. Unos copos de nieve entraron ondeando.

Zorro se acercó a Jacob y los atrapó con la mano.

—¿Qué plan tienes? ¿Quieres canjearle al Hada Oscura la ballesta por tu vida? —preguntó apartándose de la ventana y respirando el aire frío como si este pudiera ahuyentar su miedo.

—¿Un par de cientos de miles de muertos a cambio de mi propia piel? ¿Desde cuándo tienes una opinión tan negativa de mí?

Ella lo miró:

—Lo hiciste por tu hermano. Habrías hecho cualquier cosa por él. ¿Por qué no por ti mismo?

Sí, ¿por qué no, Jacob? ¿Porque había crecido con la certeza de que la vida de Will era más valiosa que la suya propia? Qué importaba.

—No tengo previsto cambiar o vender la ballesta —respondió—. El verdugo de las brujas la ha utilizado tres veces. La primera flecha mató a un general de Albión. Se llevó con él a quince mil hombres a la tumba. La segunda mató al comandante general de Lothringen y a setenta mil soldados. Unas semanas después, Gismundo se hizo coronar rey de ambos países.

Zorro extendió el brazo bajo la nieve.

—Creo que sé lo que sigue. Había olvidado la historia. Siempre me dio miedo.

Los copos le sembraban pétalos de hielo sobre la piel.

—Un día... —Zorro hablaba a la noche, como si pescara las palabras en la oscuridad— el hijo más joven de Gismundo estaba muriéndose. Gahrmet. Creo que ese era su nombre. Una bruja lo había envenenado para vengarse de su padre, después de que este hubiera matado a cientos de sus hermanas. Su hijo tenía unos dolores tan terribles que Gismundo no lo pudo soportar más. Le disparó la flecha de la ballesta en el corazón, pero su hijo no murió, sino que sanó. Más tarde odió a su padre, pero vivió aún muchos años.

Zorro cerró la ventana y se volvió:

—Es un simple cuento de hadas, Jacob.

—¿Y qué? Todo en este mundo suena a cuento de hadas. ¡Haber pronunciado el nombre de un hada me va a matar!

Se acercó a ella y le quitó los copos de nieve del cabello.

—¿Por qué no puede haber un arma que traiga la muerte si se usa con odio, pero la vida si se usa con amor?

Zorro negó con la cabeza:

—No.

Ambos sabían quién tendría que disparar la flecha.

Jacob agarró las manos de Zorro.

—Has oído a Valiant: nadie vuelve de la cripta con vida. Sabes que nosotros lo conseguiríamos. ¿O prefieres que aguardemos juntos a que la muerte venga a buscarme?

¿Qué debía responder a eso?



12

Sombras vivas

El valle montañoso, en el que los enanos habían encontrado la cripta, no aparentaba haber sido famoso una vez por sus pendientes cubiertas de flores. Merced a las flores de espejitos, hasta el rostro más feo se volvía irresistible por unas horas, pero la venta de minerales de hierro enriquecía bastante más deprisa.

El valle estaba situado en las escarpadas montañas de Helvetia, a un escaso día de viaje al oeste del castillo de Valiant. Helvetia era tan pequeña que invertía mucho esfuerzo y oro en complacer a sus poderosos vecinos. Había pertenecido una vez a Lothringen, pero, merced a tropas mercenarias de gigantes, había conseguido su independencia. Desde que un zancudo saltarín había robado al único hijo del último rey, el diminuto país era gobernado por un parlamento que mantenía la paz con los goyl, permitiendo el transporte de tropas a través de sus montañas. A la pregunta de Jacob de cuánto habían pagado los enanos por el permiso para explotar minas de hierro en los florecientes valles de Helvetia, Valiant se había limitado a sonreír de forma compasiva. El país necesitaba túneles si, al igual que sus vecinos, quería trenes y carreteras más rápidas. Y nadie los dinamitaba mejor que los enanos.

Las botas de Jacob se hundieron en la nieve al descender del coche de caballos de Valiant. Las cabañas, que se inclinaban alrededor de los edificios mineros, no aparentaban que se excavara allí una fortuna de la tierra, y el humo que subía de las chimeneas escribía un sucio futuro en el cielo.

Delante de las jaulas, que conducían al seno de la tierra, aguardaba un grupo de niños enanos. Podían deslizarse más profundamente en los pozos que cualquier persona y no temían a los duendes de las minas, que hacían que la minería tras el espejo resultara aún más peligrosa que en el otro mundo.

—¿Eso es lo que últimamente entiendes por un buen negocio? —preguntó Jacob al enano, mientras pasaban por delante de los pálidos chiquillos—. ¿Niños que cavan en busca de minerales?

—¿Y qué? Lo harían también sin mí —respondió Valiant de forma impasible—. ¡La vida es un asunto feo!

Zorro examinó a las mujeres, que descargaban los tónderes con los que se subía el mineral de los pozos:

—¿Sabías que los trabajadores de una mina en Austrien vendieron el dueño al duende de la mina? —le susurró al enano.

Valiant lanzó una alarmante mirada a Jacob.

—¡Deberías cuidar de ella! —murmuró repeliendo asqueado a uno de los niños que tendía su sucia y pequeña mano para tocarle el abrigo de piel de lobo—. Ya suena como uno de esos anarquistas que garabatea sus lemas en todos los muros de las fábricas.

—Me gustabas más cuando hacías negocios menos honrados —dijo Jacob mientras ayudaba al chiquillo a levantarse—. Vamos, enséñanos la cripta antes de que, con este frío, alguien nos mate por tu abrigo.

• • •

Tres edificios tras una valla de alambre oxidado, con caballetes revestidos de cobre, para mantener alejados a los espíritus de las montañas, andenes, chimeneas, un desagüe... Nada delataba que los enanos hubieran encontrado allí algo más que minerales.

Zorro miró alrededor:

—¿Se puede ver la Ciudad Muerta desde aquí?

Valiant negó con la cabeza y señaló hacia el oeste:

—Salvo que tu mirada pueda atravesar la montaña en ese punto.

El verdugo de las brujas había hecho construir la ciudad después de que Albión, Austrien y Lothringen se hubieran unido y Helvetia se hubiera convertido en el corazón de su gigantesco reino. Silberthur. Así la había bautizado entonces, pero ahora solo se llamaba la Ciudad Muerta, pues sus habitantes habían desaparecido el día de la muerte de Gismundo. Se decía que los rostros miraban como fósiles desde los muros derruidos. Jacob no había visto nunca las ruinas con sus propios ojos, pues el mismo Chanute había evitado la Ciudad Muerta. Incluso después de cuatro siglos, seguía considerándose muy perjudicial pisar sus calles desiertas.

Valiant abrió la puerta de la oxidada valla. La cadena estaba abierta y unas pisadas conducían a los ascensores del pozo a través de la sucia nieve.

—Creía que habíais cerrado la mina —dijo Zorro.

Valiant se encogió de hombros:

—De vez en cuando pasa un capataz para vigilar que todo esté en orden. Hace una semana que enviaron al último cazador de tesoros —dijo esbozando una sonrisa de satisfacción—: he apostado tres onzas de oro a que el estúpido no regresará.

Jacob abrió la puerta de un empujón.

—¿Tres onzas de oro? No está mal. ¿Cuánto has apostado por mí?

La sonrisa de Valiant devino dulce como la miel.

—¿Me tomas por tonto?

Zorro iluminó con una lámpara de minero el pozo sobre el que colgaban las jaulas de los ascensores. Valiant miró alrededor con gesto de preocupación, pero ninguno de los hombres, que vigilaban detrás de la valla a los trabajadores, reparó en ellos.

—Bueno, una vez más, para prevenir cualquier problema —murmuró el enano—, yo...

—... solo os he traído aquí para pedir consejo a Jacob —dijo Zorro subiendo a la jaula oscilante—. Lo has dicho tantas veces que hasta tus perros podrían repetirlo. Pero he olvidado lo que sigue. ¿Nosotros robamos la ballesta y los duendes de las minas te secuestran antes de que puedas detenernos? ¿O ellos roban la ballesta y nosotros te secuestramos?

—¡Qué divertido! —gruñó Valiant—. ¡Evidentemente no te das cuenta del riesgo que estoy corriendo! ¡El consejo de enanos me matará a tiros si sospecha! ¡Nadie fuera del consejo sabe de la existencia de la cripta!

—Nadie salvo los miembros del consejo, sus secretarías, sus esposas, los mineros que han encontrado la cripta... —dijo Jacob subiendo al enano a la jaula—. Yo no confiaría en que vuestro secreto esté seguro. Y respecto de los tiros..., qué tontería, siempre encuentras un pretexto para salvarte. Si lo sabré yo. He intentado fusilarte una docena de veces.

• • •

La jaula bajó de forma interminable a las profundidades. Cuando aterrizó en tierra firme, la luz de sus lámparas desprendió de las tinieblas las paredes toscamente talladas de una galería, de la que salían más pozos. Pilares de madera sostenían los bajos techos. Picos y palas descansaban entre escombreras de guijarros. Sobre una laja, los típicos donativos para los duendes de las minas: café en polvo, restos de cuero, monedas. Si estos desaparecían, los trabajadores podían respirar aliviados. Si se quedaban allí tumbados, pronto llegaban gritos agudos de la oscuridad, desprendimientos de piedras y dedos delgaduchos que hurgaban en los oídos y los ojos.

El pozo del que Valiant se encargaba conducía al oeste, donde, por encima de ellos, se extendía la Ciudad Muerta entre las montañas. La pesada taladradora, con la que se toparon en algún momento, habría podido estar en un museo del mundo de Jacob, pero Valiant la presentó orgulloso como el más moderno apogeo del arte de la ingeniería de los enanos. La taladradora había descubierto en la pared rocosa el arco de un portal, detrás del cual una escalera ancha, bordeada de antorchas quemadas, conducía de forma empinada a las profundidades. Su tizne seguía pegado a los soportes de hierro. Al final de la escalera se abría otra cámara. Unas lámparas de gas perdidas dibujaban un pálido estanque de luz en el rocoso suelo, en cuyo centro dormía un gigantón. Llevaba puesto el uniforme del ejército de los enanos, y solo se puso en pie

tambaleándose cuando Valiant le dio una dura patada en el costado.

—¿Llamas a esto hacer guardia? —le abroncó—. ¿Para qué os pagamos tres veces más que a cualquier guardián humano?

El gigantón levantó su casco y adoptó una postura amedrentada a pesar de que Valiant apenas le llegaba a la altura de la rótula.

—¡Sin incidentes! —tartamudeó con la lengua pesada por el sueño—. Tengo órdenes de no...

—¡Sí, sí, lo sé! —le interrumpió Valiant impaciente—. Pero traigo a un experto venido de muy lejos. Aquí tienes su poder.

El sobre que sacó del bolsillo era tan pequeño que sus toscos dedos casi no podían cogerlo, y Valiant le guiñó un ojo de forma confabuladora a Jacob cuando el gigantón examinó perplejo aquella cosa diminuta.

—¿Qué? —le abroncó—. ¡Mírame bien! Sé que todos los enanos os parecen iguales, pero deberías recordar mejor mi rostro. Soy uno de los propietarios de esta mina.

El gigantón reprimió un bostezo y se colocó bien el casco. Después metió el diminuto sobre en el bolsillo del uniforme y dio un paso a un lado. La puerta que apareció detrás de su enorme cuerpo encerraba un friso de cráneos. Las ranuras sobre las raíces nasales los acreditaba como de brujas.

Gismundo, el verdugo de las brujas... Chanute le había hablado a Jacob de él en una piojosa taberna. Había estado tan borracho que apenas había podido pronunciar el nombre. «Gismundo... sí... ningún humano sabía más de magia. ¿Sabes cómo le llamaban también?». Jacob creía oír su propia voz responder, la clara voz de un chico: «El verdugo de las brujas». Todo por lo que seguía al viejo cazador de tesoros iba unido a ese nombre: peligro, misterio y la promesa de tesoros encantados, que alegraban la vida que, al otro lado del espejo, sabía a nostalgia y aburrimiento.

Chanute no había tenido que explicarle a Jacob entonces por qué Gismundo había recibido su apodo. Los humanos no nacían, en ningún lado del espejo, con poderes mágicos, pero en ese mundo había un modo de adquirirlos. Era un modo cruel, pero Gismundo no era el único humano que lo había puesto en práctica: había que beber la sangre de una bruja mientras aún estuviera caliente. «¿Cuántas brujas mató?». Chanute se había vuelto a llenar la copa con el fuerte aguardiente que casi le había costado el sentido común y un brazo. «¿Y yo qué sé? Cientos. Miles... Nadie las ha contado. Cuentan que bebía un vaso de sangre por semana».

Jacob examinó el resto del escudo de armas que se podía identificar sobre la puerta guarnecida de oro: un lobo coronado, un vaso con sangre, y allí estaba la ballesta...

Detrás de ellos, el gigantón se apoyó contra la rocosa pared.

Zorro le lanzó una mirada reflexiva.

—Vuestro guardián está sospechosamente adormilado —le dijo a Valiant.

—Polvo de elfos —respondió el enano—. Los grandes estúpidos lo llevan siempre en los bolsillos. Simplemente no lo pueden dejar.

Jacob aguzó los oídos, pero todo lo que oyó fue la pesada respiración del gigantón. ¿Polvo de elfos? Quizá. Sacó un par de guantes del bolso. Zorro se los había regalado después de que la magia protectora de una cripta casi le hubiera costado los dedos. Ella misma, al igual que todos los mutadores de forma, era inmune contra ese tipo de magia.

Valiant, sin embargo, lanzó una mirada inquieta a Jacob.

—¿Para qué son los guantes?

—Mientras no toques nada, no los necesitas. ¿En serio quieres acompañarnos?

—Claro.

El enano no sonaba especialmente convencido, pero se trataba de un botín muy valioso. Aquello compensaba incluso el miedo a un brujo muerto.

Jacob intercambió una mirada con Zorro y apoyó la mano contra el lobo coronado. No necesitó demasiada fuerza para abrir la puerta. Se notaba que algunos ya lo habían hecho antes que él.

El olor que les salió al encuentro apenas era perceptible. Los claveles sepulcrales eran una sencilla forma de proteger a los muertos de la codicia de los vivos. El venenoso polen se conservaba durante siglos. Jacob detuvo a Valiant, y Zorro sacó una bolsa del cinturón. Las semillas, que le dio a cada uno, apenas eran más grandes que las pepitas de las manzanas.

—¡Cómetelas! —le indicó a Valiant cuando este las examinó de forma desconfiada—. Salvo que quieras parecer pan mohecido tras unos pasos.

—¡Ten cuidado de dónde pisas! —le murmuró Jacob—. No toques nada y mantén la boca cerrada, en especial si alguien te formula preguntas.

—¿Preguntas? ¿Alguien?

Valiant se metió las pepitas en la boca y clavó atónito los ojos en el pasillo que se hallaba delante de ellos.

Las paredes estaban bordeadas de nichos sepulcrales. Zorro agarró al enano justo a tiempo, antes de que su espalda tropezara con un cadáver momificado.

—¿Por qué crees que están enterrados aquí? —le susurró mientras Jacob empujaba la momia de vuelta al nicho—. ¡Es el sepulcro de un brujo! Estoy convencido de que pronto despertarán.

El hombre que encontraron unos pasos más adelante había muerto hacía tan solo unos días. Los claveles sepulcrales lo habían cubierto de un vellocino de flores mortalmente verdes. El susurro comenzó tan pronto Zorro se subió sobre el cadáver.

—¿Quiénes sois? —las voces salían de los nichos sepulcrales.

Valiant se detuvo despavorido, pero Jacob lo empujó para que siguiera.

—¡No respondas! —le murmuró—. Son inofensivas mientras no respondas nada.

Las momias portaban cinturones con armas y petos sobre las ropas roídas. La mayoría de los caballeros de Gismundo lo habían seguido hacia la muerte, pero según los registros de sus contemporáneos, al menos lo habían hecho de forma voluntaria.

Encontraron otros cinco cadáveres recientes: los cazadores de tesoros que no habían regresado. Algunos, además de claveles sepulcrales, presentaban heridas de espada... y a su alrededor susurraban los muertos. Jacob no había visto nunca tanto miedo en el atónito rostro de Valiant. El propio Chanute palidecía en los sepulcros más que en cualquier otro sitio. A Jacob normalmente le dejaban impasible. Los lugares de los vivos eran, según su experiencia, considerablemente más peligrosos. Pero cuando pasó delante del nicho sepulcral, sintió la polilla en su pecho como una mano fría. *Obsérvalos bien, Jacob. Pronto tú también tendrás el mismo aspecto. La piel como el cuero, los dientes asomando y arañas allí donde estaban tus ojos.* Le costaba tanto respirar que Zorro se dio cuenta. Pasó por delante de él sin decir nada y tomó la delantera, como queriendo que

la muerte, que le hacía señas a Jacob desde los nichos sepulcrales, siguiera su rastro. El pasillo formaba una curva. El aroma de los claveles sepulcrales flotaba entretanto en el aire de forma tan cargada que se les pegaba como perfume a la piel, y de pronto, se encontraron ante una cortina de muertos. Doce caballeros momificados colgaban del techo y les bloqueaban el camino, pero uno de los cuerpos acababa a la altura de las costillas. Alguien había separado el resto a sablazos. Un modo muy poco elegante de abrirse camino a través de la cortina de cadáveres, pero cumplía su objetivo. Quizá los enanos no habían enrolado únicamente a estúpidos.

Valiant blasfemó de asco, aunque fue el único que pudo pasar erguido bajo el cuerpo mutilado. La recompensa les aguardaba tras la horripilante cortina: otra puerta, guarnecida con la dorada imagen de un hombre.

La corona lo acreditaba como rey, el manto de pieles de gato como un brujo humano. En sus hombros estaba posado un cuervo de oro, símbolo de inmensa fortuna, y en los pies llevaba botas de siete leguas para señalar la magnitud de su imperio. Sostenía la ballesta en la mano derecha. A cambio, el verdugo de las brujas había vendido supuestamente su alma al diablo. Historias. Pero Jacob había visto cumplirse demasiadas cosas detrás del espejo como para no considerarlas también posibles.

La puerta con la dorada imagen de Gismundo estaba entreabierta. El cazador de tesoros cuyo cadáver yacía justo detrás se había creído seguro en la meta de sus deseos y había olvidado que toda trampa permanece abierta tentadoramente. El cuerpo, por lo que Jacob podía ver a través del resquicio, no presentaba heridas visibles, pero el espanto en el céreo rostro hablaba lo suficientemente claro. Zorro miró por encima del hombro de Jacob.

—¿Magia de sombras? —susurró.

Sí, probablemente. Jacob dejó la lámpara en el suelo y sacó el cuchillo. La resina con la que untó la hoja mezcló el olor de la corteza de árbol con el aire rancio. Junto a él, Zorro cambió de forma. A veces los sentidos de la zorra eran más útiles que una pistola más. *Olvida que te estás jugando la vida, Jacob. Disfruta de la caza.* Allí estaba otra vez: la familiar excitación, mezclada con el miedo y las ganas de vencerlo. Irresistible. A Zorro no había tenido nunca que explicárselo. Ella cruzó la puerta antes que él.

La cripta era inmensa.

Los frescos de las paredes seguían brillando en colores intensos gracias a la oscuridad que los rodeaba desde su creación. Eran representaciones de la cueva, pintadas con tanta maestría que uno creía sentir el fuego sobre la piel. En una pared, el propio Gismundo cabalgaba con la armadura de un caballero a través de las llamas. El diablo hacia el que cabalgaba solo tenía en común los cuernos con los diablos que Jacob conocía de su mundo. Aparte de eso, tenía el mismo aspecto que una persona normal vestida con las ropas de un rico comerciante. Los frescos del techo mostraban un campo de batalla, en el que los espíritus de los muertos se alejaban en pálida procesión de sus cuerpos sin vida. Las columnas que apuntalaban el techo eran del mismo oscuro mármol que el sarcófago, que se hallaba en el centro de la cripta. Cuatro caballeros de piedra estaban arrodillados a su alrededor, las espadas sobre las que se apoyaban eran negras como el ataúd que custodiaban.

Jacob oyó cómo Valiant lanzaba detrás de él una maldición de desengaño.

El sarcófago estaba abierto.

Llegaban demasiado tarde.

Jacob se volvió para mirar a Zorro. No era fácil ver lo que sentía cuando llevaba puesto el pelaje, pero Jacob lo había aprendido con los años. La desesperación que vio en sus ojos era peor que la suya propia. La esperanza de que quizá aún pudiera salvarse no había durado demasiado.

La tapa del sarcófago se extendía destrozada entre los caballeros arrodillados. Junto a los trozos yacía el vigilante, para el que Jacob había preparado su cuchillo: las sombras de Gismundo, sin rostro y tan grandes como si el sol crepuscular las hubiera proyectado en las baldosas. El charco de sangre que lo rodeaba evidenciaba que había sido resucitado con un hechizo, que solo dominaban las brujas... o aquellos que bebían su sangre.

Una sombra de aquel tipo mataba de la misma sigilosa forma que había seguido a su dueño en vida. Jacob se inclinó sobre él. En el cuello tenía un cuchillo. Olía a resina de árbol. Si se cometía el error de sacarlo, de inmediato la sombra volvía a la vida. Quienquiera que lo hubiera matado, también lo sabía. Jacob se incorporó. Por un momento creyó oír pasos entre las columnas, pero, al volverse, solo vio a la zorra.

—¡Polvo de elfos! —dijo Zorro lanzando a Valiant una mirada despectiva.

Jacob se inclinó hacia ella:

—¿Sigue aquí?

Ella levantó el hocico para olfatear. Y negó con la cabeza.

Maldición. Jacob guardó el cuchillo en el cinturón. No había muchos cazadores de tesoros que supieran cómo pasar ilesos junto a un gigantón o qué resina volvía inofensiva la sombra de un muerto. Durante la caza se quitaban de en medio unos a otros, pero Jacob los conocía a todos, al menos por su nombre. ¿Quién había sido?

—Maldito canalla. —Valiant estaba subido a los escombros de la tapa del ataúd y miraba dentro del sarcófago abierto—. ¡Se ha llevado la corona! —maldijo—. ¿Y quién le ha dicho que debía arrancarle el corazón? ¿Tratan últimamente los barbicanos del consejo de enanos con brujas oscuras?

El muerto que había en el sarcófago no estaba descompuesto, pero le faltaba la mano derecha y la cabeza, y allí donde había reposado el corazón, había un agujero en el pecho. La herida, al igual que el cuello y el muñón, estaba sellada con oro, lo que evidenciaba que el cadáver había sido metido en el ataúd de esa forma. Valiant extendió la mano hacia el cetro, que se hallaba junto a ellos, pero Jacob lo apartó con rudeza.

—¿Ves las hojas marchitas sobre las que descansa? Están embrujadas, ¿o por qué crees, si no, que no está descompuesto?

Miró alrededor. El suelo de la cripta era de mármol verde, pero, de las columnas, cuatro tiras de alabastro afluían como los rayos de una brújula al ataúd. Jacob cogió la lámpara de minero, que el enano había dejado junto al ataúd, y recorrió una de las tiras de alabastro. En ella había incrustadas letras en oro blanco. Apenas se distinguían en la clara piedra.

HOUBIT WESTARHALP

Cualquier buscador de tesoros conocía la lengua. Era la de las brujas. Zorro siguió a Jacob con

la mirada, cuando comprobó la segunda y la tercera tira.

HANDU SUNDARHALP

HERZA OSTARHALP

Las inscripciones eran fáciles de traducir:

LA CABEZA AL OESTE
LA MANO AL SUR
EL CORAZÓN AL ESTE.

Quizá la caza aún no había terminado.

Jacob se acercó a la cuarta tira. La inscripción que había sobre ella era bastante más larga que las demás:

NIUWAN ZISAMANE BISIZZANT HWAZ
THERO EINAR BIGEROT. FIRBORGAN
HWAR SI ALLIU BIGANNUN.

—¿Para qué tienes los guantes? ¡Quítale el cetro! —dijo Valiant poniendo el grito en el cielo—. En la otra mano aún lleva el anillo de sello.

Jacob ignoró al enano. Miró las letras.

JUNTOS POSEEN
LO QUE CADA UNO CODICIA.
OCULTO, DONDE TODOS ELLOS
COMENZARON.

No. El otro no había encontrado la ballesta. Aún no.

—Jacob. —Zorro seguía llevando su pelaje.

Pasos...

Apenas perceptibles.

Jacob alzó la lámpara. Entre las columnas creyó reconocer una figura, oscura como la piedra, tras la cual intentaba ocultarse.

Zorro salió disparada antes de que Jacob pudiera detenerla. El deseo de cazar de la zorra la volvía imprudente, y, mientras corría tras ella, se maldijo por no haber registrado la cripta. Oyó a Zorro gimotear y casi tropieza con ella. Yacía entre las columnas y cambió de forma casi mientras se incorporaba. En ese mismo momento, el enano gritó detrás de ellos pidiendo ayuda.

El hombre, que apartó a Valiant del camino, llevaba ropas de piel de lagarto y un verde oscuro

le vetaba la negra piel de ónix. Un goyl. Jacob le apuntó, pero Valiant daba tumbos en la línea de tiro, y antes de cerrar la puerta de la cripta tras de sí, el goyl le hizo señas de forma burlesca. Valiant lanzó un grito y se dio de bruces con ella. Clavó los dedos en el friso de la calavera y sacudió con tanta desesperación la puerta que los huesos se astillaron bajo sus manos.

—¿Por qué no le has disparado? —gritó—. ¡Estirar la pata en una cripta! ¿Es esa tu idea de una muerte bella?

La frente de Zorro estaba manchada de sangre. Jacob le apartó el cabello con gesto de preocupación, pero la herida abierta que se ocultaba debajo no era demasiado profunda.

—¿Por qué no lo has olido?

—No tenía olor —estaba rabiosa. Por ella misma y por el extraño que la había engañado.

Ningún olor. Jacob miró hacia la sombra, que tenía el resinoso cuchillo en el cuello. El goyl conocía su oficio.

—¡Moriremos de hambre! —exclamó Valiant, mirando alrededor como una rata que ha caído en una trampa.

Jacob regresó donde las franjas de alabastro y examinó las letras.

—Es más probable que sea por asfixia.

Zorro se acercó a él.

—Encontraré su huella —le susurró—, lo prometo. Pero Jacob negó con la cabeza:

—Olvídate del goyl. Él no tiene la ballesta.

Miró las letras. Eran las huellas que debían encontrar. *Un hombre muerto...* Aún no.

—¿Qué demonios hacéis ahí? —la voz de Valiant llenó la cripta con pánico de enanos—.

¡Haced algo de una vez! ¡Seguro que no es la primera cripta en la que os quedáis encerrados!

El enano tenía razón. Jacob regresó al sarcófago y, con la mano enguantada, cogió el cetro. Los constructores de criptas reales solían creer que su señor solo dormía y que en algún momento volvería a despertar. Así que le dejaban una llave en el ataúd. Aun cuando el despertar de un rey sin cabeza era más improbable que en otros casos.

La puerta de la cripta se abrió de golpe, tan pronto Jacob escribió el nombre de Gismundo con el cetro en el aire. Valiant salió aliviado tambaleándose, pero Jacob se subió al cazador de tesoros muerto, que yacía delante de la puerta, y aguzó el oído. Los caballeros colgados se movían suavemente a un lado y otro, y Jacob creyó oír pasos en la lejanía.

—¿Cómo sabía el goyl de la cripta? —gruñó Valiant—. Si el consejo de enanos lo ha enrolado a mis espaldas, entonces...

—Tonterías... ¿Para qué se habría tomado la molestia de anestesiarse al gigantón, si actuaba aquí por orden del consejo de enanos? —le interrumpió Jacob—. No —dijo quitándole la chaqueta al muerto que había detrás de la puerta—. Le llaman el bastardo, y es el único goyl que sabe algo de la caza de tesoros.

—¡El bastardo... claro! —exclamó Valiant pasándose la mano sobre la cara. El sudor frío seguía sobre su frente—. Dicen que le gusta cortar los dedos a sus competidores.

—Los dedos, la lengua, la nariz... Tiene una tenebrosa reputación.

Jacob envolvió el cetro en la chaqueta del muerto.

—¿No consideras oportuno entregármela a mí? —ronroneó Valiant obsequiándole su sonrisa

más inocente—. ¿Por la hospitalidad y mi inestimable ayuda?

—¿Ah, sí? —Zorro le quitó a Jacob el fardo con el cetro de la mano—. Aún me debes la mitad del pago de la pluma, pero te dejaremos algo si nos consigues caballos y provisiones para el viaje.

—¿Provisiones para qué? —la inocencia había desaparecido. En el rostro de Valiant, de todos modos, resultaba tan indecorosa como una erupción.

—Regresa a la cripta, si quieres saberlo. Estoy convencido de que el bastardo no era tan ciego como tú.

Jacob se acercó a la puerta de la cripta y examinó la dorada imagen de Gismundo. Solo podía esperar que el goyl no resolviera el acertijo del verdugo de las brujas antes que él.

Genial. Como si no le bastara con tener que echar una carrera con la muerte.



13

El otro

La sala en la que el encorvado los recibió era tan oscura que Nerron apenas veía sus propias manos. Unas cortinas ahogaban la luz que entraba por los ventanales en un brocado azul, y la luz de las velas, que ardían junto al sillón del trono, ni siquiera resultaba dolorosa a los ojos de los goyl. El rey de Lothringen era un hombre muy astuto. Había hecho todo por el bienestar de sus huéspedes de piel de piedra, pues un huésped que se sentía bien estaba menos vigilante.

Charles von Lothringen se había hecho enderezar la deformada columna vertebral hacía ya años con un corsé de raspas de pescado embrujadas, pero el sobrenombre había permanecido; para gran enfado del encorvado, pues era un hombre vanidoso. Se decía que las canas de la barba y del cabello se las hacía embellecer con plata triturada y que era muy desgraciado con las arrugas, que la edad y su amor por el tabaco y el buen vino le trazaban en la piel de forma cada vez más tupida.

El lord de ónix mantuvo la cabeza agachada mientras se dirigía a él. En la corte de Lothringen se menospreciaba la anticuada pompa real. Ni genuflexiones ni uniformes, salvo en acontecimientos oficiales. El encorvado había hecho pasar a la reserva los abrigos de armiño y las chaquetas con brocados de sus antepasados. Amaba los trajes de seda negra cortados a la última moda y sentía predilección por los finos cilindros de tabaco, que el embajador de Albión había introducido en la corte de Lothringen. De hecho, sostenía en ese momento uno entre los dedos. Cigarrillos. El nombre le sonaba a Nerron a un insecto que picaba. Según decían, el encorvado se

ocultaba detrás de su humo para que no pudieran leer su rostro. Charles von Lothringen era un gato coronado, al que le gustaba hacerse pasar por vegetariano mientras la cola de un ratón le caía de la comisura de los labios. La gris neblina le rodeaba de forma tan densa que su huésped reprimió una ligera tos antes de detenerse a una distancia conveniente del sillón del trono.

—Vuestra Majestad —la voz del viejo ónix no delataba nada de la aversión que sentía por los humanos. Su oscuro rostro ocultaba el odio sin esfuerzo, lo mismo que su desmedida hambre de poder. Nia'sny. Su nombre significaba «oscuridad» en su lengua, lo que describía por igual su exterior y su corazón. Le había dado instrucciones a Nerron de permanecer invisible hasta que lo llamara. Nada más fácil que eso. Un bastardo tenía mucha práctica en ser una sombra.

—Tu buscador de tesoros tuvo, pues, tan poco éxito como los hombres que contrataron los enanos. Estoy muy decepcionado —dijo el encorvado haciendo señas al criado, que estaba de pie con un cenicero de plata tras el sillón del trono—: al parecer exageraste al elogiarme su talento.

Nerron quiso estamparle el cigarrillo encendido en la frente. *Tranquilo, bastardo. Es un rey.* Pero nunca había podido refrenar sus sentimientos. Tampoco estaba seguro de querer aprender a hacerlo.

—¡Consiguió abrir la cripta, tal y como prometí, y encontrará la ballesta! ¿Me permitís recordaros que sin nuestros espías jamás habríais sabido de la cripta? Los enanos tienen la ilusión de que, al igual que nosotros, en la profundidad se sienten en casa, pero el seno de la tierra no guarda secretos que los goyl no sepan.

No. El viejo lord no podía ocultar la altivez en su voz. Ónix. La piel más noble que un goyl podía tener... hasta que un goyl de cornalina se había declarado rey. Los ónix odiaban a Kami'en con una pasión que casi les fundía la piel de piedra. Habían revelado la posición de las fortalezas de los goyl para derrocarlo y habían forrado el saco de los deseos, en el que el encorvado hacía desaparecer a sus enemigos, con espías de Kami'en, hasta que el saco rehusó prestar más servicios. Era un milagro que el rey de los goyl aún viviera. Nerron sabía de una docena de atentados que los ónix habían cometido contra él, pero los guardaespaldas de Kami'en sabían su oficio, aun cuando el goyl de jade hubiera desaparecido... Y seguía teniendo al Hada Oscura de su parte.

El viejo ónix se volvió.

Por fin.

La entrada en escena del bastardo.

Nerron se separó de la columna tras las que estaba y se dirigió al sillón del trono. El respaldo había sido hecho al parecer con la mandíbula de un gigante. Qué importaba... ese tipo de historias era solo un intento más de demostrar que, desde siempre, los humanos habían sido los dueños de ese mundo. Los libros de historia de los goyl lo sabían mejor. En comparación con los elfos, las hadas y las brujas, los humanos eran recién nacidos. Cualquier salamandra bajo la tierra tenía más historia que ellos.

El encorvado lo miraba con tanto desprecio que, mientras se acercaba a él, Nerron se imaginó clavándole las espinas de su embrujado corsé entre las costillas. No es que no estuviera acostumbrado a esas miradas. No tenía nada de lo que protegía a los demás, ni belleza ni un origen noble. De niño se había metido en la cabeza que un hada lo había creado del mármol de la noche y

que las verdes vetas de su piel no eran más que huellas de las hojas que ella había utilizado.

La malaquita que veteaba la piel de Nerron procedía de su madre. Oficialmente los ónix solo se emparejaban con ónix, pero la mayoría de ellos sentían un gran apetito por todo lo que no les pertenecía. Y esperaban de sus bastardos características distintas a las de sus hijos legítimos. Nerron lo había comprendido muy pronto. Un bastardo debía emular a las serpientes y arrastrarse y serpentear para sobrevivir. Pero también entendía de las otras virtudes de la serpiente: el arte de la invisibilidad, del engaño. Dominaba la mordedura, que provenía de la sombra.

Nerron inclinó la cabeza tan profundamente como el viejo ónix lo había hecho. A la izquierda y a la derecha del encorvado estaban dos de sus guardaespaldas. Su mirada era tan fría como los charcos de los que procedían. El rey de Lothringen se hacía custodiar por hombres de las aguas. Su piel era casi tan insensible como la piel de goyl y con sus seis ojos parecían haber sido creados para la tarea.

—¿Entonces? —la mirada que el encorvado lanzó a Nerron apenas era más cálida que la de sus hombres de las aguas—. ¿Por qué no me traes la ballesta, si realmente has estado en la cripta?

Los poderosos sonaban todos iguales, no importaba que su piel fuera blanda o de piedra. El poder era lo que los alimentaba y querían más, más y más.

—Nunca estuvo allí —la voz de Nerron no sonaba aterciopelada, como la del encorvado y la del lord de ónix, era basta y bronca como la ropa de un soldado.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está entonces?

—En el palacio de Gismundo en la Ciudad Muerta.

El encorvado se sacudió unos copos de ceniza del pantalón negro.

—No digas estupideces. El palacio ya no existe. Desapareció el día de su muerte, junto con diez mil de sus súbditos. La historia ya me la contaron mis niñeras, a fin de cuentas es uno de mis antepasados. ¿Tienes algo más que ofrecerme que cuentos sobre cazadores de tesoros?

Oh, la ira de los goyl. Nerron la sentía como aceite hirviendo por las venas. En Lothringen, habían alimentado antiguamente a los dragones con sus reyes, cuando el invierno no quería acabar. *Tu carne seguramente les deleitaría, rey encorvado.*

¡Nerron!

Se obligó a esbozar una sonrisa.

—Al cadáver de Gismundo le falta el corazón, la cabeza y la mano, lo que significa que ha servido a una vieja brujería. Se ocultan tres partes de un todo en tres lugares muy distantes entre sí, para hacer desaparecer aquello que realmente se quiere ocultar. Tiene que ser su Palacio Perdido. Las indicaciones en la cripta son claras. ¿Y qué escondite podría ser más seguro? Aparecerá, tan pronto ensamblamos el cadáver.

¿Lo ves? Los ojos bajo los pesados párpados lo observaron con algo más de respeto.

—¿Y? ¿Sabes dónde has de buscar las tres partes que faltan?

—Mi oficio es encontrar objetos perdidos.

Y los encontraría. Si Jacob Reckless no se le adelantaba. ¡De todos los cazadores de tesoros que había en el mundo precisamente había tenido que ser Reckless el que apareciera en la cripta! Y además le había quitado del medio la sombra de Gismundo. Si Reckless hubiera aparecido solo unas horas más tarde, las inscripciones del suelo habrían sido ilegibles. Nerron ya tenía el frasco

con el ácido en la mano. Qué rabia. Le daba muchísima rabia.

Sus caminos casi se habían cruzado ya un par de veces. Reckless había aventajado a Nerron en la búsqueda del zapato de cristal. Su imagen había aparecido en la portada de todos los periódicos. La había recortado y quemado, en la esperanza de que eso le reportara mala suerte a su competidor. Pero Jacob Reckless solo se había vuelto más célebre desde entonces, y cuando se preguntaba por el mejor cazador de tesoros, solo se mencionaba su nombre.

De momento, Nerron.

Esta vez lo derrotaría.

Los ojos del encorvado eran oscuros como un jaspe de pavo real. El mundo era un agujero de ratón, y él era el gato, que estaba apostado delante aguardando su presa. *Déjale que crea que no eres más que un ratón, Nerron.* Los poderosos permitían solo así que uno mismo pudiera ir de caza.

El encorvado le susurró algo a uno de sus hombres de las aguas en el escamoso oído. Era sorprendente lo ágiles que eran en tierra.

Una vara de luz matinal caía en el oscuro salón cuando el hombre de las aguas desapareció a través de una de las elevadas puertas, y Charles von Lothringen examinó las uñas de sus dedos, como si las comparara con las garras de los goyl.

—Con la ballesta, Lothringen tendría por fin un arma que podría replicar vuestra agresividad de forma eficaz —dijo—. Seguro que comprendéis que no puedo encomendar su búsqueda únicamente a un goyl.

Goyl. Pronunció esa palabra como lo hacían todos con sus blandos labios: como si tuvieran algo podrido en la lengua, algo que produce arcadas y que hay que escupir.

El rostro de Nia'sny se transformó en una máscara de piedra negra. No había nada por lo que los ónix odiaran más a Kami'en que por obligarles a aliarse con los piel blanda. El simple olor a humano desataba en Nia'sny náuseas. Pero en su voz no se percibía.

—Por supuesto, Vuestra Majestad —dijo con una deferencia magistralmente interpretada—. ¿A quién tenéis en mente como apoyo?

El hombre de las aguas regresó. Le murmuró algo a su señor antes de volver a montar guardia junto al sillón del trono. Charles von Lothringen arrugó la blanda frente. La piel humana estaba tan desprotegida como la de los gusanos que se desperezaban bajo el sol. Era un milagro que no se desecaran.

—Mi hijo Louis —en la voz real, el enfado y el desganado amor sonaban por igual— está, me dicen, cazando, pero todo estará preparado para su marcha tan pronto regrese. Esta misión será una magnífica preparación para su futura responsabilidad como heredero al trono.

Louis von Lothringen. Nerron bajó la cabeza. ¿Qué estaba cazando? ¿Las doncellas de su madre? Nerron había oído algunas cosas sobre ese príncipe real y ninguna de ellas era buena.

—Lo que resultará difícil será garantizar su seguridad. La voz de Nerron no podía ocultar su enfado. Él trabajaba solo, siempre solo, y esa era la caza de tesoros más importante de su vida.

El viejo ónix le lanzó una mirada de advertencia.

¿Qué? ¿El que encontrara la ballesta sería el mejor! Poder. Tierra. Oro... Había muchas cosas por las que los ónix y el encorvado habrían vendido a sus esposas y a sus hijos. Él solo quería una:

ser el mejor de su gremio. No había nada, ni sobre la tierra ni debajo de ella, que codiciara más, pero no encontraría ni el Palacio Perdido ni la ballesta si al mismo tiempo tenía que hacer de niñera de un príncipe. Menos aún con la competencia que tenía. Nerron no había contado nada de Reckless al ónix. Esa competición se la tomaba como algo demasiado personal. Bastaba con que se enteraran por él de que la caza había acabado y de que Reckless era el perdedor.

Pero la mirada del encorvado se había vuelto tan fría como la piel de sus hombres de las aguas. Los reyes consideraban que la compañía de sus hijos era un honor inmerecido, aun cuando ellos mismos no tuvieran una buena opinión de ellos.

—Tú garantizarás su seguridad. Ordené matar a mi mejor cazador después de que me trajera a Louis con una rozadura de bala de la caza —el gato coronado sacaba las garras—. Además, le daré a Louis mi mejor guardaespaldas.

Fantástico.

Quizá el príncipe también se llevara de caza a su sastre. O al criado, que le proveía de polvo de elfos. Se decía que Louis sentía debilidad por él.

Nerron inclinó la cabeza e imaginó que las flores mohosas de la cripta de Gismundo enverdecían la piel del encorvado.

En cualquier caso derrotaría a Jacob Reckless.



14

Una simple tarjeta

Corría y corría. Ya no tenía pies, pero, con los muñones ensangrentados, seguía tambaleándose a través de un bosque que era más oscuro que el bosque en el que se había encontrado con el sastre. Siempre siguiendo al hombre, que sabía que era su padre, aunque nunca se daba la vuelta. A veces solo quería alcanzarlo. A veces quería matarlo. Era un bosque tenebroso.

—¡Jacob! Despierta.

Se sobresaltó. Su camisa estaba tan empapada de sudor que tiritó en el frío relente. Por un momento no supo dónde se encontraba. Ni siquiera estaba seguro de en qué mundo estaba, hasta que descubrió sobre él dos lunas entre las ramas y vio a Zorro arrodillada junto a él.

Flandes, Jacob. Prados pantanosos, molinos de viento. Anchos ríos. En la última fonda habían sido devorados por las chinches, por eso habían decidido dormir al aire libre. Estaban de camino a la costa para tomar el *ferry* a Albión.

—¿Todo en orden? —Zorro lo miraba inquieta.

—Sí. Solo un mal sueño —en el roble, sobre ellos, ululó un búho. La mirada de Zorro seguía siendo de preocupación. *Naturalmente, Jacob. Desde que sabe la verdad, cada uno de tus estornudos suena a muerte.* Él agarró su mano y se la puso sobre el corazón—. ¿Lo notas? Fuerte y regular. Quizá las maldiciones de las hadas solo surten efecto si uno ha nacido en este mundo.

Zorro lo intentó con una sonrisa, pero no fue demasiado convincente. Ambos sabían lo que

pensaba: su hermano no procedía de ese mundo y, sin embargo, le había crecido una piel de jade.

Habían partido hacía cuatro días de la mina y desde entonces apenas habían hecho un alto. Jacob estaba casi convencido de que sabía lo que las inscripciones en el suelo de la cripta significaban, pero solo tendrían la prueba de ello cuando sostuvieran la ballesta en las manos. Que al muerto le faltaba la cabeza, la mano y el corazón para hacer desaparecer algo lo habían comprendido los dos tan pronto habían visto el cadáver mutilado —se trataba de una magia muy corriente—, pero que Gismundo no solo había hecho desaparecer la ballesta lo habían revelado las palabras de alabastro. Zorro y él las habían girado a un lado y a otro, y estaban de acuerdo en que solo podían tener un significado.

El verdugo de las brujas había tenido tres hijos. Su hijo mayor, Feirefis (o Firefist, como se hizo llamar más tarde), había exigido, cuando su padre estaba a punto de morir, la corona de Albión. Albión estaba situada al oeste. Su hermano más joven, Gahrumet, quien al parecer había salvado la ballesta, se había convertido en rey de Lothringen, la parte más al sur del reino de Gismundo, y la única hija de Gismundo, Orgeluse, había fundado la dinastía de la emperatriz de Austrien casándose con un caballero de su padre y engendrando dos hijos con él. Austrien estaba situada al este.

LA CABEZA AL OESTE
LA MANO AL SUR
EL CORAZÓN AL ESTE.

Feirefis había recibido la cabeza de su padre. Gahrumet, la mano. Orgeluse, su corazón.

JUNTOS POSEEN
LO QUE CADA UNO CODICIA.

No era difícil adivinar que hacía referencia a la ballesta.

OCULTO, DONDE TODOS ELLOS
COMENZARON.

Todos los hijos del verdugo de las brujas habían nacido en el palacio, que Gismundo había mandado construir en lo alto de la Ciudad Muerta, pero allí, donde había estado, no había más que un lugar vacío desde el día de su muerte. El verdugo de las brujas había hecho desaparecer un palacio entero para ocultar la ballesta, y solo había confiado la macabra clave de la solución del acertijo a sus hijos. Si la locura, que le había sobrevenido en los últimos años de su vida, le había hecho creer que de ese modo restablecería la paz entre ellos, ese deseo no se había cumplido. Se detestaban entre sí tanto como a su padre. Algunas historias afirmaban que su madre había sido una bruja y el motivo del odio de Gismundo hacia todas las brujas. Otros relataban que su segunda esposa había sido una bruja y que ella le había desvelado el camino que lo había convertido en

brujo. Sea cual fuera la verdad, los hijos de Gismundo se habían hecho la guerra, sin haber solucionado el acertijo de su padre, y probablemente no habían leído las inscripciones de la cripta. Pero el bastardo las había visto, y Jacob no se hacía ilusiones de que el goyl no hubiera descifrado las inscripciones. La única pregunta era quién de los dos sería más rápido en buscar las tres claves.

Cabeza, mano, corazón. Oeste, sur, este.

Zorro había propuesto empezar por el camino más largo. Esto es, Albión. Si tenían suerte, podían estar allí en dos días... si los ferrys funcionaban. Tan a principios de año solía pasar que las tormentas los retenían en el puerto. *Dos, tres meses. Quizá menos.* Sería un poco justo, aun cuando el bastardo no encontrara ninguna de las horripilantes herencias de Gismundo antes que él.

Zorro sacó el pelaje de las alforjas.

—¿Para quién crees que trabaja el bastardo?

Seguía transformándose casi cada noche, aunque entretanto se había percatado por sí misma de lo rápido que el pelaje le robaba los años, pero tenía razón: Jacob no podía permitirse decir nada al respecto. Él no había dejado de atravesar el espejo por su madre ni por Will y seguramente tampoco lo habría hecho ante la perspectiva de una vida menos peligrosa y quizá más larga. Había cosas que el corazón ansiaba de una forma tan intensa que la razón pasaba a convertirse en un desamparado espectador. El corazón, el alma, lo que quiera que fuera...

—Por lo que sé, trabaja sobre todo con los ónix —respondió mientras sacaba de la alforja el plato de estaño, que le había ahorrado ya alguna noche hambrienta en lugares como ese—; su padre era uno de los más altos lores. Si encuentra la ballesta, los goyl tendrán pronto otro rey.

El plato se llenó de pan y queso tan pronto Jacob lo pulió con la manga. No estaba realmente hambriento, pero tenía miedo de volverse a dormir y de volver a encontrarse en el bosque, dando tumbos de nuevo tras su padre. Su cordura no admitía realmente el pensamiento, pero allí estaba como un pesado susurro: *Efectivamente morirás sin haberlo vuelto a ver, Jacob.*

Zorro había cambiado la ropa por el pelaje. Crecía con ella como una segunda piel y brillaba de forma tan sedosa como el día en que Jacob la había visto con él por vez primera.

—Jacob...

—¿Qué? —casi no podía mantener los ojos abiertos.

—Échate a dormir. Apenas hemos hecho un alto desde hace días. Los ferrys no saldrán en cualquier caso hasta por la mañana.

Tenía razón. Agarró su mochila. En alguna parte tenía aún algunas pastillas del otro mundo para dormir. Si lo recordaba bien, procedían de la mesilla de noche de su madre. Durante años no había podido dormir sin ellas. Recogió la tarjeta que cayó de la mochila en la hierba escarchada. *Norebo Johann Earlking.* El curioso extraño que había respondido por él en la subasta y que había mostrado interés por el polvoriento legado de su familia.

Zorro cambió de forma y se lamió el pelaje, como si tuviera que expulsar el olor a humano. Por un momento se estrechó contra él como antes, cuando bajo el pelaje se había ocultado una niña. Los dos eran unos niños cuando él la encontró en la trampa. Jacob le pasó la mano por las orejas puntiagudas. Tan hermosas. En las dos formas.

—Ten cuidado. Los cazadores ya están de camino —como si tuviera que recordárselo.

Ella atrapó su mano —la forma en que la zorra tenía de demostrar su amor— y desapareció tan

sigilosamente bajo los árboles como si sus patas no soportaran peso alguno.

Jacob clavó los ojos en la tarjeta, que seguía sosteniendo en la mano. Había querido pedirle a Will que averiguara algo más sobre su extraño bienhechor. *¿Dónde había tenido la cabeza? Sí, dónde, Jacob. La muerte te pisa los talones. Norebo Johann Earlking debe aguardar. Aun cuando no te guste el color de sus ojos.*

Lanzó la tarjeta a la hierba. *Dos, tres meses...* Dos días en el *ferry* y quién sabe cuánto tiempo necesitarían para encontrar la cabeza en Albión. Después vuelta a Lothringen y Austrien para buscar la mano y el corazón. Cientos de kilómetros con la muerte pisándole los talones. Quizá había recibido la última oportunidad demasiado tarde.

El viento, que le recorría la camisa empapada de sudor, le trajo el hedor de una ciénaga cercana. Las dos lunas desaparecieron tras unas nubes oscuras, y el mundo a su alrededor pareció, por un instante, de lo más tenebroso y extraño, como queriéndole recordar que no se encontraba en casa. *¿Dónde te gustaría morir, Jacob? ¿Aquí o allí?*

Unas hojas marchitas ondearon en el fuego, y con ellas la tarjeta de Earlking.

No ardió.

Las hojas sobre las que reposaba se convirtieron en ceniza, pero la tarjeta permaneció tan intacta como Earlking se la había entregado. Jacob sacó el sable y clavó en ella la hoja para sacarla de las llamas. Su papel estaba blanquísimo cuando la levantó.

Un hechizo.

¿Cómo había llegado al otro mundo? Una pregunta estúpida, Jacob. ¿Cómo había llegado el espíritu de la botella hasta allí? Pero ¿quién había pasado la tarjeta a través del espejo?, ¿y había sabido Earlking lo que le había entregado? Eran demasiadas preguntas y Jacob tenía la desagradable sensación de que las respuestas no le iban a gustar.

Le dio la vuelta a la tarjeta. Su dorso se había llenado de palabras, y cuando pasó la mano sobre ellas, un rastro de tinta se quedó pegado en sus dedos.

Buenas noches, Jacob:

Lamento que solo nos hayamos encontrado de una forma tan fugaz, pero confío en que volvamos a hacerlo en el futuro con mucha más frecuencia.

Quizá incluso pueda serte de ayuda en la misión que tienes por delante en algún momento. Naturalmente no de una forma del todo desinteresada, pero te prometo que el precio será asequible.

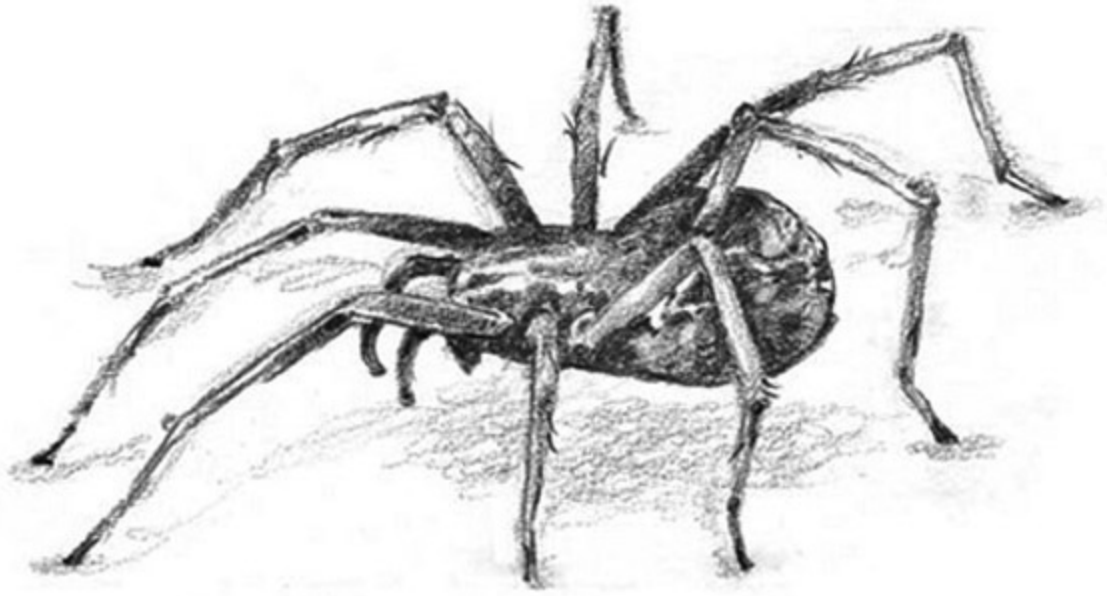
La escritura se borró tan pronto Jacob leyó la última palabra, y la tarjeta volvió a llevar únicamente el nombre impreso de Earlking.

Ojos color verde hierba.

¿Un leprechaun? ¿O uno de los gilches que las brujas de lo alto de Suomi moldeaban con

arcilla y despertaban a la vida con su risa? ¿En Chicago? No. Tenía que ser algún truco barato, la broma de algún hombrecillo viejo que por casualidad se había apropiado de un objeto mágico. Por un momento, Jacob quiso arrojar lejos la tarjeta, pero después la metió en el pañuelo de oro y la volvió a guardar en el bolsillo. Zorro tenía razón. Necesitaba dormir. Pero cuando se tumbó junto al agonizante fuego, se oyeron disparos en alguna parte, y él únicamente se quedó allí tumbado aguzando los oídos en la oscuridad, hasta que horas más tarde, por fin, oyó las sigilosas patas de la zorra y poco después Zorro colocó su manta junto a la suya.

Pronto respiró de una forma tan profunda y regular como solo se hace cuando se duerme, y mientras sentía su calor junto a él, Jacob olvidó los sueños que le aguardaban y la tarjeta, que traía palabras del otro mundo, y por fin se durmió.



15

Parte de araña

Carruajes y caballos de carreras. Charles, rey de Lothringen, los coleccionaba al igual que los retratos de actrices. El carruaje en el que estaba sentado Nerron estaba pintado con los colores del país de Lothringen y las puertas estaban cubiertas de diamantes. El encorvado tenía un gusto claramente mejor en la elección de sus trajes. Nerron había estado buscando mucho tiempo un lugar que no estuviera vigilado por los espías del rey ni por los de los ónix, pues lo que quería descubrir no les incumbía a ninguno de ellos.

¿Dónde se metía Jacob Reckless? Con seguridad, la pequeña travesura con la puerta no lo habría retenido mucho tiempo en la cripta. La primera regla de oro de la caza de tesoros (y de la vida en general) era: no subestimes nunca las capacidades de tu adversario.

¿Dónde estaba, pues?

El medallón que Nerron llevaba colgado bajo la camisa de lagarto era una de sus más valiosas posesiones. La araña, que intentaba salir de él, la había robado en su quinto cumpleaños... y con ello había salvado su vida. Los ónix invitaban a todos sus bastardos, entre su quinto y séptimo cumpleaños, a un palacio a orillas de un lago subterráneo, tan profundo que las morenas que allí vivían llegaban al parecer a alcanzar los cien metros. Nerron no había comprendido por qué su madre ni siquiera parecía haberse alegrado con aquel honor. Apenas había pronunciado palabra, mientras él había admirado boquiabierto las maravillas del palacio subterráneo. Hasta ese

momento, una casa para él había sido un agujero en la pared, con un nicho rocoso para dormir y una mesa, en la que su madre pulía la malaquita que se parecía a su piel. Nerron no había crecido mucho y tampoco era guapo —dos cualidades a las que los ónix concedían mucha importancia—, y su madre había sabido lo que eso significaba. Los lores de ónix eran tacaños con su sangre. Los bastardos que fracasaban en el examen eran ahogados en el lago, a cuya orilla estaba situado el palacio. Pero un niño de cinco años que conseguía robar una valiosa arma de espionaje mientras aguardaba en su biblioteca a su veredicto prometía ser útil en algún momento.

La araña estaba adormilada, pero comenzó su baile tan pronto Nerron le golpeó con la uña la pálida barriga.

Arañas gemelas.

Raras y valiosas.

Había necesitado meses para comprender lo que las ocho patas le habían escrito en la palma de la mano. El silencioso baile semejava el baile que las abejas ejecutaban para mostrar a sus congéneres el camino a las prometedoras flores. Pero la araña no informaba sobre lo que ella misma veía, sino sobre lo que veía su hermana gemela, y esta se había deslizado entre la ropa de Jacob Reckless en la cripta de Gismundo.

La cabeza. La mano. El corazón. ¿Qué buscaría primero?

Lo que la araña escribía sonaba a fragmentos de una conversación: «... un viejo amigo... no sé... hace mucho tiempo... dos días de *ferry*...».

El *ferry*... Solo podía tratarse de Albión y con ello del oeste. Estupendo. Solo pensar en el Gran Canal le producía náuseas a Nerron. El húmedo temor de los goyl... Si la cabeza estaba en Albión, Reckless le hacía un favor si la encontraba y la llevaba a tierra firme.

La araña continuó bailando, pero su hermana gemela estaba terriblemente parlanchina y barbullaba lo que pillaba. ¿A quién demonios le interesaba qué color tenía el cielo que Reckless veía, a qué olía y si dormía a la intemperie o se alojaba en un hotel? ¡*Venga, vamos!* ¿Adónde exactamente viajaba Reckless? ¿Sabía ya dónde quería buscar la mano y el corazón? Pero todo lo que bailó la araña fue el menú de una fonda flamenca. Maldición, si las bestias fueran más inteligentes...

—¿Eres el goyl que acompaña al príncipe?

La voz no era más que un húmedo susurro.

Un hombre de las aguas estaba de pie delante de la ventana del carruaje, escamoso como los lagartos, con cuya piel Nerron se hacía la ropa. Sus seis ojos eran incoloros, como el agua que los mozos daban a los caballos del encorvado.

El goyl que acompaña al príncipe. Genial...

—El príncipe aguarda —en los hombres de las aguas cada palabra sonaba como una amenaza.

Estupendo. Su príncipe debía aguardar hasta que las axilas reales enmohecieran. Nerron hizo que la araña regresara al medallón.

Mientras cruzaba el patio del palacio delante de él, el uniforme del hombre de las aguas formaba ondas, como si su cuerpo protestara contra la ropa. En sus charcos, cubrían la escamosa piel solo con algas y barro. En tierra, no eran tampoco demasiado limpios. Había pocas criaturas que provocaran más asco en un goyl.

Un príncipe y un hombre de las aguas. *Suciedad de salamandra...* Nerron escupió... y recibió una mirada de desaprobación de los ojos incoloros. Al menos los hombres de las aguas eran conocidos por no ser especialmente habladores, y, como guardaespaldas principescos, confiaba en que renunciaran a arrastrar a un charco a cada muchacha humana más o menos vistosa.

El príncipe aguarda.

Nerron maldijo al encorvado a cada paso que daba hacia su vástago. Louis von Lothringen los aguardaba delante de las cuadras, donde estaban los caballos de caza de su padre. Su ropa de viaje habría atraído a cualquier salteador en cien kilómetros. Solo cabía esperar que, después de unos días, se cubriera de suciedad y que los pulgarcitos robaran los botones de diamantes. El heredero al trono de Lothringen comía en exceso y demasiado bien, aquello no se podía negar, y los rizos rubio platino colgaban tan despeinados en torno a su abotagado y lechoso rostro como si los criados acabaran de sacarlo de la cama. De hecho, había traído consigo a uno de ellos. Apenas le llegaba a su señor a los pezones y parecía un escarabajo en su casaca tiesa y negra. La mirada con la que examinó a Nerron reflejaba tanto asombro como si no hubiera visto nunca a un goyl. Nerron le devolvió una sombría mirada. *Todo lo que has oído sobre nosotros es cierto, hombre escarabajo.*

Un hombre de las aguas, un príncipe y un escarabajo... Jacob Reckless se frotaría las manos.

—Entonces, ¿qué buscamos exactamente? —la voz de Louis sonaba tan gruñona como cabía esperar del mimado granuja de un rey. Había celebrado hacía poco su decimoséptimo cumpleaños, pero la cara de inocente engañaba. Al parecer ni las doncellas de su madre ni su plata, que empeñaba regularmente para pagar deudas de juego o a sus sastres, estaban a salvo de él.

—Vuestro padre me ha informado de que se trata de Gismundo, el verdugo de las brujas, Su Alteza —la voz del escarabajo sonaba como si la montura metálica de las gafas le estrangulara la nariz—. Seguramente recordaréis nuestra clase sobre la historia de vuestra familia. El hijo menor de Gismundo es uno de vuestros antepasados, no en línea directa —la línea directa había decapitado la cabeza del pueblo de Lothringen—, pero a través de un primo ilegítimo.

El escarabajo cerró la boca y se pasó la mano sobre el cabello ralo, como queriendo felicitarse a sí mismo por tanta erudición.

Un profesor. El encorvado le daba a su hijo un profesor para la caza de tesoros. Nerron deseó estar lejos, muy lejos de allí. El mismo infierno sonaba tentador.

Louis se encogió de hombros con gesto aburrido y siguió con la mirada a una chica de la cocina, que atravesaba el patio. Ojalá fuera tan estúpido como parecía. Eso facilitaría ocultar secretos ante él.

—¿Podemos, al menos, llevar el nuevo carruaje? —preguntó—. El que no necesita caballos. Mi padre lo ha ordenado importar de Albión.

Ignóralo, Nerron. O lo matarás a golpes el segundo día a más tardar.

—Partimos en una hora —le dijo al hombre de las aguas—, a caballo —añadió lanzándole una mirada a Louis—. Pero primero he de someter a examen a vuestro profesor —agarró al escarabajo del cuello de la camisa, lo que, como era de esperar, no le importó lo más mínimo a su principesco alumno, y se lo llevó consigo.

—Arsene Lelou. ¡No viajo únicamente en calidad de profesor de Louis! —balbució el

escarabajo—. Su padre me ha encargado inmortalizar las aventuras de su hijo para la posteridad. De hecho, incluso algunos periódicos están intere...

Nerron lo hizo callar con un chasquido de lengua. Los ónix eran muy buenos profesores en incordiar a los subordinados.

—Supongo que sabes algo sobre el hijo menor del verdugo de las brujas.

La imberbe boca del escarabajo esbozó una altanera sonrisa:

—Sé todo sobre él. Pero, por supuesto, no compartiré mis conocimientos sobre la familia real con cualquier...

—¿Con cualquier qué? ¡Escucha con atención, Arsene Lelou! —le murmuró Nerron—; me resultaría más fácil matarte que romperle el pescuezo a un pulgarcito, y los dos sabemos que tu alumno no movería un dedo por ti. Así que quizá deberías considerar compartir tus conocimientos conmigo. —Nerron le brindó una sonrisa que le habría sentado bien a cualquier lobo.

Arsene Lelou se puso tan rojo como si se hubiera transformado en cornalina.

—¿Qué queréis saber? —gangueó. Se esforzaba por ser un escarabajo valiente—. Puedo nombraros datos y lugares de sus más importantes victorias. Me sé de memoria una parte considerable de la correspondencia que mantenía con su hermana Orgeluse sobre cuestiones de la sucesión en Austrien, los acuerdos de armisticios con su hermano, que Feirefis ha roto varias veces, su...

Nerron negó impaciente con un gesto.

—¿Sabes algo de una mano cortada que el verdugo de las brujas le dejó a Gahrumet?

Hazme dichoso, escarabajo. Dime que sí.

Pero Lelou únicamente afiló asqueado la boca.

—Lo siento. No he oído nunca hablar de una herencia tan grotesca. ¿Eso es todo?

Su huidiza barbilla temblaba, no se sabía si de miedo o humillación. Se inclinó profundamente y se dispuso a regresar deprisa donde los demás, pero tras dos pasos se detuvo.

—Sin embargo, hay un acontecimiento —Lelou se colocó bien las gafas, con un gesto tan sabihondo que Nerron casi se las hubiera quitado a golpes de la nariz—, relacionado con el criado predilecto del nieto de Gahrumet. Fue estrangulado por una mano cortada.

Diana.

—¿Qué pasó con la mano?

Lelou se alisó chaleco. Estaba bordado por completo con el escudo de armas del reino de Lothringen.

—El nieto de Gahrumet la condenó a muerte. En un procedimiento judicial regular.

—¿Qué significa eso?

—Fue entregada al verdugo, partida en cuatro y enterrada a los pies de su víctima.

—¿Dónde?

—En el cementerio de la abadía de Fontevaud.

Fontevaud. Eso era un viaje a caballo de seis días... en el caso de que el principillo no tuviera que hacer demasiados altos. Seguramente Reckless estaría ese tiempo de viaje a Albión.

La cabeza al oeste. La mano al sur.

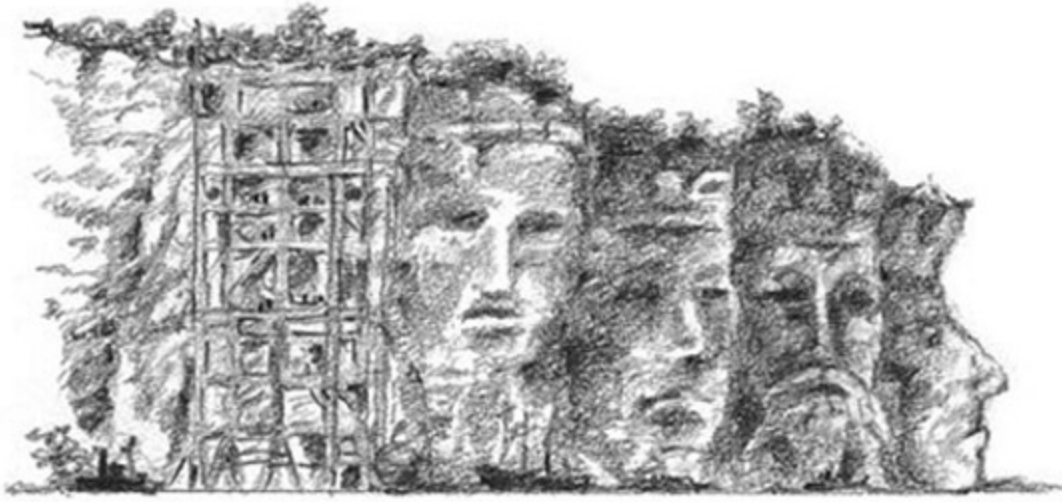
Nerron sonrió. Estaba seguro de que tendría la mano antes siquiera de que Reckless

descubriera dónde estaba la cabeza. Era más fácil de lo esperado. Quizá no era tan mala idea llevarse de caza a un escarabajo instruido. El propio Nerron no era amigo de los libros, al contrario que Reckless, del que se decía que conocía todas las bibliotecas entre el Mar Blanco y Hielandia y que pasaba semanas sobre viejos manuscritos cuando seguía el rastro de un tesoro. No, eso no era del gusto de Nerron. Él prefería encontrar sus rastros en prisiones, tabernas o al borde de las calles. Pero un escarabajo tan instruido... Nerron le dio palmadas a Lelou en la delgada espalda.

—No está mal, Arsene —dijo—. Acabas de mejorar claramente tus oportunidades de sobrevivir en esta empresa.

Lelou puso cara pensativa, como si no estuviera seguro de que aquella declaración debía tranquilizarlo. Delante de las cuadras, Louis discutía con el hombre de las aguas sobre cuántos caballos necesitarían para transportar su equipaje.

—¡Ni una palabra sobre nuestra conversación! —susurró Nerron a Lelou mientras regresaban donde ellos—. Y olvídate de los periódicos, aun cuando a Louis le guste ver su rostro en la portada. Quiero ver cada sílaba que escribas sobre su aventura, y naturalmente confío en que mi papel se describa de la forma más halagüeña.



16

La cabeza al oeste

La mayoría de los barcos que estaban anclados en el puerto de Dunkerque necesitaban aún del viento para surcar los mares del mundo del espejo. El viento, que soplaba entre los mástiles, aromatizaba el aire con todo lo que traían de los más lejanos rincones de ese mundo: pimienta de plata, madera susurrante, animales exóticos para los zoológicos de los príncipes de Lothringen y Flandes... la lista era interminable. Pero los ferrys que cruzaban a Albión ya disponían de chimeneas en lugar de mástiles y escupían al viento su sucio vapor a la cara.

El *ferry* al que Jacob subió con Zorro necesitaba de todos modos más de tres días para cruzar el Gran Canal, que separaba Albión del continente. El mar estaba agitado y el capitán ordenó parar los motores una y otra vez para buscar con la vista un calamar gigantesco, que había arrastrado hacía semanas a otro *ferry* a las profundidades.

Jacob tenía la sensación de que el tiempo se le escurría entre los dedos como arena, y Zorro estaba junto a la borda y miraba por encima de las olas revueltas, como si anhelara la llegada de la costa. La aversión de Jacob a los barcos era casi tan grande como la de los goyl. Zorro, al contrario, estaba de pie sobre las tablas oscilantes, como si hubiera nacido sobre ellas. Era la hija de un pescador. Era todo lo que, en algún momento, le había revelado a Jacob sobre su origen. A Zorro le gustaba aún menos hablar de su pasado que a él. Todo cuanto Jacob sabía era que había nacido en un pueblo al norte de Lothringen, que su padre biológico había muerto poco después de

su nacimiento, que su madre se había vuelto a casar y que tenía tres hermanastros.

Las rocas cretáceas, que surgieron por fin de las grises olas al cuarto día, tenían su copia exacta en el mundo de Jacob. Pero desde las blancas rocas de Albión siete reyes y una reina descendían la mirada sobre los barcos que llegaban. Cada una de las imágenes era tan grande que en un día claro se podía divisar desde muchos kilómetros de distancia. El salitre les corroía los rostros de la misma implacable forma que los gases de los coches erosionaban los monumentos del otro mundo, y el rostro del rey actual estaba cubierto por un andamiaje, sobre el que una docena de canteros estaban ocupados en renovar el bigote, que le había valido el sobrenombre de «la Morsa».

Zorro examinaba la costa de Albión como un país enemigo. En los teatros de las ciudades, el público vitoreaba a los mutadores de forma que se transformaban sobre el escenario en burros o perros. Los zorros, sin embargo, eran cazados en las verdes colinas con tanta pasión que Jacob le había hecho prometer no llevar el pelaje en la isla.

Albión... Chanute aseguraba que antaño había habido allí más criaturas mágicas que en Lothringen y Austrien juntas, pero, entretanto, de las húmedas praderas de Albión brotaban fábricas más rápidamente que en Schwanstein. Mientras Jacob conducía su caballo entre los carros, que aguardaban en el embarcadero, creía ya ver crecer en las colinas vecinas las ciudades, que se multiplicaban rápidamente en el otro mundo. Pero las colinas aún seguían cubiertas por los bosques encantados, que le explicaban mejor su propio corazón que los parques y calles con los que él y Will habían crecido. Jacob se preguntaba a menudo si su padre también había amado ese mundo por su salvajismo o únicamente porque había podido hacer pasar los descubrimientos de otro mundo como suyos.

Tomaron una de las calles menos transitadas en dirección al noroeste, que pasaba serpenteando junto a campos y praderas que hacían olvidar que, en el último tiempo, los pulgarcitos y los zancudos saltarines eran casi tan raros como los hobs, la variante albiona de los duendes, o los escamosos caballos de las aguas, a los que todavía unos años antes se había podido ver pastando junto a cualquier río. El último cuervo de oro miraba disecado desde una vitrina de museo, ya solo había unicornios en los escudos de armas reales, y Albión construía en Londra, la vieja capital, palacios que tributaban homenaje a las nuevas magias: la ciencia y el arte de la ingeniería. Pero la meta de Jacob era otra ciudad.

Pendragón estaba situada apenas a cuarenta kilómetros tierra adentro, tenía casi tantas torres como Londra y era tan vieja que había infinitas discusiones sobre el año de su fundación. Además, la ciudad albergaba la universidad más famosa de Albión. Una gran piedra marcaba el centro. La superficie la habían pulido incontables manos. Antes de seguir cabalgando, Zorro tiró también de las riendas del caballo y pasó la mano sobre ella. Al parecer se trataba de la piedra con la que Arturo Pendragón se había fabricado una espada mágica y, de este modo —mucho tiempo antes de la época de Gismundo—, se había proclamado rey de Albión. Ningún rey detrás del espejo estaba rodeado de una red tan tupida de verdad y mito como Arturo. Se decía que lo había alumbrado un hada y que su padre había sido un elfo de aliso, uno de los legendarios inmortales que las hadas habían convertido en enemigos y que habían aniquilado tan a fondo que ya no existía ni rastro de ellos. Arturo le había dado a Pendragón no solo el nombre, también había fundado la famosa

universidad... y había dotado a la primera piedra de una magia tan fuerte que los viejos muros seguían brillando de noche con una intensidad que hacía innecesarias las farolas.

Los edificios estaban situados detrás de una valla forjada, que los rodeaba desde hacía siglos cual despojos de una ciudad encantada. La puerta se cerraba cuando el sol se ponía. Zorro aguzó el oído en la noche antes de saltarla. Los guardianes, que pasaban revista a la zona en la oscuridad, desempeñaban sus servicios desde hacía tantos años que, en realidad, habrían tenido que jubilarlos bien merecidamente hacía largo tiempo, aunque lo único que vigilaban no era sino una enorme cantidad de libros viejos y el olor del pasado, que se mezclaba de forma muy reacia con el perfume del progreso.

Torres y frontones de piedra color gris pálido. Oscuras ventanas, en las que se prendía la luz de ambas lunas. Jacob amaba el laberinto de erudición de Pendragón. Había pasado innumerables horas en la Gran Biblioteca, había asistido en los viejos paraninfos a conferencias sobre leprechauns o los dialectos de las brujas en Lothian, había aprendido nuevas (y sorprendentemente sucias) fintas en el pabellón de esgrima... y, una y otra vez, había constatado que tenía muchas más ansias de comprender ese mundo que aquel en el que había nacido. Todos los años que había pasado encontrando tesoros mágicos perdidos, casi le daban la sensación de ser el protector de un pasado que los habitantes de ese mundo ya no valoraban.

La mayoría de las ventanas de la facultad de Historia estaban oscuras como las de los demás edificios. Únicamente había aún luz en la segunda planta. Robert Lewis Dunbar adoraba trabajar hasta bien entrada la noche.

Ni siquiera levantó la cabeza cuando Jacob entró en su despacho. El escritorio de Dunbar estaba tan repleto de libros que apenas se le veía detrás de las pilas, y Jacob se preguntó en qué siglo se había perdido esta vez. Era difícil ser el hijo de un FirDarrig de pura raza y al mismo tiempo un historiador de talento. Había que ser más brillante que todos los colegas humanos, pero a Dunbar nunca le había costado serlo, aunque su padre le había dejado en herencia una cola de rata y una piel muy peluda.

Dunbar no había heredado el afilado hocico. La belleza de su madre se había ocupado de que su rostro fuera medianamente vistoso. La mayoría de los FirDarrigs procedía de Fianna, la belicosa isla vecina de Albión. Podían hacerse invisibles y tenían, los pocos que sabían de ella, una memoria fotográfica.

—Jacob... —Dunbar seguía sin levantar la cabeza. Pasó la página que estaba leyendo y se rascó la peluda mejilla—, uno de los acertijos de este universo es por qué nuestra dirección universitaria contrata a guardias nocturnos que son tan sordos como ciegos. Por suerte, tu pisada de pirata es inconfundible. ¡A ti naturalmente no te he oído, Zorro! —alzó la vista y les regaló una sonrisa—. ¡Por la espada de Pendragón, la zorra se ha hecho mayor! ¿Y aún sigues a su lado? —cerró el libro y lanzó a Jacob una mirada burlona—. ¿Qué estás buscando esta vez? ¿Una camisa de Habetrot? ¿Una pezuña de grifo? Deberías cambiar de profesión. Bombillas, pilas, aspirinas... esas son las palabras que en estos tiempos suenan a magia.

Jacob se acercó al escritorio y examinó los libros, en los que Dunbar se perdía cada noche como en un paisaje de papel.

—*La historia de Mauritania, Alfombras voladoras y En el reino de las lámparas mágicas.*

¿Piensas salir de viaje?

—Quizá. —Dunbar cazó una mosca y la deslizó discretamente en la boca. Ningún FirDarrig podía resistirse a un insecto que pasara zumbando—. ¿Qué hace un historiador en un país que ya solo cree en el futuro? ¿Qué hay de bueno en que dejemos que las manecillas y las ruedas dentadas nos dicten la vida?

Jacob abrió uno de los libros y contempló la ilustración de una alfombra voladora que transportaba a dos caballos y sus jinetes:

—Créeme. Esto es solo el principio.

Dunbar guiñó un ojo a Zorro de forma confabuladora.

—Le gusta demasiado jugar a los profetas, ¿no es cierto? Pero si le pregunto qué ve exactamente en el futuro, me elude.

—Un día quizá te lo desvele —no había nadie a quien Jacob le hubiera gustado más hablarle del otro mundo que a Dunbar. Cada vez que lo veía, imaginaba cómo sus miopes ojos se dilatarían al observar un rascacielos o un reactor. Aun cuando Dunbar contemplara el progreso en su mundo de forma muy crítica... Jacob no conocía a nadie que poseyera tanta formación e inteligencia y al mismo tiempo la insaciable curiosidad de un niño.

—Aún no me has contestado. —Dunbar llevó una pila de libros de vuelta a los estantes de madera oscura, que llenaban todas las paredes de su despacho de conocimiento impreso—: ¿qué buscas?

Jacob dejó el libro de las alfombras voladoras sobre el escritorio. Deseó estar buscando un objeto mágico igual de inocente.

—Busco la cabeza de Gismundo, el verdugo de las brujas.

Dunbar se detuvo tan de repente que uno de los libros se le cayó de los brazos. Se agachó y lo recogió.

—Primero tendrás que encontrar su cripta.

Su voz sonaba desacostumbradamente fría.

—La he encontrado. Al cadáver de Gismundo le falta la cabeza, el corazón y la mano derecha. Creo que ordenó mandar la cabeza a Albión. A su hijo mayor.

Dunbar dejó los libros en la estantería, uno detrás de otro, sin decir palabra. Después se volvió y se apoyó contra sus lomos de piel. Jacob no había visto nunca tanta hostilidad en el rostro de Dunbar. Llevaba puesta, como siempre, una larga casaca que ocultaba su cola de rata. Solo el color rojo brillante delataba al FirDarrig. Apenas usaban otro color.

—Se trata de la ballesta, ¿verdad? Sé que estoy en deuda contigo, pero no te ayudaré a encontrarla.

Años atrás, Jacob había protegido a Dunbar de unos soldados borrachos que se habían propuesto divertirse quemándole el pelaje.

—No he venido aquí a cobrar deudas. Pero he de encontrar la ballesta.

—¿Para quién? —el pelaje de Dunbar se erizó como el de un agresivo perro—. Los campesinos siguen recogiendo huesos humanos de la tierra en los viejos campos de batalla. ¿Has cambiado en este tiempo tu conciencia por una bolsa de oro? ¿Te cuestionas al menos de vez en cuando lo que haces? ¡Vosotros, los cazadores de tesoros, convertís la magia de este mundo en

mercancía que solo los poderosos se pueden permitir!

—¡Jacob no tiene previsto vender la ballesta!

Dunbar no prestó atención al comentario de Zorro. Regresó a su escritorio y hojeó con manos inquietas sus apuntes.

—No sé nada de la cabeza —dijo sin mirar a Jacob—, y no quiero saber nada de ella. Estoy convencido de que preguntarás a otros, pero tengo la esperanza de que nadie pueda darte la respuesta a lo que buscas. Por fortuna este país ha perdido también el interés por la magia negra. Eso, al menos, es un progreso. Y ahora me disculpo. Mañana he de dar un discurso sobre el papel de Albión en el comercio de esclavos. Otro triste capítulo.

Se sentó detrás de su escritorio y abrió uno de los libros que tenía delante.

Zorro lanzó una mirada desamparada a Jacob.

Él la agarró del brazo y tiró de ella hacia la puerta.

—Disculpa —le dijo a Dunbar—. No tendría que haber venido.

Dunbar no levantó la vista de su libro.

—Es mejor no encontrar algunas cosas, Jacob —dijo—. No eres el único al que le gusta olvidarlo.

Zorro quiso responder algo, pero Jacob la empujó para que cruzara la puerta.

—Lo olvido menos de lo que crees, Dunbar —dijo antes de cerrar la puerta a su espalda.

¿Y ahora qué?

Descendió la mirada sobre el oscuro pasillo.

Zorro tenía la misma pregunta en su rostro. Y el mismo miedo.

Al final del pasillo apareció una lámpara oscilante. El vigilante nocturno que la sostenía era realmente casi tan viejo como el edificio.

Jacob ignoró su mirada alelada y pasó junto a él sin decir palabra.

Era una noche clara, y las dos lunas manchaban los tejados de óxido y plata. Zorro guardó silencio hasta encontrarse nuevamente delante de la puerta de hierro.

—Tienes siempre un segundo plan. ¿Cuál es?

Sí, lo conocía bien.

—Compraré cascos de sangre.

Quiso saltar la puerta, pero Zorro lo agarró del brazo y tiró de él bruscamente.

—No.

—¿No qué? —no había sido su intención sonar tan irritado. Pero estaba muerto de cansancio y profundamente harto de escapar de la muerte. *Has olvidado algo, Jacob. Miedo. Tienes miedo*—. He de encontrar la cabeza y no tengo la menor idea de dónde buscarla, por no hablar del corazón y la mano. ¡El único hombre en el que confiaba que me ayudaría me tiene por un idiota sin escrúpulos, y al parecer, a lo más en tres meses, yo mismo yaceré en un ataúd!

—¿Qué?

La voz de Zorro se rompió, como si la verdad se le hubiera clavado en forma de astilla en la garganta.

Maldición, Jacob.

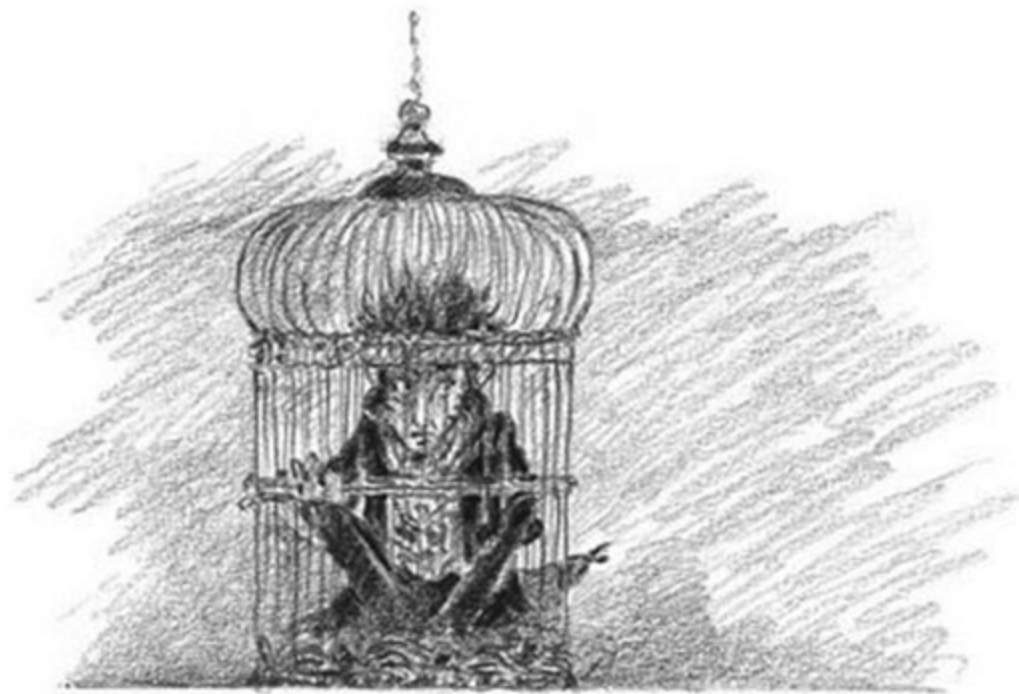
Ella lo golpeó contra la puerta de hierro.

—¿Me dijiste que no lo sabías!

—Lo siento mucho —solo dejó de mala gana que Jacob la abrazara. Su corazón latía de miedo casi tan deprisa como entonces, cuando él le había sacado la pata herida de la trampa—. No cambia nada que ahora lo sepas, ¿no es cierto?

Ella se soltó.

—Juntos —dijo—. ¿No era ese el plan? No me vuelvas a mentir. Estoy harta.



17

La primera mordedura

Hay cosas que hay que buscar en la suciedad. Cosas tenebrosas, a las que el olor de la pobreza lleva a uno, en oscuras calles lejos de las lámparas de gas y de las casas enlucidas, a patios traseros que huelen a desechos y a comida mala. Jacob preguntó por el camino a un hombre que estaba sentado en el portal de una casa y que extraía el polvo de plata a un elfo capturado. Polvo de elfos... un remedio peligroso para olvidar el mundo.

En la ventana de la tienda adonde lo mandó no había nada sospechoso que descubrir. Era medianoche pasada, pero lo que Jacob buscaba era preferible comprarlo al amparo de la noche. El comercio de objetos y sustancias mágicos estaba rigurosamente regulado en Albión. Sin embargo, solo si se buscaba en los lugares correctos, uno podía encontrar todo lo que se podía comprar en el continente.

El chillido de un hob atravesó la puerta cuando Jacob golpeó el cristal lechoso. La variante albiona de los duendes tenía cabellos color zanahoria y piernas considerablemente más largas que sus primos de Austrien. La mujer que les abrió se esforzaba por parecer una bruja, pero sus pupilas eran redondas como las de una mujer humana, y el perfume de hierbas que se había echado gota a gota en el profundo escote no olía muy distinto del aroma forestal que rodeaba a Alma. El hob estaba sentado en una jaula sobre la puerta. Eran guardianes fiables si se les alimentaba con regularidad, y encerrados no tenían peor humor que en libertad. Sus ojos rojos se clavaron en

Zorro cuando entraron a la tienda. Olía a la mutadora de forma.

La falsa bruja echó el cerrojo a la puerta, mientras posaba una mirada evaluadora sobre la ropa de Jacob. El corte y la buena tela le susurraron «dinero» al oído y ella le brindó una sonrisa tan falsa como su perfume. La tienda olía a lirios de pantano desecados, lo que no prometía nada bueno. A menudo los hacían pasar por lirios de hadas, y los hongos que colgaban del techo se vendían como afrodisiacos, aunque todo lo que provocaban eran alucinaciones de por vida. Pero Jacob descubrió también algunas cosas en las estanterías que parecían auténtica magia.

—¿Qué puede hacer Ricitos de Oro por estos dos pimpollos? —la risa áspera la delataba como masticadora de lentejas. La adicción de Cenicienta... Sueños de princesa por unas horas. Le brindó a Zorro una sonrisa algo maliciosa—. ¿Necesitáis algo para avivar la vieja pasión? u ¿os ha salido otra persona al encuentro?

Jacob le habría administrado con sumo gusto su bebida más venenosa. Sus rizos eran realmente de oro. El tipo de oro pegajoso que a las brujas falsas les gustaba cocer para teñirse el cabello y los labios con él.

—Necesito un casco de sangre. —Jacob lanzó dos táleros sobre el sucio mostrador. En los últimos tiempos, el pañuelo de su bolsillo los producía de forma menos fiable. En algunos puntos estaba tan desgastado que pronto tendría que buscarse uno nuevo.

Ricitos de Oro frotó los táleros entre los dedos para comprobar su autenticidad.

—La venta de cascos de sangre se castiga con cinco años de arresto.

Jacob le dejó otro tálero en la mano.

Ella se metió el pago en el bolsillo del delantal y desapareció tras una cortina corrida. Zorro la siguió con la mirada, el rostro pálido.

—No actúan siempre —dijo sin mirar a Jacob. Su voz sonaba casi tan áspera como la de la masticadora de lentejas.

—Lo sé.

—¡Y perderás sangre durante semanas!

Lo miraba de forma tan desesperada que por un instante estuvo a punto de estrecharla entre sus brazos y quitarle a besos el miedo del rostro. *¿Qué significa eso, Jacob? ¿Le trastornaba el cerebro toda aquella suciedad en las estanterías, todos aquellos bebedizos y amuletos baratos, las falanges que, llevadas en el bolsillo, traían deseo y enamoramiento? ¿O era aquello un efecto más del miedo a la muerte?*

Ricitos de Oro regresó con una bolsa. El trozo de vidrio que Jacob sacó de ella estaba descolorido y era algo más grande que un culo de botella.

—¿Cómo sé que es auténtico?

Zorro le quitó el casco de la mano y pasó los dedos por el vidrio. Después miró al hada falsa.

—Si se hace daño, te encontraré —dijo—. No importa dónde te escondas.

Ricitos de Oro torció la boca de forma irónica.

—Es un casco de sangre, tesoro. Claro que le hará daño —sacó un frasco del delantal y lo plantó en la mano de Jacob—. Frota el corte con esto, sangrará con menos fuerza.

El hob los siguió con la mirada cuando su dueña echó el cerrojo de la puerta detrás de ellos.

Una rata se deslizó rápidamente a través de la oscura calle y en la lejanía se oyó el traqueteo

de las ruedas de un carruaje sobre el adoquinado.

Jacob entró al siguiente portal y se subió la manga. Cascos de sangre. Él mismo no los había utilizado nunca, pero Chanute se había procurado uno cuando habían salido a cazar la varita mágica de una bruja. Uno debía imaginarse, de la forma más clara posible, lo que quería encontrar. Después se realizaba un corte profundo con el casco en la propia carne hasta ver en él, como si se tratara de unos prismáticos, el objeto que se estaba buscando... y, con suerte, también lo suficiente del lugar en que se encontraba. Los cascos de sangre solo hacían visibles las cosas que habían sido tocadas por la magia negra, pero la cabeza del verdugo de las brujas poseía seguramente bastante de ella.

—¿Encontrasteis en aquel entonces la varita mágica?

Zorro apartó la cabeza asqueada cuando Jacob presionó el casco sobre la piel.

—Sí —no le dijo que Chanute casi muere desangrado. Se trataba de una magia del tipo malo.

El dolor le llegó al pecho cuando estaba a punto de introducir el casco en la piel. Era un dolor como Jacob no había sentido nunca. Algo le clavaba los dientes en el corazón. El casco se le cayó de la mano y el grito que salió de sus labios fue tan fuerte que al otro lado de la calle se abrió una ventana.

—¿Jacob? —Zorro le agarró de los hombros.

Él quiso decir algo, algo tranquilizador, pero todo lo que profirió fue un jadeo. Solo permanecía de pie porque Zorro lo sujetaba. Su viejo yo quería esconderse de ella, era demasiado orgulloso para mostrarse tan vulnerable, tan desvalido. Pero el dolor simplemente no quería cesar.

Respira, Jacob. Respira. Pasará.

El nombre del Hada Oscura tenía seis letras, pero solo podía recordar cinco.

Se apoyó contra la puerta que tenían detrás, y presionó la mano sobre el pecho, convencido de que al siguiente instante la propia sangre le correría por los dedos. El dolor se calmó, pero su propio recuerdo lo hizo respirar más deprisa.

No resultará agradable. La subestimación de los años, Alma.

Zorro recogió el casco. Se había roto, pero no tenía sangre pegada. Miró incrédula el vidrio limpio. Después le quitó a Jacob la mano del pecho. La polilla sobre el corazón tenía una mancha en el ala izquierda, formaba una diminuta calavera.

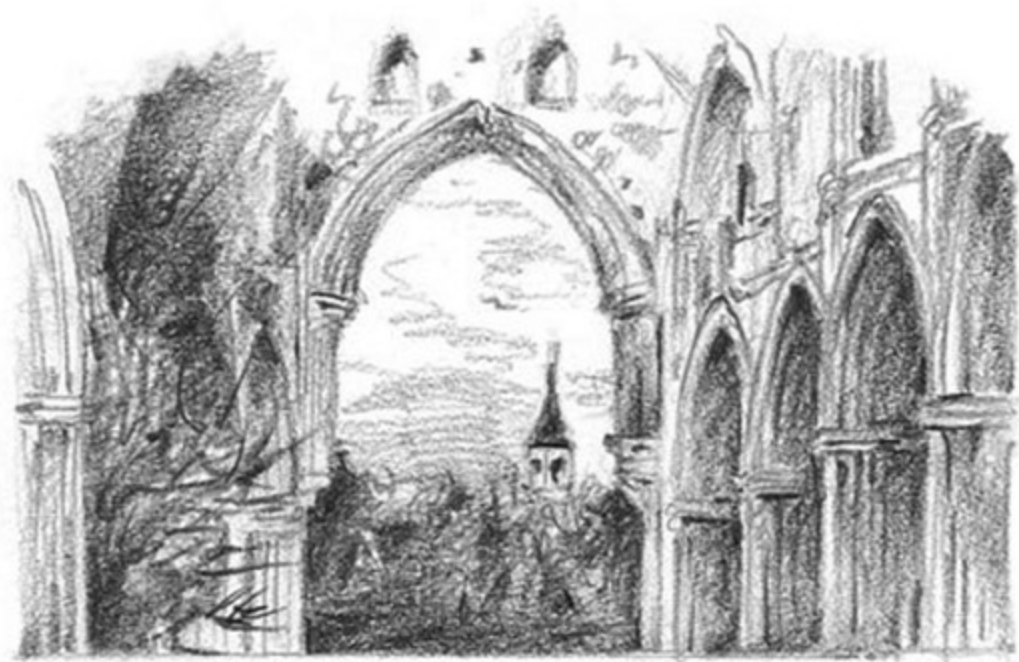
—El hada se lleva su nombre. —Jacob apenas podía hablar. Creía seguir sintiendo el propio grito de dolor en la garganta.

Domínate, Jacob. Oh, su maldito orgullo. Alargó la mano, aunque le temblaba.

—Dame el casco.

Zorro se lo metió en el bolsillo de la chaqueta y le cubrió el antebrazo desnudo con la manga.

—No —dijo ella—. Y no creo que tengas suficiente fuerza para quitármelo.



18

La mano al sur

El hombre de las aguas era aún el que menos ponía a prueba los nervios de Nerron. Eaumbre... Cuando de sus escamosos labios salía su propio nombre, se creía percibir el lodo de un charco en los oídos. Incluso Louis era soportable, aun cuando preguntaba constantemente por la siguiente comida y salía cabalgando detrás de cualquier campesina. ¡Pero Lelou! El escarabajo hablaba sin parar, cuando no estaba garabateando en su libro de apuntes. Cualquier palacio entre los viñedos aún pelados por el invierno, cualquier iglesia desmoronada, cualquier nombre de población en cualquier poste indicador erosionado desencadenaba un aluvión de explicaciones. Nombres, años, chismes sobre príncipes. Su parloteo era como el zumbido de un abejorro, que estaba posado en el conducto auditivo de Nerron.

—¡Lelou! —le interrumpió en algún momento, cuando explicaba por qué el pueblo que atravesaban a caballo no era con seguridad el lugar de nacimiento del Gato con Botas—. ¿Ves esto de aquí?

Arsene Lelou enmudeció y miró confuso los tres objetos que Nerron vació de una bolsa de cuero en la mano. Transcurrieron unos segundos hasta que se percató de lo que tenía delante.

—¡Estás viendo bien! —dijo Nerron—. Un dedo, un ojo y una lengua. Todos ellos me importunaron. ¿Qué crees que te cortaría a ti?

Silencio. Delicioso silencio.

Nerron había recogido los Tres Recuerdos, como él los denominaba afectuosamente, en una cámara de tortura de los ónix. Siempre surtían efecto. Era necesario que uno trabajara en su mala reputación, sobre todo cuando, como él, no encontraba más que placer en cortar dedos y sacar ojos.

El silencio de Lelou duró realmente hasta que los muros del monasterio de Fontevaud emergieron ante ellos. Bastó una mirada a través de la puerta de madera podrida para ver que la abadía estaba abandonada. En los claustros crecían ortigas y en las celdas más pobres ya solo vivían los ratones. El único cementerio que pudieron descubrir estaba compuesto por ocho cruces de madera, en las que estaba grabado el nombre de los monjes muertos y la fecha de su defunción. Ninguna de las sepulturas tenía más de sesenta años, pero, si el escarabajo tenía razón, la mano había sido enterrada allí hacía más de trescientos.

Nerron experimentó el deseo urgente de cortar a Lelou en rebanadas pálidas como una piedra de luna. El escarabajo leyó el pensamiento en sus ojos y se escondió precipitadamente detrás de Eaumbre. Lelou no había olvidado los Tres Recuerdos.

—El campesino —balbució señalando con el dedo tembloroso a un hombre viejo que desenterraba patatas en los salvajes campos detrás del monasterio— quizá sepa algo.

El viejo dejó caer su escasa cosecha tan pronto vio acercarse a Nerron. Lo miró fijamente y boquiabierto, como si el diablo en persona hubiera salido de la húmeda tierra. En Lothringen, un goyl seguía siendo raro de ver, pero seguramente Kami'en cambiaba eso pronto.

—¿Hay aquí algún otro cementerio? —le abroncó Nerron.

El campesino se santiguó y escupió a sus pies. Según la creencia del pueblo, eso ayudaba contra los demonios. Conmover. Contra los goyl no ayudaba. Nerron estaba a punto de coger al viejo por el pescuezo para zarandearlo un poco cuando el hombrecillo se arrodilló donde él mismo estaba.

Louis llegó a zancadas con Lelou y el hombre de las aguas.

La ropa principesca estaba ya algo estropeada, pero seguía teniendo un aspecto mil veces mejor que todo cuanto el viejo había llevado puesto nunca. El hombre no tenía la menor idea de que estaba delante del príncipe heredero de Lothringen —el viejo no parecía leer regularmente el periódico—, pero cualquier súbdito sabía el aspecto de sus señores, y que era mejor hacer lo que decían.

—¡Pregúntale por el viejo cementerio! —le murmuró Nerron a Louis.

Solo recibió una mirada irritada. Los hijos del rey no están acostumbrados a recibir órdenes. Pero Lelou acudió en su auxilio.

—¡El goyl tiene razón, mi príncipe! —le susurró a Louis en el perfumado oído—. ¡A vos seguro que os contestará!

Louis lanzó una mirada de asco a la ropa sucia del campesino.

—¿Hay aquí otro cementerio? —preguntó en tono aburrido.

El viejo inclinó la cabeza entre los delgados hombros. Su huesudo dedo señaló los abetos que crecían detrás de los campos.

—Han construido la iglesia con ellos.

—¿Con qué? —preguntó Nerron.

El viejo seguía con la cabeza inclinada de forma respetuosa.

—¡Toda la tierra estaba repleta de ellos! —balbució mientras deslizaba disimuladamente unas patatas en los bolsillos dados de sí—. ¿Qué iban a hacer, si no, con ellos?

• • •

La iglesia adonde los condujo no se diferenciaba en nada de otras iglesias de la región. La misma piedra gris, una torre maciza con techo plano y unas almenas erosionadas, pero el viejo buscó la lejanía tan pronto Nerron abrió de un empujón la puerta podrida.

El propio escudo de armas que había incrustado en la pared detrás del altar estaba compuesto de huesos humanos. Las columnas estaban revestidas de calaveras y en las capillas laterales enrejadas se amontonaban los huesos hasta el techo. Naturalmente también había manos: servían como candelabros o adornaban las paredes. Nerron, frustrado, dio una patada al rostro de una de las calaveras. ¿Cómo, por la verde piel de su madre, iba a encontrar allí la mano correcta? Mientras él estaba metido hasta el cuello en huesos podridos, Reckless reuniría con toda tranquilidad la cabeza y el corazón.

—¿Qué es lo que estamos buscando? —preguntó Louis metiendo el dedo en las cuencas vacías de los ojos de una calavera.

—La ballesta de vuestro antepasado —el húmedo susurro del hombre de las aguas sonaba aún más amenazante en la iglesia vacía.

—¿Una ballesta? —Louis hizo una mueca de desprecio—. ¿Confía mi padre en que los goyl mueran de risa cuando nos atacuen?

—Se trata de una ballesta muy poco común, mi príncipe... —comenzó diciendo Lelou—, y se trata de algo más complicado, si he comprendido bien al goyl —al hablar ponía en punta los labios, como un sapo que escupiera veneno—. Primero tenemos que encontrar una mano y después...

—Explícaselo más tarde —lo interrumpió Nerron de forma brusca. Se acercó a una de las capillas laterales y, a través de la reja, miró fijamente los huesos que se amontonaban detrás—. Si Lelou tiene razón, la mano está partida en cuatro trozos. Además, probablemente esté descompuesta y tenga uñas doradas.

Todos los brujos se recubrían de oro las uñas para ocultar que la sangre de bruja las enmohecía.

—¡Qué asco! —murmuró Louis, mientras jugaba con los botones diamantinos de su chaqueta. No faltaba ni uno. Ni siquiera podía uno fiarse de los pulgarcitos. *Haz como si no estuviera, Nerron. Ni él, ni el hombre de las aguas, ni tampoco el escarabajo parlanchín.*

Forzó la verja con el sable y se hundió en los huesos hasta las rodillas. Genial. Un antebrazo se astilló bajo sus botas. Los huesos de goyl se petrificaban tras la muerte al igual que su carne. Algo bastante más apetitoso que la descomposición humana.

—Qué estupidez. Me voy a buscar una taberna —el aburrido semblante de Louis había cedido sitio al enfado. Tenía un carácter fogoso, cuando no lo narcotizaba con polvo de elfos o vino.

De una de las calaveras que recubría la columna que había a su lado se deslizó un gnomo del

tamaño de una mano. Eaumbre lo atrapó antes de que mordiera a Louis.

—¡Un follet amarillo! —Lelou tiró de su protegido deprisa—. Fáciles de confundir con follets domésticos, pero...

Una mirada de Nerron puso fin al discurso.

Crac.

El hombre de las aguas colgó el cadáver del follet en la telaraña que pescaba polvo y moscas entre las columnas:

—Cuando se le retuerce el pescuezo a uno, sirve de advertencia a los demás —susurró.

Lelou vomitó entre los huesos, pero Louis observó fascinado el pequeño cadáver, y Nerron creyó descubrir un rastro de crueldad en aquel fofo rostro. Una cualidad práctica en un futuro rey.

—Bueno, entonces que os divirtáis buscando. —Louis lanzó a Lelou una calavera contra el pecho y rio cuando el escarabajo se tropezó—. ¡Tú también te quedas aquí! —le ordenó al hombre de las aguas—. No necesito un perro guardián para emborracharme, y tu feo rostro espanta a las chicas.

Se dio la vuelta, pero Eaumbre le cerró el paso.

—Es la orden de vuestro padre —susurró.

—¡Pero no está aquí! —le siseó Louis—. Así que aparta tu resbaladizo y pisciforme cuerpo de mi camino o le telegrafiaré que te he pillado arrastrando a una campesina chillona al charco de un pueblo.

Se pasó la mano sobre el rizado cabello y les brindó una principesca sonrisa.

—Todos nos divertiremos a nuestro modo.

Después, en pose señorial y a zancadas, cruzó la puerta de la iglesia y la cerró tras de sí con tal fuerza que la madera podrida perdió algunas astillas.

—Ve tras él —dijo Nerron al hombre de las aguas.

—¡Sí, ve tras él, Eaumbre! —repitió Lelou con pánico en la voz.

Pero el hombre de las aguas siguió allí de pie mirando fijamente con los seis ojos la puerta tras la que Louis había desaparecido.

—¡Ve ya, Eaumbre! —repitió Lelou en tono estridente.

El hombre de las aguas no se inmutó.

Orgullosa como un hombre de las aguas. Ese dicho existía incluso entre los goyl.

—Qué pasa. Regresará —dijo Nerron—. El principillo tiene razón. No nos necesita para emborracharse.

Lelou dio un fuerte suspiro:

—Pero su pa...

—¿No oyes? ¡Regresará! —le interrumpió Nerron—. Hemos de encontrar una mano con uñas doradas. Ponte a buscar, Lelou.

El escarabajo quiso replicar algo, pero finalmente bajó la cabeza y comenzó a examinar los huesos que habían emanado de la capilla lateral.

Eaumbre le hizo una seña a Nerron.

Gratitud de seis ojos.

Quién sabía para qué podría ser buena.



19

Quizá

El hotel en el que Zorro dejó a Jacob estaba igual de estropeado que la tienda de la falsa bruja. Pero el dolor lo había debilitado más de lo que reconocía, y en las desiertas calles no pudo encontrar ningún carruaje que los hubiera llevado a uno mejor.

Jacob cerró los ojos tan pronto se tendió en la cama, y Zorro permaneció sentada a su lado hasta estar segura de que dormía profundamente. Su respiración era demasiado rápida, y en su rostro veía sombras que el dolor había dejado como si fueran huellas.

Le pasó suavemente la mano por la frente, como si sus dedos pudieran borrar esas sombras. *Cuidado, Zorro*. Pero ¿qué debía hacer? ¿Poner a salvo su corazón y dejarlo a solas con la muerte?

Sentía que el amor se removía en ella como un animal que despierta de un sueño. ¡Duerme!, quiso susurrar. Sigue durmiendo. O mejor aún. Vuelve a ser lo que fuiste una vez. Amistad, nada más. Sin el ansia de tocarlo.

Jacob se tocó el pecho mientras dormía, como si sus dedos tuvieran que apaciguar a la polilla que le devoraba el corazón.

¡Devora mi corazón!, pensó Zorro. ¿De qué me sirve?

Su corazón sentía de forma tan distinta cuando llevaba puesto el pelaje. Para la zorra el propio amor sabía a libertad. Y el anhelo iba y venía como el hambre, sin el ansia que traía ser humano.

Le costó dejar a Jacob solo. Le preocupaba que el dolor regresara. Pero lo que tenía previsto lo

hacía por él. Zorro cerró la miserable habitación y se llevó la llave, así como el casco de sangre.

El propio Dunbar había abandonado entretanto su escritorio. La mañana ya no quedaba lejos. Zorro lo había visitado en su casa solo una vez con Jacob, pero la zorra no olvidaba nunca un camino.

Resultó algo trabajoso explicarle al conductor del carruaje que no podía darle una dirección, sino describirle, por medio de árboles y olores, adónde debía llevarla, pero finalmente la dejó delante del elevado seto vivo detrás del cual se hallaba la casa de Dunbar. Zorro tocó la campana que había junto a la puerta, media docena de veces antes de escuchar una voz enfadada procedente de la casa. Dunbar no llevaba seguramente mucho tiempo en la cama.

Antes de abrir, sacó el cañón de una escopeta a través de la puerta, pero bajó el arma en cuanto reconoció quién estaba delante de ella. En silencio, le hizo señas a Zorro para que se dirigiera al salón. Sobre la chimenea colgaba un retrato de su difunta madre y sobre el piano había uno de su padre junto a una foto de él y de Jacob.

—¿Qué haces aquí? Creía que había sido suficientemente claro —antes de cerrar la puerta, Dunbar apoyó la escopeta en la pared y aguzó el oído en el oscuro pasillo. Su padre vivía con él. Jacob había contado que el viejo FirDarrig salía pocas veces de la casa. Uno se hartaba de ser observado. En Fianna quedaban aún unos cientos de FirDarrigs, pero en Albión eran raros como un caluroso verano.

• • •

Zorro pasó la mano sobre los lomos de los libros, que rodeaban a Dunbar en su casa al igual que en la universidad. En la casa en la que ella había crecido no había habido uno solo. Jacob le había enseñado a amar los libros.

—¿Es necesario ahora un arma, si se tiene a un FirDarrig en la casa y en la sangre?

—Digamos que es más seguro. Pero aún no he tenido que usarla. No tengo claro si las armas son un invento bueno o malo. La pregunta surge con cada invento. En cualquier caso, hay que formulárselas en estos días con demasiada frecuencia para mi gusto —dijo mirando a Zorro—. Los dos estamos entre los tiempos, ¿no es cierto? Llevamos el pasado en la piel, pero el futuro es demasiado ruidoso para ignorarlo. Lo que fue y lo que será. Lo que se pierde y lo que se ganará...

Dunbar era un hombre inteligente. Más inteligente que todos los que Zorro conocía, y cualquier otra noche no habría preferido otra cosa más que escuchar atentamente cómo le explicaba el mundo. Pero esa noche no.

—Estoy aquí para que Jacob no se extravíe, Dunbar.

—¿Jacob? —Dunbar soltó una carcajada—. ¡Si el mundo entero se extraviara, él encontraría otro!

—Eso no lo ayudaría. Si no encontramos la ballesta, estará muerto en unos meses.

Los ojos de Dunbar eran los gatunos ojos de su padre. Los FirDarrigs eran, al igual que la zorra, criaturas de la noche. Zorro solo podía esperar que sus ojos vieran que no mentía.

—Por favor, Dunbar. Dime dónde está la cabeza.

El salón se llenó de silencio. Las lágrimas quizá habrían ayudado, pero era incapaz de llorar

cuando tenía miedo.

—Naturalmente. El tercer disparo... El hijo menor de Gismundo —dijo Dunbar acercándose al piano y pasando los dedos por las teclas—. ¿Está tan desesperado que ha puesto sus esperanzas en esa historia medio olvidada?

—Ha intentado todo lo demás.

Dunbar pulsó una tecla. Zorro oyó la tristeza del mundo entero en esa nota. No era una buena noche.

—¿Lo ha encontrado el Hada Roja?

—Regresó a ella de forma voluntaria.

Dunbar sacudió la cabeza.

—Entonces se lo tiene bien merecido.

—Lo hizo por su hermano.

Habla, Zorro. Dunbar creía en las palabras. Vivía en ellas, pero la polilla del hada devoraba el corazón de Jacob, y no existían palabras que lo impidieran.

—¡Por favor! —por un instante Zorro quiso ponerle en el pecho su propia escopeta. Lo que el miedo hacía con uno. Y el amor.

Dunbar lanzó una mirada al arma, como si leyera sus pensamientos.

—Casi había olvidado que estoy hablando con una zorra. La forma humana es muy engañosa. Pero te sienta bien.

Zorro sintió cómo se ruborizaba. Dunbar sonrió, pero su rostro volvió a ponerse serio.

—No sé dónde está la cabeza.

—Sí, lo sabes.

—¿Ah, sí? ¿Quién lo afirma?

—La zorra.

—Entonces digámoslo de este modo: no lo sé, pero tengo una sospecha —dijo cogiendo el arma y pasando la mano sobre el largo cañón—, la ballesta vale cien mil veces lo que esta escopeta. Con un disparo, convierte al hombre que la usa en un asesino de masas. Estoy convencido de que en algún momento construirán máquinas que podrán hacer lo mismo. La nueva magia es la vieja magia. Los mismos objetivos, los mismos anhelos...

Dunbar apuntó a Zorro... y bajó la escopeta.

—Dame tu palabra de honor. Por el pelaje que llevas puesto. Por la vida de Jacob. Por todo lo que te es sagrado, de que no venderá la ballesta.

—Te daré mi pelaje en prenda —de su boca no habían salido nunca unas palabras más difíciles.

Dunbar sacudió la cabeza.

—No, no exijo tanto.

Una cabeza asomó a través de la puerta del salón. El hocico de la rata era de color gris y la edad había empañado los ojos de gato.

—¡Padre! —Dunbar se volvió dando un suspiro—. ¿Por qué no estás durmiendo? —arrastró al viejo al sofá en el que Zorro estaba sentada—. Los dos deberíais mantener una conversación sobre ciertos temas —dijo cuando el viejo FirDarrig examinó desconfiado a Zorro—. Créeme, lo sabe

todo sobre la maldición y la bendición de llevar un pelaje.

Se dirigió a la puerta.

—La tradición procede de un país lejano —dijo mientras salía al pasillo—, pero desde hace casi doscientos años Albión también cree en el poder milagroso de las hojas de té. Incluso a las cinco de la mañana. Quizá con ellas me resulte más fácil contar lo que quieres oír.

Su padre lo siguió con la mirada, desconcertado. Pero finalmente se volvió hacia Zorro y la examinó con ojos tristes.

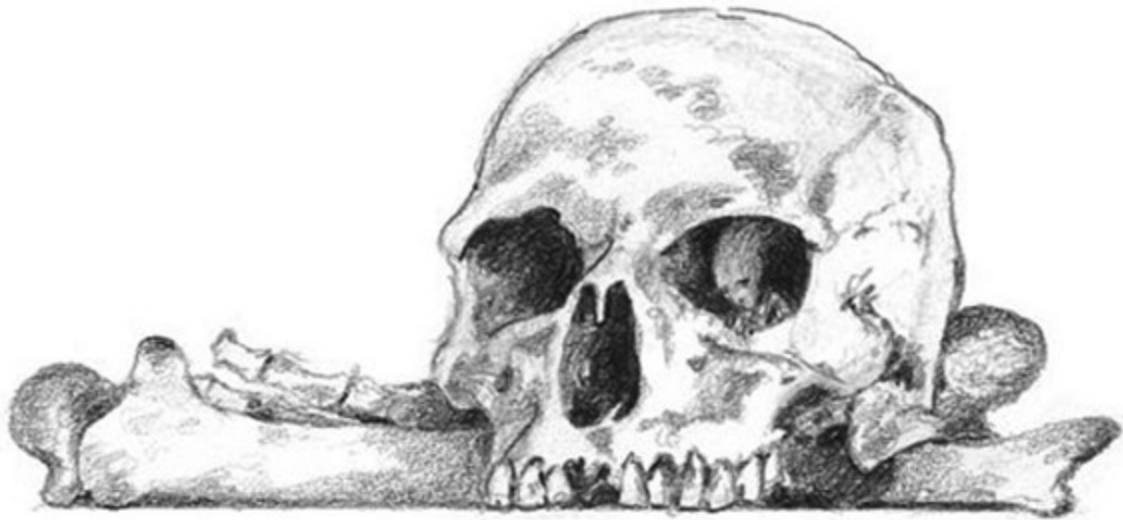
—Una zorra, si no me equivoco —dijo—. ¿De nacimiento?

Zorro sacudió la cabeza.

—Tenía siete años. El pelaje fue un regalo.

El FirDarrig suspiró compasivo.

—Oh, eso no es fácil —murmuró—. Dos almas en un pecho. Espero que el humano que hay en ti no acabe siendo siempre más fuerte. Les cuesta tanto hacer las paces con el mundo.



20

La misma sangre

Y de nuevo nada. Nerron lanzó otra mano más a los huesos que habían inspeccionado. Lelou ya casi había desaparecido tras el montón. Eaumbre había partido en pedazos un banco y había metido los leños de madera como antorchas en todos los candelabros vacíos, pero la noche ahogaba la escasa luz que su fuego arrojaba, y seguía habiendo miles de huesos, que la oscuridad ocultaba incluso a ojos de los goyl.

¿Y si la mano no estaba en esa maldita iglesia? ¿Y si seguía estando fuera en alguna parte en la húmeda tierra? ¡Con seguridad no habían desenterrado todos los huesos!

Nerron había agotado todas sus maldiciones, había deseado estar en cientos de otros lugares y se había preguntado más de mil veces si Reckless habría encontrado ya la cabeza. Pero todo cuanto podía hacer era surcar otro pálido montón de despojos humanos y confiar en un milagro.

Lelou y el hombre de las aguas ayudaban con moderado entusiasmo, pero eran cuatro manos más para separar las piernas, las calaveras y las costillas de los dedos huesudos. *Las buenas en el pucherito, las malas en el buchito.* Se sentía como Cenicienta. *El pensamiento equivocado, Nerron.* Aquello solo le recordaba que Reckless había encontrado el zapato de cristal antes que él.

El hombre de las aguas levantó la cabeza y echó mano de la pistola.

Alguien abrió de golpe la puerta de la iglesia.

Louis tropezó con la primera calavera que le salió al paso y buscó apoyo en una columna.

—El vino de esta región es más ácido que la limonada de mi madre —logró proferir con lengua de trapo—. ¡Y las chicas son más feas que tú, Eaumbre!

Naturalmente vomitó sobre un grupo de huesos que aún no habían inspeccionado.

—¿Cuánto tiempo más queréis seguir haciendo esto? —preguntó llevándose la manga hecha a medida a la boca y tambaleándose hacia Nerron—. De verdad... toda esa búsqueda de tesoros... una ballesta mágica... ¡Sería mejor que mi padre se buscara tan buenos ingenieros como los que tiene Albión!

Se detuvo de pronto y clavó la mirada en un montón de calaveras a su izquierda. Algo se movía entre ellas. Eaumbre sacó el sable, pero Louis le hizo señas impaciente para que se detuviera.

—Yo mismo le retorceré el pescuezo —balbució—, tan difícil no puede ser. Pequeñas bestias venenosas...

Lelou lanzó una mirada alarmante a Nerron. La mordedura de un follet amarillo era casi tan peligrosa como la de una víbora. Pero aquello que se deslizaba entre los huesos no tenía piel amarilla ni tampoco brazos y piernas.

—¡No! —reprendió Nerron al hombre de las aguas cuando este alzó el sable.

Tres dedos, pálidos como la cera.

Se movían con agilidad, como las patas de un saltamontes. Nerron intentó atraparlos... y los soltó blasfemando. Su brazo se entumeció hasta el hombro. *La mano de un brujo... ¿qué pensabas, Nerron?*

Los dedos se precipitaron sobre Louis. Él retrocedió y tropezó, pero detrás de él algo ya bajaba deslizándose por una columna. El pulgar y el dedo índice. La segunda parte. Eaumbre esgrimió el sable contra ellos. Los dedos esquivaron la hoja con habilidad. Louis tiró de su puñal, pero estaba tan bebido que casi no lograba sacarlo del estuche del cinturón.

—¡Maldición! —profirió—. ¡Haced algo!

Una parte de la mano se le subió a la bota.

—¡Cogedla! —le abroncó Nerron—. ¡Venga, vamos!

Por las venas de Louis no corría mucha sangre de Gismundo. No obstante, quizá la suficiente para protegerlo. De lo contrario... Louis ya se estaba agachando. Los dedos patalearon como las patas de un gran y repugnante escarabajo, pero no le propinaron ningún golpe. ¡Vaya, el principillo resultaba verdaderamente útil! Se deslizaba desde todas partes hacia él. Los dos carpos se arrastraban como tortugas por las baldosas.

Louis juntó las partes, como un niño que juega con una espeluznante caja de construcción. La carne muerta se fundió una con la otra como si fuera cera caliente. En el muñón y en las uñas aún había algo de oro pegado. Nerron sonrió. Sí, era la mano correcta.

La bolsa engañosa que sacó de debajo de la chaqueta procedía de una montaña de Anatolia de la que se regresaba vivo solo con dificultad, pero cualquier cazador de tesoros intentaba al menos poseer una de esas bolsas. Lo que quiera que se guardara en ella desaparecía y volvía a aparecer cuando se introducía la mano profundamente.

Nerron le tendió la bolsa a Louis.

El príncipe retrocedió y escondió la mano detrás de la espalda como un niño malcriado.

—No —dijo mientras arrancaba de los dedos de Nerron la bolsa engañosa—. ¿Por qué tienes que tenerla tú? ¡A fin de cuentas la mano vino a mí!

Lelou no pudo ocultar una sonrisa de regocijo por el mal ajeno, pero el hombre de las aguas intercambió una mirada con Nerron, en la que, como un guijarro en un charco, nadaba el recuerdo de las ofensas de Louis.

Bien.

Eso le ahorraría quizá tener que retorcerle al principillo el pescuezo con sus propias manos en algún momento.



21

Imposible

¿Qué harías sin ella, Jacob? Zorro miraba por la ventanilla del tren, pero Jacob no estaba seguro de si su mirada se posaba en los campos que desfilaban fuera o en su propio rostro, que se reflejaba en el cristal. Jacob la sorprendía a menudo contemplando su forma humana como la de un extraño.

Al percatarse de su mirada, Zorro le sonrió con la mezcla de seguridad en sí misma y turbación que solo su yo humano conocía. La zorra nunca se turbaba.

El vapor de la locomotora pasaba de largo junto a las ventanas y un camarero en frac balanceaba tazas y platos a través del oscilante vagón restaurante. A Jacob le pareció que el dolor de la noche anterior hubiera agudizado sus sentidos. El mundo a su alrededor parecía tan maravilloso y extraño como lo había percibido cuando atravesó por primera vez el espejo. Pasó la mano sobre la taza de té que el camarero le había traído. La porcelana blanca estaba pintada con elfos, que aún se podían encontrar en Albión sobre muchas flores. En la mesa de al lado, dos hombres discutían sobre la utilidad de los gigantones en la marina de Albión, y en el cuello de una señora brillaban las lágrimas de las ondinas selkie, que uno encontraba en la costa sur de la isla como perlas sin concha en la playa. Seguía amando ese mundo, aun cuando quizá le fuera a costar la vida.

El té sabía tan amargo, a pesar de la taza de elfos, que apenas se podía tragar, pero ayudaba

contra el cansancio que la mordedura de la polilla había dejado.

Zorro agarró su mano:

—¿Cómo estás? Enseguida llegaremos.

Tras las colinas aparecieron los tejados de Goldsmouth, puerto de la marina real. Detrás de ellas se hallaba el gris y ancho mar. Parecía más calmado que en su travesía. *Bien*. Jacob no podía creer que debía volver a subir a un barco.

—¿Aún te queda dinero? —susurró Zorro sobre la mesa—, ¿o te lo gastaste todo en el casco de sangre?

Jacob conocía un proveedor de barcos que vendía uniformes de marina, pero no resultarían baratos, y cada vez se podía confiar menos en el pañuelo de oro. Por poco no consiguen comprar los billetes del tren, por la forma tan titubeante con la que produjo el último tálero. Jacob metió la mano en el desgastado pañuelo y notó la tarjeta de Earlking entre los dedos. No pudo resistirse. La sacó.

Ha dolido mucho, ¿no es cierto? Y cada vez será peor. Las hadas adoran el dolor que pueden causar a los mortales.

Por cierto, hoy he visitado a tu hermano.

Zorro lo miró.

—¿De quién es esa tarjeta? —se esforzó por sonar indiferente, pero Jacob sabía en quién estaba pensando. Aún no había olvidado el agua de alondras. Sin embargo, él recordaba con más claridad el dolor en sus ojos que los besos de Clara. *Quizá tendrías que habérselo dicho hace tiempo, Jacob.*

Empujó la tarjeta hacia Zorro sobre la mesa. Las palabras ya perdían color cuando ella la cogió.

—¿Es un objeto mágico! —exclamó Zorro dando la vuelta a la tarjeta—. ¿Norebo Johann Earlking?

El revisor atravesó el vagón y gritó el nombre de la siguiente estación.

—Sí. Y no me dio la tarjeta en este mundo.

Jacob se levantó. El otro mundo estaba de pronto tan cerca que las ropas a su alrededor parecían disfraces. Sombreros de copa, botines, ribetes con volantes... Por un momento estaba perdido entre los mundos, ni aquí ni allí.

—¿Qué tiene él que ver con Will?

Sí, ¿qué? No parecía que se tratara únicamente de unas antigüedades. A Jacob no le gustaba todo aquello, pero el espejo estaba demasiado lejos, y podían pasar semanas hasta que volviera a ver a Will. Si lo volvía a ver.

Qué diablos... lo volvería a ver.

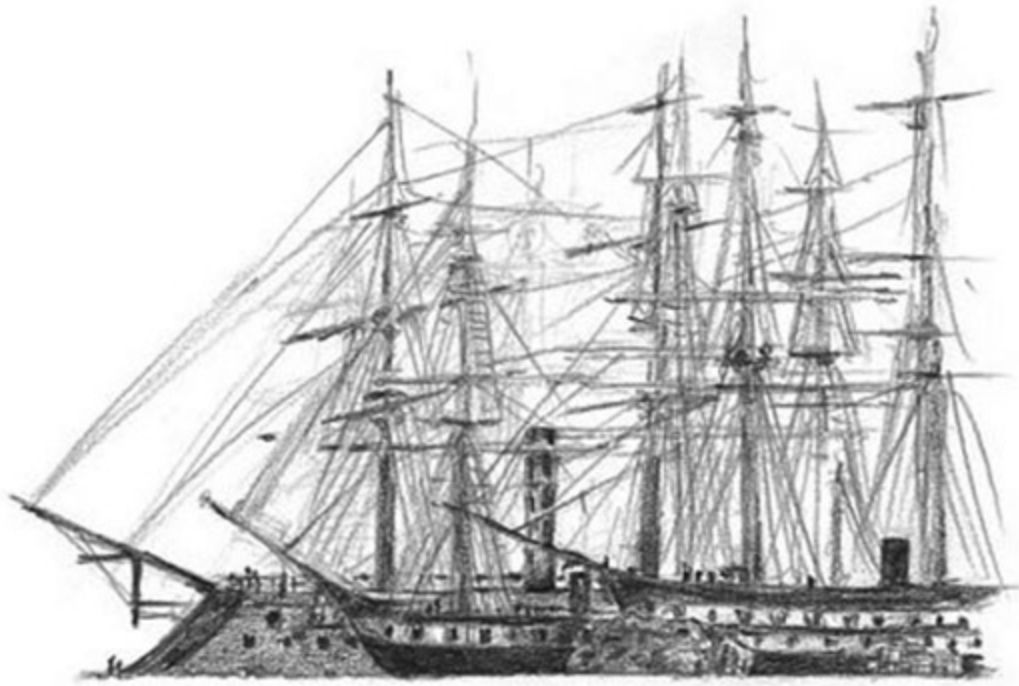
Zorro se llevó la tarjeta a la nariz. Siempre la zorra, incluso en la piel humana.

—Plata. Y un olor que no conozco —dijo devolviéndole la tarjeta y cogiendo su abrigo. Jacob

había estado con ella cuando lo había comprado. La tela tenía casi el mismo color que su pelaje—. El olor no me gusta. Ten cuidado.

Los otros viajeros los empujaron hacia la puerta del tren. El andén se ahogaba en el vapor del tren, pero, desde el puerto, el viento soplaba el olor de la sal y el alquitrán sobre las vías. Mozos de estación. Conductores de carruajes. Dos porteadores con armazones de madera a la espalda que aguardaban a los dos enanos que se habían sentado detrás de ellos en el vagón restaurante. No era agradable atravesar una estación de tren cuando apenas se medía un metro.

Tomaron uno de los carruajes que aguardaban abajo, delante de la entrada. Zorro se bajó en la plaza donde los proveedores de barcos tenían sus cargas, pero Jacob le indicó al cochero que lo dejara en el puerto. Solo podían confiar en que Dunbar presumiera la cabeza del verdugo de las brujas en el lugar correcto. Aunque, para descubrirlo, debía primero encontrar una forma de subir a bordo del buque insignia real.



22

Flancos de hierro

Allí estaban, un barco al lado del otro. El crujido de los húmedos cabos se mezclaba con el chillido de las gaviotas y las voces de los hombres, que preparaban los barcos para zarpar. Ninguna flota detrás del espejo podía medirse con la de Albión. La confianza estaba escrita en la frente de cada marinero que subía su petate por los oscilantes puentes de madera, y de los oficiales, que estaban apoyados en la borda. Sobre ellos, la bandera con el dragón coronado. Albión no ocultaba en absoluto con qué finalidad zarpaba su flota.

Jacob recogió un periódico que reposaba sobre el húmedo empedrado del puerto. Los títulos de la portada llevaban remates en cada letra, pero el mensaje era igual de claro que los titulares de su mundo.

LA FLOTA REAL SUMINISTRA ARMAS A FLANDES

En la lucha contra los goyl, la esperanza procede de las fábricas de Albión.

Se sentían muy seguros. Todos conocían el temor al mar de los goyl. Albión no solo abastecía de armas a Flandes. Sus barcos las llevaban también al norte, donde se estaba formando una alianza contra los goyl. La casi totalidad de la flota navegaba entretanto con vapor y viento, y la

fuerza de sus cañones era temida, pero al parecer eso no le bastaba a Wilfred, la Morsa.

Jacob clavó los ojos en el dibujo que se representaba en la portada. Apenas lo reconocía en el papel húmedo. Su corazón comenzó a latir de una forma tan ridículamente veloz como cuando vio los aviones en la fortaleza de los goyl. La caza, a la que había renunciado hacía ya tanto tiempo. El rastro, que se perdía siempre en la nada. Y de nuevo volvía a tropezar con él en un lugar donde nunca lo habría buscado.

EL VULCAN EN SU DIQUE EN GOLDSMOUTH

El forjado terror de los mares zarpa por tercera vez como escolta de un suministro de armas. La obra maestra del arte de la ingeniería albiona ENSEÑA A LOS PROPIOS GOYL A TEMBLAR.

Jacob bajó el periódico y buscó con la mirada entre los barcos.

A su izquierda estaba el barco por el que había venido: el *Titania*, el buque insignia de la flota albiona, que llevaba el nombre de la madre del rey. Una tripulación de 376 hombres; 45 cañones. El mascarón de proa se reflejaba en las sucias aguas del puerto, pero Jacob solo le echó un rápido vistazo. Sus ojos buscaban el barco de la portada.

¿Dónde estaba?

Su mirada deambuló por cascos de madera y mástiles, hasta que la pálida luz del sol se reflejó de pronto en algo metálico.

Allí estaba. En el último embarcadero. Gris y feo, un tiburón de acero en un banco de caballas de madera. El casco plano sobresalía solo unos metros del agua y, al igual que la chimenea, estaba forrado de hierro hasta la línea de flotación. En su mundo, los primeros acorazados habían casi decidido la guerra civil norteamericana, pero eso de allí era una versión bastante más moderna.

Jacob. ¡Olvídalo! Pero su sentido común no tenía posibilidades. El corazón le latía hasta la garganta mientras se abría paso entre cajas y petates, junto a marineros que cargaban provisiones y munición, mujeres que se despedían de sus hombres y niños que apretaban sus llorosos rostros contra el uniforme de sus padres. Era como si estuviera en uno de sus sueños, solo que el bosque estaba compuesto de mástiles.

De cerca, el acorazado era aún más impresionante. Sus dimensiones eran enormes, aun cuando la mayor parte del casco estuviera oculto bajo el agua. Cuatro hombres estaban de pie delante de la pasarela, que conducía del muelle a la cubierta. Tres eran oficiales de la marina real, pero el cuarto iba vestido de civil. Le daba la espalda a Jacob. Su cabello era gris y lo llevaba tan corto como él.

¿Y si era él? Después de todos esos años. *Vuelve, Jacob. Eso se acabó. Es pasado.* Pero volvía a tener doce años. Había olvidado la polilla en su pecho. Había olvidado por qué estaba allí. Simplemente clavaba los ojos en el acorazado y en la espalda de un extraño.

¡Jacob!

Un grumete pasó de largo junto a él con dos cajas de puros bajo el flaco brazo. Los últimos recados para los oficiales. Lo miró asustado cuando Jacob lo sujetó.

—¿Sabes quién es ese hombre? Ese que está junto a los oficiales.

El chico lo examinó como si hubiera preguntado por el nombre del sol.

—Ese es Brunel. Ha construido el *Vulcan* y ya está planeando un nuevo barco.

Jacob lo dejó marchar.

Uno de los oficiales se volvió, pero el hombre vestido de civil seguía dándole la espalda.

Brunel. Un nombre poco corriente. Isambard Brunel había sido uno de los héroes de su padre.

John Reckless le había explicado a su hijo mayor los planes de construcción del puente de hierro de Brunel cuando Jacob había tenido apenas siete años.

Todos esos años y, de pronto, quizá solo estaba a unos pasos.

—¿Señor Brunel? —qué insegura sonaba su voz. Como si realmente volviera a tener doce años.

Brunel se volvió y Jacob observó el rostro de un extraño. Solo los ojos eran de un color tan gris como el de su padre.

No sabía lo que sentía. ¿Decepción? ¿Alivio? ¿Ambas cosas? *Di cualquier cosa, Jacob. Venga, vamos.*

—Brunel. Es un nombre poco común.

—Mi padre procedía de Lothringen —dijo Brunel sonriendo—. ¿Puedo preguntar quién...?

—Jacob Reckless.

El oficial que estaba junto a Brunel le saludó con la cabeza.

—Otro tipo de oficio, John. La caza de la vieja magia. El hombre que tienes delante tiene mucho éxito con ella —dijo tendiendo la mano a Jacob—: Cunningham. Un nombre ni de lejos tan interesante. Segundo teniente de la marina real. Encantado de conocerle. Por fortuna nuestros periódicos siguen informando con agrado sobre los cazadores de tesoros, aun cuando ahora se burlen de los botines.

—Mis felicitaciones. —Brunel saludó de forma elogiosa a Jacob con la cabeza. Su acento no parecía de Lothringen.

Detrás de ellos estaban cargando los torpedos. Desgarrarían cualquier casco de madera como papel.

Cunningham siguió a Jacob con la mirada cuando se despidió, pero Brunel se había vuelto de nuevo. El nuevo brujo de Albión.

Alivio y decepción. Una vieja esperanza, casi olvidada. Jacob apenas veía adónde se dirigía. Barriles, cabos, cajas con víveres... todo a su alrededor se desdibujaba como su rostro en el oscuro cristal del espejo.

«Mira, Jacob. Ese puente es tan ingrátido y perfecto como la red de una araña, pero es de hierro». ¿Recordaba aún acaso el aspecto de su padre? Recordaba su voz, sus manos, que lo habían subido al escritorio para que pudiera tocar las maquetas de los aviones que colgaban encima...

—¡Jacob!

Alguien lo agarró del brazo. Zorro.

—El proveedor quería una fortuna —dijo mirando disimuladamente a los marineros, que portaban los sacos de carbón a la escotilla de carga del *Titania*—; solo ha dado para un uniforme. ¿Has averiguado ya cómo subiremos a bordo?

Maldición. No había averiguado nada. Se había perdido en los recuerdos y, además, había olvidado que pronto ya no tendría futuro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Zorro mirándolo preocupada—. ¿Ha ocurrido algo?

—No. Nada —era la verdad. No había ocurrido nada. Había visto un fantasma, el mismo fantasma al que seguía en sus sueños. Era hora de enterrar no solo a su madre, sino también a su padre. Había creído que lo había hecho hacía largo tiempo.

Le quitó a Zorro el fardo con el uniforme de la mano. Unos marineros los miraron fijamente de un modo tan abierto que Jacob les lanzó una cortante mirada.

—¿Cómo piensas subir a bordo?

Zorro se encogió de hombros.

—Dejaré que la zorra encuentre un modo.

—¡Es demasiado peligroso!

—¿Mister Reckless?

Jacob se dio la vuelta. Por un instante había esperado el afilado rostro de Brunel, pero era Cunningham quien estaba detrás.

El oficial se inclinó de forma rígida delante de Zorro y le brindó a Jacob una sonrisa ligeramente cohibida.

—Nosotros... ejem... zarparemos en una hora. Me gustaría mucho presentarle a nuestro capitán. Estoy convencido de que encontrará sumamente interesante un relato de sus aventuras.

Jacob ya tenía una cortés negativa en la punta de la lengua, pero Zorro se le adelantó.

—¿En qué barco sirve usted?

Cunningham señaló detrás de él.

—En el *Titania*. Acompañamos un transporte de armas a Flandes. Zarparemos cuando se ponga el sol.

Zorro le brindó a Cunningham la más hermosa de sus sonrisas.

—Con mucho gusto —dijo, mientras le quitaba a Jacob el paquete con el uniforme de la mano y lo escondía disimuladamente detrás de la espalda.

El barbudo rostro de Cunningham se iluminó de satisfacción y Jacob se disculpó, en espíritu, con todos los reporteros que había maldecido por las mentiras y exageraciones que habían vertido sobre él en papel.

—Claro —dijo—. No tenemos prisa. Tampoco me desagradaría acompañarles en el viaje. Me encantan los viajes por mar.

No había dicho nunca una mentira más insolente.

Cunningham parecía no poder apenas concebir su suerte.

• • •

El capitán del *Titania* compartía la pasión de su primer oficial por la caza de tesoros y los alojó en el camarote que el propio rey utilizaba cuando recibía una visita en su buque insignia. Cuando Cunningham los presentó al capitán como Jacob Reckless y esposa, Jacob aclaró el rubor de Zorro explicando que acababan de casarse. Era una de las muchas mentiras que hubo de inventar en las

siguientes horas.

El capitán ordenó servir una cena tan opípara que parecía que tuvieran por delante un viaje en barco, no de tres, sino de trescientos días. El cocinero del barco traía el postre cuando el *Titania* levó anclas, y a Jacob le resultaba cada vez más difícil ignorar el bamboleo del barco, mientras Cunningham le preguntaba por las aventuras que algún periódico le había dedicado. Cuando el capitán, que llevaba un bigote igual de imposible que su rey, preguntó por las formas de pelear de los ogros, Zorro aprovechó el sanguinolento tema como pretexto para retirarse. A Jacob le habría encantado seguirla, pero Cunningham simplemente no lo dejaba marchar y Jacob decidió consolarse pensando que seguramente Zorro averiguaría todo sobre los relevos de la guardia y las formas de huir a bordo hasta que él también pudiera retirarse. Por la ventana trasera del camarote del capitán se podían ver las lámparas de los mástiles de las otras fragatas y, delante de ellos, los flancos de hierro claros por la luz de la luna: el barco de Brunel.

—¿El señor Brunel viaja a bordo del *Vulcan* en trayectos como este? —Jacob se sintió orgulloso de la forma tan incidental en que formuló la pregunta.

El capitán sacudió despectivamente la cabeza.

—Que yo sepa no ha abandonado jamás Albión. ¿Es así, Cunningham?

Su primer oficial asintió mientras se servía otra copa de oporto.

—A Brunel no le agrada demasiado el mar...

—Como se puede notar en el barco que ha construido —comentó el capitán arrojando su copa al suelo, como si, con su contenido, también pudiera lavar el acorazado—. Por desgracia el rey está encaprichado de él desde que le construyó ese carruaje sin caballos. Ahora se pueden ver por todas partes. Ridículos. Absolutamente ridículos. Y el monstruo de hierro nos deja en el mismo ridículo ahí fuera. Nuestra niñera acorazada...

Jacob no quitaba ojo al *Vulcan*, mientras Cunningham y el capitán hablaban con entusiasmo de batallas navales pasadas y de la belleza de los barcos de madera ardiendo. Se disculpó cuando ambos comenzaron a hablar sobre la fuerza del disparo de los cañones modernos y del desagradable efecto de los miembros destrozados, aun cuando la historia sobre el brazo perdido de Chanute seguramente les habría gustado.

La luna de plata, tan parecida a la del otro mundo, estaba entre nubes negras cuando Jacob salió afuera, pero su roja gemela teñía las olas como si hasta ellas mismas devinieran hierro oxidado. Zorro aguardaba en la proa. Debajo de ella, el mascarón de proa se alzaba sobre la espumeante agua.

—¿Qué tal está tu estómago? —nadie excepto ella sabía de su antipatía por los barcos. Ni siquiera Chanute—. Tienes suerte de que el mar esté tan calmado.

Y de que un oficial de la marina real le hubiera reconocido, después de confundir al mejor ingeniero de Albión con su padre. Quizá su suerte había vuelto. Ya iba siendo hora...

—Hay tres vigilantes en el castillo de proa —le susurró Zorro—: los distraeré mientras tú subes a la borda.

Uno de los centinelas estaba apoyado a tan solo unos metros de ellos entre los botes salvavidas. Él los miró. ¿Qué veía? ¿La pareja de enamorados a la luz de la luna? ¿Y si fuera así, Jacob? ¿Y si alguna vez se permitía olvidar lo que Zorro había sido para él en todos esos años

pasados? Incluso el centinela quería besarla. Parecía llevarlo escrito en la frente.

Le romperías el corazón, Jacob. O Zorro el suyo.

—¿A qué esperas? —ella le plantó la mochila en la mano.

—No dejes que albergue demasiadas esperanzas. Es casi dos cabezas más alto que tú. Zorro sonrió.

—¡Creía que eras tú quien tenía la misión peligrosa!

Caminó hacia el centinela tan en línea recta y despacio como la zorra solía hacer cuando se acercaba sigilosamente a su presa.

Jacob se inclinó sobre el pasamano. El mascarón de proa tenía el cuerpo de un dragón pero la cabeza de un hombre. A Dunbar le había llamado la atención cuánto se parecía el rostro dorado a las estatuas del verdugo de las brujas, mientras preparaba un discurso sobre la historia del buque insignia real. Jacob seguía considerándola una teoría atrevida, pero, según decían, la figura despertaba a la vida tan pronto la flota era atacada. La cabeza de un brujo para proteger la marina de Albión. Algo de magia negra no podía hacer daño incluso en los tiempos modernos. Dunbar aseguraba que el bisnieto de Feirefis había fundado la tradición de equipar el mascarón de proa del buque insignia con la milagrosa cabeza, sin sospechar que había pertenecido una vez a su antepasado brujo.

Jacob miró a su alrededor.

¡Robert Lewis Dunbar, confío en que no te equivoques!

El centinela había desaparecido. ¿Adónde lo había arrastrado Zorro? *Olvídalo, Jacob.* Ya es mayor. Sacó el cabello de Ruiponce de la lata de rapé en la que lo guardaba. El cabello de oro era uno de los pocos objetos mágicos que, gracias a Valiant, no había perdido en la fortaleza de los goyl. Creció fibra a fibra, mientras Jacob lo frotaba entre los dedos, hasta ser más resistente que cualquier cuerda de cáñamo. Jacob anudó un extremo a la borda. El otro se enroscó alrededor del cuello del mascarón de proa tan pronto lo arrojó a la profundidad. Saltó por encima de la borda y bajó colgado de la mano por la cuerda brillante, hasta lograr subirse a lomos del dragón.

No mires abajo, Jacob.

Podía hallarse sobre cualquier precipicio sin que su estómago se inmutara, pero ver el agua casi lo hace vomitar sobre la dorada cabeza de Gismundo. Las alas, incrustadas en el cuerpo del dragón, también estaban recubiertas de escamas de oro, pero el cuello y el cuerpo eran de madera pintada de color escarlata.

Jacob soltó la cuerda de Ruiponce del robusto cuello y se la ató alrededor de las caderas. Después sacó una red de pesca de la mochila y la echó alrededor de la cabeza y el cuello para evitar que su botín cayera al mar tan pronto separara la cabeza. Sus dedos estaban húmedos por la espuma y, debido a las grandes olas, resbaló dos veces, pero la cuerda de Ruiponce lo preservó de aterrizar en el agua.

La cabeza unía un ancho anillo metálico con el cuello de madera del dragón, pero el cuchillo que Jacob sacó del cinturón cortaba el mismo acero. Lo había robado de la cocina del castillo de Valiant. No había nada mejor que un cuchillo de enano y Valiant le seguía debiendo algo más que un cuchillo por las cicatrices que, por su culpa, tenía en la espalda.

En el horizonte, la luz matinal penetraba ya en la noche como si fuera moho. *Date prisa,*

Jacob. Era de esperar que Gismundo hubiera asegurado los tres presentes con un hechizo, que solo permitiría a sus hijos tocarlos impunemente, así que se puso los guantes, que ya lo habían protegido en la cripta, antes de meter la hoja del cuchillo a través de la red. Cortó el anillo de metal, como si fuera pan recién hecho, y no sintió nada cuando tocó la cabeza. Bien. *Jacob* la había separado ya más de la mitad cuando oyó un ruido sobre él. Zorro estaba detrás de la borda. Le hizo una seña para que esperara arriba. La fijación del mascarón de proa no parecía suficientemente estable para soportarlos a los dos. Pero, de pronto, el cuerpo de madera se encabritó debajo de él. La cabeza dorada abrió la boca, aunque solo un poco de metal del ancho de un dedo la unía a la madera, y dio un grito que resonó extensamente en el agua.

Jacob oyó los motores antes de que los aviones emergieran del crepúsculo. Un escuadrón de biplanos volaba sobre las oscuras olas hacia ellos. Los marineros los miraban fijamente con tanta incredulidad que los aviones alcanzaron los barcos antes de ser apuntados por uno solo de los cañones. Se lanzaron sobre la flota albiona como aves rapaces sobre un banco de peces indefensos. La oscura silueta de una salamandra adornaba los fuselajes de color rojo. Desde que su rey había tomado una mujer humana, esta había sustituido a la polilla del hada en la bandera de los goyl.

El mascarón de proa batió las alas y la cabeza de Gismundo gritó en la red que *Jacob* le había lanzado sobre la dorada piel. *Jacob* se agarró al tronco del dragón mientras las primeras bombas caían entre los barcos. Gritos y disparos se colaron en el rugido de los motores. Las explosiones despedazaron los cascos de madera y, de las vergas, los hombres se precipitaron al mar como pájaros cazados. Del cielo caía fuego. Quemaba el propio mar. *¡La cabeza, Jacob! O estarás igual de muerto que los que los peces ya están devorando abajo, incluso aunque sobrevivas a esto.*

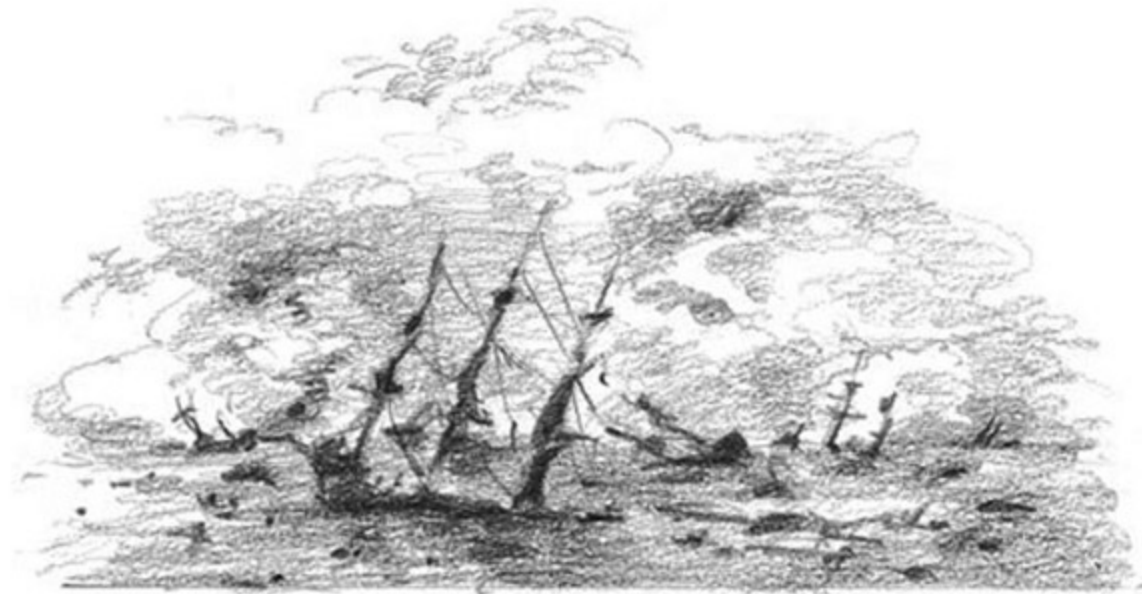
Encima de él, Zorro intentaba desesperadamente mantener la cuerda quieta. *Jacob* clavó los dedos en la red e inclinó la cabeza, antes de que una de las alas le pasara el borde dentado como un cuchillo por la espalda. Zorro le gritaba algo desde lo alto, pero *Jacob* no podía oírla con aquel ruido. Tampoco podía ver apenas. Sus ojos lloraban por el fuerte humo que, formando nubes negras, flotaba entre los barcos. El mismo viento olía a pólvora y a madera quemada, pero los aviones seguían atacando. El rugido de sus motores casi le desgarraba el tímpano y el *Titania* gemía como un animal tiroteado.

¡La cabeza, Jacob! Pasó el cuchillo por el último resto de metal y la cabeza cayó por fin a la red. El rostro dorado lo miró fijamente a través de la malla, la boca aún abierta en un grito. La bolsa engañosa que sacó con fuerza de debajo de la camisa mojada se le pegó a los dedos temblorosos. *Jacob* metió en ella su botín y miró hacia la borda. Zorro se agarraba a ella con fuerza, mientras con la otra mano sostenía la cuerda de Ruiponce. Apenas podían verse a través del humo, que envolvía el barco de forma cada vez más densa. *¡La cubierta ardía, pero tenía que subir!* Zorro estaba allí y era posible que no hubieran tirado al agua todos los botes salvavidas.

Zorro comenzó a recoger la cuerda, pero apenas podía mantener el equilibrio de tanto como el *Titania* se balanceaba, y *Jacob* pesaba mucho. El buque insignia se hundía con toda la flota albiona. Entre las fragatas ardiendo, el acorazado navegaba con los flancos blindados desgarrados; sobre él, los aviones como un enjambre de avispas color escarlata.

Jacob guardó la bolsa engañosa bajo la camisa y comenzó a trepar, los pies apoyados contra el casco del barco para aligerar la carga a Zorro. Debajo de él, el mascarón de proa seguía batiendo

las alas como una gallina sin cabeza. La advertencia que Zorro gritó sobre la borda llegó demasiado tarde. Jacob intentó esquivar las alas, pero sus bordes eran afilados como hojas de cuchillo. La magia negra que anidaba en ellas seccionó la cuerda de Ruiponce, apenas un palmo sobre la cabeza de Jacob, y este cayó como una piedra a las olas ardiendo.



23

Mal de mer

Jacob no estaba seguro de si en sus oídos resonaba su propio grito o el de los hombres que se ahogaban a su alrededor entre las olas. El mar estaba helado y se aferró a una tabla que pasaba por delante, mientras intentaba desesperadamente divisar a Zorro en el buque insignia. Pero el humo era demasiado denso. Jacob confiaba en que hubiera saltado. El gran barco arrastraría todo consigo cuando se hundiera. Gritó su nombre, pero apenas podía oír su propia voz. Los gritos y gemidos eran tan fuertes que parecía que las olas murmuraran de pronto con gargantas humanas. Una explosión destruyó uno de los barcos hundidos y el *Titania* ya empezaba a inclinarse de costado de forma amenazante, pero Jacob continuaba buscando a Zorro entre los escombros y los cadáveres flotantes.

¿Dónde estaba?

Sacaba la cabeza de cada muerto del agua. Como flores de cera, sus pálidos rostros nadaban entre las velas carbonizadas y los barriles de pólvora vacíos. En el agua fría, apenas sentía sus propios miembros, y el humo convertía cada inspiración en un tormento, pero tenía que encontrarla.

—Jacob —unos brazos húmedos abrazaron su cuello. Una fría mejilla se apretó contra la suya. Su cabello rojo era casi negro, de tan mojado y pegado que estaba a su rostro, y él la abrazó hasta sentir el latido de su corazón a través de su ropa mojada. Apenas se atrevía a soltarla por miedo a

que las olas los separaran otra vez.

—¿Tienes la cabeza?

—Sí.

—¡Tenemos que irnos de aquí!

¿Irnos adónde? Jacob se dio la vuelta. ¿Qué pensaría Dunbar cuando abriera su periódico por la mañana? Acorazados, aviones, bombas que caían del cielo... ¿Se preguntaría si se habían hundido junto con la cabeza y comenzaría a temer la nueva magia tanto como a la del verdugo de las brujas?

—La costa no puede estar lejos. Llevábamos horas navegando hacia el sudeste.

No importaba lo que dijera. Los aviones habían desaparecido, pero con seguridad no mandarían destacamentos de rescate.

—Vamos. —Zorro tiró de él. Parecía estar muy segura de dónde se hallaba la costa.

Sigue nadando, Jacob.

El humo aún los siguió un buen rato. El humo. Los escombros. Los gritos de auxilio. Pero finalmente a su alrededor solo el mar respiraba como un gigantesco animal, que digería las víctimas que acababa de ahogar. Zorro volvió la cabeza hacia él preocupada. Era una nadadora muy buena, pero los brazos de Jacob se habían vuelto tan pesados que cada ola lo hacía respirar con dificultad. Finalmente Zorro nadó a su lado, pero Jacob era cada vez más lento. *¡No te agarres a ella, Jacob!* Lo único que conseguiría sería arrastrarla al fondo. Su piel estaba entumecida por el frío y Jacob notó que se iba a desmayar.

—¡Jacob! —Zorro lo abrazó y le sacó la cabeza del agua—. ¡No conseguirás llegar a la costa! Déjate hundir. ¿Me oyes?

¿Dejarse hundir? ¿De qué hablaba? Intentó aspirar, pero el mismo aire parecía estar hecho de agua salada.

—Es tu única oportunidad. ¡Ellas no suben a la superficie!

¿Ellas? Antes de que pudiera comprender, Zorro tiró de él hacia abajo. El agua entró en su boca y su nariz. Intentó resistirse, pero Zorro no lo soltó. Lo arrastraba más y más al fondo sin importarle su resistencia. Jacob intentó soltarse con un golpe, quería respirar, solo respirar, pero de repente sintió otras manos. Cálidas y delicadas como las de los niños. Le metieron una de sus escamas en la boca y sus pulmones comenzaron a respirar en el agua como si nunca hubieran hecho otra cosa. Los cuerpos, que lo rodeaban a él y a Zorro, eran transparentes como cristal lechoso. Pez o humano: eran ambas cosas. En Lothringen se las denominaba «mal de mer», pero en cada costa recibían un nombre distinto. Se decía que hacían zozobrar los barcos para llevarse el alma de los muertos a sus ciudades en el fondo del mar. La emperatriz tenía un ejemplar en su sala de los tesoros, pero la muerte convertía su belleza de cristal en cera opaca.

Rodearon a Zorro como si fuera una de ellas, trenzaron su cabello y acariciaron su rostro, pero ella no se separó del lado de Jacob y apartaba a las ondinas, cuando estas quisieron arrastrarlo más al fondo. Era como un baile entre Zorro y ellas, y en algún momento Jacob sintió que las olas lo arrastraban a tierra firme. Notó arena húmeda y conchas que se rompían entre sus dedos. Sus ojos ardían por el agua salada, pero finalmente logró abrirlas, y vio nubes y un cielo gris sobre él. Zorro estaba acurrucada junto a él. Ella misma estaba demasiado débil para ponerse de pie, pero

los dos continuaron tirando el uno del otro para salir del agua, cuyo murmullo seguía sonando hambriento, hasta que finalmente cayeron extenuados en la arena codo con codo.

Jacob escupió en la mano la escama que las mal de mer le habían metido entre los labios, y aspiró con voracidad el aire húmedo en los doloridos pulmones. Era salado y frío, y lo más exquisito que había probado nunca.

Respirar. Simplemente respirar.

Zorro se quitó las flores que las mal de mer le habían prendido en el cabello. Bajo el agua habían brillado con todos los colores del arco iris, pero ahora estaban marchitas e incoloras. Zorro las arrojó a las olas, como queriendo devolverles la vida. Después se arrodilló junto a Jacob y enterró profundamente las manos en la arena color gris.

—Por poco —su voz sonaba tan incrédula como si no pudiera creer que realmente seguían con vida.

Vida... Jacob metió la mano bajo la camisa mojada, pero todo cuanto sus dedos tocaron fue la polilla.

La bolsa engañosa con la cabeza había desaparecido.

Zorro deslizó la mano en la manga con una sonrisa. Sacó la bolsa y se la lanzó al pecho.

Los guantes, al igual que la mochila, se habían hundido en el mar, pero Jacob no sintió más que un ligero hormigueo al meter la mano en la bolsa y tocar el cabello dorado. Las bolsas engañosas podían debilitar el efecto de la magia negra, pero no había experimentado jamás un efecto tan intenso. Qué importaba... tenía la cabeza. Ahora solo podía esperar que el goyl hubiera tenido menos éxito hasta ese momento. Jacob cerró la bolsa y levantó la vista al cielo, donde unas gaviotas hambrientas volaban en círculo entre las nubes. En su recuerdo seguía viendo los aviones rojos precipitándose sobre los barcos ardiendo.

—¿Por qué nos han ayudado las mal de mer?

Zorro se limpió la arena de los desnudos brazos. Se había quitado el vestido mojado en el mar y solo llevaba puesto el pelaje. Seguía llevándolo siempre bajo la ropa cuando podía haber peligro, pero esa vez no había sido la zorra, sino su forma humana, la que los había salvado a ambos.

—En realidad solo ayudan a las mujeres —respondió ella—. Cuando era niña salvaron a la hermana de mi madre. Por lo general, a los hombres se los llevan consigo y no estaba segura de poder protegerte de ellas, pero sin su ayuda te habrías ahogado seguro. —Zorro sonrió—. Por suerte comprendieron que no permitiría que te llevaran sin resistirme.

Sí, por suerte y porque era tan intrépida que a veces le hacía sentir miedo incluso a él. Jacob se incorporó. Solo confiaba en que encontrar la mano y el corazón fuera más sencillo. Aunque no era de esperar. Miró alrededor. Escarpadas peñas de arena y una playa pedregosa. Un faro en la lejanía.

—¿Sabes dónde estamos?

Zorro asintió con la cabeza.

—Yo crecí no muy lejos de aquí. Les pedí a las mal de mer que nos trajeran hasta aquí. Estamos en Lothringen, a tan solo unos kilómetros de la frontera de Flandes —dijo poniéndose de pie—. Será mejor que nos larguemos de aquí. Los pescadores de la zona son todo menos afables con los extraños. ¿Tienes aún el pañuelo de oro? Necesitaremos dinero para caballos y ropa nueva.

Jacob metió la mano en el bolsillo. El pañuelo estaba empapado, pero la tarjeta de Earlking salió tan seca e intacta como si acabara de aparecer en su mano. Zorro lanzó a la tarjeta una mirada desagradable, aunque estaba vacía, salvo por el nombre de Earlking. El cartón estaba blanquísimo, como si el mar hubiera borrado toda la tinta. Jacob espantó una araña que salía de su bolsillo y metió la tarjeta en él. Seguía queriendo tirarla, pero, desde que el nombre de Will había aparecido en ella, le daba la insensata impresión de que era una conexión con su hermano.

Por lo general, el pañuelo de oro funcionaba también cuando estaba mojado, pero Jacob tuvo de nuevo que frotar infinitas veces hasta que finalmente le concedió un tálero fino como el papel. Sí, necesitaba un nuevo pañuelo, pero eran todo menos fáciles de encontrar.

Jacob se vació el agua de las botas.

—¿Cuántas veces van ya?

Apenas podía ponerse en pie.

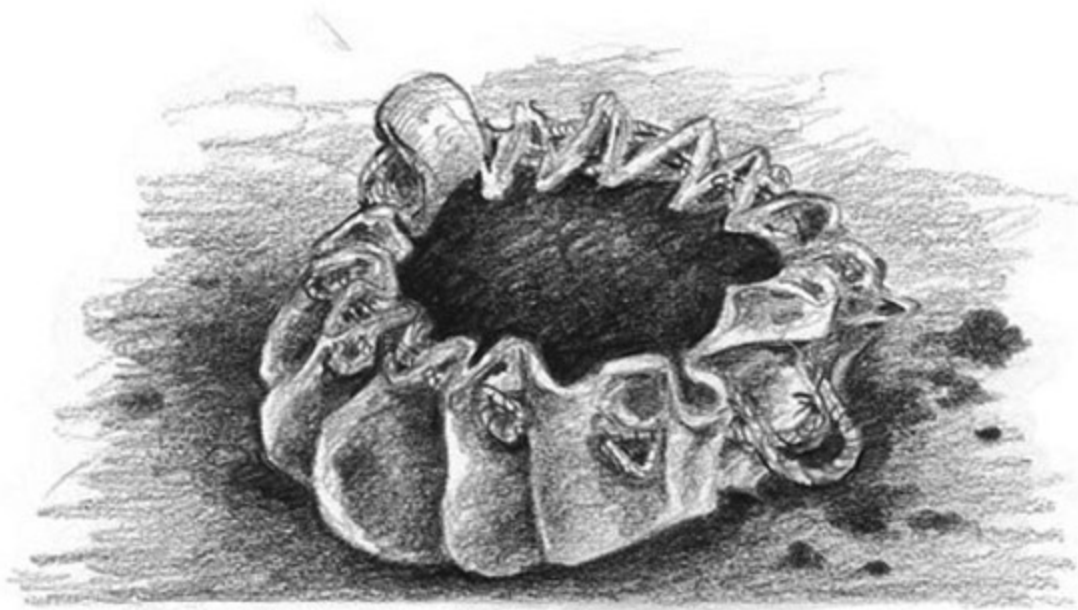
—¿Cómo que cuántas veces van?

Zorro tampoco podía mantenerse erguida. Los dos tiritaban de frío en las ropas mojadas.

—Que me has salvado el pellejo.

Zorro sonrió y le limpió la arena de la espalda.

—Creo que prácticamente estamos en paz.



24

La huella de una bota

«La costa... su mano... casi aplastada». La araña bailaba a trompicones, como si hubiera tragado tanta agua como su hermana.

Albión había perdido una flota y Nerron casi a su espía de ocho patas, pero por fortuna las arañas gemelas eran más resistentes que los barcos de madera y los acorazados. Reckless tampoco lo había hecho mal, si se creía el parte de la araña. «Fuego del cielo... agua... humo... muerte». Nerron solo había podido deducir con esfuerzo lo sucedido, pero finalmente había dos únicos hechos de interés: el ataque de los goyl convertía la ballesta en algo aún más deseable para todos sus enemigos y Reckless había logrado llegar a tierra firme... con la cabeza.

Ah, esa carrera divertía. Aun cuando el principillo tuviera de momento la mano. Hablando del demonio del averno... La forma de llamar a la puerta de Nerron era la de alguien que no estaba acostumbrado a encontrarlas cerradas. Nerron espantó a la araña para que regresara al medallón y abrió.

—¡Mira esto! —Louis le plantó la manga de la camisa desteñida delante de la cara de forma acusadora—. ¡En esta fonda no saben siquiera lavar la ropa! ¿Y qué crees que dirá mi padre si le telegrafío que Lelou tuvo esta mañana que quitarme los piojos del cabello?

Nerron se imaginó construyéndose una lámpara de araña con los huesos de Louis. La imaginación era un don tan maravilloso.

—¿Qué es lo próximo que tenemos que buscar?

¡Ajá! Había lamido la sangre. El deseo de cazar... Louis contaba con demasiados príncipes ladrones entre sus antepasados como para ser inmune a él.

—Ve a buscar a los otros dos y encontraos conmigo en las cuadras.

Nerron quiso cerrar la puerta de golpe, pero Louis metió la valiosa bota en medio.

—No eres precisamente comunicativo, goyl. Creo que no nos estás diciendo todo lo que sabes sobre esta búsqueda.

¿Y por qué tendría que hacerlo, principillo? ¿Para que a ti o a tu padre se os ocurra buscar la ballesta por vuestra cuenta?

—Pregúntale a Lelou. Seguro que sabe más que yo —respondió—. Y en cuanto a los piojos, ¿por qué no le proponéis al dueño que os condone la factura del vino?

Louis se quitó un orondo ejemplar de la frente y lo aplastó entre los dedos con gesto de asco.

—Está bien —dijo sacando la bota de la puerta—. Detrás de las cuadras. Pero recuerda: ¡no me gusta esperar!

• • •

Por supuesto, fue Nerron quien tuvo que esperar. Probablemente habían encontrado algunos piojos más. Era un milagro que el agua de colonia que Louis utilizaba no los hubiera matado a todos en el acto. Eaumbre andaba pesadamente sin decir palabra tras su principesco protegido, pero Lelou, como siempre, hablaba sin cesar a Louis. Solo enmudeció cuando vio a Nerron de pie junto a los caballos ensillados.

—Lelou dice que le has contado que aún hemos de encontrar un corazón y una cabeza para obtener la ballesta. —Louis llevaba la mano en la bolsa engañosa, colgada del cinturón bañado en oro. Pasó la mano por ella, como queriendo recordar que él, y no Nerron, había sido hasta el momento el cazador de tesoros con más éxito.

Idiota de sangre azul.

Nerron le brindó su más cándida sonrisa.

—Sí, es correcto —dijo. Era preferible hacer creer a Lelou que le tenía al corriente de cada detalle de la caza. De ese modo, el escarabajo no formularía tantas preguntas. Pero había llegado el momento de apartarse un poco de la verdad.

Puso cara de preocupación.

—Por desgracia, ha llegado a mis oídos que un espía de Albión se ha apoderado de la cabeza. Para cuando logremos alcanzarlo en carruaje o tren, es posible que también tenga el corazón. Así que propongo que usemos un hechizo para detenerlo.

Louis arrugó la frente, engañosamente alta.

—Albión. Siempre Albión —gruñó—. Mi padre es demasiado afable con ellos.

Lelou se frotó la afilada nariz:

—Ya he viajado una vez con un hechizo. No es nada sano. ¡Mi propia sombra me habló después!

Nerron sacó una bolsa de cuero de las alforjas.

—No os preocupéis. Los goyl usamos un hechizo que no tiene efectos secundarios —no tenía la menor idea de si valía para los humanos, pero naturalmente no lo mencionó.

La bolsa contenía tierra que Nerron había recogido delante de los ascensores de la mina en la que habían encontrado la cripta de Gismundo. Estaba convencido de que la bota que había dejado su huella en ella procedía de Reckless. Lelou observó con desconfianza cómo Nerron repartía la tierra sobre una piedra plana. Vaya oportunidad de librarse de los tres. Por un momento casi no pudo resistir la tentación. Pero Louis tenía la mano, y los conocimientos de Lelou podían ser útiles en la búsqueda del corazón. *¿Qué pasa con el hombre de las aguas, Nerron?* Le lanzó una rápida mirada a Eaumbre. Su instinto le decía que aún podría también serle útil... aunque al final solo le librara de matar a los otros dos.

—Bueno... es muy fácil, siempre que hagáis lo que os diga —dijo Nerron haciéndoles señas, impaciente, para que se acercaran a él—: las riendas en la mano izquierda y la derecha sobre el hombro del que esté delante.

Lelou tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar los hombros de Louis, y el principillo se quitó el guante de becerro antes de tocar al hombre de las aguas, pero Eaumbre enterró los dedos con mucha determinación en los hombros de Nerron, como queriendo recordarle cuánto daño podían causar.

Nerron estampó la bota en la tierra sobre la que, unos días antes, había estado Jacob Reckless... y olió sal en el aire.

Agua.

Se estremeció.

Confió en que no aterrizaran en ella sumergidos hasta el cuello.



25

La segunda vez

Tenían la cabeza. Jacob se sorprendió al sentirse ridículamente lleno de confianza cuando se alojaron en una pensión para, después de tanta agua fría, dormir al menos una noche en una cálida cama. Se apearon en St. Riquet, una ciudad pequeña cuyos estrechos callejones procedían de una época que había sido olvidada largo tiempo atrás incluso detrás del espejo. En la plaza del mercado había casas de paredes entramadas, cuyos tejados aún habían sido colocados por gigantes, y un campanario cuya campana comenzaba a repicar antes de que la muerte se llevara a uno de los habitantes.

Esa misma noche, Zorro fue en busca de una cuadra para conseguir caballos, y Jacob telegrafió a Dunbar y a Chanute con la esperanza de enterarse de algo que pudiera ayudarles en la búsqueda de la mano y el corazón. No estaba seguro de lo que pensaría Dunbar de la noticia, que su teoría era correcta y que habían encontrado la cabeza, pero quizá, al menos, se alegrara de saber que seguían con vida. Jacob le mandó también un telegrama a Valiant para mantener al enano de buen humor. En cualquier caso, no le reveló nada de la cabeza, ni tampoco dónde se encontraban en ese momento. Jacob no confiaba en la discreción de Valiant, y el enano ya se enteraría con suficiente antelación de que no tenía pensado vender la ballesta al mejor postor.

Era el primer día cálido de la primavera, aunque la chica descalza de las flores que vendía primulas en la esquina de una calle tenía frío seguro. Era tan delgada como un pajarillo y tenía el

cabello rojo. Zorro apenas era mayor que ella cuando Jacob la encontró por primera vez en su forma humana. Le compró un ramo a la chica, porque sabía lo mucho que Zorro amaba las primulas. Cogía las flores de la pequeña mano cuando el dolor volvió a instalarse en su pecho.

Era mucho peor que la primera vez. Jacob tropezó con la pared de la siguiente casa y apretó la frente contra la fría piedra mientras intentaba respirar desesperadamente. El dolor era tan terrible que casi se arrodilla para pedir clemencia a las hadas. Casi.

La niña lo miró asustada. Recogió las flores que Jacob había dejado caer y se las tendió. Jacob apenas podía extender las manos.

—Gracias —balbució con esfuerzo.

Esbozó una sonrisa como pudo, mientras dejaba en la mano de la chica unas monedas de cobre. La niña le respondió aliviada con una sonrisa.

La pensión estaba a tan solo unos callejones de distancia, pero le costó regresar. El dolor persistió hasta abrir la puerta de su habitación. Echó el cerrojo antes de desabrocharse la camisa. La polilla tenía una segunda mancha en las alas, y al nombre del hada solo le quedaban cuatro letras.

Empieza a contar, Jacob.

Cogió un poco del polvo de Alma, pero sus manos temblaban tanto que tiró la mayor parte.

Maldición, maldición...

¿Dónde estaba Zorro? Conseguir un par de caballos no podía llevar tanto tiempo. Pero cuando llamaron a su puerta, solo apareció la hija más joven del dueño.

—¿*Monsieur*?

Había remendado su chaleco. Pasó la mano, casi de forma respetuosa, sobre el brocado antes de entregárselo. El chaleco había sido un regalo de la emperatriz. El vestido de la chica ya lo habían llevado con seguridad sus hermanas mayores. Cenicienta. Solo que, en este caso, la propia madre era la malvada madrastra. Jacob había visto cómo manejaba a su hija menor. Y él había vendido el zapato de cristal de una emperatriz. Quizá Dunbar tenía razón. Jacob seguía oyendo su colérica voz en el oído: «¡Vosotros, los cazadores de tesoros, convertís la magia de este mundo en mercancía que solo los poderosos se pueden permitir!».

La chica había hecho muy bien su trabajo. Jacob metió la mano en el pañuelo de oro. El tálero que salió era aún más fino que el último, pero la chica miró la moneda de oro incrédula, como si en realidad le hubiera dado un zapato de cristal. Su mano estaba áspera de coser y limpiar, pero era delicada como la de un hada, y ella lo miró tan nostálgica como si fuera el príncipe al que, con seguridad, esperaba desde hacía mucho tiempo. *¿Por qué no, Jacob? Algo de amor contra la muerte. A fin de cuentas, aún sigues con vida.* Pero solo se preguntaba cuándo regresaría al fin Zorro.

La chica volvió a detenerse cuando él le abrió la puerta.

—Por cierto. He encontrado esto en vuestro chaleco, señor.

La tarjeta de Earlking seguía siendo blanquísima. Salvo por las palabras que había escritas al dorso.

Olvida la mano, Jacob.

La chica se había marchado hacía rato, pero Jacob seguía allí de pie mirando la tarjeta fijamente. La calentó entre las manos (no, no era un hechizo de hada), la sumergió en el aceite para escopetas (la forma más sencilla de desenmascarar la magia de los zancudos saltarines o los leprechauns) y la frotó con hollín para descartar que se tratara de brujería. Seguía conservando su color blanco inmaculado y únicamente mostraba las cuatro palabras: «Olvida la mano, Jacob». Maldición, ¿qué significaba aquello? ¿Que el goyl ya la tenía en su poder?

Jacob ya había visto mucha magia de escritura: amenazas que, de pronto, saltaban a la piel de uno, notas que se llenaban de deseos cuando el viento las ondeaba delante de las botas, profecías que se grababan en la corteza de un árbol. Magia de duendes, de zancudos saltarines, de leprechauns... travesura mágica que llenaba el aire de ese mundo como polen.

Olvida la mano. ¿Y entonces?

• • •

Zorro regresó en el momento en que el dueño le estaba explicando a Jacob el camino a Gargantúa. En la ciudad había una biblioteca que reunía todo sobre los reyes de Lothringen, y Jacob confiaba en encontrar allí indicaciones sobre la mano... o la noticia de que el goyl ya había estado allí...

Decidió no contarle nada a Zorro de la segunda mordedura de la polilla. Parecía cansada y estaba extrañamente ausente. Al preguntarle, ella comentó que era por los caballos... no eran tan buenos, en St. Riquet era más fácil comprar unas buenas ovejas. Pero Jacob notó que algo más le rondaba la cabeza. La conocía tan bien como ella a él.

—Vamos, suéltalo. ¿Qué sucede?

Ella evitó su mirada.

—Mi madre no vive lejos de aquí. Me pregunto cómo estará.

Eso no era todo, pero Jacob no siguió insistiendo. Habían adoptado siempre el sigiloso acuerdo de respetar los secretos del otro... y el pasado era un país que ninguno de los dos visitaba con agrado.

—No es un gran desvío. Me encontraría contigo esta noche en Gargantúa.

Por un momento quiso pedirle que fuera con él. *¿Qué te pasa, Jacob?* Por supuesto, no lo hizo. Bastaba con que él mismo no hubiera visto a su madre hasta que había sido demasiado tarde. Había sido demasiado fácil actuar como si siempre fuera a estar allí. Lo mismo que la vieja casa y el piso lleno de fantasmas.

—Claro —dijo él—. Me aparearé en la fonda que está justo al lado de la biblioteca. ¿O quieres que te acompañe?

Zorro negó con la cabeza. No le gustaba hablar de por qué se había marchado de casa. Todo lo que Jacob sabía era que el pelaje no había sido el único motivo.

—Gracias —respondió—, pero prefiero hacerlo yo sola.

Sí. Había algo más, pero su rostro no invitaba a Jacob a preguntar por ello.

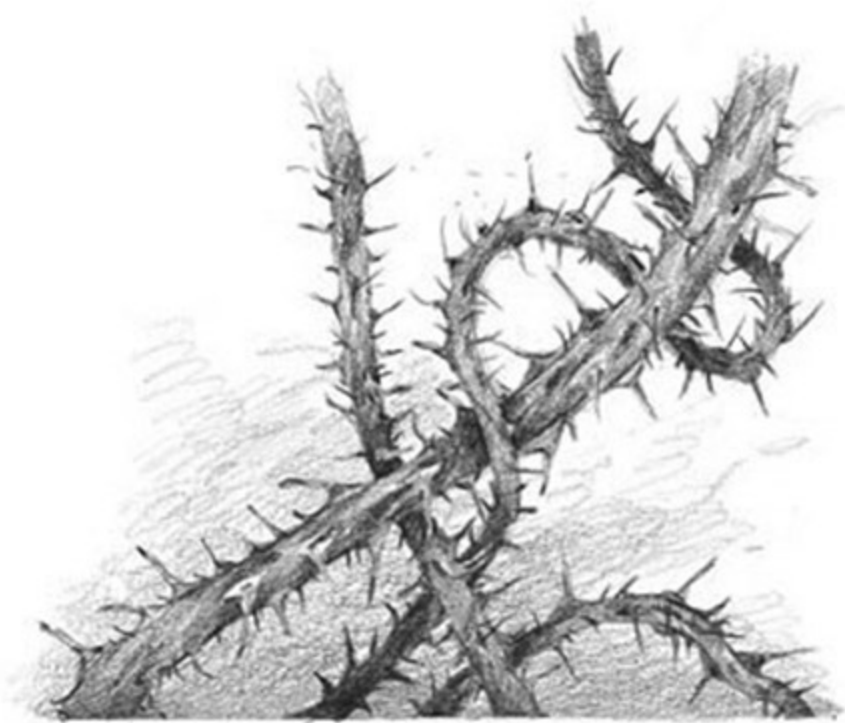
—¿Cómo te sientes? —preguntó poniéndole la mano en el corazón.

—¡Bien! —Jacob ocultó la mentira tras su mejor sonrisa. No resultaba fácil engañarla, pero por fortuna existían demasiados motivos para el agotamiento en su voz.

La besó en la mejilla.

—Nos vemos en Gargantúa.

Su piel seguía oliendo a mar.



26

El mejor

No aterrizaron en el mar, sino en una playa de un color tan gris como el granito molido. El hombre de las aguas se quejó de que las escamas le picaban, y Lelou juró que la magia le había hecho crecer las uñas, pero las huellas en la arena eran tan recientes que hasta un príncipe podía seguirlas. Nerron permitió que Louis se divirtiese hasta el primer cruce, donde, a ojos inexpertos, el rastro se perdía entre las huellas de las ruedas de los carruajes. A Nerron le resultaba más fácil de leer que el poste indicador que había al borde de la carretera. Reckless había tomado la carretera hacia St. Riquet, un poblacho de una ciudad pequeña cuyos habitantes habían sido pisoteados periódicamente por gigantes. Aún podían encontrarse los enormes dientes en los campos de alrededor. El marfil tenía un precio considerable.

No fue demasiado difícil averiguar en qué pensión se había alojado Reckless con la zorra. Con su cara de inocente, el escarabajo logró incluso que les revelaran el número de habitación.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Louis, mientras el hombre de las aguas examinaba con gesto inexpresivo las ventanas cubiertas con cortinas—. Vayamos a por el espía.

—¿Para que destruya la cabeza tan pronto entremos por la puerta? —preguntó Nerron haciéndoles señas impaciente para que se dirigieran tras un carruaje que estaba al borde de la carretera—. ¡Tenemos que atraerle! —siseó—. Con un cebo.

Lelou le lanzó una mirada aguda.

Oh, eso será difícil, Nerron. Pero tenía que deshacerse de los tres por unas horas. Reckless le pertenecía. Además, no tenía la intención de ver también balancearse la cabeza del espantoso cinturón de Louis.

—Necesitamos una chica —murmuró—, pero he oído que solo le gustan las vírgenes. De cabellos de oro. A lo sumo de dieciocho años.

Lelou se colocó bien las gafas. Era siempre una señal de advertencia.

—¿Vírgenes? ¿No es ese el cebo para los unicornios? —gangueó.

—¿Pretendes darme clases de caza de tesoros? —le abroncó Nerron—. ¡Pero estoy seguro de que sabes tanto de espías albiones como de historias sobre los antepasados de Louis!

El escarabajo quiso objetar algo, pero Louis encontraba la misión tan atractiva como Nerron había esperado.

—Le encontraré una virgen al goyl —su sonrisa era tan engreída como correspondía a un príncipe—, pero la cabeza me pertenecerá después.

Lelou apretó los finos labios y Eaumbre lanzó a Nerron una mirada cómplice antes de seguir a Louis. Unos minutos más tarde, los tres habían desaparecido en los estrechos callejones, y Jacob Reckless estaba tan solo a una pedrada de distancia.

• • •

Nerron se ocultó en la entrada de un portal que había frente a la pensión, pero tuvo que cambiar varias veces de sitio, porque algún honrado ciudadano se detenía y lo miraba fijamente. Deseó que un escuadrón de la caballería goyl entrara en el dormido callejón cuando vio salir a Reckless de la pensión con una mujer. El color de su cabello no ofrecía dudas: se trataba de la zorra. Era tan hermosa como se decía... aunque, por lo general, Nerron no sentía inclinación por las mujeres humanas. Se preguntó si ella y Reckless formaban pareja. ¿Qué otra razón, si no, podía haber para salir a cazar tesoros con una mujer, aun cuando se tratara de una mutadora de forma? Las mujeres eran, o bien impenetrables, como el hada de la que Kami'en se había chiflado, o débiles como su propia madre, que había entablado relaciones con un ónix, convirtiendo a su hijo en bastardo. A veces uno se empeñaba en amarlas, pero no se podía confiar en ellas, y, a fin de cuentas, lo que uno deseaba no era sino su piel de amatista. Qué más daba... La zorra dirigió su caballo hacia el oeste, mientras Reckless tomaba la carretera hacia el sur. Genial. El hecho de que estuviera solo simplificaría el asunto.

El caballo que Nerron había alquilado encontraba su aspecto igual de alarmante que los ciudadanos de St. Riquet, y cuando finalmente se dejó montar, Reckless había desaparecido. Nerron lo alcanzó cuando entraba en un bosque que reemplazaba los pastos y campos al sur de la ciudad. Agradeció la sombra de los árboles, y no solo porque casi lo volvía invisible. La luz del sol no le producía dolor en los ojos desde que los había hecho hechizar por una devoraniños, pero su piel se agrietaba cada vez más a pesar de frotarla con aceite cada día.

El bosque era uno de los antiguos bosques reales que habían servido a la nobleza de Lothringen como coto de caza largo tiempo. Ahora ellos también suministraban madera para las fábricas y para las vías del tren, pero el bosque crecía de forma casi tan espesa como antaño, y eso

le hizo recordar a Nerron los bosques de piedra bajo tierra que llenaban las enormes cuevas de ramas de granate y hojas de la misma malaquita que le veteaba la piel.

No sacó la cerbatana hasta que Reckless se adentró cabalgando entre los árboles. El zarcillo que Nerron colocó en la delgada caña de acero estaba repleto de espinas tan afiladas que solo un goyl podía tocarlo sin desgarrarse la piel. Reckless cabalgó hacia el claro donde aterrizó el zarcillo, y este comenzó a crecer tan pronto tocó el suelo del bosque. Los zarcillos estranguladores crecían deprisa. Más deprisa de lo que podía correr cualquier presa.

Reckless tiró de las riendas del caballo cuando se percató de lo que se arrastraba hacia él. Quiso girarlo a la fuerza, pero los zarcillos ya subían por las pezuñas del animal. Se clavaron en la ropa de Reckless y rodearon sus brazos, mientras su caballo se encabritaba. Casi le pisotea cuando los zarcillos lo derribaron de la silla. ¡Cuidado! Nerron lo quería con vida.

Ató su caballo entre los árboles. El estúpido rocín seguía teniéndole miedo. El caballo de Reckless se había podido liberar. Trotaba en sentido contrario, sangrando y tembloroso, cuando le salió al paso. Nerron lo capturó y metió la mano en la mochila que colgaba de la silla. La cabeza estaba dentro de una bolsa engañosa. Por supuesto. Solo los chapuceros iban de acá para allá con su botín a la vista.

Reckless casi había desaparecido. Los zarcillos habían formado un capullo espinoso a su alrededor. Nerron logró abrirlos hasta liberar el rostro de su presa. Reckless había perdido el conocimiento. Los zarcillos estranguladores asfixiaban a sus víctimas deprisa, pero abrió los ojos cuando Nerron le golpeó en la cara.

Nerron levantó la bolsa engañosa:

—¡Muchas gracias! Estoy realmente feliz de no haber tenido que subir a un barco. ¿Dónde crees que debería buscar el corazón?

Reckless intentó incorporarse, a pesar de que los zarcillos le clavaban las espinas en la blanda carne. Los lobos olerían pronto su sangre. Había una manada con mala fama en aquel bosque, que un noble había alimentado con sus enemigos, acostumbrándolos de esa manera a la carne humana.

—Aunque lo supiera... ¿por qué iba a revelártelo?

Los ojos grises miraban vigilantes, pero en ellos no se apreciaba demasiado temor. Eso era lo que decían de él: «Reckless no teme a nada. Se considera inmortal».

Nerron se ató la bolsa engañosa al cinturón.

—Si me lo revelas, te mataré antes de que los lobos te devoren.

Oh, sí, sentía miedo, aun cuando lo ocultara bien. Pero no le importaba. Era envidiable. Nerron aborrecía tener miedo. Miedo del agua. Miedo de otros. Miedo de sí mismo. Los combatía con rabia, pero eso solo los hacía crecer más, como un animal al que se alimenta.

—Ya tengo la mano —no pudo resistirse a esa pequeña presunción. Había tenido que escuchar con demasiada frecuencia historias sobre las gloriosas proezas de Jacob Reckless.

—Genial —la cara de su competidor se volvió blanca de dolor cuando intentó de nuevo incorporarse—. Entonces podré robártela cuando vaya en busca de la cabeza.

—¿De veras? —Nerron llevaba esa vez guantes, que lo habían protegido antes de ese tipo de magia negra. Aun así, el dolor le atravesó el hombro cuando sacó la cabeza de la bolsa. Los ojos estaban cerrados, la boca ligeramente abierta, y Nerron devolvió rápidamente la cabeza a la bolsa

antes de que dijera algo. Hasta un brujo muerto podía tener un conjuro en la punta de la lengua.

Se metió la bolsa engañosa en el bolsillo de la chaqueta. Su piel de lagarto habría protegido la piel humana de Reckless mucho mejor que la tela con la que estaba confeccionado su abrigo. Blanda como su piel e igual de fácil de desgarrar.

—Antes de que todos tus conocimientos sean digeridos por un lobo... ¿cómo te las ingeniaste para robarle a la devoraniños de Moulin la caperuza roja? Cuentan que ya te tenía en su horno.

—Te lo desvelaré si me dices cómo encontraste el mirlo blanco. Lo busqué durante meses. —Reckless intentó liberar una mano, pero los zarcillos estranguladores eran ataduras muy fiables—. ¿De verdad su trino rejuvenece?

—Sí, pero el efecto apenas dura una semana. Mi cliente pagó antes de descubrirlo.

Nerron se frotó la piel mellada. Le dolía incluso a la sombra de los árboles. Cuando esa búsqueda acabara, iba a necesitar con urgencia unos meses bajo tierra. Pero aún había una pregunta que deseaba hacer.

Sacó el cuchillo.

—Solo por curiosidad... Te prometo que te llevarás la respuesta a la tumba o, mejor dicho, al vientre de un lobo. ¿Dónde has escondido a tu hermano de piel de jade?

¡Ya ves! Existía un camino a través de la engreída máscara.

—Will. Así se llama, ¿no? —Nerron se inclinó sobre su prisionero y cortó un brote del zarcillo que se había enroscado alrededor de su blando cuello. Las bayas estranguladoras eran siempre de utilidad—. ¿Sabes que los ónix han encomendado a cinco de sus mejores espías buscarlo?

Reckless seguía con la mirada cada uno de sus movimientos. Volvía a dominarse, pero los ojos humanos eran más traicioneros que los de un goyl. Su estado de vigilancia revelaba lo que negaba su silencio. Sí, los rumores eran ciertos: el goyl de jade que había salvado a Kami'en la piel de piedra era el hermano de Jacob Reckless.

—¿Dónde está? —Nerron envolvió el retoño recién cortado con el pañuelo, en el que aún quedaban pegadas unas espinas del viejo zarcillo—. Con la plata que los ónix han gastado hasta ahora en la búsqueda, tú y yo podríamos comprarnos un palacio en Loutis, y sin embargo aún no han encontrado el menor rastro de él. Debe de tratarse de un escondite realmente excelente.

Reckless sonrió.

—Si me quitas estas ataduras de espinas, quizá te lo enseñe.

Oh, a Nerron le gustaba... en la medida en que podía gustarle alguien. En la práctica, esa sensación se presentaba rara vez. Su madre era la única persona a la que había ofrecido afecto sin haberlo pedido. El lujo de amar se pagaba con demasiado dolor.

—No —dijo—. Mejor no. Ya no hay quien soporte a los ónix. Por no decir lo que pasaría si el goyl de jade ayudara a uno de ellos a conseguir la corona de Kami'en.

—¿Ah, sí? —preguntó Reckless conteniendo un gemido. Entretanto las espinas debían de haberlo pinchado—. ¿Qué crees que pasará si les encuentras la ballesta?

Buen intento.

Nerron metió el pañuelo con el zarcillo en el bolsillo.

—El nombre del cliente es secreto profesional, ¿no? —ya oía a los lobos entre los árboles—. Yo tampoco te pregunto para quién estás buscando la ballesta.

Le brindó a su adversario una última sonrisa.

—Estoy realmente feliz de que nuestros caminos se hayan cruzado de esta forma. Estaba tan harto de oír siempre que eres el mejor de nuestro gremio. Mucha suerte con los lobos. A lo mejor aún se te ocurre algo. ¡Sorpréndeme! No suelen dejar muchos desperdicios y sería una pena que la zorra se pasara el resto de su vida buscándote.

Nerron se subió al caballo cuando el primer lobo se acercó a Reckless. Los otros vendrían pronto pero, a diferencia de los lores de ónix, no consideraba los gritos de dolor especialmente entretenidos.

Además, con seguridad Louis había encontrado una virgen entretanto.



27

Una casa a orillas del pueblo

La casa tenía un aspecto aún más miserable de lo que recordaba. Muros de piedra en los que anidaba el moho. El olor a paja putrescente y estiércol de cerdos... La pesca enriquecía a algunos hombres en esa costa, pero su padre había preferido siempre llevar su dinero a las tabernas antes que a casa. *Padre. ¿Por qué le sigues llamando así, Zorro?* Tenía tres años cuando su madre se casó con él. Dos años y dos meses después de la muerte de su padre biológico.

Del manzano que había detrás del portal, al que había trepado tan a menudo porque el mundo daba menos miedo cuando se observaba desde lo alto, solo quedaba un tocón. Aquella vista casi le hace volver el caballo, pero, como cada primavera, su madre había plantado primulas delante de la casa. Las flores de color amarillo pálido le recordaron a Zorro todas las cosas buenas que había vivido gracias a ella detrás de esos gastados muros. Que algo tan frágil como una flor pudiera ofrecer resistencia al viento y al mundo le había sorprendido de niña una y otra vez. Quizá su madre había plantado las primulas precisamente para enseñárselo a ella y a sus hermanos.

Zorro pasó la mano sobre el ramo de flores que estaba prendido en su silla de montar. Las flores se habían marchitado hacía tiempo, pero eso no las hacía menos hermosas. Jacob se las había regalado. Por un instante, las flores secas le dieron la sensación de que Jacob estaba con ella. Sus dos vidas, unidas por la misma flor.

El portal estaba abierto, como entonces, cuando ellos la habían echado. Sus dos hermanos

mayores y su padrastro. Habían intentado quitarle la piel. Zorro se la había arrancado de las manos y había salido corriendo. Los hematomas de las piedras que le habían tirado tardaron semanas en desaparecer a pesar de la piel. Su hermano menor se había escondido dentro de la casa junto con su madre. Ella había mirado por la ventana, como queriéndola sujetar con los ojos, pero no había protegido a su hija. ¿Cómo iba a hacerlo? Si ni siquiera era capaz de protegerse a sí misma.

Mientras Zorro se dirigía a la puerta, le pareció ver a su yo más joven corretear por el patio con el cabello rojo trenzado y las rodillas siempre llenas de moratones. *Celeste, ¿dónde has estado otra vez?*

Había estado con Jacob en cuevas de ogros y en hornos de brujas negras, pero de ningún sitio se había marchado con tantas ganas como de ese. Ni siquiera el amor que sentía por su madre había conseguido llevarla de vuelta a casa. Lo que la había hecho regresar era el que sentía por Jacob.

Vamos, llama ya a la puerta, Celeste. No estarán aquí. No a esta hora.

El pasado la embistió tan pronto su mano rozó la madera de la puerta. Engulló toda la confianza y la fortaleza que el pelaje y los años lejos de allí le habían proporcionado. ¡Jacob! Zorro trajo a la memoria su rostro para que le recordara el presente y a esa Zorro en que se había convertido.

—¿Quién está ahí?

La voz de su madre. El pasado es un animal tan gigantesco. Las canciones que le había cantado en voz baja antes de dormir... Los dedos en su cabello cuando le había hecho trenzas... ¿Quién está ahí? Sí, ¿quién?

—Soy yo. Celeste.

El nombre sabía a la miel que Zorro había robado de niña a las salvajes abejas, y a las ortigas que le habían quemado las piernas desnudas.

Silencio. ¿Estaba su madre detrás de la puerta oyendo los golpes de las piedras? ¿En el patio y en su piel? Pareció transcurrir una eternidad antes de que abriera el cerrojo.

Había envejecido. El largo cabello negro se había vuelto gris y su belleza casi había desaparecido, como si los años se la hubieran lavado del rostro cada vez un poco más.

—Celeste... —pronunció el nombre como si hubiera estado esperando en sus labios todos esos años, como una mariposa que no había espantado. Agarró sus manos antes de que Zorro pudiera retroceder. Le acarició el cabello y le besó la cara. Una y otra vez. La sujetaba, como queriendo recuperar todos los años que no la había sujetado. Después tiró de ella para que entrara en la casa. Echó el cerrojo. Las dos sabían por qué.

La casa seguía oliendo a pescado y a húmedos inviernos. La misma mesa. Las mismas sillas. El mismo banco junto al horno. Y delante de la ventana, solo prados y vacas pintas, como si el tiempo se hubiera detenido. Pero Zorro había pasado cabalgando junto a muchas casas deshabitadas. La vida era dura cuando se dependía de la tierra y el mar para alimentarse. La ruidosa promesa de las máquinas era tan tentadora: todo podía hacerse con la mano del hombre y no había que temer más al viento ni al invierno. Pero el viento y el invierno habían hecho a los hombres.

Zorro agarró el cuenco de sopa que su madre le había empujado.

—Estás bien —no era una pregunta. En su voz había alivio. Alivio. Culpa. Y tanto amor desamparado. Pero no era suficiente.

—Necesito el anillo.

Su madre dejó la jarra de leche con la que le había llenado un vaso.

—Aún lo tienes, ¿verdad?

Su madre no respondió.

—¡Por favor! Lo necesito.

—Él no habría querido que te lo diera —le dijo mientras empujaba la leche—. ¡No sabes cuántos años te quedan por delante!

—Soy joven.

—Él también lo era.

—Pero tú sigues con vida y eso es todo lo que él quería.

Su madre se sentó en una de las sillas, en las que había pasado tantas horas de su vida remendando ropa, meciendo niños...

—Así que amas a alguien. ¿Cómo se llama?

Pero Zorro no quería pronunciar el nombre de Jacob. No en esa casa.

—Le debo la vida. Eso es todo.

No lo era, pero su madre no lo comprendería.

Se apartó el cabello gris de la cara.

—Pídeme otra cosa.

—No. Y sabes que me lo debes.

Las palabras salieron antes de que Zorro pudiera contenerlas.

El dolor en el cansado rostro hizo que olvidara toda la rabia que sentía. Su madre se levantó.

—No tendría que haberte contado nunca esa historia —dijo estirando el mantel con las manos—. Solo quería que supieras qué tipo de hombre era tu padre.

Volvió a estirar el mantel con las manos, como si pudiera borrar lo que la vida volvía difícil. Después se dirigió titubeando al arca, donde guardaba lo poco que denominaba suyo. La caja de madera que sacó estaba revestida de encaje negro. El encaje del vestido de luto que había llevado durante dos años.

—Quizá yo también habría sobrevivido a la fiebre aunque no me hubiera puesto el anillo —dijo mientras abría la caja.

El anillo que había dentro era de cristal.

—Lo necesito para algo más que una fiebre —dijo Zorro—, pero te prometo que solo lo utilizaré si no queda más remedio.

Su madre sacudió la cabeza y agarró con fuerza la caja, pero de repente aguzó los oídos.

Pasos y voces fuera. A veces, si el mar estaba demasiado agitado, los hombres regresaban antes de la pesca.

Su madre miró hacia la puerta. Zorro le quitó la caja de la mano. Se avergonzó del miedo que vio en el rostro de su madre. Pero no solo había miedo, también amor. Siempre había amor, incluso hacia el hombre que pegaba a sus hijos.

Zorro abrió el cerrojo cuando llamó a la puerta. Deseó tener los dientes de la zorra, pero quería

mirar a su padrastro a los ojos. Apenas le había llegado a los hombros cuando la había echado.

No era tan grande como lo recordaba. *Porque eras más pequeña, Celeste.* Él había sido un gigante y ella, una enana. El gigante que destruía todo lo que le salía al paso. Pero ahora era tan alta como él y él había envejecido. Su rostro estaba, como siempre, rojo, del vino, el sol y la rabia. Rabia hacia todo lo que se moviera.

Tardó un momento en comprender a quién tenía delante. Retrocedió como ante una serpiente, y su mano se aferró al palo en el que se apoyaba. Siempre tenía palos al alcance de la mano. Palos, cinturones... Había arrojado botas y leños a Zorro y a sus hijos, como si fueran ratas que se hubieran escondido detrás de su horno.

—¿Qué haces aquí? —le abroncó—. ¡Largo!

Quiso agarrarla, igual que lo había hecho antaño, pero Zorro lo apartó de un empujón y le arrancó el palo de la mano.

—Déjala pasar —la voz de la madre temblaba, pero al menos esa vez había dicho algo.

—Apártate de mi camino —dijo Zorro al hombre que había tenido que llamar padre, aunque le había enseñado a detestar esa palabra.

Él levantó los puños. Cuántas veces sus ojos se habían quedado enganchados a esas manos, temerosos de que la morena piel se volviera blanca al apretar los nudillos. A veces lo veía en sus sueños. Con el hocico de un lobo.

Zorro pasó junto a él sin decir nada más. Quería olvidar que existía. Imaginarse que se había marchado un día como el padre de Jacob o que su madre nunca se había vuelto a casar.

—Regresaré —le dijo a su madre.

Cuando Zorro se dirigió al portal, su madre estaba de pie junto a la ventana. Como entonces. Y, al igual que entonces, los tres le cerraron el paso, su padrastro y sus dos hijos. Él había recuperado el palo y su hijo mayor sostenía una horquilla de estiércol en la mano. Gustave y René. Gustave miraba con una cara más inexpresiva que antaño. René era más inteligente, pero hacía lo que Gustave le decía. Él había tirado la primera piedra.

Mutadores de forma. Nadie mejor que Zorro comprendía cómo se había sentido el hermano de Jacob cuando le había crecido la piel de jade, pero, al contrario que él, ella siempre había llevado puesto el pelaje de forma voluntaria.

—¡Venga, vamos! ¡Búscate una piedra! —le saltó a René—. ¿O estás esperando a que te lo diga tu hermano?

Él bajó la cabeza y miró nervioso la pistola que Zorro llevaba en el cinturón.

—¡Lárgate ya! —gritó su padrastro cerrando los ojos miopes.

Ya no sentía miedo de él. Era una sensación embriagadora.

—¿Dónde está Thierry? —preguntó.

Tenía un hermano.

Gustave se limitó a mirarla de forma hostil. Su camisa estaba manchada de sangre de pescado.

—Está en la ciudad —respondió René.

—¡Cierra el pico! —le abroncó el padre.

No había sido fácil ser la hijastra, pero su hermano menor lo había tenido igual de difícil. Thierry le había envidiado a Zorro el pelaje, y ella se alegraba de que él también hubiera logrado

escapar.

—Ya sabéis lo que dicen de los mutadores de forma —dijo levantando la mano—: ¡a todo aquel que toque le crecerá una piel! ¿Quién quiere ser el primero?

Plantó la mano en el pecho de su padrastro con tal fuerza que durante días registraría su piel en busca de pelaje rojo. Gustave tropezó maldiciendo y Zorro desapareció de la puerta antes de que los tres pudieran armarse nuevamente de valor. Mientras subía al caballo, recordó cómo había dado tumbos por los prados, sollozando y sangrando, el pelaje apretado contra el pecho. Esta vez tomó la carretera. Se volvió una vez más hacia la ventana tras la que estaba su madre, pero solo vio el cielo reflejado en el cristal y las primulas junto a la puerta.

• • •

Hizo otro alto antes de tomar el camino hacia Gargantúa. La casa estaba desmoronada y la tumba que había a la sombra del ruinoso muro del jardín se había cubierto de tanta vegetación que la lápida se elevaba sobre un nido de raíces y hierba seca. Un arbusto de avellano había esparcido sus frutos delante de ella. Las ramas estaban cubiertas de amentos y unas avellanas del último otoño yacían aún debajo. En el nombre grabado de su padre crecía un musgo tan denso que, sobre la piedra gris, las letras se habían vuelto de color verde: Joseph Marie Auger.

Zorro había ido allí con frecuencia. Había arrancado la hierba de la húmeda tierra, había dejado flores sobre la piedra y, en la casa desmoronada, había buscado la vida que ella y su madre habrían podido llevar. Allí se le había aparecido por primera vez la zorra, y en el bosque que lindaba con el muro derruido, la había salvado, a ella y a sus cachorros, de sus hermanos.

—Sé que hace mucho que no vengo —dijo—. Le he pedido el anillo a mamá. No estoy segura de que haya aprovechado bien tu regalo. A veces desearía que la hubieras dejado morir y que te hubieras quedado con los años que le diste. Algo así solo se dice junto a una tumba, pero sienta bien decirlo. Quizá tú habrías podido protegerme. He encontrado a alguien que lo ha hecho en los últimos años. No hay nadie a quien ame más. Ha cuidado de mí muchas veces, pero ahora me toca a mí protegerlo.

Zorro recogió las avellanas que reposaban sobre la tumba y las guardó en el bolsillo. Después subió al caballo. El sol ya estaba muy bajo y Jacob no podía esperar.



28

Espinas y dientes

El aliento del lobo olía a la carne podrida que le colgaba entre los dientes y sus ojos eran casi tan dorados como los de los goyl. Jacob había oído hablar de los lobos de esa región. Al parecer, sacaban a sus víctimas incluso de las camas y de los salones. Qué importaba... Jacob sabía que la situación pintaba de color negro. Después de todo, morir ahogado quizá no hubiera sido una muerte tan mala.

Entretanto lo rodeaban cinco. Intentó liberar una mano para llegar a su cuchillo, pero las bayas estranguladoras le clavaron las espinas en la carne de una forma tan implacable que el dolor le arrancó un grito contenido.

Grita, Jacob. ¿Por qué no? Quizá te oiga Zorro. No. Probablemente esperaba ya en Gargantúa. ¿Qué haría si él no volvía? Buscarle, como había dicho el goyl, pero seguramente no toda la vida. La zorra averiguaría enseguida lo que había sido de él. Aquel pensamiento casi era un consuelo.

Uno de los lobos le pasó la lengua por la cara, como queriendo degustarlo. Jacob intentó liberar al menos una pierna para poder propinarles una patada, pero las espinas solo se enterraron aún más profundamente en su carne. *¡Maldición, Jacob, piensa en algo!*

Se quedaron quietos.

El más grande se relamió el hocico gris.

El preludio tenía un fin.

Jacob se echó a un lado. Oyó dientes mordiendo en el vacío. El siguiente se ensañó con los zarcillos, pero su protección no resistiría mucho tiempo. Jacob intentó desesperadamente recordar todo lo que sabía sobre las bayas estranguladoras. Él mismo las había utilizado para detener a sus perseguidores, pero nunca para atraparlos. Un lobo se ensañó con los zarcillos que trepaban por sus costillas. Otro logró abrir los que le ataban las piernas.

¡Bayas estranguladoras, Jacob! ¿Has olvidado lo que más les gusta?

Aunque seguía resultando muy doloroso, volvió a echarse a un lado y otro, y se revolcó en el suelo del bosque. Los lobos lanzaron ladridos rabiosos, mientras las espinas le desgarraban la piel.

Sangre. Nada les gustaba más a las bayas estranguladoras. Pero naturalmente también volvía más salvajes a los lobos. El siguiente mordió con tal decisión que sus dientes encontraron carne. Jacob lanzó un grito cuando estos se enterraron en su costado, pero a los zarcillos también les gustaba su sangre y comenzaron a crecer.

Nuevos brotes salieron disparados hacia los lobos, lignificándose aún mientras crecían. Se aferraron a sus pelajes y rodearon a Jacob formando un capullo cada vez más tupido. Le costaba respirar y su ropa estaba pegajosa por su propia sangre, pero los lobos no consiguieron atraparlo más. Aullaron de rabia y clavaron los dientes una y otra vez en la espinosa maleza, aunque los zarcillos los rodeaban también a ellos con mayor firmeza cada vez. Jacob respiraba con dificultad. Sus dedos encontraron el mango de su cuchillo, pero simplemente no podía mover lo suficiente las manos como para sujetarlo.

El lobo líder se detuvo. Jadeaba ávido de la carne, que tan exquisitamente olía a sangre y sudor frío.

Después mordió los zarcillos que se habían enroscado en el cuello de Jacob. Jacob intentó desesperadamente darse la vuelta, pero el trenzado que lo protegía lo sujetaba con fuerza, como hilos de araña a una mosca atrapada. Una mordedura más y el jadeo del lobo acariciaría su indefensa piel. Jacob creía estar sintiendo ya los dientes en la garganta cuando...

Nada.

Ni un cartílago astillado. Ningún estrangulamiento ahogado en su propia sangre. En su lugar, un gemido agudo. Y la estridente voz de un hombre.

A través de los zarcillos, Jacob vio unas botas y la hoja de una espada. Un lobo cayó con la garganta abierta, un segundo se liberó de los zarcillos y atacó, pero la hoja lo mató en el salto. Los otros retrocedieron. Finalmente uno emitió un ladrido de decepción y se dieron a la fuga, el pelaje repleto de espinas.

Su salvador se dio la vuelta. Apenas era mayor que Jacob. Su espada atravesaba los zarcillos sin esfuerzo, como un abrecartas el papel. No había muchas hojas que funcionaran tan bien con las bayas estranguladoras. El extraño reunió una a una las espinas de los guantes, mientras Jacob se liberaba de los zarcillos cortados. Su ropa era tan buena como su espada. El cuello de su chaqueta estaba adornado con la piel de un zorro negro. En Lothringen, solo a la alta nobleza le estaba permitido cazarlos.

El príncipe de un cuento de hadas. Tenía el mismo aspecto.

Genial. Alégrate de que no estuviera ocupado salvando a Blancanieves, Jacob. La última vez que se había sentido tan ridículo había sido cuando, en el patio de la escuela, un profesor le había

tenido que liberar del estrangulamiento de una chica.

—Las bayas estranguladoras son realmente raras en esta región —dijo su salvador ayudándole a ponerse de pie—. ¿Os han mordido los lobos?

Dale las gracias, Jacob. Venga, vamos.

—No es para tanto —dijo palpándose la herida en el costado—. ¿Cómo habéis conseguido que se dieran a la fuga tan deprisa?

Déjalo. Hablas como si hubiera sido él quien te ha echado los lobos al cuello. El orgullo era una pesada carga. Pero su salvador se limitó a encogerse de hombros.

—Mis posesiones están situadas en la proximidad de Champlitte. Allí tuvimos problemas con bestias considerablemente más grandes que estas —dijo tendiéndole la mano a Jacob—. Guy de Troisclerq.

Jacob se limpió la sangre de los dedos.

—Jacob Reckless.

Cazador de tesoros e idiota redomado. Apenas podía tenerse en pie.

Troisclerq señaló su ropa desgarrada:

—Deberíais bañaros en una decocción de corteza, de lo contrario las heridas se infectarán. Estas espinas son pérfidas.

—Lo sé.

¡Jacob!

Se obligó a esbozar una sonrisa.

—Supongo que habéis sido vos quien me ha salvado la vida.

Troisclerq arrojó los zarcillos cortados al centro del claro.

—Estaba en el momento preciso en el lugar adecuado. Eso es todo.

Caballeroso incluso. ¡Déjalo ya, Jacob! ¿Qué culpa tiene de que cayeras como un principiante en la trampa de un goyl?

El encendedor que Troisclerq sostenía junto a los zarcillos era uno de los primeros que Jacob veía tras el espejo. Costaban una fortuna. Se quitó una rama del cabello y la arrojó al fuego. Seguía viva, pero la cabeza había desaparecido.

La mordedura en el costado producía un dolor tan atroz que tuvo que pedirle a Troisclerq que capturara su caballo. La vista de su mochila saqueada lo llenó de tanta rabia desamparada que lo que más le hubiera gustado hacer habría sido perseguir a caballo al bastardo. Pero su noble salvador tenía razón: tenía que tratarse la mordedura y desinfectar su piel agujereada, de lo contrario sufriría una infección de sangre. Además, Zorro lo esperaba en Gargantúa.

Al menos logró subir a la silla de montar sin necesidad de que Troisclerq tuviera que ayudarlo. El caballo blanco que montaba su salvador hacía que todos los caballos que Jacob había poseído hasta ese momento se parecieran al jaco que le había comprado al carnicero.

—¿Adónde os dirigíais?

—A Gargantúa.

—Estupendo. Yo también voy allí. Quiero coger la diligencia nocturna a Vena.

Estupendo. Exactamente lo que él también tenía previsto hacer. Confiaba en que su salvador no le contara a los otros viajeros cómo se habían conocido. *El corazón al este.* Debía encontrarlo

antes que el bastardo o habría dado igual que se hubiera dejado devorar por los lobos.

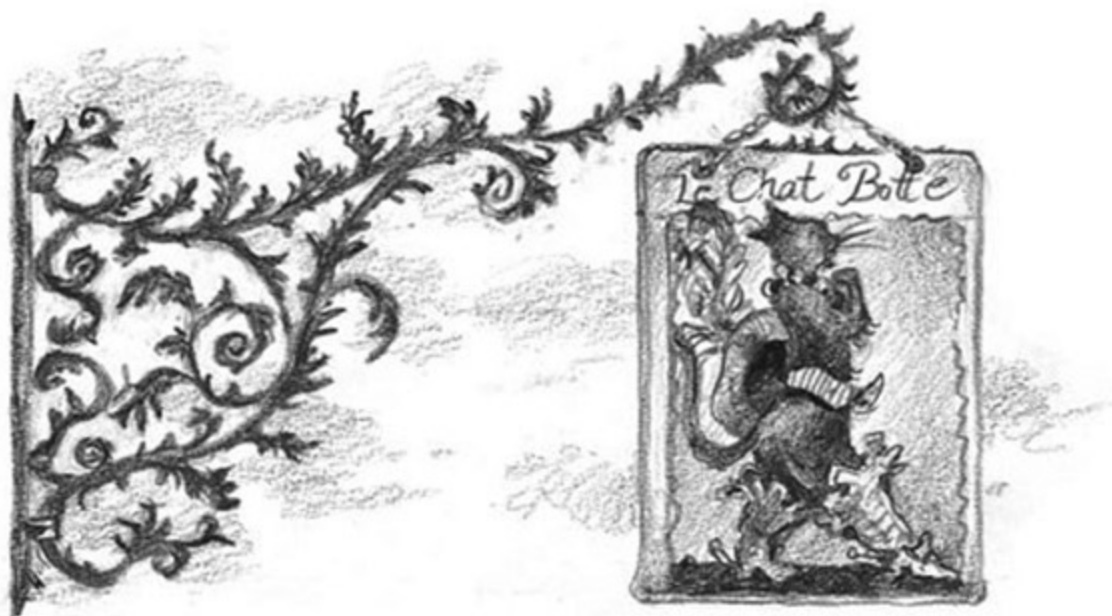
Jacob lanzó una última mirada al claro en el que el goyl lo había atrapado como a un conejo. El camino de vuelta a Austrien era largo y el rostro de Troisclerq le recordaría su estupidez durante todo el viaje.

—¿Reckless? —preguntó Troisclerq acercando el caballo blanco a su lado—. ¿No sois el cazador de tesoros que ha trabajado para la emperatriz austriena?

Jacob enrolló las riendas alrededor de los dedos agujereados.

—El mismo.

Y el idiota que se había dejado robar como un chapucero.



29

Un nuevo rostro

En la fonda en la que Zorro debía encontrarse con Jacob, ya se habían alojado una vez. En aquel entonces habían buscado en Gargantúa una chaqueta de piel de asno que ocultaba de los enemigos a quien la llevara puesta. Le Chat Botté no solo se hallaba junto a la biblioteca que Jacob deseaba visitar, también a la sombra del monumento que la ciudad había erigido a los gigantes, cuyo nombre había recibido. Su imagen era casi tan alta como un campanario y atraía a viajeros de los países más lejanos, pero Zorro no tenía ojos para su cabello de plata o los ojos de cristal azul, que al parecer se movían de noche. Añoraba el rostro de Jacob. Su viaje al pasado solo había vuelto a evidenciar que él era el único hogar que tenía.

El comedor de la taberna Le Chat Botté estaba considerablemente más limpio que el de El Ogro de Chanute. Mantel y velas, espejos en las paredes y camareras con delantales de volantes... El dueño se jactaba de haber conocido en persona al legendario gato. En prueba de ello, colgaban, junto a la puerta, dos botas desgastadas, que apenas le habrían cabido a un niño, y cualquier cazador de tesoros sabía que el Gato con Botas había sido tan grande como un adulto.

El dueño lanzó una mirada compasiva a la ropa masculina de Zorro antes de buscar el nombre de Jacob en el libro de invitados.

—*Mademoiselle?* —el hombre que se levantó de una de las mesas era tan hermoso que algunas mujeres se volvieron para mirarlo, pero Zorro solo se fijó en la piel negra de su cuello.

Se detuvo frente a ella y pasó la mano sobre la piel.

—Un regalo de mi abuelo —dijo—. Personalmente no encuentro placer en ese tipo de caza. Estoy siempre del lado del zorro.

Su cabello era negro como las sombras del bosque, pero sus ojos eran casi tan celestes como un cielo estival. El día y la noche.

—Jacob me ha pedido que os buscara. Está en el médico... ¡se encuentra bien! —añadió cuando Zorro lo miró con gesto de preocupación—. Ha tropezado con bayas estranguladoras y unos lobos. Por suerte nuestros caminos se cruzaron.

Se inclinó y le besó la mano.

—Guy de Troisclerq. Jacob os ha descrito con acierto.

La consulta del médico no estaba muy lejos. Troisclerq indicó a Zorro el camino. Lobos y bayas estranguladoras... En realidad, Jacob sabía cómo mantener alejados a los lobos, y a las bayas estranguladoras se las creía erradicadas desde que, en Lothringen, la ley obligara a quemarlas, después de que una sobrina del rey encorvado hubiera muerto por su culpa. A mitad de camino, Jacob salió al encuentro de Zorro con las manos vendadas y la camisa manchada de sangre. Pocas veces lo había visto tan rabioso.

—El bastardo tiene la cabeza.

Torció el gesto de dolor al abrazarla y no resultó fácil sonsacarle lo que había ocurrido exactamente. Su orgullo herido, al menos, reemplazaba por el momento los pensamientos sobre la muerte, pero Zorro no podía pensar en otra cosa. Toda la prisa, el peligro, el tiempo que les había costado encontrar la cabeza... ¡en vano! Tenían las manos vacías. Por un momento se sintió mal por el miedo y cerró con fuerza la caja que tenía en el bolsillo, entre sus dedos.

—¡También tiene la mano!

Jacob levantó la mirada hacia el monumento. En las orejas del gigante anidaban bandadas de pájaros, pero Zorro estaba convencida de que, en lugar de la piedra cincelada, Jacob no veía más que el oscuro rostro de ónix del bastardo.

—Maldito canalla —soltó—. Encontraré el corazón antes que él y después iré en busca de la cabeza y la mano. Hoy cabalgaremos hacia Vena.

—Es imposible que puedas cabalgar tan lejos. Troisclerq dice que uno de los lobos te mordió en el costado.

Incluso un buen caballo necesitaría al menos diez días para llegar a Vena.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más te ha contado?

—¡Nada más!

Oh, su orgullo. Probablemente habría preferido que los lobos le devoraran a salvarse con la ayuda de un extraño.

—¿Por qué tenemos que ir a Vena? ¿Has sabido algo de Chanute o Dunbar?

—Sí, pero lo que ellos saben también lo sé yo. La hija de Gismundo está enterrada en Vena, en el mausoleo de la familia imperial. Es el único rastro que tengo.

No era mucho y Jacob lo sabía.

—Esta noche sale una diligencia.

—¡Necesitaremos al menos dos semanas! Sabes que las diligencias paran en cada fonda. Y

seguramente el goyl está ya de camino.

Los dos sabían que tenía razón. Aun cuando sobornaran al cochero, necesitarían más de diez días. El bastardo llegaría con seguridad a Vena antes que ellos. Solo podían confiar en que no encontrara el corazón, pero también había sido rápido con la mano.

Jacob se tocó el costado herido y, por un momento, Zorro vio algo en su rostro que jamás había visto. Se rendía. Solo por un fugaz instante, pero ese momento le causó más miedo que cualquier otro.

—Descansa —dijo acariciándole el rostro agujereado—. Compraré los billetes para la diligencia.

Jacob se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó cuando ella se dio la vuelta.

—Bien —respondió Zorro cerrando la mano alrededor de la caja que tenía en el bolsillo.

Tenía tanto miedo por él.



30

Nada funciona

Ocho personas en una diligencia con mala suspensión, que olía a sudor y agua de colonia: un abogado de St. Omar con su hija, dos institutrices de Arlas que se pasaban todo el viaje bordando a pesar de pincharse los dedos a cada bache, y un sacerdote que intentaba convencer a todos de que los goyl provenían directamente del diablo. Jacob deseó estar en el Bosque Negro, en la Boda Sangrienta, a bordo del hundido *Titania*... y no llevaban más que tres días de viaje.

Los táleros que el pañuelo de oro producía eran cada vez más lastimosos, pero el cochero había aceptado en soborno la moneda de ojos brillantes. A fin de cuentas, comparado con el dinero de cobre que se le pagaba, incluso el oro fino como el papel valía una fortuna. El tálero lo estimuló tanto que los demás pasajeros se quejaron de la falta de descanso, y cinco días después, se les rompió una rueda en un barranco. Necesitaron horas para quitarles los arreos a los caballos y conducirlos por la helada carretera hasta la siguiente estación de diligencias. Jacob no estaba seguro de qué era peor: su costado dolorido o la voz en su cabeza. *Tenías que haber cogido un caballo. Lo más seguro es que el bastardo esté ya en Vena. Estás muerto, Jacob...*

El jefe de la estación de diligencias se negó a enviar a sus mozos a reparar la rueda de noche y les habló de espíritus de los bosques y duendes que al parecer vivían en el barranco. Exigió una fortuna por la fría habitación en la que los alojó, y solo mandó a su cocinero a la cocina cuando Troisclerq arrojó una bolsa de plata sobre su reluciente mostrador. Troisclerq pagó por todos. Se

ocupó de que encendieran el fuego de la taberna y, cuando Zorro se quitó tiritando la nieve del cabello, le cubrió los hombros con su abrigo. A Jacob no le pasó inadvertida la mirada de agradecimiento que ella le lanzó. Llevaba puesto un vestido que había comprado en Gargantúa mientras ellos habían esperado en la carroza, y Jacob se sorprendió preguntándose si se lo había puesto para su salvador.

No es que Troisclerq no se hubiera ocupado también de él. Cuando se dio cuenta de que Jacob se presionaba el costado mordido cada vez con más frecuencia, le tendió dos pastillas negras. Caramelos de brujas. No todo el mundo las llevaba consigo. Las fabricaban las devoraniños... era mejor no preguntar con qué ingredientes. ¿Cómo accedía alguien con ropa y maneras tan nobles a los caramelos de brujas? *Probablemente del mismo modo que ha aprendido a cazar una manada de lobos, Jacob.* Además, Lothringen rebosaba de oscuras brujas desde que el encorvado les había concedido asilo en agradecimiento a su reciente regreso.

Las pastillas actuaban aún mejor que las raíces de pantano, y los caramelos de brujas no tenían efectos secundarios. Jacob tuvo que reconocer que su salvador empezaba a gustarle. Troisclerq no había mencionado delante de Zorro, ni del resto de viajeros, una palabra sobre cómo lo había encontrado en el bosque. Quizá miraba con demasiada frecuencia a Zorro, pero Jacob le perdonaba hasta eso. A fin de cuentas, no se le podía exigir que se hiciera el ciego.

Con los caramelos de brujas era mejor no tomar vino, pero contra su orgullo herido no ayudaban siquiera las pastillas de las devoraniños, y Jacob seguía viendo al bastardo sonriéndole con burla. Zorro lo miró preocupada cuando pidió la segunda jarra de vino. Él le respondió con una sonrisa, confiando en que no desvelara nada de la penosa autocompasión en la que estaba sumergido. Autocompasión, orgullo herido y miedo a la muerte —una mala mezcla—, y aún les quedaban por delante algunos días en la sofocante diligencia. Se llenó el vaso hasta el borde.

El dolor volvió a asaltarle el pecho tan súbitamente que creyó que el corazón se le partía entre las costillas. No había nada que pudiera aliviar ese dolor. Jacob se aferró con fuerza a la mesa, a la que estaban todos sentados, y reprimió el gemido que quería salir de sus labios.

Zorro lo miró. Echó hacia atrás la silla.

El dolor hizo que su rostro, al igual que el de los demás, se desdibujara, y Jacob sintió que todo su cuerpo comenzaba a tiritar.

—¡Jacob!

Zorro agarró su mano. Le hablaba, pero él no podía oírla. Solo existía el dolor, que le arrancaba con fuego el nombre del hada de su memoria. Jacob notó que Troisclerq le agarraba por debajo del brazo y, con ayuda del cochero, lo subía por las escaleras, lo tumbaba sobre la cama y revisaba la herida que el lobo había causado. Quiso decirles que se podían ahorrar el esfuerzo, pero la polilla siguió devorando y después ya no supo nada más.

• • •

Cuando despertó, el dolor había pasado, pero su cuerpo lo seguía recordando. La habitación era oscura. Una simple lámpara de gas ardía sobre la mesa. Zorro estaba a su lado y miraba algo en la mano. La luz de la lámpara teñía su piel de un color blanco lechoso.

Se volvió cuando él se incorporó, y ocultó lo que tenía en la mano tras la espalda.

—¿Qué tienes ahí?

Ella no respondió.

—La polilla de tu pecho tiene tres manchas —dijo—: ¿cuándo pasó por última vez?

—En St. Riquet —respondió Jacob. No había visto nunca su rostro tan pálido. Se incorporó—.

¿Qué tienes en la mano?

Ella retrocedió.

—¿Qué tienes en la mano, Zorro? —sus rodillas seguían flojas por el dolor, pero Jacob la agarró del brazo y tiró de la mano que ocultaba tras su espalda.

Ella abrió los dedos.

Un anillo de cristal.

Jacob había visto un ejemplar parecido en las salas con los tesoros de la emperatriz.

—¿No me lo habrás puesto en el dedo, verdad? ¡Zorro! —la cogió por los hombros—. ¡Dime la verdad! No me lo has puesto en el dedo. ¡Por favor!

Las lágrimas recorrieron el rostro de Zorro. Pero finalmente sacudió la cabeza. Jacob le quitó el anillo de la mano antes de que pudiera cerrarla. Zorro intentó cogerlo, pero Jacob se lo guardó en el bolsillo. Después la estrechó entre sus brazos. Ella sollozaba como un niño y él la abrazó tan fuerte como pudo.

—¡Prométemelo! —le susurró—. Prométeme que no volverás a intentar algo así jamás. ¡Prométemelo!

—¡No! —respondió.

—¿Qué?! ¿Crees que quiero que mueras en mi lugar?

—Solo quería darte algo más de tiempo.

—¡Esos anillos son peligrosos! ¡Cada segundo que me lo pongas, te costará un año de vida! A veces no dejan que uno se los saque hasta que se ha entregado toda la vida.

Zorro se soltó y se enjugó las lágrimas del rostro.

—Quiero que vivas —susurraba las palabras como si temiera que la muerte pudiera oír las e interpretarlas como un desafío.

—¡De acuerdo! ¡Entonces encontremos el corazón antes que el goyl! Estoy seguro de que puedo cabalgar. Quién sabe cuándo estará reparada la diligencia.

—No hay caballos —dijo Zorro acercándose a la ventana—. El dueño de la posada le vendió su único caballo de silla a cuatro hombres anteayer. Se jactó delante de Troisclerq de que uno de ellos era Louis von Lothringen. Un goyl con piel veteada de color verde estaba con él. Solo hicieron un breve alto y continuaron su viaje a mediodía.

Anteayer. La situación era más desesperada de lo que había creído.

Zorro abrió la ventana de un empujón, como si quisiera dejar salir el miedo. El aire que entraba era húmedo y frío como la nieve. Desde abajo llegaron risas y Jacob creyó oír la ruidosa voz del abogado que se había sentado junto a él en la diligencia.

Louis von Lothringen... El bastardo buscaba la ballesta para el encorvado.

Zorro se dio la vuelta:

—Troisclerq ha oído que quería comprar caballos para continuar con urgencia el viaje. Ha

sobornado al dueño para que envíe sus mozos a la diligencia. Le he dicho que le devolveremos el dinero, pero no quiere ni oír hablar de ello.

Se lo devolverían. Jacob sacó el pañuelo de oro del bolsillo. Ya le adeudaba bastante a Troisclerq.

—Ya lo intenté —dijo Zorro.

Tenía razón. Por mucho que Jacob frotó la tela entre los dedos... lo único que consiguió sacar de la tela desgastada fue la tarjeta, en la que seguían escritas las mismas palabras.

Olvida la mano, Jacob.

Había sido un buen consejo.

—Podríamos pedirle a Chanute que nos mandara dinero —dijo Zorro—. Te queda aún algo en el banco de Schwanstein, ¿no?

Sí, le quedaba. Aunque no era mucho. Jacob le cogió la mano.

—Te devolveré el anillo cuando todo esto acabe —dijo—, si prometes no volver a usarlo nunca.



31

Demasiadas manos para un solo plato

El mejor. No, Nerron no era capaz de recordar haberse sentido nunca tan bien. ¡Le había arrebatado el botín a Jacob Reckless y lo había humillado como a un principiante!

Ni siquiera el principillo podía turbar su regocijo, aunque Louis iba contando por doquier que, por culpa de Nerron, se les había escapado un espía albión, después de que él, Louis, le hubiera llevado una virgen impecable. Este se había negado todo un día a partir hacia Vena y, desde entonces, se alejaba a escondidas con cada chica a la que sus botones de diamantes impresionaban. El hombre de las aguas pasaba las noches buscándolo en graneros y casas de campo, y, entretanto, miraba a su protegido real con tal antipatía que a Nerron no le hubiera sorprendido una mañana. En el diario de viaje que Lelou garabateaba infatigablemente, por supuesto, no ocurría nada de aquello. En su lugar, informaba sobre cada castillo junto al que habían pasado, cada carretera helada y cada duende de montaña al que habían arrojado piedras. Nerron revisaba sus garabatos cada noche (por suerte, el escarabajo tenía una letra muy legible) y se dormía con ellos.

Sí, todo marchaba estupendamente.

A pesar de Louis.

A pesar de Lelou.

A pesar del olor a pescado de Eaumbre.

Pronto estarían en Vena, encontraría el corazón, le quitaría la mano a Louis y brindaría en

memoria de Reckless.

Pasaban la noche en una fonda de Baviera, y Vena estaba tan solo a un día de viaje cuando Nerron tuvo claro que la última etapa de la caza quizá no se desarrollaría de forma tan perfecta.

Se despertó sintiendo un frío metal en el cuello. Junto a su cama estaba Louis y, con la mirada nublada por los polvos de elfos, le oprimía el cuello con el sable.

—Me has mentado, goyl —aunque había bebido bastante del vino caliente con especias que se despachaba en todas las fondas de Baviera, gruñó levantando una bolsa engañosa, que Nerron identificó como la de Reckless.

Nerron solo tuvo que mirar el rostro de escarabajo de Lelou asomando tras los codos de Louis para comprender quién había puesto al principillo sobre la pista de la bolsa.

—¡Es la cabeza! —afirmó Lelou en tono de reproche—. Me ha asestado un golpe. Y grita.

—Probablemente te haya maldecido —dijo Nerron, mientras apartaba a un lado el sable de Louis.

La afilada nariz de Lelou palideció, pero Louis se inclinó de forma amenazante sobre la cama de Nerron.

—Has intentado engañarme, goyl. ¿Cuánto tiempo hace que tienes la cabeza?

—Os la quería enseñar —la oscura silueta del hombre de las aguas apareció en la puerta abierta—. El goyl me preguntó dónde podíais encontraros, pero no estabais en vuestra cama.

Era la peor mentira que Nerron había escuchado nunca, pero, gracias al susurro del hombre de las aguas, sonaba como la verdad más significativa.

—Trabajo para vuestro padre —dijo Nerron, mientras le quitaba a Louis la bolsa engañosa de los dedos—. ¿Lo habéis olvidado? Solo sigo sus instrucciones. La cabeza se quedará conmigo. Dejad que os diga cómo protegeros de su maldición.

Lelou seguía oculto tras la espalda de Louis.

Aguarda, escarabajo. Echaré en tu delgado cuello todos los duendes de las montañas que nos salgan al paso.

Louis pasó la mano sobre la hoja de su sable, como imaginando cómo cortaría la piel de goyl.

—Está bien. Quédate con la cabeza. De momento.

Eaumbre seguía apostado en la puerta.

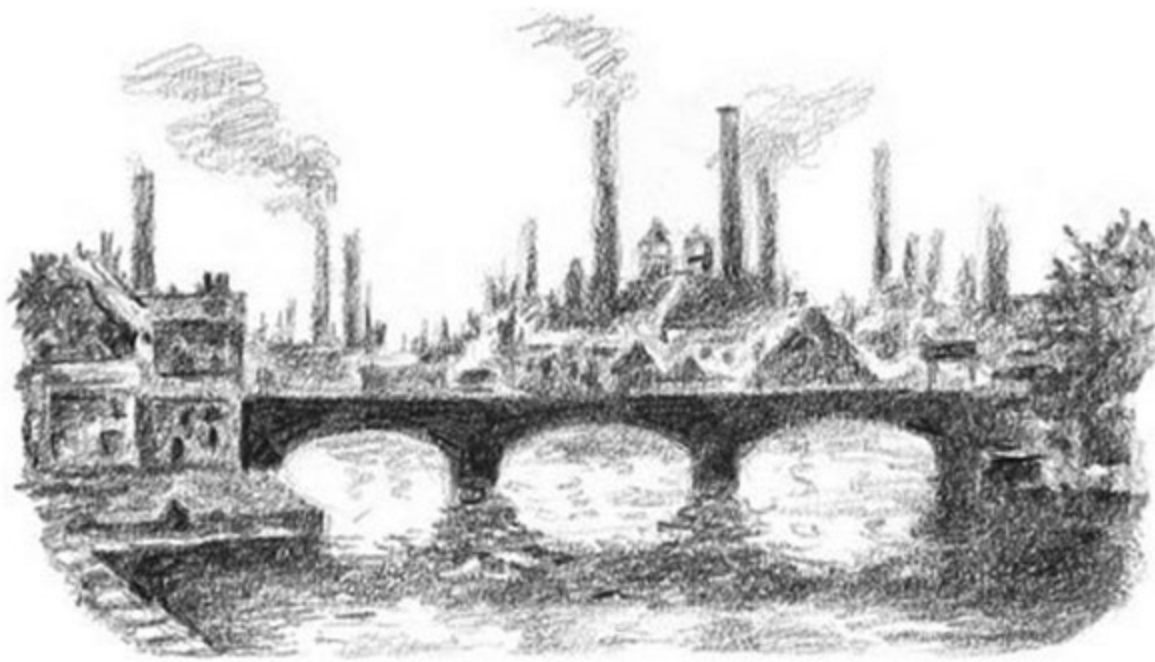
Lelou tenía quizá la sospecha de que Nerron mentía. El hombre de las aguas lo sabía.

Nerron se dirigió al cuarto de Eaumbre tan pronto oyó el ronquido de Lelou tras la puerta y las risitas de una joven en la habitación de Louis.

Eaumbre estaba tendido en la cama echándose un cuenco de agua sobre el escamoso pecho.

—¿Cuánto te debo? —preguntó Nerron.

—Ya se verá —susurró el hombre de las aguas.



32

El corazón al este

Al final, a pesar de la plata de Troisclerq, estuvieron de viaje quince días... y, conforme pasaban los días, Jacob estaba cada vez más seguro de que el bastardo había encontrado el corazón hacía tiempo.

Tras su colapso, los otros viajeros solo subieron de mala gana con él a la diligencia (en Baviera y en Austrien rondaba la viruela), pero Troisclerq se había sentado junto a él en gesto ostensivo. Sí, Jacob comenzaba a apreciarlo. Troisclerq sabía tanto de caballos como de las últimas armas de los goyl y no le importaba discutir durante horas cuáles eran las mejores hojas de espada, si las de Albión o las de Cataluña. Compartían la pasión por la esgrima, pero Troisclerq prefería, a diferencia de Jacob, la espada al sable. Con seguridad, los otros pasajeros los maldecían por las infinitas discusiones en las que reñían durante horas sobre si la finta de esgrima más sucia era un *inquarto* o una *sparita de vita*.

Fuera desfilaban oscuros valles y lagos en los que se reflejaban palacios sobre cumbres nevadas. Jacob había encontrado en uno de ellos el zapato de cristal que le había reportado una condecoración de la emperatriz, y en algún momento vieron a lo lejos el bosque en el que había robado un par de botas de siete leguas a una banda de salteadores para uno de los príncipes lobo del este. No podía estar todo acabado, aún no. Pero, gracias a él, la emperatriz pasaba sus días en una fortaleza subterránea, el bosque había reducido su tamaño a la mitad desde que en el valle que

había detrás se derretía acero con su madera, y en Vena gobernaban los goyl. Todo acababa, incluso tras el espejo.

Las dos institutrices se ruborizaron ante una broma de Troisclerq y Jacob miró por la ventana para apartar su atención de la creciente complacencia con la que también Zorro observaba a su salvador. A su izquierda, el Duna pasaba perezoso entre praderas inundadas y en el horizonte aparecieron las torres de Vena.

—¿Jacob? —Troisclerq le puso la mano en la rodilla—. Celeste me ha preguntado si sé dónde acostumbra hospedarse Louis von Lothringen cuando llega a Vena.

Celeste. Sonaba extraño escuchar su verdadero nombre en boca de otro. El propio Jacob lo había conocido por Zorro hacía tan solo unos meses.

—Supongo que Louis se alojará en casa de su primo —continuó Troisclerq—. Lo conozco muy bien. Si quieres me ocuparé de que os reciba.

—Claro. Gracias.

Celeste...

El cochero refrenó los caballos. Las calles estaban inundadas. La nieve derretida de las montañas hacía que los ríos anegaran la orilla. En el mundo del espejo seguían buscando su propio cauce y cada año se hundían pueblos y granjas con las crecidas, pero Jacob amaba la vista de la orilla bordeada de juncos, los incontables brazos del río y las islas pobladas de bosques, que se reflejaban en las perezosas aguas que fluían hasta allí. Los ríos tras el espejo no solo albergaban ondinas y gnomos del barro, también tesoros que habían enriquecido ya a varios andrajosos pescadores.

Celeste...

El cochero tomó el mismo puente sobre el río que tomaron los goyl cuando abandonaron la ciudad tras la Boda Sangrienta. Vena se había rendido sin casi resistencia, después de que la hija de la emperatriz hubiera anunciado públicamente que su madre era la culpable del baño de sangre en la iglesia. Los goyl no eran más crueles que otras fuerzas ocupantes, pero, para Jacob, la sensación de pasar junto a casas con las ventanas tapiadas y uniformes grises era todo menos buena, y se preguntó si todo eso habría existido sin él.

Las diligencias seguían parando detrás de la estación, aunque los caballos se espantaban ligeramente con el ruido de los trenes al entrar. Quizá sus explotadores no querían ceder el futuro a los carruajes férreos sin resistirse, pero habían perdido hacía tiempo. Justo al lado de la estación, los goyl habían construido un acceso a las catacumbas de la ciudad, que utilizaban como cuartel de alojamiento. Los otros pasajeros examinaron a los soldados, que vigilaban el acceso con la animadversión, apenas oculta, que los rostros de piedra continuaban provocando en la mayoría de las personas. El matrimonio de Kami'en no había cambiado nada al respecto.

En los muros de la estación había pegadas docenas de órdenes de búsqueda. En Vena había grupos anarquistas que llamaban a la resistencia contra la nueva emperatriz, a atacar contra sus ministros, contra estaciones de militares y de policías, y contra los cuarteles de alojamiento de los goyl. Zorro miró preocupada los carteles, pero Jacob no logró encontrar su propio rostro ni tampoco el de Will. No importaba lo que quiera que el Hada Oscura le hubiera contado a su amante, Kami'en no había ordenado buscar al goyl de jade. *Y cuando mueras, Jacob, nadie sabrá*

dónde desapareció. A lo mejor era ese precisamente el final que el Hada Oscura deseaba...

Bajo los árboles que crecían al otro lado de la plaza de la estación de tren, aguardaban unos carruajes.

—¡Busca tú el corazón! —susurró Zorro cuando Jacob hizo señas a un cochero—. Yo dejaré que Troisclerq me enseñe dónde vive el primo de Louis y averiguaré si el bastardo está allí.

El plan no le gustó nada de nada. El goyl era peligroso. Pero Zorro le tapó la boca con la mano cuando quiso protestar.

—No nos hagas perder más tiempo —le murmuró—, por favor. Cuidaré de que no me vea.

Detrás de ellos, Troisclerq se despedía de los otros pasajeros. Zorro lo miró. Jacob intentó ignorar la cuchillada que sintió.

—Está bien. Coge tú el carruaje. Yo iré a pie —dijo. Quince días en el banco de un coche de caballos eran más que suficientes—. Nos encontraremos en el hotel.

Sonó más frío que intencionado. *¿Qué significa eso, Jacob?* La mirada de Zorro se preguntaba lo mismo.

Troisclerq le compró un ramo de narcisos a una de las vendedoras de flores que había delante de la estación. Cortó la flor de uno y se la prendió a Zorro en el vestido.

—¿Estás bien? —le preguntó a Jacob rodeándole los hombros con el brazo—. Conozco un buen médico en Vena. Quizá deberías hacerte revisar.

—No, estoy bien.

Jacob hizo señas al cochero para que se acercara.

—¡Encontrarás el corazón! —le susurró Zorro—. Lo sé.

• • •

Troisclerq le abrió la puerta del carruaje.

Zorro se recogió el vestido.

—¿Telegrafías a Chanute por el tema del dinero?

—Claro.

Sonrió a Jacob una vez más y subió al coche de caballos.

Troisclerq siguió con la mirada a dos mujeres que pasaban junto a ellos. Ellas devolvieron su mirada. Una de ellas se ruborizó.

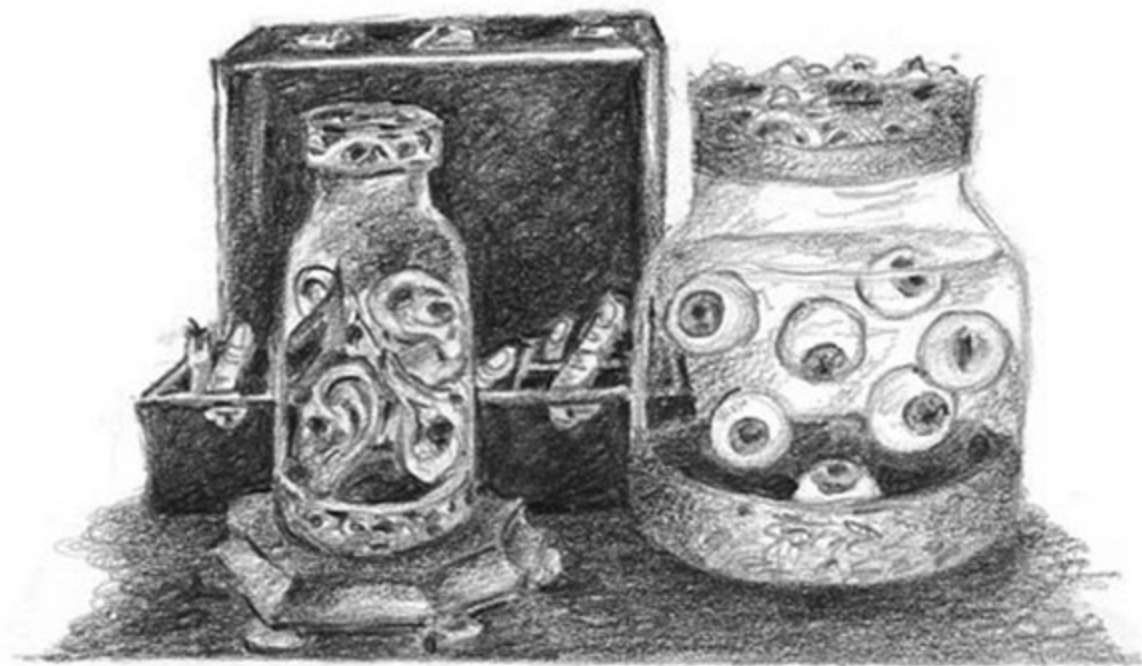
—Hay muchas mujeres hermosas —murmuró Troisclerq a Jacob—, pero algunas son más que eso. Mucho más —se acercó al carruaje y le lanzó al cochero su bolsa—. Hoy seguiré mi viaje —le dijo a Jacob—, pero estoy convencido de que nos volveremos a ver.

Después subió junto a Zorro al coche de caballos.

Celeste... Jacob prefería llamarla Zorro.

Siguió el carruaje con la mirada hasta que hubo desaparecido tras un tranvía. *Encontrarás el corazón.* Miró a su alrededor. *¿Por dónde empezar, Jacob?* ¿Por el archivo estatal que tiene un registro de todos los tesoros de Austrien? ¿Por el mausoleo en que la hija de Gismundo yace entre sus antepasados imperiales? Intentó recordar la ira que le había invadido en el bosque, las ganas de pagarle al bastardo con la misma moneda... Pero no sentía nada. Como si la polilla estuviera

realmente devorando su corazón.



33

Distintos métodos

Resultaba curioso que a los humanos les gustara tanto hacer cosas prohibidas en los sótanos. Como si únicamente necesitaran deslizarse bajo tierra para que no les descubrieran. Un goyl habría elegido siempre la luz del día.

El hombre, cuyo nombre Nerron sabía por un sepulturero, llevaba a cabo sus negocios ocultos debajo de una respetable carnicería. Los olores que emanaban de la puerta de la tienda eran seguramente un camuflaje de primera categoría para la mercancía que trabajaba.

La escalera del sótano, que descendía a sus oficinas, no estaba iluminada y acababa delante de una puerta, junto a la que un cartel enlosado anunciaba: «Solo se atiende con cita previa». El hombre que abrió a Nerron cuando llamó a la puerta era el sepulturero que le había revelado la dirección. Era pelón como un gnomo de ámbar y escondía un cuchillo bajo la casaca negra. La habitación a la que condujo a Nerron por señas era tan oscura que probablemente solo un goyl era capaz de ver a primera vista con qué se comerciaba. Tarros con ojos, dientes y garras de todo tipo, vitrinas de cristal llenas de manos, patas y pezuñas, orejas y narices, y cráneos de todos los tamaños y formas. Ingredientes efectivos si se le deseaba al vecino dolor de cabeza o al marido infiel las pezuñas de una cabra. Medicina dañina. Así se denominaba al oficio prohibido, que las brujas despreciaban como superstición humana, pero la propia hija de la emperatriz gustaba de colocar a sus enemigos ojos y dientes bajo la cama para dañar su salud. A Nerron no le pasó

inadvertido que esa botica tan especial ofreciera también un considerable número de extremidades de goyl. Eran pulverizadas y administradas para provocar parálisis.

El hombre que comerciaba con todo aquello tenía el aspecto de haber sido víctima en persona del oficio que ejercía. La piel le cubría los huesos de una forma tan tensa, y tenía un color tan amarillo, como si alguien ya la hubiera llevado puesta antes que él. Vestía una bata blanca como la de los boticarios que cambiaban la medicina sanadora por la dañina porque era muy lucrativa y los clientes no se quejaban si el tenebroso tratamiento no funcionaba.

—¿Le ha dicho el sepulturero lo que estoy buscando?

—En efecto —una mueca transformó la sorprendentemente carnosa boca en una atenta sonrisa—, se trata de un corazón. Uno muy especial. Una mercancía muy valiosa.

Nerron vació una bolsa con piedra de luna roja sobre el impoluto mostrador. La sonrisa devino aún más grande.

—Podría ser suficiente. Ha sido un desafío encontrar esta mercancía, pero tengo mis fuentes.

El boticario se dio la vuelta y abrió uno de los cajones esmaltados que tenía detrás. Los corazones que había dentro eran de todos los tamaños y formas. Algunos eran pequeños como una avellana, y el más grande parecía realmente un corazón de gigante bien conservado.

—No existe un mejor surtido en toda Vena —dijo con una sonrisa aún mayor, orgullosa como la de un vendedor de flores que elogia su mejor rosa—. La magia que conserva mi mercancía es muy costosa y no del todo inofensiva, pero en el caso de ese corazón naturalmente no fue necesaria. A fin de cuentas, se trata del corazón de un brujo. No necesito explicar lo que ello implica.

Echó las manos al cofre plateado que había junto al corazón de gigante. El corazón que había dentro apenas era más grande que un higo y tenía la consistencia del ópalo negro. En la lisa superficie estaba estampado el animal heráldico de Gismundo. El lobo coronado.

—Está en perfecto estado, como podéis ver. Al fin y al cabo llevaba siglos en poder de la familia imperial.

Primero el sepulturero, Nerron.

Se dio la vuelta y le golpeó la cabeza contra la pared, antes de que el zoquete se diera cuenta de lo que ocurría.

—¡Qué estúpido hay que ser para querer venderle a un goyl la piedra equivocada! —le siseó al boticario—. ¿Crees que nuestra especie es tan ignorante como vosotros y que no es capaz de distinguir un ópalo de un corazón de brujo petrificado? Una piedra negra se parece a la otra, ¿es así? ¿De qué crees que es mi piel? ¿De jaspé?

Tiró el cofre del mostrador. Decepcionante. Muy decepcionante. *Tú mismo tienes la culpa, Nerron. ¡Quieres encontrar el corazón de un rey y lo buscas en la mugre!* Reckless no habría sido tan estúpido.

Apuntó con la pistola al tembloroso boticario y señaló el tarro que había junto a la caja. Entre ojos de humanos y de enanos nadaban dos globos de ojo de goyl.

—Prueba los dorados —dijo Nerron, mientras recogía y volvía a guardar la piedra de luna—; estoy seguro de que saben mejor. Y quién sabe... quizá entonces veas a los de mi especie con ojos muy distintos.

La idea que se le ocurrió mientras el boticario tragaba penosamente el primer ojo era sucia, pero entretanto llevaba ya una semana buscando el corazón y la paciencia no había sido nunca su fuerte. Nerron atrapó la mano temblorosa y pálida cuando volvía a meterse en el tarro de los ojos.

—Puedes ahorrarte el segundo ojo. ¿Tienes una lengua de brujo? Pero será mejor que esta vez no se trate de una falsificación.

El boticario abrió precipitadamente un cajón. La lengua, que pescó con unas tenazas, solo se diferenciaba de los ejemplares humanos por la fina hendidura en la punta. Nerron sacó el falso corazón de Gismundo del cofre y metió la lengua en él.

Ya había cruzado la puerta cuando el sepulturero comenzó a moverse.
No lo siguió.



34

Un juego

De la estación al archivo estatal apenas había un paseo de media hora, pero todas las carreteras que conducían al palacio acababan en controles policiales. En las aceras, los humanos se apiñaban casi tanto como el día de la Boda Sangrienta, y a Jacob le pareció que los cuerpos lo arrastraban consigo como madera flotante. Kami'en estaba en Vena. Debía celebrarse un desfile para festejar el embarazo de su esposa humana. En la orilla de las calles, los guardias de la nueva emperatriz decoraban las farolas y las fachadas de las casas con guirnaldas. Sin excepción, eran todos goyl. Amalie solo se hacía custodiar por los soldados de su marido. Se decía que elegía preferentemente a los que tenían la piel de cornalina de Kami'en. Las guirnaldas estaban adornadas con flores de piedra de luna, y las barreras que bordeaban las calles estaban decoradas con ramas de plata. Pero Jacob no veía sino a Troisclerq prendiéndole a Zorro la flor en el vestido. ¿Qué le pasaba? *Estás celoso, Jacob. ¿No te preocupa nada más?*

Torció en el siguiente callejón... y volvió a encontrarse con una barrera. Maldición. ¿Qué se pensaba? El bastardo había encontrado el corazón hacía ya tiempo. *Déjalo ya, Jacob.* Pero no podía recordar haber estado nunca tan cansado. Ni siquiera el miedo a la muerte atravesaba la niebla de su cabeza.

Del bolsillo sacó la guía de la ciudad que había comprado en la estación. Era una cosa poco manejable y parlanchina, gorda como una novela y con letra diminuta, pero los goyl habían

cambiado tantas cosas en Vena que apenas la reconocía. El archivo estaba situado en una de las calles por las que pasaría el desfile. Quizá era preferible comenzar con el mausoleo. Hojeó las páginas densamente escritas... mientras sostenía la tarjeta de Earlking en la mano.

Pierdes el tiempo, Jacob.

Museo de Historia de Austrien.

Sala 33.

El hombre que fue los ojos de Gismundo conocía también su corazón.

Jacob miró hasta el final de la calle. El dolor en su pecho era entretanto continuamente perceptible, como una herida que no sana. *El precio será asequible.* Hizo señas a un carruaje y le dio al cochero la dirección del museo.

• • •

Columnas con forma de cuerpos de gigantes atados. Un friso en la entrada decorado con dragones vencidos. Enanos y duendes como ornamentos cincelados debajo de las ventanas. El edificio que albergaba el Museo de Historia de Austrien había sido originariamente un palacio. Un antepasado de la emperatriz derrocada había diseñado en persona cada detalle del edificio. Le habían llamado el príncipe alquimista, pero no era su monumento el que estaba delante del museo, sino el de su bisnieto y las estatuas ecuestres de dos generales victoriosos. Jacob se abrió paso entre el grupo de escolares uniformados que le salió al encuentro en la escalera, y le deslizó a la señora de detrás de la ventanilla el dinero para la entrada. Por fortuna, un orfebre le había cambiado algunos de los ridículos táleros que el pañuelo de oro seguía produciendo por flamantes florines en los que, en vez del perfil de la emperatriz, ahora estaba grabado el de Kami'en.

El museo no poseía ningún objeto mágico como las salas con los tesoros imperiales, pero en sus salas Jacob había aprendido más sobre el mundo del espejo de lo que sabían muchos de los que habían nacido en él.

Armas y armaduras de caballeros austrienos, lanzas para luchar contra gigantes, trampas para ogros, sillas de montar dragones bañadas en oro, la copia del primer trono imperial y la cabeza del caballo que había advertido a la madre de la emperatriz de una manzana envenenada... Miles de objetos que mantenían con vida el pasado de Austrien. Jacob recordaba aún perfectamente su primera visita. Chanute lo había llevado allí para buscar información sobre un palacio que se había hundido hacía más de cien años en un lago. Jacob se había detenido ante cada objeto, hasta que Chanute lo cogió por el pescuezo y lo empujó rudamente para que siguiera caminando. Pero Jacob había regresado a escondidas cada vez que habían hecho un alto en Vena y Chanute había dormido la mona. Habría encontrado el camino entre las salas a ciegas, pero los goyl no habían cambiado solo la imagen de la ciudad de Vena. Habían hecho lo mismo con la historia de

Austrien.

En la sala donde Jacob se detuvo aún se habían podido contemplar unos meses antes los vestidos de gala de la emperatriz derrocada. Ahora, el sangriento vestido de novia de su hija dominaba la habitación. La muñeca de cera que lo llevaba puesto se parecía de forma inquietante a Amalie. Pero la cera no imitaba demasiado bien la piel de piedra de Kami'en. Jacob se acercó a la figura de cera que estaba de pie junto al rey. El goyl de jade lo miraba fijamente desde sus ojos de cristal dorado. La figura se parecía tanto a Will que a Jacob le resultó difícil mirarla. Naturalmente también había una figura del Hada Oscura. Estaba algo apartada; a sus pies, muertos de cera cubiertos por sus negras polillas.

Pasado, como todo lo que hay aquí, Jacob. Pero por unos instantes había regresado a la catedral... Clara yacía otra vez entre los muertos, Will llevaba puesto el uniforme gris, humedecido por la sangre de goyl, y su propia boca formaba el nombre que la muerte le había plantado en el pecho.

La mirada acristalada de su hermano siguió a Jacob de sala en sala. Casi pasa de largo junto a la número 33.

Las paredes rojas estaban cubiertas de retratos de la casa imperial de Austrien. Llegaban hasta el techo, uno junto a otro, rostros incontables, bronceados por la pátina de los siglos pasados. Los bisabuelos de la emperatriz derrocada, su abuela y sus mal afamados hermanos, el emperador, al que todos habían llamado el diablillo impostor (probablemente fuera uno de ellos). Naturalmente había también uno de Gismundo. No llevaba puesto, como en la puerta de la cripta, el manto de pieles de gato del brujo, sino la armadura de un caballero, pero su yelmo tenía la forma de la cabeza del lobo coronado que aparecía en su escudo. Junto a él colgaba un retrato de su mujer con sus tres hijos. Eran aún muy jóvenes en la imagen y estaban pegados a su madre. Las pupilas de la mujer de Gismundo no eran las de una bruja, pero eso no significaba nada. Cualquier bruja podía tener la apariencia de una mujer humana. Había retratos de Feirefis y Gahrmet que los presentaban como reyes, pero Jacob solo les echó un rápido vistazo. También pasó de largo junto al retrato de Orgeluse, que la mostraba junto a su marido. La imagen ante la que se detuvo era la única en la sala 33 que no mostraba a un miembro de la dinastía imperial. A Jacob ya le había llamado la atención años antes, porque el hombre, que miraba desde el pesado marco de oro, tenía un ligero parecido con su abuelo. Hendrick Goltzius Memling había sido el pintor de la corte del verdugo de las brujas, pero no solo había sido famoso por su arte. Se le atribuía también un amorío pasional con la hija de Gismundo. La imagen era un autorretrato. Memling lo había pintado tres años después de la muerte de Gismundo. Él mismo lo había datado. De su cuello colgaba una piedra engranada en oro. Memling la tocaba con los dedos de su mano derecha. Esta era achaparrada, lo que al parecer le había capacitado para sujetar la herramienta de un grabador mejor que cualquier otro. La piedra era negra como un trozo de carbón.

Los corazones de oro y los corazones negros... La voz de Chanute casi había sonado de forma devota cuando le había hablado a Jacob de ellos. «Los de oro proceden de los alquimistas. En algún momento se les ocurrió la estúpida idea de convertir su corazón en oro para volverse inmortales. Por ese motivo a muchos se lo arrancaron del pecho en vida». «¿Y los negros?», había preguntado Jacob. ¿A quién le interesaba la inmortalidad con trece años? «Los negros son los de

los brujos», había respondido Chanute. «Tienen un gran parecido con las piedras preciosas de color negro. El que las lleva alrededor del cuello recibe, al parecer, todo lo que desea, pero, si se lleva demasiado cerca del corazón, uno no solo recibirá alegría, sino que también perderá la propia conciencia».

Jacob se acercó aún más al cuadro.

Memling lo miraba con ojos fríos. Existían rumores de que no solo había envenenado a su mujer, sino también a Orgeluse por celos. Quizá la perdición de la hija de Gismundo había sido haber regalado al hombre al que amaba el corazón de su padre.



35

El verdadero rey

La guarida del dragón se hallaba tras el patio de una fábrica de cerveza. Nadie en Vena había sabido de su existencia, hasta que el inconfundible olor a azufre y fuego de lagarto había subido a las narices de una patrulla de goyl.

Los guardaespaldas de Kami'en estaban escondidos a la sombra del portal de la fábrica de cerveza. Quizá esperaban a que su piel de alabastro simplemente se confundiera con el brillo de la luz de la luna. Se habían acostumbrado demasiado a lo fácilmente que los ojos de los humanos se confundían. Resultaba de lo más divertido pasar delante de ellos a escondidas, y Nerron necesitaba algo de ánimo tras el chasco con el boticario.

Allí, detrás de los carros cargados de barriles de cerveza, donde se abría el respiradero del dragón, había otros dos centinelas. Nerron pasó delante de ellos, antes siquiera de que volvieran la cabeza, y se fundió con la oscuridad del túnel. El dragón que lo había excavado había muerto hacía más de cien años, pero su olor envolvió a Nerron como si lo estuviera aguardando abajo en su guarida.

Con sigilo, bastardo. Como la serpiente.

La cueva que se abría al final del túnel estaba ennegrecida por el fuego del dragón. Solo en algunos puntos, el oro brillaba a través del hollín. La cueva del tesoro. Mejor conservada que la mayoría que Nerron había visto.

Se apretó contra la fría roca.

Y allí estaba él, con una piel que, en la misma oscuridad, era fuego pétreo. El rey de los goyl.

Kami'en le daba la espalda al túnel. Simplemente una bala bien dirigida. O una flecha envenenada entre sus omóplatos... Cuántos atentados en vano les había costado a los ónix estar exactamente allí donde él se encontraba, y sin embargo cuán fácil había sido. *Sí, eres el mejor, Nerron. Aunque no hayas encontrado todavía el maldito corazón.*

—¿Cuánto tiempo hará falta?

La voz de Kami'en sonaba tan serena como siempre, como si en el mundo no hubiera nada que temer.

—El arquitecto dice que dos meses, pero puedo ocuparme de que los trabajadores acaben antes.

Naturalmente. Hentzau estaba junto al rey. Unos años antes habría olido a Nerron, pero todos esos años sobre la tierra habían vuelto medio ciego al perro guardián de Kami'en y habían embotado tanto su sentido del olfato que apenas era mejor que el de los humanos.

—Contrata a enanos. Son los que trabajan más rápido —dijo Nerron apartándose del túnel.

Hentzau se volvió y se colocó de forma protectora delante de Kami'en.

Buen perro.

—¿Qué significa esto? —le abroncó a Nerron—. ¿Quieres que te destroce a tiros la piel veteada?

Su rostro de jaspe se había vuelto aún más escabroso desde la Boda Sangrienta.

Comparado con Hentzau, el mismo Nerron era una belleza. Inclino la cabeza con una sonrisa y oprimió el puño en el corazón, un gesto de deferencia con el que habitualmente tenía sus dificultades, pero no con ese rey.

—Dale las gracias, Hentzau. Se limita a demostrar que necesito mejores guardaespaldas.

Kami'en se había vuelto con la serenidad que solo puede tener quien posee medio mundo. Llevaba puesto el uniforme con el que había sobrevivido a su boda. Piedras de luna para las manchas de sangre humana, rubís para las de sangre de goyl. El Hada Oscura sabía cómo transformar el horror en belleza.

—Tiene razón. Contrata enanos —le dijo a Hentzau—. Quiero que el trabajo comience de inmediato. Estoy harto del palacio de los humanos. Mi despacho, aquí. Los centinelas, en las cuevas de dormir. Un túnel hacia el palacio, uno hacia la estación y un tercero con conexión a la calle que hay debajo del río —dijo lanzando a Nerron una fría mirada—. ¿Aún no has conseguido el corazón?

—No. Pero tengo la mano y la cabeza.

—Bien —dijo Kami'en frotando bajo la pared tiznada hasta que apareció el oro debajo—. La ballesta del verdugo de las brujas... Quizá deba mandar mis aviones a las minas de los enanos para que aprendan a no tener secretos conmigo.

—Deberíamos mandarlos a muchos sitios —gruñó Hentzau—. ¡Los piel blanda se alzan contra nosotros hasta en el mismo este! Preguntadle quién los reúne a la mesa. Si no fuera por los ónix, seguirían matándose unos a otros.

Miró a Nerron de forma hostil. Como todos los viejos soldados, Hentzau no confiaba en nadie

que no llevara uniforme, menos aún en un ónix bastardo que entraba y salía de la casa de los enemigos de su rey. Quizá sospechaba también que Nerron, a pesar de toda la admiración que mostraba por ese rey, no servía a nadie salvo a sí mismo. Pero le debían los nombres de muchos espías y sus informaciones habían evitado dos atentados contra Kami'en. El mismo Hentzau reconocía que necesitaban al bastardo. Aun cuando confiara en él tanto como lejos era capaz de escupir.

—Los espías de Hentzau dicen que tienes un serio competidor en la búsqueda de la ballesta —el rostro de Kami'en era tan impasible como la imagen que se grababa de él en las monedas. Nerron solo lo había visto una vez menos controlado... después de haberle relatado lo extensa que era la conspiración de los ónix contra él.

—Parece que no solo necesitáis mejores guardaespaldas, sino también mejores espías —dijo Nerron lanzándole a Hentzau una mirada burlona—: el competidor ya no existe.

—¿De veras? —Hentzau torció la fina boca. Casi devino una sonrisa—. Mis inútiles espías me han comunicado que está muy vivo y se encuentra en Vena. Jacob Reckless siente predilección por resucitar de entre los muertos.

Nerron sorprendió a su corazón realizando unos latidos de más.

Sorpresa. Por otro lado... ¿no habría sido decepcionante que Jacob Reckless se hubiera dejado devorar sin pena ni gloria por los lobos?

El mejor...

—Reckless ha visitado el Museo de Historia —el ojo izquierdo de Hentzau tenía el lechoso brillo que producía un exceso de luz matinal—; imagino que sabrás por qué.

Nerron no tenía la menor idea, pero confiaba en que su rostro no lo traicionara.

—He ordenado a un viejo amigo seguirlo. Se ocupará de él —dijo Kami'en agachándose y examinando las huellas que las garras del dragón habían dejado—. Vaya desperdicio exterminarlos —dijo pasando los dedos por las profundas hondonadas—. Eran armas fantásticas para la guerra. Aunque no demasiado obedientes. Las máquinas son más fáciles de controlar.

Kami'en se levantó. El oro de sus ojos era más claro que el de los ónix.

—A Hentzau le encantaría matar a Reckless, pero desde la boda siento debilidad por él. ¿Para quién está buscando la ballesta?

Nerron se encogió de hombros.

—Eso no importa. La encontraré yo.

—¿Junto con el hijo del encorvado? —la voz de Hentzau sonaba tan brusca como si estuviera hablando con uno de sus soldados.

Cuídate de mí, viejo.

—Debemos regresar —dijo Kami'en dándose la vuelta—. Hentzau tiene razón. A partir de ahora seguirás buscando solo.

Hentzau lanzó a Nerron una bolsa de plata. Gastos. El rey de los goyl pagaba de forma mucho menos generosa que los ónix, pero Nerron habría trabajado para él incluso sin cobrar. No todo se podía comprar. Escuchó atentamente sus pasos, hasta que se extinguieron en el respiradero del dragón.

El desfile comenzaría pronto para los refunfuñones ciudadanos de Vena. El goyl presentaba a

su esposa humana embarazada. Sus súbditos le habían dado ya muchos nombres al niño. El Monstruo, el príncipe sin piel... Todos parecían suponer que sería un varón. Los híbridos de persona y goyl no vivían demasiado tiempo. A veces se les veía en las atracciones circenses de los mercados rurales anuales. Algunos estaban tan petrificados que apenas podían moverse, otros tenían una piel a través de la cual podían verse huesos y órganos como un cristal... o ninguna piel. Pero Kami'en tenía la firme intención de mantener con vida a ese niño. Al parecer había pedido ayuda incluso al Hada Oscura.

¿Qué había buscado Reckless en el museo?

Nerron se apoyó contra la piedra surcada por las garras. A su alrededor, la oscuridad olía a las exhalaciones de los dragones. La araña se deslizó soñolienta sobre su mano cuando abrió el medallón. ¿Por qué no le había preguntado antes si Reckless estaba realmente muerto? ¿Porque quizá no había querido escuchar la noticia? Interesante...

Tuvo que alimentar a la araña con una porción extra de lapislázuli antes de que comenzara a bailar.

«Ningún carruaje... maldición... barreras... flores por doquier».

Nerron sintió cómo una sonrisa inundaba su rostro. Sí, realmente seguía con vida. La araña bailaba. «¡Cochero! ¿Cómo? No. A la puerta espinosa...».

Vaya. Quizá la lengua de brujo no iba a ser necesaria.



36

Desaparecida

La puerta del barrio de los joyeros solo hacía justicia a su nombre de noche. Jacob había sentido en su propia carne las espinas que echaba en la oscuridad, pero esa vez era mediodía cuando cruzó la puerta, y las alas de hierro estaban abiertas de forma tentadora.

El barrio de los joyeros era uno de los barrios más antiguos de Vena. Sus callejones eran demasiado estrechos, incluso para los carruajes ligeros, y en los patios traseros seguía habiendo aglomeraciones de diminutas casas de la época, de cuando todos los joyeros habían empleado a elfos y habían considerado amuletos a los duendes.

Hippolyte Ramee había expulsado a los duendes hacía ya años, porque los había pillado robando, pero seguía trabajando con elfos. Los ocultaba en la habitación trasera para no parecer anticuado, pero el polvo plateado que dejaban al volar se posó en el abrigo de Jacob tan pronto abrió la puerta de la tienda.

Las joyas que Ramee creaba no eran únicamente famosas en Vena. El joyero provenía de Lothringen y había aprendido con el mal afamado orfebre de Pontede-Pile. Existían muchas historias sobre cómo Hippolyte había perdido a su servicio ambos pies, una más espeluznante que la otra. Ramee no se pronunciaba sobre la verdad. Jacob había visto con sus propios ojos los pies de oro que se había forjado para huir de su maestro, pero esa mañana estaban metidos en unas botas con botones.

Hippolyte Ramee era, desde hacía treinta años, el orfebre oficial de la casa imperial de Austrien y, por lo que Jacob sabía, los goyl no habían cambiado nada respecto a su cargo. Tantos años engarzando diminutas piedras en oro y plata no le habían sentado bien a los ojos de Ramee. Sus gafas eran tan gruesas que sus tristes ojos parecían grandes como los de un niño a través de las lentes.

—¿Tiene cita? Si no es así, ya puede ir marchándose —los cambios de humor de Ramee eran tan famosos como sus joyas. Ya había echado a emisarios de la emperatriz de la tienda. Pero la belleza de las joyas, que estaban expuestas por todas partes en los armarios con puertas de cristal, hacía palidecer el esplendor de muchas principescas salas de tesoros. Collares, pulseras, diademas y broches, rubís, esmeraldas, topacios y ámbar, envueltos en hilos de oro y plata, como si al viejo hombre, sentado tras la sencilla mesa de madera, le crecieran en las yemas de los dedos.

—Soy yo, Hippolyte.

Ramee levantó la cabeza y dejó a un lado la lupa, tan grande como una mano, a través de la cual había contemplado un diamante del tamaño de un guisante, pero la desconfianza desapareció de su rostro cuando Jacob se plantó directamente ante él.

—Es cierto. Jacob —constató mientras cerraba la mano manchada alrededor de los diamantes. Ramee pensaba siempre que le iban a robar. La emperatriz era la única persona que había excluido de esa sospecha.

—¿Vuelves a necesitar un broche para impresionar a alguna doncella imperial?

—No —respondió Jacob examinando una diadema en la que un hilo de plata envolvía unas flores de cornalina. Ramee se preparaba para los nuevos señores de Vena—. Imagino que sigues siendo responsable del mantenimiento de las joyas imperiales.

Ramee se colocó bien las gafas.

—Desde luego. Uno puede pensar lo que quiera de los goyl, pero sin duda saben valorar quién sabe algo sobre las piedras.

Jacob reprimió una sonrisa. Hippolyte era un viejo vanidoso.

—Es lamentable que no les guste el oro —continuó Ramee—. Es por eso que he de trabajar más con plata, pero su rey me ha encargado hace poco unas piezas de muy buen gusto. La pulsera que...

—Hippolyte... —Ramee podía explayarse durante horas sobre la talla de una piedra o el valor de un cristal de elfo puro, y Jacob estaba harto de perder el tiempo, algo de lo que no disponía.

Pero el viejo siguió hablando con el difícil acento de Lothringen, que no había perdido durante todos los años de su exilio. Por lo visto no solo estaba medio ciego, sino que, entretanto, también estaba bastante sordo.

—¡Hippolyte! ¡¿Puedes escucharme un momento?!

Ramee enmudeció tan rápidamente como si se hubiera tragado uno de sus diamantes.

—¿Cómo? —increpó a Jacob—. Soy tres veces mayor que tú. ¿Por qué tienes tanta prisa?

—No sabemos cuándo nos viene a buscar la muerte, ¿no es cierto? —dijo Jacob sacudiéndose una araña de la manga. Su cuerpo era tan azul como los anillos de amatista por los que Ramee era conocido.

El viejo la golpeó cuando le cayó entre los dedos.

—¡Arañas, ratones, cucarachas! —maldijo mientras sacudía la araña de la mesa—, ¡los gatos no acaban con ellos! ¡Voy a tener que comprarme otra vez un par de esos duendes rapaces!

Otro de sus temas predilectos. Los duendes.

—¡Hippolyte! ¿Me puedes contar algo sobre una joya? La he visto en un retrato del Museo de Historia. La piedra es negra, algo más grande que una uva, engarzada en un trenzado de sarmientos de oro.

Ramee lo miró atónito. Después bajó la cabeza y ordenó con dedos inquietos las herramientas que yacían delante de él. Cuando volvió a subir la cabeza, los ojos nadaban en lágrimas tras los gruesos cristales.

—¿Qué significa eso? —le reprochó a Jacob con voz comprimida—. ¿Se trata de una broma cruel? En su día le confesé toda la verdad a la emperatriz.

Se levantó tan de repente que tiró de la mesa el diamante en el que había estado trabajando.

—¿Te ha enviado Amalie? ¡Seguro! ¡¿Qué se puede esperar de una princesa que se deja embarazar por un goyl?!

Se tapó la boca con la mano, como si pudiera retirar esas palabras, y miró preocupado a la ventana, pero el único transeúnte que se podía ver fuera era un enano que había delante del escaparate de enfrente.

¿De qué estaba hablando el viejo? Jacob recogió el diamante y lo dejó sobre la mesa. Brillaba como una lágrima de piedra.

—No me ha enviado nadie —dijo—. Estoy buscando la joya por propio interés. Solo quería preguntarte si puedes conseguir que le eche un vistazo.

Ramee se quitó las gafas y, de forma poco hábil, limpió los cristales empañados con la manga.

—¡Olvidalo! —profirió de forma brusca—. La piedra se ha perdido. Lo mismo que Marie.

Jacob le quitó las gafas de la mano. Limpió los cristales y se las volvió a tender al viejo.

—¿Marie?

Las manos de Ramee temblaban cuando cogió las gafas. Señaló una fotografía que colgaba de la pared directamente junto a la puerta. Alrededor del marco había enlazada una cinta negra. La foto mostraba a una joven, quizá de dieciocho años. Jacob se acercó a la imagen. Realidad pasada, inmortalizada con luz y ácido de plata. Tras el espejo uno recordaba el milagro que era una foto. La joven que miraba a Jacob tenía el cabello tan oscuro que casi se fundía con el fondo de color sepia. Estaba sentada de forma algo rígida, a fin de cuentas había que permanecer largo rato sentada para una foto como esa, pero la mirada segura de sí misma decía: «Mírame. ¿No soy hermosa?».

—Era su primer baile —dijo Ramee acercándose a Jacob. Únicamente la pesadez de sus pasos delataba los pies de oro—. Yo acababa de recibir el collar junto con otras joyas del palacio. Sigo sin saber de qué piedra preciosa se trataba. Tenía una consistencia extraña. Pero era tan hermosa sobre la blanca piel de Marie. «Como un pedazo de noche engarzado en oro, abuelo», había dicho ella. Quién puede negarle algo a su nieta, y, además, era solo para un baile. Nunca volvió. Se fue. Simplemente se fue. Como si nunca hubiera existido. De la pena, su madre ya apenas sale de casa. Se ha metido en la cabeza que Marie huyó con uno de esos oficiales que vagabundean por los bailes. Probablemente sabe que la verdad es bastante más insoportable.

Ramee se recogió la manga. Llevaba una pulsera de oro alrededor de la huesuda muñeca. Los delicados eslabones de la cadena habían ennegrecido.

—Has oído hablar de pulseras como esta, ¿verdad?

Jacob asintió con la cabeza. No había muchos orfebres que estuvieran dispuestos a hacerlas. Se añadía una gota de sangre al oro. Si el metal se conservaba brillante, la persona de la que procedía la sangre estaba bien; si la pulsera enrojecía, estaba en grave peligro; si ennegrecía, solo podía significar una cosa.

—Muerta —dijo Ramee clavando la mirada en la foto—. Esas fotografías son un descubrimiento alarmante, ¿verdad? Uno parece un fantasma en ellas. Pero, por otro lado, así al menos tengo su imagen.

Se bajó la manga, tapando la pulsera ennegrecida.

—El día que Marie vino, llevaba una flor en el vestido y puso por las nubes a un extraño, hermoso como un príncipe. Naturalmente estaba bien afeitado. No necesito explicarte por qué no regresó.

No, no tenía por qué.

Una flor en el vestido. Jacob sintió cómo se le aceleraba el latido del corazón. *¿Estabas ciego y sordo, Jacob?*

—Barbazules... —dijo Ramee frotándose los tristes ojos—. Uno piensa que solo existen en los cuentos de hadas hasta que uno de ellos se lleva a su propia nieta. Si alguna vez encuentras el collar que estás buscando, mata de un disparo al que lo posee, y después comprueba si en su Cuarto Rojo hay una muerta que lleva un broche con una estrella de rubí. Se la hice a Marie por su decimosexto cumpleaños.

Su Cuarto Rojo... Jacob había entrado ya una vez en un cuarto de esos. Era un recuerdo que le habría gustado olvidar.

¿Cuánto tiempo llevaba Zorro con él? ¿Tres horas?

Ramee le gritó algo, pero Jacob solo oía el murmullo de su propia sangre en los oídos. ¡Troisclerq le había prendido la flor delante de sus ojos! Las impregnaban de aceite olvídatedeti.

Salió tropezando del estrecho callejón. *Maldito imbécil.* ¿Había olvidado todo lo que Chanute le había enseñado?

Ponte en marcha, Jacob.

Pero no llegó lejos. Un brazo le rodeó el cuello y, a través del arco siguiente, alguien tiró de él rudamente hacia uno de los oscuros patios interiores, de los que el barrio de los joyeros estaba plagado.

—¿Qué, te gusta estar en Vena con tus nuevos amigos?

Donnersmarck no llevaba puesto el blanco imperial, sino el uniforme gris de los goyl. La última vez que Jacob lo había visto, había sido su prisionero. Su viejo amigo era ahora el *attaché* personal de la nueva emperatriz. Al parecer no le molestaba que antes hubiera servido a su madre.

Donnersmarck había bebido. No demasiado, solo lo suficiente para perder el control. Golpeó con tal fuerza a Jacob en la cara que este saboreó su propia sangre en la lengua. Jacob le respondió asestándole un rodillazo en el abdomen y se soltó, pero no llegó muy lejos. Bajo el arco estaba Auberón, el antiguo enano predilecto de la emperatriz, apuntándole con una pistola en la cabeza.

Auberon gustaba de demostrar el arte de su tiro disparando en mitad de la frente. Todos los enanos de la emperatriz eran muy buenos tiradores. Amalie, sin embargo, prefería hacerse vigilar por los soldados de su marido, por lo que los anteriores guardaespaldas de su madre protegían ahora a joyeros, banqueros y ricos fabricantes.

Jacob levantó las manos.

—¡Déjame ir, Leo!

Llegaría demasiado tarde.

Donnersmarck le empujó contra el muro más cercano:

—No irás a ninguna parte. Se lo prometí a la emperatriz en el sombrío agujero en el que los goyl la han encerrado: encontraré a Jacob Reckless y pagaré por lo sucedido en la catedral.

—¿Por qué no le disparamos aquí mismo? —Jacob recordaba bien el rostro hinchado con el que Auberon había salido tropezando de la catedral. Sí, al enano seguramente le habría gustado apretar el gatillo, pero Donnersmarck ignoró su pregunta.

—Llevo meses haciendo vigilar la estación de tren y la de la diligencia para que te encontraran.

—¿En serio? Sí, ya veo, sigues siendo un hombre poderoso. Felicidades por el uniforme de goyl. ¡Te sienta muy bien!

Jacob había confiado en que Donnersmarck le pegara por ello. Estaba tan bebido que, al hacerlo, perdió el equilibrio, y Jacob le puso la pistola en la sien antes de que volviera a recuperarlo. Auberon demostraba que nadie tras el espejo blasfemaba de forma tan ocurrente como un enano, mientras intentaba poder disparar, pero Donnersmarck era muy alto y la mejor protección.

—¡Se trataba de mi hermano! —le siseó Jacob—. ¿Qué habrías hecho tú? Tú llevas su uniforme solo para no acabar en un calabozo como tu vieja señora. ¡Por tanto, no seas hipócrita y dime si sabes algo de un barbazul que hace de las suyas en esta región!

• • •

Sintió cómo Donnersmarck inspiraba profundamente.

Barbazul. Habían cazado uno juntos. Hacía años.

—Vamos, contéstame. Eres el perro guardián de la nueva emperatriz. ¡Naturalmente sabes la respuesta!

—¡Eso es un sucio truco!

Aparte de él, Jacob era el único que había visto los fantasmas que volvieron áspera la voz de Donnersmarck.

—¡Vamos, desembucha! —exclamó Jacob soltando a su viejo amigo para que viera el miedo en su rostro—. ¿Hay en Vena un barbazul?

Donnersmarck lo miró fijamente. *Enséñale el miedo, Jacob. Aunque se te dé tan bien ocultarlo.*

—Sí —las palabras de Donnersmarck llegaron a trompicones—. La primera chica se la llevó hace diez años. Entretanto van cuatro. Supuestamente proviene de Lothringen, pero siente

predilección por cazar aquí. Ya sabes cómo son. Nunca delante de su puerta. ¿Por qué lo buscas?

—Tiene a Zorro.

Jacob se acercó a él. Siempre la misma imagen: la mano de Troisclerq prendiéndole la flor en el vestido. ¿Por qué lo había hecho en su presencia? ¿Para que lo siguiera viendo en el futuro cada noche? Había caído en la encantadora trampa, como las mujeres a las que mataba. *Pero Zorro solo se ha ido con él por ti, Jacob. Y tú se la has entregado como si fuera un regalo.*

—¿En qué parte de Lothringen?

—Solo hay rumores.

—¿Por ejemplo?

—Que se aloja cerca de Champlitte.

Champlitte. Troisclerq ni siquiera le había mentado. *¿Y si me llevo lo que a tu corazón está prendido vendrás a buscarlo, Jacob?*

Apartó al enano de su camino y salió del callejón. Donnersmarck lo alcanzó enseguida, a pesar de la cojera que le había causado una guerra de su emperatriz.

—¿Dónde la viste por última vez?

—En la estación de tren.

Tenía que buscar al cochero...

Ninguna mordida de la polilla había hecho latir su corazón tan deprisa. El miedo ahogaba su sentido común. No había sabido que se podía sentir tanto miedo.

¡La encontrarás! Y aún seguirá con vida.

Si simplemente hubiera podido creer en sí mismo. Solo sabía una cosa. Mataría a Troisclerq. Lo mataría.



37
Flores

Flores marchitas en un coche de caballos y en un andén. No. Troisclerq no se tomaba la molestia de borrar sus huellas. Donnersmarck estaba junto a Jacob cuando este recogió las flores del andén. Barbazul. Esa palabra había vuelto a convertir la hostilidad de Donnersmarck en el apoyo incondicional con el que Jacob había podido contar antes de la Boda Sangrienta.

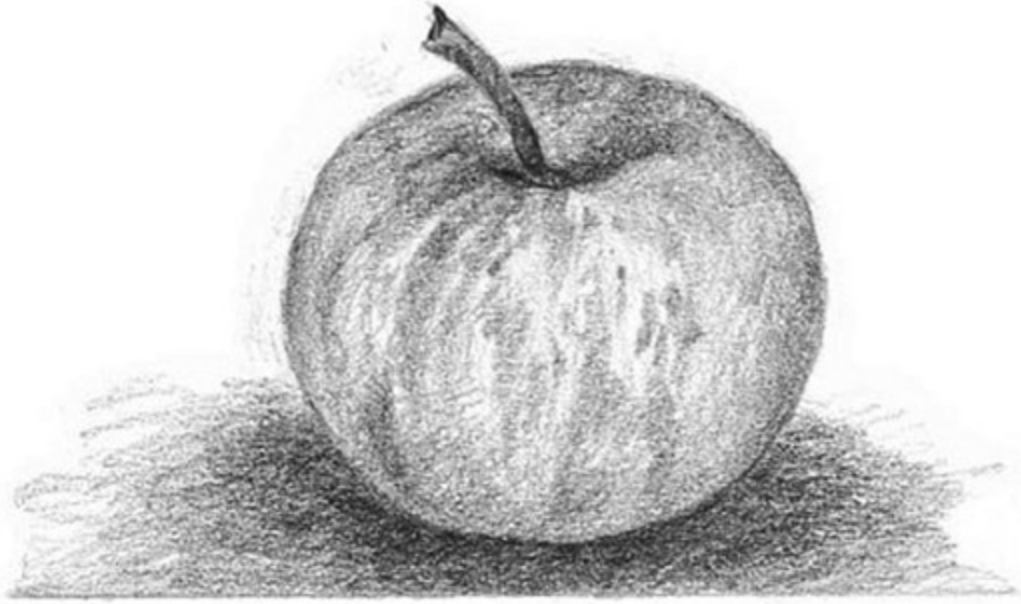
Habían transcurrido tres años desde que la emperatriz había pedido a Jacob buscar un barbazul que había secuestrado a una de sus doncellas. Donnersmarck había solicitado ser su acompañante militar. La doncella era su hermana. La habían encontrado en un palacio vacío junto a otras siete chicas, todas muertas igual que ella. El asesino ya se había marchado. Lo habían seguido buscando muchos meses más, pero finalmente los había atraído a una trampa, de la que habían podido escapar por los pelos, y después le habían perdido el rastro. Años más tarde, había muerto pacíficamente en su cama, rico y respetado, después de haber matado a otras tres chicas.

Los barbazuales siempre estaban bien afeitados cuando salían de caza, para que los pelos azulados de la barba por los que recibían el nombre no los traicionaran. Supuestamente había apenas una docena de ellos, pero Chanute juraba que eran cientos. Se decía que todos ellos tenían un antepasado común, un hombre de sangre negra y de barba negra azulada, que había encontrado una forma de alimentarse del miedo de otros y, de ese modo, vivir eternamente. Los barbazuales solo mataban cuando se acababa ese miedo. Jacob tenía puestas en ello todas sus esperanzas:

Zorro no le daría tan fácilmente a Troisclerq lo que ansiaba.

Uno de los jefes de la estación recordaba a una joven de cabello rojo que estaba tan cansada que su marido había tenido que ayudarla a subir al tren. El efecto de una flor...

El tren también paraba en Champlitte. El próximo no salía hasta la mañana siguiente, pero Jacob decidió no esperar. Cuando ordenó al cochero del carruaje llevarlo a uno de los arrabales, donde el aire apestaba a hollín y pobreza, Donnersmarck no preguntó por qué. Necesitaban caballos rápidos, incluso más rápidos que los que había en las cuadras de la emperatriz, y Donnersmarck sabía, tanto como Jacob, que esos caballos solo se encontraban en los rincones más oscuros de Vena. Los campesinos los llamaban jamelgos del diablo, porque devoraban carne cruda y su aliento era tan caliente que uno se escaldaba con él. Se los atrapaba en ciénagas y pantanos, rocines de color blanco pálido cuyas crines les colgaban del cuello como raigambres. Eran el doble de rápidos que los caballos corrientes, pero a los dueños demasiado confiados los devoraban mientras dormían. A los dos que Jacob compró, ni siquiera podía sujetarlos el mismo gigante que comerciaba con ellos. Donnersmarck no había hablado mucho desde su pelea, pero ambos sabían que era mejor no entrar solo a la casa de un barbazul. Oscurecía cuando le dieron la espalda a Vena y se dirigieron juntos hacia el oeste.



38

Tierra

¡Tierra! Se los había tragado la tierra. A Reckless y al hombre que Kami'en había encargado que lo siguiera. Ni siquiera Hentzau sabía dónde estaban. Y la araña tenía las patas pegadas al vientre azul y no quería seguir bailando. *¿Sigues contento de que los lobos no se lo hayan llevado, Nerron?*

Su humor era tan sombrío como su piel cuando regresó al palacio del primo de Louis. El edificio se parecía a las recargadas tartas que se podían encontrar en las pastelerías de Vena, y en él había más habitaciones que pelos tenía Lelou en la cabeza. Pero Louis siempre resultaba fácil de encontrar. Solo había que seguir las risitas de su nueva favorita.

¿Lo ves? El cuarto de la colada. Louis no pasaba por alto ningún cuarto. Nerron apretó la oreja contra la puerta.

Era hora de acabar con los métodos civilizados. Necesitaba la mano. Necesitaba el corazón antes de que Reckless lo encontrara y tenía que deshacerse de sus acompañantes. Solo había una forma de conseguirlo todo de golpe. Matar tres pájaros de un tiro.

—¿Qué haces ahí? —el susurro de Eaumbre sonaba aún más húmedo de lo usual.

Nerron se dio la vuelta.

El hombre de las aguas tenía el pelo mojado pegado a la angulosa cabeza, como si acabara de salir de un charco. Donde probablemente había estado. Nerron creyó percibir un ligero olor a pez

rojo. Los hombres de las aguas se secaban si no se sumergían de vez en cuando en un charco, cuanto más fangoso, mejor. También se secaban cuando se les obligaba a tragar una polilla de fuego. Una imagen sin duda interesante. *Déjalo, Nerron. Entiéndete con él. De ese modo será bastante más provechoso.*

Nerron señaló la puerta del cuarto de la colada.

—Tu señor real se impacienta. El encorvado quiere la ballesta, pero ¿cómo me voy a concentrar en la búsqueda si su hijo solo tiene en la cabeza seducir a todas las muchachas de Vena?

El rostro de Eaumbre continuó igual de impassible que siempre. Únicamente sus ojos revelaban el aspecto de su escamoso interior: seis ojos, llenos hasta el borde de aburrimiento y dolido orgullo. Louis hacía saber a todos en Vena que el hombre de las aguas no era más que un pesado canguro que su padre le había impuesto. No cabía duda de que Eaumbre detestaba a su principesco protegido, pero eso no significaba que sintiera simpatía por alguien. Además era fuerte. Muy fuerte. Él solo era capaz de romperle a un goyl cada hueso del cuerpo con una sola mano. Con seguridad, una sensación poco agradable.

—¿Y? ¿Qué tendríamos que hacer en tu opinión? —el susurro le llenó a Nerron los oídos de lodo.

—Lleva a Louis a la biblioteca en una hora. Hablaré con él —*esperemos que no suene sospechoso*—. Y dile que traiga la mano.

—¿Para qué?

Cuidado, Nerron.

—Quiero ver si nos enseña dónde está el corazón.

Seis ojos. Estás mintiendo, goyl, decían. Y lo sé.

—En la biblioteca —repitió el hombre de las aguas—. En una hora.

• • •

El método Blancanieves tenía unos efectos secundarios tan graves que en Albión su uso era castigado con la horca. Pero al encorvado se le ocurriría seguramente un método de ejecución aún más doloroso si alguna vez llegaba a enterarse de que habían usado ese método con su hijo. Nerron confiaba en que las secuelas se confundieran con una sobredosis de polvo de elfos.

Uno de los pinches de cocina del palacio le estaba cociendo la lengua de brujo —el estúpido la tenía por una lengua de ternera—, pero la manzana la estaba preparando Nerron en persona. El método solo recibía el nombre de Blancanieves por la fruta, aunque la manzana que había mordido había sido preparada con otro veneno. Nerron le quitó el tallo y el corazón, y vertió el caldo de la lengua en su interior. La magia negra era poco apetitosa. Cerró la apertura con chocolate negro para endulzarlo todo un poco. Louis no podía resistirse al chocolate.

En las estanterías de su primo, los libros estaban ordenados en hileras tan perfectas como solo se podían encontrar en una biblioteca que no se usara nunca. Al primo de Louis le gustaba aparentar ser un hombre culto.

En una hora. El hombre de las aguas fue puntual en la entrega. Naturalmente el príncipe

heredero de Lothringen no necesitaba llamar a la puerta.

—El hombre de las aguas dice que tenemos que hablar algo —olía como siempre a polvo de elfos y a la horrible *eau de toilette* que usaba de forma derrochadora como si fuera agua—. ¡Quédate fuera! —le espetó a Eaumbre, cuando el hombre de las aguas hizo ademán de seguirlo—. Apesta otra vez a pescado. Ve y busca a mi primo. Quiero salir.

Eaumbre lanzó a Nerron una mirada insípida antes de cerrar la puerta tras de sí. Al parecer Lelou no le había enseñado a Louis nada sobre el orgullo de los hombres de las aguas. Una peligrosa laguna cultural.

—¿Habéis traído la mano?

Louis levantó la bolsa.

—Espero que la guardéis muy lejos de vos.

—¿Por qué? —preguntó Louis arrugando la frente. Con el polvo de elfos, pensar le resultaba aún más difícil.

—¿Qué os enseña Lelou? ¡La magia negra es todo menos sana! ¡Y naturalmente vuestro padre me hará pagar cuando comiencen los efectos secundarios! —Nerron le tendió la manzana—. Tomad. El antídoto sabe horrible, pero le he pedido al cocinero que lo hiciera algo más apetecible.

—¿Una manzana? —preguntó Louis retrocediendo—. No pienso tocar ninguna manzana. Mis dos tías fueron envenenadas así.

—Como queráis —dijo Nerron dejando la manzana en un atril, sobre el que un libro sobre la historia de la familia de los parientes austriacos de Louis acumulaba el polvo—. Id a un médico si no me creéis. Y examinad las uñas de vuestros dedos. Si ennegrecen, será ya demasiado tarde.

Louis miró sus dedos.

—¡Estoy harto de la caza de tesoros! —soltó—. Todas esas bobadas mágicas. Ya han pasado a la historia.

Cogió la manzana y la miró tan desconfiado que Nerron ya se daba por vencido.

—¿Es esto chocolate?

Un mordisco y se desplomó. Nerron lo cogió antes de que cayera en las baldosas de mármol. Algo no tan sencillo debido al peso de Louis.

Se inclinó sobre él y le sopló en el rostro durmiente.

—¿Dónde está el corazón de Gismundo, el verdugo de las brujas?

—¿Qué? —murmuró Louis.

Nerron blasfemó tan alto que él mismo se tapó la boca con la mano. El vagabundo al que había aplicado el método Blancanieves hacía seis años había sido, comparado con el principillo, un ejemplo de inteligencia.

—Gis-mun-do-el-ver-du-go-de-las-bru-jas —murmuró Nerron en el oído principesco.

Louis quiso rodar hacia un lado, pero Nerron lo sujetó con firmeza, aunque el principesco peso exigiera un poco de fuerza.

—Lothringen —murmuró Louis.

—¿En qué parte de Lothringen?

Louis se estremeció.

—Champlitte... —susurró—, blanca como la leche. Negro como un pedazo de noche

engarzado en oro.

Después comenzó a roncar.

No haría otra cosa al menos durante diez años. Las capacidades clarividentes tenían su precio.

Nerron se levantó. Champlitte. Blanca como la leche. Negro como un pedazo de noche engarzado en oro. ¿Qué demonios...? Espolvoreó la ropa y las manos de Louis con polvo de elfos y le metió, además, dos paquetitos en el bolsillo de la chaqueta. Después guardó la manzana mordida en la bolsa engañosa junto a la mano y metió ambas en las alforjas, donde guardaba la bolsa con la cabeza. Abrió la puerta... y miró fijamente el pecho uniformado del hombre de las aguas.

Eaumbre lo miró por encima del hombro.

—¿Qué has hecho con él? —su voz raspaba la piel de Nerron como una lima húmeda.

—Se ha pasado con el polvo de elfos —dijo Nerron, empuñando disimuladamente la pistola.

—Yo no lo haría —susurró el hombre de las aguas—. ¿Adónde quieres ir? ¿Crees que la ballesta complacerá al encorvado cuando reciba a su hijo como Blancanieves? —el escamoso rostro esbozó una sonrisa furiosa—. Pero el encorvado no recibirá nunca la ballesta, ¿no es cierto? Tienes intención de venderla al mejor postor.

Bueno, al menos no sospechaba toda la verdad.

—¿Y si fuera así? —los dedos de Nerron sujetaron con más fuerza la culata de la pistola.

—Quiero una parte. Estoy harto del oficio de guardaespaldas. La caza de tesoros es mucho más lucrativa.

Y los hombres de las aguas tenían bastante experiencia en ella. A su modo particular. Las chicas que se llevaban secuestradas a sus charcos podían cantar una canción sobre ello. Los escamosos rostros las cubrían de oro y plata para hacerles más apetecibles sus viscosos besos.

Tres pájaros... *Parece que te sobraré uno, Nerron.* El más gordo y escamoso de los tres...

Un carraspeo.

Delicado como un escarabajo.

—¿Puede uno de los presentes revelarme dónde puedo encontrar al príncipe heredero?

Lelou estaba al final del pasillo, el libro de notas debajo del brazo. ¿Qué escribiría al final de ese día? *Y el príncipe durmió diez años y sus ronquidos resonaron en el palacio de su padre...*

Nerron señaló la puerta de la biblioteca.

—Eaumbre acaba de encontrarlo. Creo que deberías cuidar de él. Ya nos estábamos preguntando qué hace en la biblioteca sin una muchacha.

Salieron a la calle antes de que los gritos de Lelou alarmaran a los centinelas que había abajo en el portal.

El encorvado ejecutaría seguro al escarabajo de un modo poco apetecible. Pero Nerron estaba convencido de que no extrañaría a Arsene Lelou.



39

Amigo y enemigo

Los jamelgos del diablo hacían justicia a su nombre. En la segunda noche, uno se acercó a Jacob disimuladamente enseñando los dientes, y a Donnersmarck le escaldaron los dedos mientras los alimentaba con carne de conejo. Pero eran rápidos.

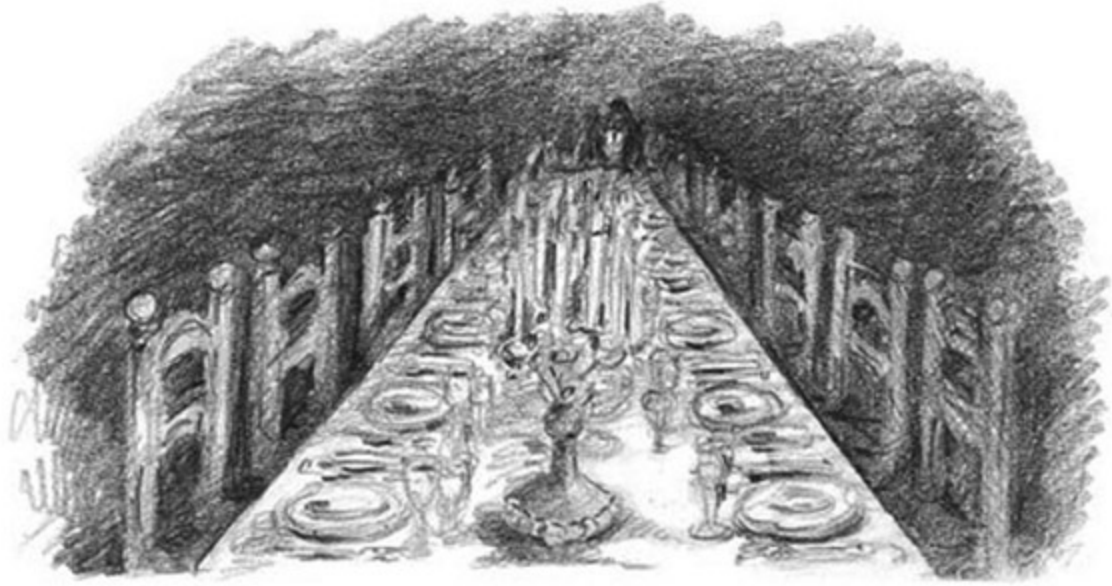
Árboles fronterizos y desfiladeros helados. Lagos, bosques, pueblos, ciudades. El miedo que Jacob sentía por Zorro era como un veneno que le penetraba en el cuerpo. La idea de hallarla muerta era tan insoportable que intentaba ahuyentar el pensamiento como había hecho de niño con la nostalgia por su padre. Pero no lo conseguía. Cada día que pasaba, cada kilómetro que recorrían, las imágenes se volvían más espantosas, y en sus sueños eran tan reales que se despertaba buscando en sus manos la sangre de Zorro.

Le preguntaba a Donnersmarck por la emperatriz y su hija para distraerse, por el hijo que no podía ser, por el Hada Oscura... Pero la voz de Donnersmarck se transformaba una y otra vez en la de Zorro: *Encontrarás el corazón. Lo sé.* Ella era todo cuanto quería encontrar.

Cuando al fin cruzaron la frontera de Lothringen, habían pasado más de seis días desde que Troisclerq había subido con ella al carruaje. Atravesaron ríos en los que se reflejaban blancos palacios, cruzaron a caballo pueblos con caminos de tierra y, a la luz de la luna, oyeron cantar a flores como si de ruiseñores se trataran... El corazón de Lothringen seguía latiendo al viejo compás, mientras los ingenieros construían uno mecánico como en Albión.

En algún momento, Donnersmarck tiró de las riendas del caballo. En un prado, las flores blancas se entremezclaban con la hierba mordida. Olvídatedeti. El animal evitaba las discretas flores cuyo narcótico aceite los barbazules derramaban lentamente sobre las que prendían a sus víctimas en el vestido o en el cabello. También se frotaban las mejillas recién afeitadas con él.

Poco después llegaron a un poste indicador. Hasta Champlitte quedaban aún tres kilómetros. Se miraron. Las mismas imágenes en sus cabezas. Pero en el recuerdo de Jacob, incluso la hermana fallecida de Donnersmarck tenía el rostro de Zorro.



40

La trampa de oro

Despierta, Zorro. Creía sentir cómo la zorra le restregaba el afilado hocico contra la sien. *¡Zorro! ¡Despierta!* Pero cuando abrió los ojos tenía forma humana y estaba sola.

Un dosel de tela, de color azul oscuro como un cielo nocturno, se extendía sobre ella, y el vestido que llevaba puesto le resultaba tan extraño como la cama en la que estaba tendida. Su cabeza le dolía y sus extremidades le pesaban, como si hubiera dormido demasiado. Varias imágenes llenaban su cabeza. Un carruaje. Un tren. Una carroza con almohadones dorados. Un sirviente tras un portón con flores de hierro y...

Troisclerq.

Se mareó al incorporarse. Altas paredes, cubiertas de seda oro mate, y, en el techo, rodeado de flores blancas, una lámpara de araña de cristal rojo... De niña había soñado con habitaciones como aquella. Pero las ventanas estaban enrejadas. Metió la mano en el escote bordado de perlas. No llevaba el pelaje.

Tranquila, Zorro.

Pero su corazón no quería oír hablar de ello.

¡Acuérdate, Zorro! Un laberinto... Troisclerq la había conducido a través de él. Hacia una casa con muros de piedra de color gris, cubiertos de hiedra... Por más que lo intentaba, no podía recordar nada más.

¿Había echado algo en el agua que le había ofrecido en el carruaje? ¿Polvo de elfos? ¿O el bebedizo de una bruja? Pero no sentía amor. Solo enfado consigo misma.

¿Adónde la había llevado? ¿Y dónde estaba su pelaje?

Jacob...

¿Qué pensaría? ¿Que lo había dejado en la estacada por la sonrisa de Troisclerq y una flor en el vestido?

Recogió su falda demasiado larga. El vestido era lo suficientemente costoso como para llevarlo a un baile real. *¿Quién te lo ha puesto, Zorro?* Sintió escalofríos. Tampoco los zapatos que llevaba los había visto nunca. Se los quitó y caminó descalza sobre las flores de madera que el suelo de parqué encerado dibujaba.

La puerta de la habitación no estaba cerrada con llave.

El pasillo que había delante recorría una docena de puertas. ¿Desde qué dirección había llegado? *¡Acuérdate, Zorro!*

No. Primero tenía que encontrar el pelaje.

Aún creía sentir la mano de Troisclerq en su brazo. Tan suave. Tan cálida. ¿Qué se había creído? ¿Que podía seducirla con una casa grande y un vestido nuevo? ¿Había respondido a su sonrisa de forma demasiado afectuosa? ¿Se había reído demasiado con sus bromas? Había sido tan fácil reír con él. Su mirada le había hecho saber de forma tan solícita que era hermosa. ¿Había intentado besarla? Sí. Las imágenes regresaban como los recuerdos de un extraño. La había besado. En el tren. En la carroza. *¿Qué has hecho, Zorro?*

Tantas puertas.

Intentó abrirlas, pero todas estaban cerradas. En los retratos que colgaban entre ellas solo se veía a mujeres.

El pasillo terminaba en una escalera. Zorro creyó recordarla. Tenía intención de bajarla cuando un sirviente le salió al encuentro en los amplios escalones. El mismo que había abierto el portón de hierro. Era tan grande que inclinaba la cabeza entre los anchos hombros.

La habitación en la que había despertado... el vestido... las imágenes... el sirviente en su frac de terciopelo negro. Era como si se hubiera perdido en uno de los juegos que había jugado de niña en el bosque durante horas.

—¿Dónde está tu señor?

En respuesta, el sirviente la agarró del brazo sin decir palabra. Sus manos estaban cubiertas de pelaje marrón mate. En todo Lothringen, había historias sobre nobles que se hacían servir por animales encantados, porque habían demostrado ser más fieles que cualquier humano.

La casa era gigantesca, pero no encontraron un alma humana. La puerta ante la que el sirviente finalmente se detuvo estaba revestida de la misma madera oscura que las paredes del comedor, hacia donde le indicaba por señas que se dirigiera. Delante de las ventanas, la luz vespertina prendía de las cortinas de encaje rojo.

—Bienvenida a mi casa. —Troisclerq estaba sentado al final de una larga mesa. Era la primera vez que Zorro lo veía sin afeitado. La piel alrededor de la boca y la barbilla relucían azuladas.

Respira, Zorro. Inspira y espira. Como hace la zorra cuando la muerte la mira.

Barbazul.

En la mesa había diez platos. Siempre hacían poner el servicio para sus víctimas.

Troisclerq le sonreía. Llevaba puesta, como siempre, una camisa blanquísima. Incluso en el interminable viaje en carruaje había estado siempre tan bien vestido como si viajara con un sirviente.

—Pero siéntate —dijo señalando con gesto de invitación la silla de su izquierda—. El vestido te sienta bien.

El sirviente echó hacia atrás la silla. Cuando se sentó delante del plato vacío, creyó sentir a su lado a todas las muertas que habían estado sentadas antes que ella en las sillas tapizadas de terciopelo negro. Intentó recordar los rostros que la habían seguido con la mirada desde los cuadros.

Respira, Zorro. Inspira y espira.

Tenía que encontrar el pelaje. No podía marcharse sin el vestido.

Troisclerq le agarró la mano. Le besó los dedos tan suavemente como si sus labios no hubieran tocado nunca algo más bello.

—Normalmente le doy a mis huéspedes femeninos un manojito de llaves de todas las puertas de mi casa, con el ruego de no usar una de ellas. Se trata de una vieja tradición de mi estirpe. ¿Quizá hayas oído hablar de ella?

Dejó un manojito de llaves sobre la mesa. Todas las llaves, salvo una, habían sido bañadas en plata. Era algo más pequeña que las demás y la cabeza dorada tenía forma de flor.

—Sí —respondió Zorro—. Sí, he oído hablar de ella.

—Fantástico —dijo Troisclerq empujando el manojito de llaves hasta su plato—. No es que vayas a necesitar la llave para averiguar lo que se oculta detrás de la puerta. La zorra seguramente lo olfatearía.

Naturalmente. Él había visto el pelaje. Zorro intentó no preguntarse si él se lo había quitado. Cerró el puño con el manojito de llaves, como si eso pudiera demostrar que no tenía ningún miedo. El criado le sirvió una copa de vino. El vino era tan rojo que parecía que le estuviera llenando la copa de sangre.

—Esta vez has capturado a la errónea.

Sentía el vestido extraño sobre la piel. *Decorada para el cuadro de su pared, Zorro.*

—¿De veras? ¿Por qué?

El criado le sirvió. Carne de pato. Patatas cocidas. Zorro sintió que estaba hambrienta.

—Nunca he tenido miedo a la muerte.

Zorro miró a Troisclerq a los ojos para que viera que estaba diciendo la verdad, sus tenebrosos ojos, cuyas sombras habrían podido advertirla. *Pero te gustó cómo te miraba, Zorro. Te gustó la frecuencia con que, de forma casual, te agarraba del brazo o te rozaba los hombros.* Todo aquello que Jacob evitaba con más esmero cada día. Su anhelo por él lo llevaba oculto como un secreto bajo la piel, pero quizá Troisclerq lo había olfateado como el pelaje bajo su ropa, como un rastro de sangre en el bosque, aunque al final lo empujara otro tipo de hambre. Y qué más daba. No importaba lo que le hubiera atraído, sabría morir. La zorra se lo había enseñado. Vivía con la muerte, como cazadora y como cazada.

—¿La errónea? Oh, no —la voz de Troisclerq era tan suave como el musgo del bosque—.

Estate tranquila. Escojo a mis víctimas con esmero. Eso me mantiene con vida desde hace casi trescientos años.

Le hizo una seña con la cabeza al criado.

—Me darás lo que quiero. Como hicieron las demás. Incluso más que todas ellas.

El criado dejó una garrafa sobre la mesa. La luz vespertina se irisó en su cristal como astillas del día agonizante.

Troisclerq se levantó y acarició los hombros desnudos de Zorro.

—El miedo tiene muchos colores, ¿lo sabías? El más sustancioso es el blanco, el miedo a la muerte. Es a la propia muerte a la que más teme la mayoría. Pero de inmediato supe que eras distinta. Eso hizo la caza aún más seductora. —Troisclerq esparció un puñado de flores marchitas sobre la mesa—. He dejado un rastro claro para él. Estoy convencido de que ya está en camino. ¿No crees?

Jacob.

No. Zorro olvidaría su nombre para que Troisclerq no lo encontrara en su corazón. Sentía cómo el miedo le quitaba la respiración.

Algunas gotas blancas se acumulaban en el fondo de la garrafa.

Troisclerq le acarició suavemente la mejilla.

—El laberinto que rodea mi casa —le susurró— solo me deja pasar a mí. Cualquier otro se extravía en él sin remedio. Olvidan quiénes son, olvidan por qué vinieron y vagan entre los setos hasta morir de hambre. Acaban comiendo las hojas venenosas y lamiendo el rocío de los caminos.

Zorro le arrojó el vino a la cara. Agarraba la copa con tal fuerza que le estalló en la mano. El vino tiñó la camisa de Troisclerq del mismo rojo que la sangre que le corría a Zorro por los dedos cortados. Troisclerq le tendió su servilleta.

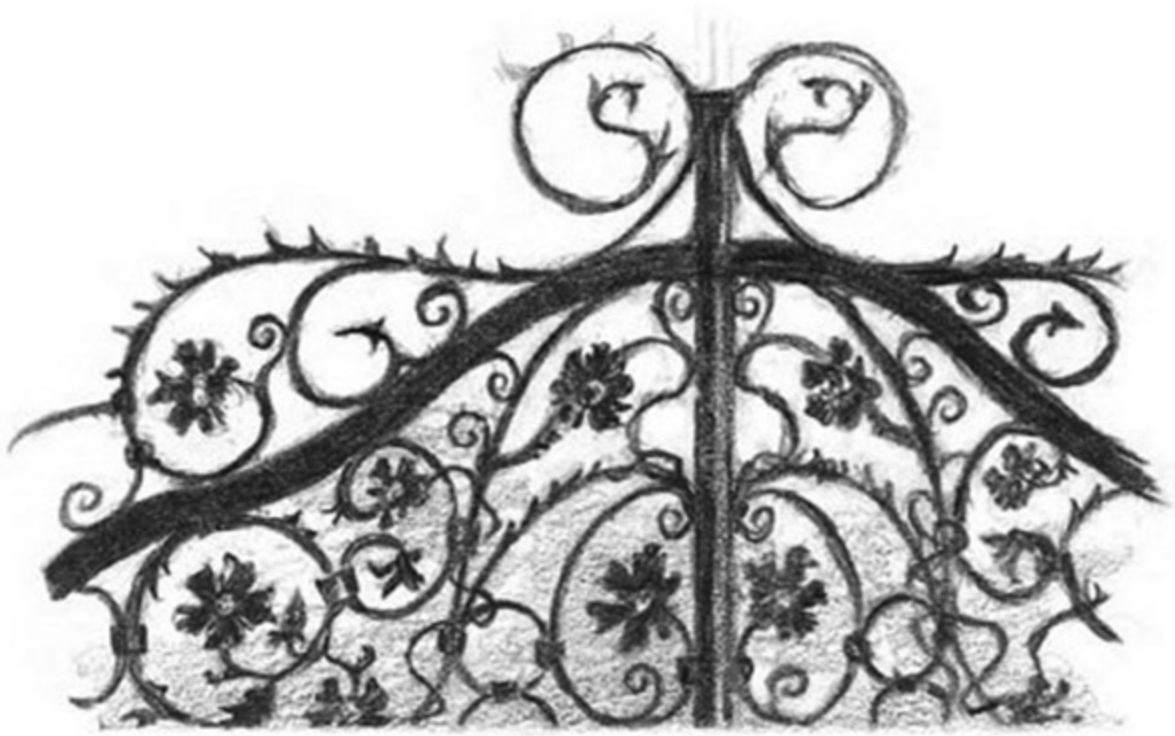
—Él también te ama, ¿lo sabes? Aun cuando se tome mucho esfuerzo en que no se note —no había voz que sonara más tierna. Troisclerq empujó hacia atrás la silla—. Desde aquí también tienes una buena vista del laberinto. Cuando un enjambre de palomas alce el vuelo, se habrá enredado en él. Aparte de a Jacob, no espero a ningún otro invitado.

Un charco blanco lechoso cubría el fondo de la garrafa.

Troisclerq pasó de largo junto a la larga mesa. Junto a los platos vacíos.

—Quizá te sirva de consuelo —dijo antes de cerrar la puerta detrás de él—: el miedo te matará igualmente. El amor es un asunto mortal.

Quería desgarrarle el cuello con los dientes. Ahogarle en sangre la aterciopelada voz. Pero la zorra estaba igual de perdida que Celeste.



41

El coto del cazador

Jacob sabía que estaban en el lugar correcto tan pronto entraron cabalgando en Champlitte. Muchas casas estaban recién pintadas y, en las calles, unas lámparas de gas iluminaban la noche, un lujo que, tras el espejo, solo se encontraba en las grandes ciudades. Los barbazules cuidaban de los buenos vecinos. Nunca buscaban sus víctimas donde vivían y donaban dinero para nuevas calles, iglesias y colegios. El silencio que compraban de ese modo era su mejor protección. Jacob estaba convencido de que tras las cortinas de Champlitte había muchos ojos que los seguían.

La mayoría de los barbazules vivían en fincas apartadas, rodeadas de extensas tierras. Solo había una finca grande en la cercanía que encajara con esa descripción. Se encontraba al sur de la ciudad, así que Jacob dirigió su caballo hacia el norte, donde acababa la población, para que ninguno de los honrados ciudadanos considerara necesario informar a Troisclerq de su llegada.

Dejaron a los caballos en una arboleda. Ni siquiera los lobos atentaban contra los jamelgos del diablo, y Jacob había cambiado las riendas por cadenas para que no pudieran liberarse. Su semental se había hecho realmente amigo de él. Le intentó atrapar la mano casi de forma amistosa cuando Jacob levantó la mochila de la silla de montar.

La noche olía a árboles florecientes y a campos recién arados. Todo a su alrededor parecía tranquilo. Un paraíso dormido, pero no tuvieron que andar demasiado hasta topar con una avenida bordeada de plátanos de sombra, en cuyos húmedos cantos rodados había enterrada una carroza.

Poco después emergió, de entre los árboles, un portón de hierro.

La engañosa paz, el portón cerrado... La propia avenida que había delante se parecía al lugar donde habían estado buscando a la hermana de Donnersmarck. En aquel entonces habían llegado demasiado tarde. *Esta vez no, Jacob.*

Habría podido vomitar del miedo. Ya no sabía con qué frecuencia, durante el interminable viaje a caballo, se había sorprendido volviendo la cabeza en busca de Zorro. O había creído oírlo respirar a su lado en sueños.

«¿Cuál es el mayor tesoro que has encontrado nunca?», le había preguntado Chanute no hacía demasiado tiempo. Jacob se había encogido de hombros y había enumerado algunos. «Eres aún más estúpido que yo», le había gruñido Chanute. «Solo espero que no lo hayas perdido cuando empieces a ver clara la verdadera respuesta».

La verja del portón estaba cubierta de flores de hierro. Donnersmarck sacó una llave del bolsillo sin decir palabra. Jacob había tenido una parecida, pero, como muchas otras cosas, la había perdido en la fortaleza de los goyl. La llave que abría cualquier palacio... Algunas funcionaban solo en el país en el que habían sido forjadas, pero esa también realizaba su trabajo allí. El portón se abrió apenas Donnersmarck la hubo introducido en la cerradura.

Una cochera, cuadras, una rampa ancha entre los árboles mojados por la lluvia y, al final, la casa que habían visto desde la lejanía. Estaba rodeada de altos setos perennes.

El laberinto del otro barbazul había estado mustio y muerto, porque ya se había marchado, y se habían abierto paso con el sable a través de los setos muertos. Pero ese laberinto vivía. *Muy bien, Jacob. Eso significa que aún está aquí.* Los setos susurraron en cuanto se acercaron a ellos, como si sus ramas perennes quisieran advertir al asesino al que custodiaban. Troisclerq. Esta vez tenía un nombre y un rostro que le era familiar. Todas las noches que habían pasado juntos en alguna estación de diligencias, que habían bebido juntos y que habían intercambiado historias sobre los celos de las hadas y las hijas de los fabricantes, sobre duelos perdidos y ganados, buenas herrerías y malos sastres. *Y te salvó la vida, Jacob.*

Quería matarlo. Nunca había deseado algo tanto.

Una bandada de palomas salió volando de los setos. Jacob las miró con gesto de preocupación. ¿Y si mataba a Zorro tan pronto se percatara de su presencia y de la de Donnersmarck? *Basta ya, Jacob. Sigue viva.*

Se lo repitió una y otra vez. *Sigue viva.* Se volvería loco si se permitía pensar otra cosa.

Estoy seguro de que volveremos a vernos.

Lo mataría.



42

Blanco

Palomas. Las plumas blancas como su miedo. Lo escribían con sus alas en el cielo vespertino.

Zorro apretó las manos contra las ventanas. Susurró el nombre de Jacob, como si su voz pudiera guiarle a través del laberinto del barbazul. La había rescatado una vez de una trampa, pero en aquel entonces ella había sido la víctima. Esta vez era el cebo.

Estaba tan contenta de que Jacob hubiera llegado.

Y deseaba tanto que jamás la hubiera encontrado.

Detrás de ella, entre los platos vacíos, estaba la garrafa, y se llenaba con su miedo.



43

Perdido

Jacob deseó tener un ovillo cuyo hilo no pudiera romperse, o que encontrara por sí solo su camino cuando se lo desenrollaba a lo largo de los senderos cubiertos de guijarros que desaparecían delante de ellos entre los setos. Pero Donnersmarck había buscado en vano en las salas de tesoros una magia tan útil. El ovillo cuyo hilo Jacob anudaba en los setos que había a la entrada del laberinto procedía de una sastrería de Vena, y en sí no tenía nada de mágico, salvo la destreza que suponía hilar su firme hilo, procedente de lana de oveja corriente. Sería su hilo vital. Su única esperanza de no perderse entre los setos.

Jacob hizo deslizar el hilo entre los dedos con cuidado, mientras Donnersmarck y él caminaban entre las oscuras ramas. El asesino había tendido su verde red extensamente. Tras unas curvas tropezaron con un sable oxidado. Hallaron huesos relucientemente roídos, botas podridas, una pistola anticuada. Pronto olvidaron de qué dirección habían llegado, pero su mayor preocupación eran las flores blancas, que crecían en la sombra de los setos. Olvídatedeti. De nada servía pisarlas o arrancarlas. Cuando las flores se marchitaban, el efecto únicamente se intensificaba. Se ataron pañuelos delante de la boca y la nariz y, mientras caminaban, repitieron sus nombres o lugares y cosas que habían vivido juntos. Sus recuerdos, sin embargo, palidecían a cada paso y su única conexión con el mundo, que olvidaron, era un hilo.

Hojas. Ramas. Un hilo que acababa delante de una muralla perenne. Una y otra vez.

Jacob ya había escapado de otros lugares en los que uno mismo se perdía, pero ni siquiera la isla de las hadas había transformado el mundo en una nada como esa. Palpó la cicatriz de su mano, que los dientes de la zorra le habían causado, para que no se perdiera en los brazos del Hada Roja.

No la olvides, Jacob.

Olvídate de ti, pero no de ella.

Y el camino volvía a terminar delante de un seto. Donnersmarck golpeó con una maldición el sable entre las ramas. Izquierda. Derecha. Ni siquiera las palabras parecían tener un significado. Jacob enrolló el hilo para que les guiara a él y a Donnersmarck de vuelta al último cruce del camino.

No la olvides.

¿Cuántas horas llevaban allí vagando? ¿O llevaban días? ¿Había existido alguna vez otra cosa distinta a ese laberinto? Jacob se volvió, y buscó a tientas su pistola cuando vio a un hombre de pie empuñando el sable detrás de él.

El extraño bajó el sable.

—¡Jacob, soy yo!

Donnersmarck. *Repite el nombre, Jacob.* No, solo había una persona a quien no debía olvidar. Zorro. *Sigue viva.* Una y otra vez. *Sigue viva.* Se apoyó contra las hojas perennes. El aroma de las olvídatedeti le llenaba la cabeza de una nada pegajosa.

Siguió tropezando... y se tocó el pecho.

La cuarta mordedura.

No. Ahora no.

El ovillo se le cayó de la mano cuando el dolor lo postró de rodillas. Donnersmarck fue tras el ovillo tambaleándose y, a duras penas, consiguió cogerlo antes de que desapareciera bajo los setos.

El dolor aceleró el corazón de Jacob, pero todo lo que podía pensar era: *Ahora no. ¡Ahora no!* ¡Primero tenía que encontrarla!

—¿Qué te pasa?

Donnersmarck se inclinó sobre él. *Se pasará, Jacob. Siempre se pasa.*

El dolor estaba en todas partes. Le ahogaba la carne.

Donnersmarck se arrodilló junto a él.

—Jamás saldremos de aquí.

Piensa, Jacob. ¿Pero cómo, si el dolor le anesthesiaba el sentido común?

Metió los dedos temblorosos en el bolsillo. ¿Dónde estaba? Encontró la tarjeta en los pliegues del pañuelo de oro. Enseguida se llenó.

¿Necesitas mi ayuda?

Jacob presionó la mano contra el dolorido pecho. Le costó pronunciar la respuesta. Un trato como aquel solo podía acabar mal.

—Sí.

—¿Qué haces? —Donnersmarck miraba incrédulo la tarjeta.
Se volvió a llenar con nuevas palabras.

En cualquier momento. Confío en que este sea el comienzo de una productiva colaboración. ¿Estás preparado para pagar mi precio?

—Lo que quieras.

Más elevado que el precio del hada no podía ser. ¡Siempre que saliera del laberinto!

Te tomaré la palabra.

Tinta de color verde. Casi tan verde como los ojos de Earlking. Gismundo había vendido su alma al diablo. ¿A quién le estaba vendiendo la suya?

El dolor disminuyó, pero Jacob seguía mareado por el aroma de las olvidatedeti y apenas podía recordar su propio nombre.

La tarjeta continuaba vacía.

¡Venga, vamos!

Las letras aparecieron de una forma angustiosamente lenta.

Das veces a la izquierda y una a la derecha.

Das veces a la derecha y una a la izquierda.

Así teje el barbazul.

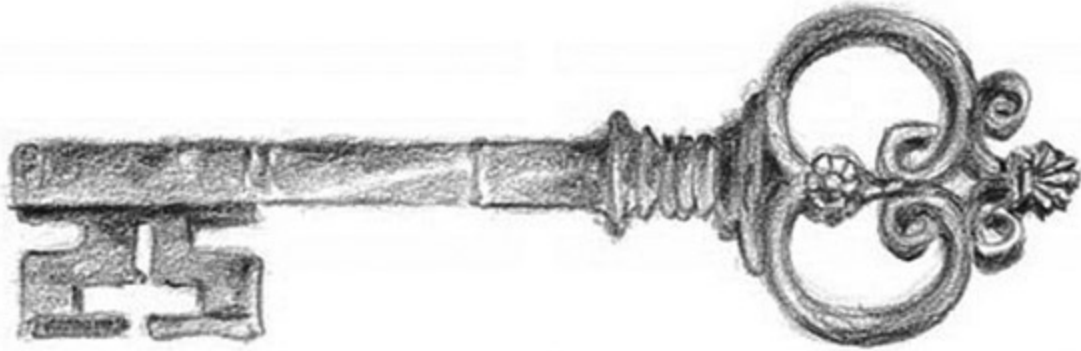
¡En pie, Jacob! Era un patrón. Un simple patrón.

Donnersmarck le siguió tambaleándose. Izquierda y otra vez izquierda. Derecha. Jacob dejó que el hilo volviera a deslizarse entre los dedos. Derecha. Y de nuevo a la derecha. Y una vez a la izquierda.

La luz de una lámpara caía entre los setos. Corrieron hacia ella, convencidos de que desaparecería al siguiente instante. Pero los setos se abrieron y estaban al aire libre.

La casa que tenían delante era vieja. Casi tan vieja como la tenebrosa estirpe de su dueño. El escudo de armas sobre el portal estaba corroído, pero los siglos no habían dañado el esplendor de los grises muros y torres. Las oscuras siluetas se fundían casi con la noche. Junto al portal de la entrada ardía una única lámpara y en dos ventanas de la primera planta había luz.

Detrás de una de ellas estaba Zorro.



44

Barbazul

No. El laberinto de Troisclerq no había podido atrapar a Jacob. Zorro deseó verlo lejos, lejos de allí. Pero estaba tan contenta de verlo. Tan contenta.

Jacob no venía solo. Zorro reconoció a Donnersmarck al mirarlo por segunda vez. Había tomado a su hermana por tonta por haberse dejado atrapar por un barbazul.

El criado de Troisclerq la arrancó de la ventana. Ella le mordió profundamente en la mano cubierta de pelo, aun cuando los dientes humanos eran más romos que los de la zorra, y se soltó. La garrafa estaba ya llena por la mitad, pero Zorro la volcó antes de que el criado pudiera impedirselo. Él la agarró del cabello y la zarandeó de una forma tan brusca que la dejó sin respiración. No importaba. Su miedo fluía de color blanco por la mesa. Jacob estaba allí y los dos seguían vivos.

—Es tan bueno, pues, como dicen. No es que lo hubiera dudado.

Troisclerq estaba en la puerta. Se acercó a la mesa y recogió las gotas que caían del tablero en la cavidad de su mano.

No parecía angustiado porque Jacob hubiera escapado de su laberinto.

—¡No puedes matarlo!

¿Qué creía? ¿Que las palabras devendrían realidad si simplemente las pronunciaba lo suficientemente alto? Zorro sintió cómo el miedo regresaba.

Troisclerq acarició la blanca humedad de su mano.

—Ya veremos —dijo haciéndole una seña al criado—. Llévala con las demás.

Zorro gritó el nombre de Jacob mientras el criado tiraba de ella a través del pasillo. ¿Para qué? ¿Para advertirle?, ¿para llamarle?, ¿para envolverse en su nombre como en el pelaje que el barbazul le había robado? ¡No lo llames, Zorro!

El criado se detuvo.

Llévala con las demás.

La puerta no se diferenciaba del resto, pero Zorro olía la muerte detrás de ella de una forma tan clara como si, a través de la oscura madera, se filtrara sangre.

—Has olvidado algo.

Troisclerq estaba detrás de ellos. Levantó el manojito de llaves que había dejado junto a su plato. Quizá quería ver cómo le temblaban las manos al meter la llave dorada en la cerradura.

Jacob no había permitido que pisara la casa del barbazul que había matado a la hermana de Donnersmarck. Zorro se había echado a reír. La zorra había matado demasiadas veces como para tratar a la muerte con temor, pero la imagen que le aguardaba detrás de la puerta, no obstante, la llenó de espanto.

Ese cazador no dejaba escapar a sus presas.

Nueve mujeres. Estaban allí colgadas como horripilantes marionetas, sujetas por cadenas de oro, muertas por el propio miedo. Sus miradas estaban vacías, pero el espanto se había grabado para siempre en sus pálidos rostros. Su asesino las guardaba en su Cuarto Rojo como joyas en un cofre. Tiesos despojos del placer que le habían proporcionado, de la vida que le habían brindado, y del amor que las había atraído hasta él.

El criado sujetó el cuello y las muñecas de Zorro con las cadenas de oro, como si quisiera adornarla una última vez para Troisclerq. En su espeluznante casa de muñecas no quedaba mucho espacio. Su codo rozó el brazo de la muerta que colgaba junto a ella. Tan fría y aún tan hermosa.

—No me dejan ir —dijo Troisclerq dejando la garrafa vacía en la mesa que había delante de una de las ventanas con cortinas—. Forman parte de mí, quizá por eso las maté... Para librarme de ellas. Pero permanecen, silenciosas e inmóviles, y me hacen recordar. Sus voces. El calor que su piel tuvo una vez...

Las lámparas de gas que iluminaban la cámara proyectaban las sombras de las muertas en la pared roja. Zorro vio la suya entre las de ellas. Ya pertenecía a ellas.

Troisclerq se acercó.

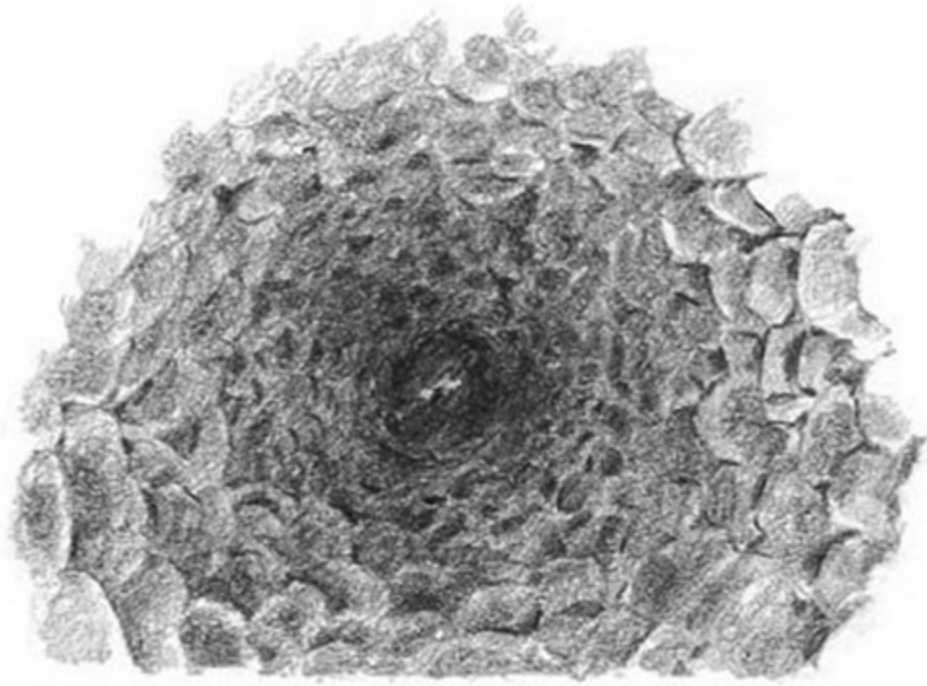
—¿Aún sigues temiendo más su muerte que la tuya propia?

—No —respondió Zorro. Le daba igual que supiera que se trataba de una mentira—. Te matará. Por mí. Y por todas las demás.

—Muchos ya lo han intentado —dijo Troisclerq haciéndole una seña al criado—. Tráemelo —dijo—. Pero solo a él.

Después, apoyó la espalda contra la pared tapizada de seda, que teñía la cámara como el sangriento interior de un animal, y aguardó.

Y Zorro vio cómo su miedo fluía en la garrafa.



45

Los salvadores equivocados

A un pozo. Los habían arrojado a un maldito pozo.

¿Por qué? Todo lo que había hecho era repetir la incomprensible palabrería de Louis en unas tiendas que había en la plaza del mercado. Blanca como la leche. Negro como un pedazo de noche engarzado en oro.

¿Y qué, Nerron? ¿No había sido suficiente advertencia la forma hostil en que el orondo carnicero te había mirado?

Se agarró fuertemente al resbaladizo muro. Eaumbre nadaba bajo el agua salobre. El hombre de las aguas lo miraba desde abajo de forma tan sombría como si hubiera sido su culpa que hubieran acabado así. Probablemente sobreviviría con su escamosa piel durante años allí abajo.

• • •

¡Ni hablar del mejor, ni hablar de la eterna gloria del cazador de tesoros! ¡Un pozo, Nerron! Los ciudadanos de Champlitte los empleaban probablemente solo para librarse de los visitantes inoportunos. Agua corriente, lámparas de gas... No importaba de dónde procediera el bienestar, no les gustaban los extraños y menos aún aquellos que tenían piel de piedra.

Nerron oprimió la frente contra el húmedo muro. *No mires abajo.*

Agua. El temor de los goyl.

Había intentado levantar la plancha de hierro que habían colocado sobre el agujero del pozo, pero, después de haber aterrizado directamente junto al hombre de las aguas, no lo había vuelto a intentar. Su ropa seguía estando húmeda y tan viscosa como la carne de un caracol.

Su único consuelo era que Reckless tampoco encontraría ya la ballesta. Quizá un día uno de esos investigadores que volteaban cada piedra antigua pescaría sus despojos bien conservados del pozo y se preguntaría por qué había llevado consigo una cabeza dorada y una mano amputada.

Nerron dio un fuerte suspiro —sus garras le dolían entretanto como si alguien se las estuviera arrancando— y se apoyó contra el frío muro cuando oyó voces encima de él. ¿Regresaban porque habían decidido mejor quemarle vivo, como les había gustado hacer antes en Austrien con los de su especie?

La plancha de hierro se levantó. Los habían tirado al pozo por la tarde, pero el pedazo de cielo, que se hizo visible era más oscuro que la piel de Nerron. Cerró los dorados ojos cuando la luz de una lámpara cayó sobre él.

—¡Vaya imagen! —retumbó una voz gangosa en el pozo.

Arsene Lelou lo miraba tan satisfecho desde lo alto como un niño a un insecto atrapado. Nerron no habría creído nunca que la visión del escarabajo lo alegraría tanto alguna vez.

Sus doloridos dedos apenas podían sujetar la cuerda que Lelou lanzó sobre la rueda del pozo. Alguien tiró de él de forma tan brusca por encima del muro que le levantó la piel de piedra. Nerron había visto el tosco rostro en la casa del primo de Louis. Uno de los pinches de cocina. Barbilampiño. Él mismo se llamaba así. Arrojó a Nerron al suelo, como si no hubiera deseado otra cosa en toda su miserable vida que tener a un goyl entre sus fuertes dedos.

—¡Hazle daño, pero no lo mates! —Lelou le golpeó con la punta de la bota en el costado. Olía a cera de zapato. El escarabajo pasaba horas puliendo las botas de botones—. ¿Qué pensabais? —siseó—. ¿Que iba a devolverle al encorvado su hijo como Blancanieves y dejarme ejecutar en vuestro lugar? ¡Ni hablar! ¡Polvo de elfos! ¡Tendréis que esforzaros un poco más si queréis tomar a Arsene Lelou por un estúpido!

Al escarabajo le gustaba hablar en tercera persona de sí mismo.

—¡Quitadle la mochila! —ordenó.

El pinche le oprimió a Nerron la bota con tal fuerza en los riñones que creyó oír romperse su espina dorsal.

—Espero que aún tengas la cabeza y la mano —susurró Lelou—, de lo contrario te volveré a tirar al pozo de inmediato. Encontraremos la ballesta juntos; y si vuelves a intentar largarte, telegrafiaré al encorvado lo que has hecho con su hijo.

Barbilampiño arrastró a Nerron de los pies. Tenían espectadores. Medio Champlitte estaba alrededor del pozo a pesar de las altas horas. El carnicero no era el único que miraba visiblemente decepcionado porque el rostro de piedra seguía con vida. Probablemente era el primer goyl que habían llegado a ver vivo. ¡Olvidaos de Albión!, quiso gritarle a Kami'en. Ocupad de una vez Lothringen. Nerron quería verlos a todos muertos... a los honrados ciudadanos de Champlitte que se habían divertido ahogándole como a un gato.

Lelou le puso una pistola en el costado.

—Venga, vamos. ¡Saca al hombre de las aguas también! —le ordenó al pinche.

¿Cómo, por todos los diablos y sus cabellos de oro, los había encontrado Lelou?

La respuesta aguardaba delante de la tienda del fervoroso carnicero. El oro que decoraba el carruaje del primo de Louis no solo habría alimentado al carnicero sino a todo Champlitte durante un año. En el banco estaba sentado el hombre de los perros, que adiestraba a la jauría del primo del príncipe. Ya había seguido a Nerron en Vena con una mirada tan penetrante como si le hubiera encantado azuzar a los perros contra un goyl, por variar. Había traído dos. Perros de presa. Estaban sentados junto a él en el pescante y enseñaron los dientes apenas vieron a Nerron. Maldición. ¡Y ni siquiera se había esforzado en borrar sus huellas! Había subestimado al escarabajo.

—¡Sube!

Lelou lo empujó hacia el carruaje.

Louis yacía con la boca abierta sobre uno de los bancos tapizados en oro y emitía un ronquido gruñón. Lelou le sacudió los hombros.

—¡Despertad, mi príncipe! ¡Lo hemos encontrado!

¿Despertar? No creo.

Pero efectivamente Louis abrió los ojos. Estaban hinchados e inyectados en sangre, pero el principillo estaba despierto.

Lelou lanzó una mirada triunfadora a Nerron.

—Desove de sapo —dijo sacando los labios en punta, como si fuera a silbar, y esbozando seguidamente una sonrisa de autosatisfacción—. Dos tratados del siglo xvii lo designan de forma unánime como antídoto contra la manzana de Blancanieves.

Nerron no había oído nunca hablar de ello, pero el desove parecía actuar, aun cuando Louis mirara de forma aún más simplona que de costumbre.

—¿Cómo han encontrado los perros nuestro rastro tan rápidamente?

Lelou lo examinó con compasivo desdén. *Tu miserable actuación en el pozo ha frustrado el efecto de los Tres Recuerdos para siempre, Nerron.*

—No necesitamos a los perros. Louis no ha pronunciado en días otra palabra que «Champlitte».

Sí, las manzanas de Blancanieves podían surtir ese efecto. La mayoría de las víctimas balbucían, si llegaban a despertar, únicamente las palabras que habían pronunciado como oráculo durante años.

Louis comenzó de nuevo a roncar.

Lelou frunció el ceño.

—Creo que tenemos que aumentar la dosis —le dijo al hombre de los perros—. Está bien. Eso responde a la pregunta de si necesitamos aún al hombre de las aguas. Estoy convencido de que está sumamente cualificado para conseguir desove de sapo.

Miró a Eaumbre, a quien el barbilampiño ayudaba en ese momento a salir del pozo. Los ciudadanos de Champlitte retrocedieron cuando pasó junto a ellos empujando al hombre de las aguas, completamente empapado, a través de la plaza del mercado.

—Bueno, goyl —dijo Lelou mirando a Nerron—. Antes de decidir si sobras... ¿dónde está el corazón?

—Enseñadle a los perros la bolsa con la cabeza —dijo Nerron.
Si tenían suerte, seguiría oliendo lo bastante a Reckless.



46

Tráemelo

La ventana en la que Zorro había estado, estaba oscura cuando alcanzaron la casa. Jacob se obligó a no pensar lo que aquello significaba. Donnersmarck subió de un salto los escalones, como si las prisas pudieran devolverle una hermana. La pesada puerta se abrió con el impulso tan pronto apoyó los hombros contra ella. Jacob no necesitaba explicarle que una puerta abierta en aquella casa era algo que había que saborear con precaución. Los dos sacaron el sable. Contra un barbazul, las pistolas servían de tan poco como contra el sastre del Bosque Negro.

El vestíbulo al que entraron olía de forma aún más intensa a olvidatedeti que los interminables caminos del laberinto. Jacob sacó los ramos de los jarrones que había junto a la puerta, y Donnersmarck abrió de un empujón los ventanales para que entrara el aire de la noche.

Desde el vestíbulo se bifurcaban más pasillos y una ancha escalera subía a la primera planta. ¿Y ahora? ¿Debían separarse?

Pudieron evitar la decisión. De uno de los pasillos llegaba un criado. A juzgar por las peludas manos no había sido siempre una persona.

Jacob sacó la pistola. Si no servía de nada contra su señor, quizá surtiera efecto al menos con él.

—¿Dónde está?

No hubo respuesta. Los ojos que lo miraban eran oscuros, sin fisuras, como los de un animal.

Donnersmarck agarró al criado por el rígido cuello y le puso la punta del sable debajo de la barbilla.

—Eres hombre muerto si ella lo está, ¿me oyes? ¿Dónde está?

Todo sucedió demasiado deprisa.

La cornamenta de ciervo que le creció de las sienes al criado rajó el cuerpo de Donnersmarck antes de que pudiera defenderse con el sable. Jacob disparó, pero las balas no sirvieron de nada, y su sable paraba al ciervo humano con la misma inocencia que el palo de un niño. Cervatos que adoptaban la forma de un hombre cuando se les mezclaba cabello humano en la paja... Jacob había leído sobre ellos. Se decía que se entregaban ciegamente a sus dueños.

El hombre ciervo se limpió la sangre de Donnersmarck de la frente y señaló de forma amenazante el pasillo por el que había venido, pero Jacob lo ignoró. Se arrodilló junto a Donnersmarck y metió la mano en el pequeño bolso de su cinturón. Sí, seguía llevando consigo la aguja de bruja. Jacob se la clavó en la mano sangrienta. La aguja no podía curar una herida tan grave, pero al menos la cerraría. El hombre ciervo emitió un bufido impaciente. Solo su cabeza se había transformado. La sangre le chorreaba de la cornamenta al frac negro.

—¡Vete, Jacob! —la voz de Donnersmarck era un áspero estertor, pero quizá la aguja lo mantendría con vida el tiempo suficiente. *¿El tiempo suficiente para qué, Jacob?* Se levantó.

El criado señaló el pasillo por el que había venido. «¡Maldición, Jacob!», creyó oír blasfemar a Chanute. «¿Qué te he enseñado sobre los barbazules? ¿Cómo es posible que creyeráis en serio que podíais entrar en su casa y robarle su presa?».

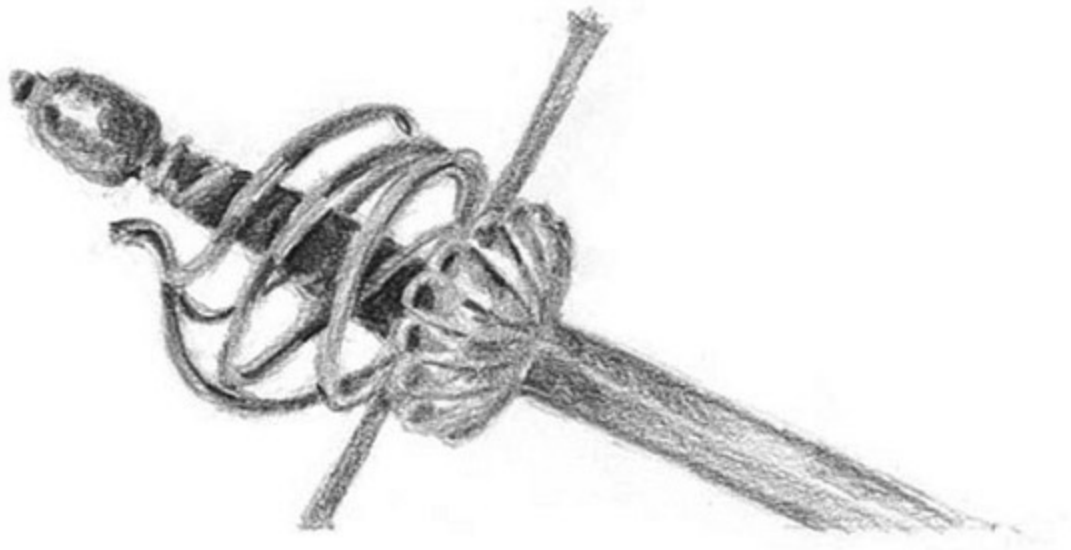
Puertas. Y, en cada una, Jacob pensaba que quizá Zorro yacía muerta detrás. Pero el criado ciervo profería un amenazador bufido cada vez que se detenía.

La puerta a la que lo condujo estaba abierta.

Jacob vio las paredes de color rojo cuando aún estaba a varios pasos de distancia.

Y las muertas colgadas de las cadenas de oro.

Y, entre ellas, Zorro.



47

Vida y muerte

Por un instante, Zorro temió que la sangre que había en la camisa de Jacob fuera la suya, pero seguidamente vio la sangrienta cornamenta del criado y que había venido sin Donnersmarck.

Jacob solo le lanzó una rápida mirada. Sabía que los dos estaban perdidos si la preocupación por ella le distraía del asesino, que le aguardaba entre las muertas. Jacob estaba desarmado. Las lágrimas que Zorro tenía en los ojos desdibujaban su rostro. Lágrimas por su propio desamparo. Lágrimas de miedo por él. Casi esperaba que le corrieran tan blancas por la cara como la sangre del corazón que llenaba la garrafa de Troisclerq.

El barbazul se separó de la pared de color rojo sangre. Perdido en su casa de la muerte. Por un instante recordó su nombre: Guy. Se acercó a Zorro y acarició su mejilla, como queriendo sentir sus lágrimas en las yemas de los dedos.

—Puedes irte —le dijo al criado, que seguía en la puerta con la cornamenta llena de sangre.

El hombre ciervo lo miró sin comprender.

—¡He dicho que puedes irte! —la voz de Troisclerq sonaba tan impasible como si el tiempo le perteneciera. Y le pertenecía. Las muertas a su alrededor lo habían comprado para él.

El criado inclinó la cornuda cabeza. Después retrocedió vacilando y desapareció en el oscuro pasillo.

Estaban solos. Con las muertas y su asesino.

Zorro recordó las horas que Jacob había pasado sentado junto a Troisclerq en la diligencia, confiado, como si fueran amigos desde hacía años. Descubrió que seguía habiendo un rastro de esa amistad en el rostro de Jacob. Le gustaba Troisclerq y detestaba su corazón por ello.

—En ochenta años, nadie ha sido capaz de atravesar el laberinto, pero sabía que no me defraudarías. El último fue un oficial de la policía de Champlitte. He conservado su arma en recuerdo —dijo Troisclerq señalando una espada que colgaba de la pared detrás de las muertas—. Sírvete tú mismo. Estoy seguro de que no le importaría. Sé que prefieres el sable, pero, como esta es mi casa, seguro que no tendrás inconveniente en que yo elija el arma.

Jacob se dirigió a la espada. Seguía evitando mirar a Zorro. *Sí, olvídame*, quiso susurrarle Zorro, *olvídame o te matará, Jacob*. Veía fluir su miedo en la garrafa.

Troisclerq también lo veía.

—¿Solo nueve? —Jacob miró a las muertas—. Estoy seguro de que has matado a muchas más, ¿no es cierto?

Cogió la espada de la pared.

—Sí. Aquí solo traigo a las más hermosas —dijo Troisclerq, apartándose el negro cabello de la frente—. Maté a las primeras durante la guerra con los gigantes. Hace tiempo. Mucho tiempo.

—No recuerdas sus nombres, ¿verdad? —preguntó Jacob señalando con la hoja ajena una muerta que tenía prendido un broche con una estrella de rubí en el vestido—. Su nombre es Marie Pasquet. Era la nieta de un famoso orfebre. Le prometí a su abuelo matarte si te encontraba.

—Y sueles mantener tus promesas, lo sé. —Troisclerq sonrió—. Ya sabía que acabaríamos aquí cuando te libré de los zarcillos. La desventaja de una larga vida. Tras solo cien años, los demás se vuelven transparentes como el cristal. Cualquier virtud, cualquier vicio, cualquier debilidad... no son más que infinitas repeticiones. Cada anhelo mil veces vivido, cada ilusión más de cien veces perdida, todas las esperanzas, algo infantil; toda inocencia, una broma...

Levantó la espada.

—Lo único que queda es la muerte. Y la búsqueda del golpe perfecto. La forma más completa que la muerte puede tener.

Le atacó tan de repente que Jacob tropezó contra las muertas para evitar la espada. Miedo. ¿Cuánto se podía sentir? Las muertas, que miraban a los luchadores con miradas vacías, sabían la respuesta. Zorro moría a cada tropiezo y a cada corte que la espada de Troisclerq le infería a Jacob. Jugaba con él. Se lo hacía ver a Zorro. Descubría sus puntos flacos para que Jacob se tropezara en su hoja, lo dibujaba línea a línea con su propia sangre sobre la piel, como queriendo esbozar la muerte antes de que ella lo pintara en colores rojos. Y la garrafa se llenaba de miedo blanco y de una nueva vida para el barbazul.

Zorro había visto luchar a Jacob a menudo, pero nunca contra un adversario como aquel. Solo lentamente comprendió que era igual que Troisclerq... y que quería matarlo. Zorro no había visto nunca de forma tan genuina ese deseo en el rostro de Jacob.

Las espadas se enredaron en los vestidos de seda, atravesaron las cadenas y la carne muerta. Los dos hombres respiraban con dificultad. Sus jadeos y el silencio de las muertas... Zorro estaba segura de que los oiría hasta el final de su vida. Si es que aún tenía una vida. Intentó liberarse de forma tan desesperada que la sangre le corrió por el brazo, y gritó cuando la espada de Troisclerq

casi alcanza el cuello de Jacob. Tanto miedo. Cerró los ojos para no ahogarse, pero el siguiente grito no provino de Jacob.

Troisclerq se presionaba la mano en la corva cortada.

—Eso ha sido sucio —le oyó Zorro jadear—. ¿Dónde has aprendido eso?

—En otro mundo —respondió Jacob.

Troisclerq arremetió contra su pecho, pero Jacob pasó la hoja por la otra rodilla, y cuando Troisclerq se desplomó, Jacob le clavó la espada tan profundamente entre las costillas que el puño de oro amortiguó primero el golpe. Troisclerq escupió su propia sangre sobre el pecho y se retorció en el suelo. Jacob se arrodilló junto a él y le sacó la llave de barbazul del bolsillo.

Ya pasó, Zorro.

Troisclerq estiró la mano manchada de sangre y agarró el brazo de Jacob.

—Nos veremos —susurró.

Su mano no lo soltó cuando su mirada se vació como la de sus víctimas. Jacob desprendió los rígidos dedos de su brazo. Después se levantó tambaleándose y dejó caer la espada. La sangre que había pegada a la espada era de color negro.

Sus manos temblaban cuando, con la llave de barbazul, abrió las cadenas que sujetaban el cuello y los brazos de Zorro. Después le puso la garrafa en la boca.

—¡Bebe! —susurró—. Olvídalo y bebe. Bebe tanto como puedas. Todo irá bien.



48

Demasiado tarde

La casa de un barbazul. Naturalmente. El balbuceo de Louis tenía ahora, al menos, algo de sentido. *Blanca como la leche*. ¿No había estado lo suficientemente claro? Nerron maldijo su propia terquedad cuando vio los setos marchitos y el ciervo, que estaba perdido delante de la casa apagada. Huyó saltando antes de que los perros de presa lo atraparan.

El barbazul yacía en su Cuarto Rojo, rodeado de nueve mujeres. Yacían junto a su asesino como si durmieran. Lelou vomitó fuera, en el pasillo. El escarabajo tenía un estómago delicado cuando se encontraba con la muerte. Pero incluso Eaumbre miró con turbación la hilera de hermosos cadáveres antes de ir en busca de las salas con los tesoros del barbazul. En cualquier caso, los hombres de las aguas dejaban vivir a las jóvenes que secuestraban... aunque algunas de sus víctimas hubieran preferido la muerte a un cautiverio en un charco de por vida.

Negro como un pedazo de noche engarzado en oro. Eres idiota, Nerron. Louis le había dicho todo lo que había querido saber. Dondequiera que el corazón se hubiera ocultado en aquel sombrío lugar, Nerron habría apostado la cabeza y la mano a que Reckless lo había encontrado. Y también estaba seguro de que la sangre que había abajo, en el vestíbulo, no procedía de su competidor.

En el patio encontraron huellas borradas, pero no era fácil hacerse invisible cuando se transportaba a un herido. Y uno iba más lento.

Los alcanzarían pronto.



49

Dos vasos

La casa que Zorro encontró apenas a dos kilómetros de Champlitte, en un oscuro bosque de abetos, no olía a canela ni a azúcar fundida. En los muros tampoco había pegadas galletas de especias, pero no hacía falta un pelaje para olfatear la magia negra que la envolvía como un hedor. Jacob habría preferido una bruja como Alma, pero Donnersmarck estaba casi muerto y las devoraniños podían sanar las heridas más terribles. Únicamente era mejor no preguntar por los ingredientes de su medicina.

La mujer que le abrió la puerta a Jacob era muy joven y muy hermosa. La mayoría de las oscuras brujas se mostraban de esa forma, aun cuando tuvieran cientos de años. Tumbaron a Donnersmarck en la mesa de la cocina para que pudiera examinar sus heridas. Las uñas de sus dedos eran tan largas y afiladas que Jacob agradeció la pérdida de conocimiento de su amigo. Donnersmarck pagaba un elevado precio por haberles ayudado y a Jacob no solo le preocupaban las heridas que el criado ciervo le había causado. La bruja confirmó sus temores. Cuando Jacob le describió al agresor, ella sacudió la cabeza con una malvada sonrisa.

—Puedo salvar su vida —dijo—, pero no puedo evitar que quizá un día le salga una cornamenta. Podéis quedaros en mi establo. Necesitaré al menos cuatro días y su vida te costará dos vasos de sangre. ¡Cuidado! —atajó la bruja a Zorro cuando quiso protestar—. De lo contrario exigiré, además, el vestido que el jamelgo del diablo que hay fuera lleva en las alforjas. Seguro

que te da un lindo pelaje.

La bruja realizó un corte en el brazo de Jacob con tanta habilidad que los vasos se llenaron enseguida. Después les indicó que salieran de la casa. Ninguna oscura bruja soportaba testigos mientras trabajaba. Jacob tuvo que apoyarse en Zorro cuando se dirigieron al establo. Había cabido mucha sangre en los vasos. Encadenaron a los jamelgos del diablo a los árboles, pero Zorro se llevó las alforjas consigo. Jacob había encontrado el pelaje en la habitación del criado y eso era lo único que le había borrado definitivamente el miedo de la cara.

Pescó unos fuegos fatuos antes de vendarle el brazo en el oscuro establo. Era un cobertizo sórdido y, con seguridad, no el lugar adonde le habría gustado llevarla después de la cámara del barbazul, pero el bosque al aire libre no era mejor. *Necesitaré unos días*. A Jacob le habría gustado, en realidad, regresar lo antes posible a Vena e ir en busca del bastardo. A la polilla de su pecho solo le faltaban dos manchas y el corazón no le servía de nada en tanto el goyl tuviera la mano y la cabeza, pero, en agradecimiento por su ayuda, no podían dejar a Donnersmarck solo con la devoraniños. La aguja de bruja había evitado que se hubiera desangrado en la misma casa del barbazul, pero mucha vida no quedaba en él. Jacob no le contó a Zorro nada de la cuarta mordedura en el laberinto del barbazul. Estaba tan aliviado de volver a tenerla a su lado, sana y salva, que la polilla no parecía más que un fantasma, y la muerte, algo que los dos habían dejado atrás en el Cuarto Rojo de Troisclerq.

Zorro estaba tan exhausta que se durmió antes de que Jacob pudiera explicarle por qué le había quitado el collar a una de las chicas muertas del cuello. Posiblemente ni siquiera se había percatado de ello. Había estado tan preocupada porque Troisclerq hubiera podido destruir su pelaje.

Jacob se tendió junto a ella en la sucia paja, pero no podía dormir. Se limitó a escuchar su respiración. En algún momento, una de las serpientes coronadas que solo existían en Lothringen se deslizó en el interior del establo. La flor de lirio negra que llevaba en la cabeza valía cien táleros de oro, pero Jacob ni siquiera la siguió con la mirada. No quería pensar en tesoros, tampoco en la ballesta o en que quizá pronto moriría. Zorro dormía profundamente. Su rostro estaba tan relajado que parecía haber dejado todo el temor en la casa del barbazul. Llevaba de nuevo puesta la ropa de hombre con la que había viajado a Albión. La ropa del barbazul la había dejado junto a sus hermanas muertas. Jacob no podía apartar la mirada de su rostro dormido. Ahuyentaba por fin las imágenes que le habían atormentado desde Vena. Parecía un milagro que estuviera sana y salva, un encantamiento que pasaría. Ninguna isla de hadas, ningún agua de alondras, solo una cama de paja sucia y el compás de su respiración, pero nada le había sabido nunca mejor.

Jacob había buscado durante años, para la emperatriz, uno de los relojes de arena que detienen el tiempo, aun cuando ni siquiera él había podido comprender por qué se contaba entre los tesoros más solicitados que se podían encontrar tras el espejo. No recordaba ningún momento que hubiera querido detener para siempre. El siguiente prometía ser aún mejor. Incluso el día más hermoso sabía insípido unas horas más tarde. Pero allí estaba, en el establo de una devoraniños, con un corte en el brazo y la muerte en el pecho, deseando un reloj de arena. Espantó a un fuego fatuo que se había sentado sobre la frente de Zorro —los fuegos fatuos traían a menudo malos sueños—, y le apartó el cabello del rostro dormido.

El roce la despertó. Extendió la mano y acarició el corte que la espada de Troisclerq había dejado en su mejilla izquierda.

—Lo siento mucho —susurró.

Como si fuera su culpa que él hubiera estado tan ciego y no la hubiera protegido de Troisclerq. Jacob le puso los dedos sobre los labios y negó con la cabeza. No sabía cómo debía disculparse por todo el miedo y el espanto que no olvidaría jamás. No era ningún consuelo que los dos hubieran sido las presas de Troisclerq, que hubieran sido abastecedores de una muerte que, después de todas las vidas robadas, quizá Troisclerq incluso había anhelado. ¿Se podía escapar de la muerte tanto tiempo? ¿Había demasiada vida? Esa noche era difícil de creer.

—Has oído a la bruja —dijo él en voz baja—: estaremos aquí unos días. ¡Así que duerme! No es el mejor lugar, pero cualquiera es mejor que del que venimos, ¿no es cierto?

Zorro no respondió. Su mirada vagó hacia su pecho, donde la polilla se ocultaba bajo su camisa. Jacob sacó de la mochila el collar que le había quitado del cuello a la nieta de Ramee. Zorro tocó el corazón negro con cara de incrédula.

—Dos tesoros de una vez —le susurró Jacob—. Algún día te contaré toda la historia. Pero ahora descansa.

Estaba tan pálida. Le parecía que casi podía mirar debajo de su piel.

Fuera, uno de los jamelgos relinchó.

Zorro se incorporó.

De nuevo reinaba el silencio, pero no se trataba de un silencio bueno.

Ella fue más rápida en llegar a la puerta del establo que él. Los ojos de Jacob no podían ver nada sospechoso entre los oscuros abetos, pero Zorro cogió las alforjas en las que guardaba su pelaje.

—Hay alguien ahí.

—Déjame mirar.

Ella se limitó a negar con la cabeza. Jacob observó los árboles mientras ella acariciaba el pelaje. Los jamelgos seguían inquietos. Quizá olfateaban a la bruja.

No, Jacob.

Era una noche sin luna y casi no advirtió cómo la zorra salía deslizándose deprisa. La ventana de la bruja seguía iluminada y en algún lugar ladraba un perro.

¿Por qué has dejado que se marchara, Jacob? ¡Estaba demasiado débil! Jacob seguía viendo la garrafa delante de él, rebosante de su miedo. De nuevo volvió a ladrar un perro. Su mano se acercó a la pistola. Estaba a punto de seguirla cuando el pelaje de la zorra le rozó la pierna.

—Están allí, entre los árboles. El bastardo y otros cinco —dijo ella apartándolo de la puerta del establo. Jacob creía sentir aún el pelaje en sus manos—. Al hombre de las aguas se le huele a kilómetros. Y tienen dos perros de presa.

Maldición. ¿Cómo había llegado el goyl hasta allí? Parecía que no fuera a poder quitárselo de encima nunca, como si se tratara de su propia sombra. Jacob se pasó la mano sobre el brazo vendado. Era el izquierdo... el brazo del corazón, como las brujas lo llamaban. Por desgracia también era el brazo con el que mejor disparaba y luchaba. Por no hablar de la sangre que le faltaba, y la lucha con Troisclerq seguía notándola en las extremidades. El bastardo le quitaría el

corazón más fácilmente que un niño.

—Quizá la bruja nos ayude —susurró Zorro.

—Seguro. Pero no puedo prescindir de otros dos vasos de sangre. ¿Y has olvidado al hombre de las aguas?

Cualquier hechizo de bruja era tan eficaz en ellos como una mecha en un charco.

—Puedo intentar que me sigan.

—No.

Lo conocía demasiado bien para saber que ese «no» era definitivo.

Jacob miró a los jamelgos. Incluso si lograban escapar de ellos... ¿qué pasaría con Donnersmarck?

Maldición. Muy poco tiempo en el lugar equivocado.

Sacó el corazón negro del bolso. Zorro retrocedió cuando le colgó el collar del cuello. Jacob había envuelto la piedra con unos jirones de tela para que no entrara en contacto con ella.

—¡Quítate el collar cuando duermas y ten cuidado de que la piedra nunca esté sobre tu corazón! —le susurró—. La tela solo protege tu piel. Intentaré darte al menos una hora de ventaja.

—¡No! —exclamó Zorro, intentando quitarse el collar, pero Jacob le agarró las manos.

—No me pasará nada. ¡Me dejaré atrapar antes de que la situación se vuelva crítica!

—¿Y después? ¡El goyl ya te ha intentado matar una vez!

—¡No si soy su única oportunidad de obtener el corazón! Tú solo debes evitar que te capturemos. Ve a ver a Valiant. Deja que el enano negocie con él. Existe una atalaya abandonada en la Ciudad Muerta, le diré al goyl que nos esperas allí...

Ella apoyó la frente contra su hombro.

—¡Todo irá bien! —le susurró Jacob.

—¿Cuándo? —le preguntó ella susurrando—. Deja que lo intentemos los dos juntos. ¡Por favor! ¡Antes de que nos disparen, estaremos montados a los caballos!

—¿Y Donnersmarck?

Jacob le quitó un fuego fatuo del cabello. Un reloj de arena. En algún momento encontraría uno. Pero ese instante estaba perdido.

—Sal por la parte de atrás —dijo sacando la pistola—. La pared del establo está tan podrida allí que seguramente encontrarás una hendidura.

Zorro se dio la vuelta, pero Jacob tiró una vez más de ella. La rodeó con sus brazos y enterró su rostro en el cabello de Zorro. El latido de su corazón era como el suyo propio.

Fuera, algo se movió entre los árboles.

—¡Corre! —susurró Jacob.

Un pelaje rojo, donde poco antes aún había habido una pálida piel.

Zorro se había marchado antes de que Jacob volviera a girarse.



50

Un trato

Sí, la zorra los había descubierto. Pero el establo donde había desaparecido no tenía más que una puerta, y el propio Louis tropezaría con lo que saliera de ella. Bostezaba casi tan a menudo como respiraba, pero sus ojos volvían a ver con bastante claridad y no era un mal tirador.

—¿Los suelto? —el hombre de los perros apenas podía ya sujetar a sus jadeantes protegidos.

—No, aún no.

La idea de que despedazaran a la zorra provocaba náuseas a Nerron. Faltaba poco para que vomitara en cada ocasión como Lelou.

Hablando del demonio del averno...

—¿Estás seguro de que está ahí dentro? —el escarabajo miraba tan intensamente hacia el establo como si quisiera ver un agujero en las paredes podridas. Estaba muy orgulloso de la pistola, que llevaba últimamente en el cinturón.

—Sí. Está justo detrás de la puerta.

Reckless pensaba que la oscuridad lo ocultaba, pero olvidaba que se trataba de un goyl.

—Será mejor que le dispare en la cabeza —dijo Louis apuntando con la escopeta—. ¿O lo necesitamos con vida?

La pasión cazadora de su estirpe. La excitación le hacía olvidar hasta los bostezos. Seguían creyendo la historia del espía albión.

—No. Dispárale tranquilamente —respondió Nerron.

A fin de cuentas, no deseaba que Louis lo tomara por más blando que él mismo. Reckless no sería lo suficientemente estúpido como para correr delante de la escopeta. Nerron estaba convencido de que tenía el corazón. Había vuelto a ser más rápido. *Dos a uno a su favor, Nerron.*

Lelou se relamía nervioso los labios. La pistola del cinturón no lo convertía en guerrero. Eaumbre estaba con Barbilampiño delante de la casa de la bruja. Tras los acontecimientos de Vena, Louis era aún más brusco con el hombre de las aguas, pero Eaumbre aceptaba cada ofensa con gesto estoico y, por lo demás, actuaba como si no hubiera renunciado nunca al oficio de guardaespaldas.

A la señal de Nerron, tiró de una patada la puerta de la bruja. Sí, podía ser de ayuda, aunque nunca se estaba seguro de qué lado estaba. Probablemente del propio. La devoraniños pasó revoloteando junto a él y se posó graznando sobre su propio tejado. Sentían predilección por transformarse en urracas. Las brujas blancas preferían las golondrinas. Reckless lo había observado todo, pero detrás de la puerta del establo no se movía nada.

—Una cosa es segura —susurró Louis—: cuando encontremos esa ballesta, seré el primero en disparar.

—¿Ah, sí? ¿Y a quién?

Louis lanzó a Nerron una mirada fría.

—A un goyl, naturalmente. Y con el segundo disparo borraré la armada de Albión.

Eaumbre se detuvo delante de Nerron.

—Solo un herido. Está durmiendo algún sueño de brujas. ¿Quieres que lo traiga para que el otro salga del establo?

—No. Haré que salga.

Nerron sacó el revólver y comprobó la munición. Era hora de divertirse un poco.

Eaumbre se acercó a su lado sin decir palabra. El pozo no parecía haberle quitado las ganas de cazar tesoros.

—Yo también iré —dijo Louis reprimiendo un bostezo.

¡Al diablo con Lelou y su desove de sapo! Por suerte no había que explicarle al escarabajo que un príncipe muerto también significaba un Arsene Lelou muerto.

—¡Dejad que el goyl lo haga, mi príncipe! —susurró—. ¿Quién disparará, si no, al espía en el caso de que se les escape a él y al hombre de las aguas?

Louis volvió a bostezar.

—Está bien —dijo apuntando con la escopeta a la puerta del establo—. ¿A qué esperas, goyl?

Nerron quiso administrarle algo del veneno de lagarto que los lores de ónix utilizaban para transformar la piel humana en mucosidad vidriosa. *La ballesta, Nerron. Valdrá todo eso.* Ya sentía su madera entre los dedos. Cualquier cazador de tesoros pasaría noches en vela de la envidia. Su feo rostro adornaría el titular de todos los periódicos y los príncipes y los reyes suplicarían por sus servicios. Solo los ónix desearían verlo muerto, cuando Kami'en le colocara la corona de Lothringen y Albión sobre la cabeza. Maldecirían el día en que habían mandado de vuelta a casa a un bastardo de cinco años, en lugar de haberlo ahogado.

Nerron dejó al hombre de los perros y al pinche con Louis. Eran estúpidos y ruidosos, y no se

merecían aquel adversario. Pero a Barbilampiño le encomendó la misión de desatar a los jamelgos del diablo y espantarlos hacia el bosque. Sería demasiado penoso que Reckless se le escapara de aquella forma.

Nerron permaneció al abrigo de los árboles hasta que ya no podía ser visto desde la puerta del establo. Reckless no tenía ojos que vieran en la oscuridad, ni tampoco una piel negra como la noche, pero la zorra estaba con él y sus sentidos eran agudos como los de un goyl.

Unos pasos rápidos a través del patio. La espalda apoyada contra la pared del establo... Reckless ya no estaba detrás de la puerta. Era tanto como Nerron podía ver.

Gato y ratón.

Se deslizó a través de la puerta del establo.

Un carro. Balas de paja. Ramas secas como las que las brujas necesitaban para sus escobas. Sobre todo, la zorra podía estar en cualquier parte. ¿Le dispararía Reckless de improviso? Quizá. Aunque él valoraba las reglas más que Nerron. Según lo que se contaba de él, tenía ideas antiguas de honor y decencia, aun cuando presumiblemente no lo hubiera reconocido.

¿Dónde estaban?

Por un instante, a Nerron le preocupó que hubieran huido por medio de algún hechizo... pero en el territorio de una bruja negra solo surtía efecto su propia magia. Con suerte, Lelou se ocuparía de que Louis no se durmiera y de que cubriera la puerta del establo.

El hombre de las aguas apareció vacilando en la puerta. ¿Qué? ¿Acaso tenía miedo ahora de la oscuridad? ¡Venga, vamos, estúpido!

Nerron clavó el sable en las ramas secas.

—¡Ve que también eres bueno jugando al escondite! —su voz sonaba a granito rallado. Seguía sintiendo la humedad del pozo en los huesos—. Solo quiero el corazón. Después te dejaré marchar a ti y a la zorra.

Él mismo habría mantenido la promesa, pero naturalmente no podía garantizar que Louis lo fuera a hacer.

Un follet pasó rápidamente junto a él y las ratas hicieron crujir la paja. Un lugar acogedor, pero, en compañía de la zorra, hasta el establo sucio de una devoraniños resultaba romántico.

Allí. Oía respirar a alguien. *Enseguida lo tendrás, Nerron.* Todo aquel esfuerzo por haber confiado en los lobos.

Un ruido le hizo volverse, pero solo era el hombre de las aguas, que había pisado una trampa de ratas de la bruja. ¡*Estúpido escamoso!* Gimió de dolor y blasfemó mientras liberaba la bota de las garras de hierro. El ruido distrajo a Nerron durante la fracción de un instante, pero fue suficiente. Nerron oyó el clic del gatillo antes de volverse otra vez.

Reckless estaba a menos de un paso y apuntaba al corazón de Nerron. ¿Dónde había estado escondido? ¿Entre las balas de paja? Eaumbre dio un paso cojeando hacia él.

—Yo lo dejaría —la mano izquierda de Reckless estaba mojada. La manga entera chorreaba sangre.

—¿Fue el pago por tu amigo herido? Qué caballeroso —dijo Nerron haciéndole señas al hombre de las aguas para que retrocediera—. Sí, las devoraniños hacen cortes profundos.

Reckless se encogió de hombros:

—No te preocupes. De todos modos, aún soy capaz de apretar el gatillo.

—Sí, pero ¿cuántas veces? Estarás muerto antes de cruzar la puerta. —Nerron echó un rápido vistazo a su espalda, pero la zorra no estaba por ninguna parte—. Vamos. ¿Dónde está el corazón?

Reckless sonrió.

Oh, Nerron, eres un idiota.



51

Corre

Miedo. Y más miedo. La paz de entremedias había sido demasiado corta.

Estaba tan cansada que ni siquiera el pelaje le ofrecía ya consuelo. Había bebido de su propio miedo, pero Zorro seguía sintiéndolo. Como un temblor en su interior.

Lugares que se fijaban al corazón como moho... la sórdida casa, que olía a mar. El Cuarto Rojo. Simplemente no se podían dejar atrás. Por muy rápido que la zorra corriera. El único que la protegía de ellos era Jacob.

Zorro quería dormir a su lado. Solo estar junto a él y sentir cómo su calor le hacía olvidar el Cuarto Rojo. Y la casa, que olía a sal.

Pero tenía que correr.

Llevaba la vida de Jacob colgada del cuello.

Nada había pesado nunca tanto.



52

Astucia y necedad

—¡Tendrías que haber soltado a los perros! Mi padre les pone ya desde cachorros zorras en las perreras para que le cojan el gusto ¡Tendrías que ver lo que hacen con ellas!

Cada vez que hacían un alto, la misma rabiosa impertinencia. La manzana de Blancanieves lo había vuelto aún más caprichoso, ¿o era el desove de sapo? De no haber estado Lelou, el principillo habría matado a Reckless tan pronto Nerron hubiera salido con él del establo. El futuro rey de Lothringen era realmente tan estúpido como parecía. *No, Nerron. Es aún más estúpido.*

—Los zorros son más listos que los perros —el hombre de las aguas estaba sentado en la hierba examinando su pie herido. Lo había untado de una pasta que había encontrado en la casa de la bruja, pero la escamosa piel alrededor de la herida había palidecido como la de un champiñón.

—¡Tratáis a ese canalla como a un huevo crudo! —Louis clavó el sable en el fuego de una forma tan incontrolada que las chispas chamuscaron la piel de Nerron—. ¡Lleva semanas tomándonos el pelo! ¿Has olvidado todo lo que haces como guardaespaldas de mi padre? —abroncó a Eaumbre—. ¡Os deja maltratar a los prisioneros que creen ser más listos que él!

Eaumbre se enfundó la bota en el pie herido.

—¡Tráelo! —ordenó Louis.

El hombre de las aguas se levantó sin decir palabra, pero Nerron le salió al paso.

—¡Es mi prisionero!

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo? —preguntó Louis levantándose. Se tambaleaba ligeramente, pero la arrogancia en su rostro era auténticamente real.

Eaumbre ataba a Reckless cada noche a una de las ruedas del carruaje. Nerron se imaginó sustituyéndolo por Louis y pegándole con la fusta a los caballos. El hombre de las aguas pasó junto a él y se dirigió cojeando al carruaje.

Reckless seguía pálido por la sangría de la bruja, y el barbazul le había hecho unos sangrientos dibujos en la blanda piel, pero su rostro tenía la misma expresión provocadoramente audaz que había mostrado ante los lobos.

Le tendió incluso de forma exigente las manos atadas a Nerron:

—El hombre de las aguas ata las cuerdas con tal fuerza que los dedos se me entumecen. ¿Qué tal si me las quitáis? No tengo pensado huir.

—No me digas, ¿y por qué no? —Louis se limpió la grasa de los labios con la manga de terciopelo. Casi se había comido él solo los dos conejos que el hombre de los perros había matado a tiros—. ¿Sabes lo que mi padre hace con los espías de Albión?

Reckless lanzó a Nerron una mirada divertida. Vaya, ¿un espía?, preguntaban sus ojos. Me debes algo, goyl.

—Oh, sí, eso... Pero se trata únicamente de un oficio secundario —dijo en voz alta—. En realidad soy cazador de tesoros como el goyl, y para esta caza, me temo, tenemos que asociarnos. Vosotros tenéis la cabeza y la mano. Yo tengo el corazón, y si eso no demostrara mi indispensabilidad, preguntadle a los enanos si saben dónde está el cadáver de Gismundo.

Oh, el perro astuto.

Louis necesitó unos segundos para comprender lo que Reckless decía. Se tambaleaba tanto que casi cae en el fuego cuando se dirigió a él. Lelou lo alimentaba entretanto tres veces al día con desove de sapo (el hombre de las aguas pasaba a menudo horas fuera para encontrarlo), pero de noche el efecto disminuía. Además, el aliento principesco volvía a oler a polvo de elfos.

—¡Parece que olvidas a quién tienes delante! —exclamó Louis esforzándose por sonar de forma amenazadora.

Reckless esbozó una inclinación.

—Louis von Lothringen. He trabajado para vuestro padre, probablemente no lo recordéis. En aquel entonces necesitaba un antídoto para un hechizo de amor. Vuestra prima era la autora y vos la víctima. ¿No os había convertido en una rana?

—Esa historia la han hecho circular los enemigos de mi padre. —Louis casi se traga su propia lengua de la rabia—. ¡Yo estaba en contra de dejar a tu amigo con la bruja! ¡Ya habrías hecho regresar a la zorra si el hombre de las aguas le hubiera cortado un dedo tras otro!

—¡Mi príncipe! —Nerron no estaba seguro de si la voz de Lelou sonaba escandalizada o impresionada.

Louis lo ignoró.

—¡Hacedla volver! —gritó—. ¡Ahora! ¡U ordenaré al hombre de las aguas que te corte los dedos! Mi padre ordena empezar por los pulgares.

Le hizo una seña con la cabeza al hombre de las aguas. En el escamoso rostro de Eaumbre no se podía leer lo que pensaba de la orden, pero sacó el cuchillo.

—¿Hacerla volver? ¿Cómo debo hacerlo? —preguntó Reckless—. Zorro nos lleva seguramente kilómetros de ventaja. Sus patas son más rápidas que vuestro dorado carruaje. Me aguarda en la Ciudad Muerta. Preguntadle al goyl. Estoy seguro de que la ballesta está allí. Y me apuesto el corazón a que sin mí y el goyl no sobreviviréis tres pasos en las ruinas.

El rostro de Louis se volvió blanco como la leche cortada.

—¡Olvidaos de sus dedos! —vociferó al hombre de las aguas—. ¡Cortadle el cuello!

Eaumbre vaciló. Pero finalmente le puso a Reckless el cuchillo en el cuello.

Era suficiente. Nerron agarró a Louis y lo arrastró consigo.

—¡¿No habéis oído?! —siseó—. ¡No solo tiene el corazón! También tiene el cadáver de Gismundo. ¿De qué creéis que nos sirven la cabeza y la mano sin él? ¡Matadle, pero después explicadle a vuestro padre por qué no hemos encontrado la ballesta!

Louis le clavó la mirada de una forma tan hostil como si fuera el siguiente a quien le haría cortar los dedos. *No es tan sencillo con un goyl, principillo.*

—¡Me ha ofendido! Quiero verlo muerto. ¡Ahora!

El hombre de las aguas los miraba con el cuchillo en el cuello de Reckless. Cuando estaba en apuros, la madre de Nerron rezaba a una misteriosa reina que vivía en una montaña de cobre y llevaba un vestido de malaquita. A Nerron le habría gustado pedirle una pizca de sentido común para el cerebro del príncipe heredero al trono, pero la salvación se precipitó junto a Louis en forma de Lelou.

—¡Mi príncipe! —le susurró con una sonrisa apaciguadora—. Me temo que el goyl tiene razón. Hasta vuestro padre se ve obligado de vez en cuando a colaborar con sus enemigos. ¡Siempre podéis matar a Reckless después!

Louis arrugó la frente (era conmovedor cómo la piel humana se arrugaba cuando intentaban pensar) y lanzó una sombría mirada a su prisionero.

—¡Está bien, dejadlo de momento con vida! —ordenó al hombre de las aguas—, pero apretadle aún más las cuerdas.



53

De algún modo

La zorra no contó cuántos días necesitó para llegar a las montañas en que se hallaba la Ciudad Muerta. Fueron demasiados.

Zorro solo se quitaba el pelaje cuando se robaba unas horas de inquieto sueño. La forma humana le traía a la memoria los recuerdos, pero se sorprendió extrañando el viento sobre la piel desnuda. Extrañaba incluso su vulnerable corazón. Animal, humano... zorra, mujer. Ya no estaba segura de lo que prevalecía. O de lo que deseaba que prevaleciera.

Había telegrafiado a Valiant desde una estación de tren. El viejo que atendía el telégrafo la había examinado con desconfianza, como si le hubiera visto el pelaje de zorro bajo la ropa robada.

El enano había propuesto que se encontraran en un pueblo montañoso que se hallaba no muy lejos de la Ciudad Muerta. Desde la plaza del mercado se podían ver las ruinas: torres y cúpulas hundidas, muros que, descoloridos como huesos, se elevaban en el flanco de una montaña. Sobre las calles desiertas flotaban nubarrones. Flotaban sobre todo el valle, y Zorro sintió sus frías sombras cuando se detuvo delante de la taberna en la que debía encontrarse con Valiant.

Los cuernos de macho cabrío sobre la puerta debían alejar a los espíritus a los que se temía en esa región: toggelis, espíritus de cera, brujas de montaña... Los hacían responsables de cada cabra muerta y de cada niño enfermo, aun cuando la mayor parte de las veces no eran ni la mitad de malignos de lo que se les atribuía, pero en esas montañas el miedo crecía como la mala hierba.

La mirada que el tabernero lanzó a Zorro cuando entró al oscuro salón era tan sucia como su delantal, y ella se alegró de que Valiant no la hiciera esperar demasiado.

—¡Pareces la misma muerte! —constató, mientras acercaba una de las sillas a la mesa que el tabernero había dispuesto para los huéspedes enanos—. ¡Espero que Jacob tenga un aspecto aún peor! ¿Quieres que te enseñe los telegramas que ese perro perdido me ha enviado? «De momento ni rastro... Te avisaré... Esta caza puede durar años...». ¿Sabes qué? ¡Por mí, que el goyl lo cuelgue de una cuerda!

Cansada. Estaba tan cansada.

El tabernero le sirvió el té que había pedido y le llevó un vaso de leche al niño que había en la mesa vecina. Zorro notó cómo sus manos comenzaron a temblar al ver el líquido blanco.

—Pero qué demonios...

Valiant la agarró del brazo y examinó atónito sus muñecas rozadas. Llevaría las cadenas de Troisclerq para el resto de su vida en forma de cicatrices. Se le saltaron las lágrimas, pero Zorro se las enjugó. Eran tan inútiles como el miedo que sentía por Jacob. *Le salvarás. De algún modo.* ¿Cómo?

Valiant le tendió un pañuelo adornado con sus iniciales.

—¡No me digas que estás preocupada por Jacob! —el enano sacudió con desdén la cabeza—. ¡El goyl no le tocará un pelo! A Jacob no se le puede matar. Sé de lo que hablo, a fin de cuentas le he cavado alguna vez su propia tumba.

El recuerdo no servía de mucho. Jacob ya había escapado a menudo por los pelos de la muerte. Pero esta vez no, susurraba algo en ella.

Guarda silencio.

El niño de la mesa de al lado se bebió la leche. Zorro quiso apartar la vista, pero se obligó a mirarlo. ¿Acaso quería empezar también a huir de las polillas y las flores?

El viento abrió de un empujón una de las ventanas y sopló trozos de granizo sobre la mesa de madera. El tabernero la cerró con gesto de preocupación y comenzó a conversar con un campesino, que hablaba de desprendimientos de tierra y cabras ahogadas... y de que uno de los locos que vivían en la Ciudad Muerta había estado en su granja por la mañana y había anunciado el fin del mundo. Recibían el nombre de predicadores, hombres y mujeres que habían perdido el juicio entre las ruinas y creían que la ciudad abandonada custodiaba la puerta al cielo. Zorro se había encontrado a uno de ellos en la entrada del pueblo. Se cubrían la ropa con hojalata y trozos de vidrio hasta semejar estrafalarias armaduras.

El campesino lanzó a Valiant una sombría mirada.

—¿Lo ves? —susurró el enano mientras respondía a la mirada con una sonrisa repleta de dientes de oro—. Culpan a las minas del mal tiempo. Si los estúpidos que guardan las cabras supieran lo cerca que están de la verdad. Desde que nos encontramos con la cripta, no solo el tiempo se ha vuelto loco. En las minas se multiplican los accidentes. Por todas partes emergen esos predicadores y desvarían sobre el fin del mundo, y los campesinos retienen a su ganado en el establo y cuentan que la Ciudad Muerta vuelve a la vida.

Zorro se pasó la mano por las muñecas arañadas:

—¿Dónde has llevado el cadáver?

Valiant levantó las manos en un gesto de rechazo. Pequeñas como las manitas de un niño, aunque lo bastante fuertes como para doblar el hierro.

—¡No tan deprisa! Jacob es para mí como un hermano, pero hemos de volver a negociar. ¡Que el estúpido se haya dejado atrapar entrañará gastos adicionales!

—¿Como un hermano? ¡Venderías a Jacob por la uña plateada de un pulgarcito! —siseó Zorro sobre la mesa—. ¡No me sorprendería que te aliaras con el goyl de repente, si te ofrece un porcentaje mejor!

La idea provocó una lisonjera sonrisa en el rostro del enano. Todos los comentarios sobre su astucia los consideraba un cumplido.

—Deberíamos discutir todo eso en un lugar menos público —gruñó—. Mi chófer aguarda delante de la puerta. Chófer... —dijo guiñándole el ojo de forma significativa a Zorro—. Una palabra fantástica, ¿no te parece? Suena mucho más moderna que «cochero».

El viento casi le arranca al enano el sombrero ridículamente alto de la cabeza cuando salieron a la calle. Los muros de las casas que se acurrucaban a las sombras de las montañas estaban oscuros a causa de la lluvia, y el chófer, que secaba preocupado la lluvia de la pintura color verde oscuro del enorme automóvil que había aparcado delante de la taberna, era por supuesto un humano. En la calle del pueblo, el vehículo sin caballos parecía aún más extraño que los ejemplares que Zorro había visto en Vena.

—Impresionante, ¿no es cierto? —dijo Valiant mientras el chófer se precipitaba hacia ellos con un paraguas—. ¡Soy un hombre del futuro! La velocidad es aún decepcionante, pero las miradas que atrae lo compensan.

El chófer sostuvo el paraguas sobre la cabeza de Zorro, aun cuando el viento casi se lo arrancaba de la mano, y ayudó al enano a subir al estribo demasiado alto.

—Sea cual sea el motivo de este mal tiempo —murmuró Valiant cuando Zorro se sentó tiritando de frío junto a él sobre el cojín de piel marrón—, con este frío es bastante más fácil conservar a un rey sin cabeza.



54

El mismo gremio

El bastardo llegaba cada noche... tan pronto como se hacía cargo de la guardia y los otros se dormían. Le daba de comer a Jacob y alguna vez le llevaba incluso algo del vino que el príncipe dejaba.

«¿Cómo has salido del laberinto? ¿Cómo sobrevivió Chanute a las cuevas de los trolls? ¿Has encontrado alguna vez una de las velas cuya luz llama a un hombre de hierro?».

En la primera noche, Jacob respondió guardando silencio o con alguna mentira. En la segunda, aquello le resultó demasiado aburrido, por lo que contestó a cada pregunta con otra: «¿Cómo encontraste la mano? ¿Cómo averiguaste dónde me podías atrapar con la cabeza? ¿Dónde viven los lagartos con cuya piel hacéis los chalecos antibalas?».

El mismo gremio.

Naturalmente el bastardo le vació los bolsillos, y Jacob se sintió por primera vez contento de que el pañuelo de oro ya no funcionara de forma segura, cuando el goyl lo frotó entre los dedos de piedra. Nerron. Solo un nombre, como todos los goyl. Este significaba «negro» en su lengua. ¿Quién le había puesto el nombre? ¿Su madre para negar la malaquita que le vetaba la piel o los ónix, que normalmente ahogaban a sus bastardos? Nerron examinó también la tarjeta de Earlking, pero entre sus dedos solo mostraba un nombre impreso.

Nerron levantó el bolígrafo, que Jacob llevaba consigo porque con él se escribía de forma más

sencilla que con las plumas o el anticuado portaplumas que se usaba tras el espejo.

—¿Qué se hace con esto?

—Es tinta de los deseos —respondió Jacob llevándose a la boca un poco de carne que el goyl le había llevado. El hombre de las aguas había aflojado sus ataduras, a pesar de la orden de Louis. El escarabajo parecía ser el único que, sin duda alguna, era devoto del príncipe. No obstante, era preferible no subestimar a Louis. En su rostro llevaba la misma astucia que su padre, aun cuando con seguridad solo fuera la mitad de listo.

—¿Tinta de los deseos? —el bastardo se metió el bolígrafo en el bolsillo—. Nunca he oído hablar de ella.

—Todo lo que escribas con ella se cumplirá en algún momento.

No era una mala mentira. En algún lugar al este había, según decían, una pluma de ganso que hacía lo mismo.

—¿En algún momento?

Jacob se encogió de hombros y se limpió la grasa de los dedos atados.

—Depende del deseo. Una, dos semanas...

Hasta entonces, confiaba en que sus caminos se hubieran separado. Llevaban cuatro días de viaje. La bruja tenía que haber terminado el trabajo con Donnersmarck, si no lo había matado o lo había convertido en un insecto, pero llevarlo consigo sin que ella hubiera acabado su hechizo habría significado su muerte segura.

Casi cada noche hacían un alto en una cueva. El goyl las encontraba por todas partes y Jacob le estaba agradecido por ello. Las noches seguían siendo tan frescas que pasaba frío incluso debajo de la manta que el bastardo le había llevado. Su brazo le dolía a causa del cuchillo de la bruja, y los cortes de la espada de Troisclerq le ardían en la piel, pero solo el sueño le arrebatava la incertidumbre de si Zorro estaba a salvo. Una y otra vez, veía su extenuado rostro delante de él. *Le exiges tanto, Jacob*. Demasiado. El miedo había sido, demasiado a menudo, el único regalo vivido en común, vencido en común, pero, al fin y al cabo, solo miedo, nada más. En el establo de la devoraniños, todo eso había quedado olvidado. Solo había querido protegerla. Pero, como solía pasar a menudo, al final era ella quien tenía que ayudarlo.

—¿No desearías también que estuviéramos los dos solos? —el goyl había bajado la voz, aunque los otros tres parecían dormir profundamente—; ni príncipe, ni escarabajo, ni hombre de las aguas, ni tan siquiera una zorra..., solo tú y yo, uno contra otro.

—El príncipe podría ser de utilidad.

—¿Para qué?

—Está emparentado con Gismundo. Quizá sea necesario que la sangre del verdugo de las brujas le corra a uno por las venas para que la Puerta de Hierro se abra. Al fin y al cabo, el palacio aguarda a los hijos de Gismundo...

—Sí, también he pensado en ello —el bastardo alzó la vista hacia los murciélagos que se movían bajo el techo de la cueva—, pero odio la idea de tener que arrastrar al cabeza hueca de sangre azul hasta el final. No. Siempre hay otro modo.

Jacob cerró los ojos. Era una lástima que el rostro del goyl le recordara la piel de jade de su hermano. Incluso la cueva en la que estaban se parecía a la cueva en la que Will y él se habían

peleado.

El dolor volvió a aparecer tan de repente en su pecho que apenas pudo reprimir el grito que quería salir de sus labios.

Maldición.

Presionó las manos atadas contra el pecho. *Pasará. Pasará.* ¿Qué vez era aquella? *¡Recuérdalo, Jacob!* La quinta. Era la quinta vez. Faltaba una mordedura. No podía quedar mucho de su corazón.

—¿Qué te pasa? —el bastardo miró con gesto de preocupación su rostro, retorcido de dolor—. ¿Te ha dado Louis algo de beber?

Jacob habría soltado una carcajada de no haberse quedado sin respiración. Una sospecha no del todo infundada. La casa real de Lothringen poseía una larga tradición en envenenamientos de enemigos.

El bastardo le arrancó las manos del pecho y le desgarró la camisa. La polilla se había vuelto, entretanto, tan negra como el ónix de la piel de Nerron, y el color rojo, que sembraba las alas con calaveras, parecía sangre fresca.

Nerron retrocedió, como si le preocupara contagiarse.

Jacob se apoyó exhausto contra la pared de la cueva. El dolor remitió, pero debía de ser una imagen lamentable. ¿El Hada Roja se lo había imaginado así cuando le había susurrado el nombre de su hermana? ¿Se lo había imaginado así mientras él la había besado? ¿Que se retorcería como un animal herido y que pagaría con dolor por el dolor de ella? En cualquier caso, ella no moriría por su corazón partido.

No tiene corazón, Jacob.

Nerron se bebió el vino que había llevado a Jacob y, en su lugar, llenó el vaso de un líquido color marrón.

—Bebe despacio —le indicó antes de plantarle el vaso en las manos atadas—. No estoy seguro de que vuestros estómagos soporten el aguardiente de los goyl.

Sabía a lava mezclada con azúcar.

El bastardo tapó la botella con el corcho.

—Tengo que cuidar de que Louis no encuentre la botella. Se mataría con ella y su padre me haría ejecutar por ello. Fue la Oscura, supongo. Ya me había preguntado cómo pudiste conseguir que tu hermano se escabullera —dijo guardando de nuevo la botella en el saco—. El tercer disparo... Quieres la ballesta para ti. ¿Y si la historia no es más que un cuento de hadas?

—Lo he intentado todo —respondió Jacob, bebiendo con dificultad otro trago de aguardiente de goyl. Calentaba mejor que cualquier manta.

—¿La manzana? ¿El pozo?

—Sí.

—¿Qué pasa con la sangre de los espíritus de la botella? La de los del norte. Algo bastante peligroso, pero...

—No surte efecto.

El bastardo sacudió la cabeza:

—¿No os cuentan vuestras madres que es mejor manteneros alejados de las hadas?

—Mi madre no sabía nada de las hadas. —Jacob ignoró la curiosidad en la mirada dorada. ¿Qué le sucedía? ¿Quería confesarle su historia al goyl? Solo una mordedura más. Quizá muriera antes de volver a ver a Zorro. Siempre había imaginado que ella estaría junto a él cuando muriera. No Will, ni el hada. Siempre la zorra.

Nerron se levantó:

—Espero que no seas tan estúpido para creer que te cederé la ballesta de forma noble.

Jacob se cubrió con la camisa la huella de la polilla.

—Aún no la has encontrado.

El goyl sonrió.

La encontraré, decía su mirada. Antes que tú. Y tú morirás.

—¿Qué es lo siguiente que habrías buscado... si no tuvieras que escapar de la muerte?

Sí, ¿qué, Jacob? Se sorprendió de su respuesta.

—Un reloj de arena.

El bastardo se frotó la piel reventada.

—No competiría en eso contigo. ¿Qué momento merece ser detenido?

Pasó la mano sobre la rocosa pared tan ensimismado como si, en su recuerdo, buscara un momento que lo mereciera.

—¿Qué te gustaría encontrar a ti? —el pecho de Jacob seguía entumecido de dolor.

El goyl lo miró en silencio.

—Una puerta —dijo finalmente—. En otro mundo.

Jacob reprimió una sonrisa.

—¿De veras? ¿Qué hay de malo en este? ¿Y por qué debería haber uno mejor?

El bastardo se encogió de hombros y examinó su veteada mano:

—Mi madre es la culpable. Me ha contado demasiadas historias. Los mundos que había en ellas eran todos mejores.

Detrás de ellos, Louis comenzó a roncar. Estaba de peor humor y más irascible cada día. Solo uno de los efectos secundarios que tenían los desoves de sapo, como Jacob sabía por Alma. La manía persecutoria era otro más. Ambos, rasgos habituales en un hijo de rey.

—¡No exijo demasiado! —dijo Nerron—. Sería mejor que no hubiera príncipes en él. Ni tampoco lores de ónix. También podría renunciar a los pulgarcitos... y tendría que tener profundas cuevas que nadie habitara...

Se volvió.

—Todos tenemos nuestros sueños, ¿no es cierto?



55

Este no era el plan

—¿Dónde debería aparecer ahí un palacio?

Louis le arrancó a Nerron el catalejo de la mano y lo dirigió a las ruinas de la Ciudad Muerta. Apenas se podían distinguir bajo las densas nubes que flotaban entre las montañas.

—El palacio estaba más arriba de la ciudad —dijo Lelou quitándose el granizo del fino cabello—, al final de la calle, donde se encontraban las dragoneras —naturalmente. El escarabajo podía seguramente dibujar un mapa exacto de la Ciudad Muerta.

El hombre de los perros trajo a Reckless. Le había atado las manos a la espalda y, por orden principesca, le había echado, además, un lazo alrededor del cuello. Louis seguía tomándose a mal que su prisionero hubiera puesto en duda su talento como cazador de tesoros.

—¡Encerradle en el carruaje! —ordenó frotándose los enrojecidos ojos.

El hombre de los perros obedecía con bastante más avidez que Eaumbre. Aprovechaba cada oportunidad para tratar a su prisionero peor que a sus perros. Una patada incidental aquí, un codazo en las costillas, un golpe con la culata del arma. De hecho lo subió de forma tan brusca al carruaje que Reckless se golpeó la cara contra él y sangró. No se podía pasar por alto que Louis disfrutaba con ello.

—¿Qué significa eso? —le gruñó Nerron—. Solo nos sirve con vida. ¿He de explicarlo una y otra vez?

La sonrisa principesca era de color verde a causa del desove de sapo.

—No tienes que explicarme nada, goyl —siseó—. Estoy más que harto de tus explicaciones.

Nerron sintió la boca de una pistola en la espalda. A juzgar por la altura, era Lelou quien la presionaba contra su espina dorsal.

—¡Se lo he dicho cien veces a mi padre! Habría que asar en el fuego a todos los goyl, hasta que les reventara la piel de piedra. ¡Pero por desgracia al viejo le dais miedo! —dijo Louis torciendo la boca en un gesto de desdén—. Lelou dice que te has sentado con Reckless cada noche. Eres sospechosamente amable con él, pero a mí no me puedes engañar. ¿Cuál es el plan? ¿Tenéis previsto ir a medias y vender la ballesta juntos en Albión?

El hombre de los perros le retorció violentamente las manos a Nerron en la espalda y Barbilampiño apuntó con la pistola al hombre de las aguas. Era tan estúpido como fuerte, pero era un tirador sorprendentemente bueno.

Louis lanzó una mirada a Nerron que hablaba de toda la altivez de su origen, pero también de la terquedad de un jovencuelo de 17 años que aún se tenía por inmortal. Una peligrosa combinación.

—Encontraré la ballesta para mi padre —anunció, mientras el hombre de los perros ataba a Nerron con tanta fuerza como si quisiera abrirle la piel de piedra con la cuerda—, y Albión dejará de hacer, de una vez, como si el mundo le perteneciera. Pero primero le tocará el turno a los goyl.

Oh, qué fácil habría sido haberlos matado a él y a Lelou directamente en Vena. *Tu aversión a matar se está volviendo lentamente una carga, Nerron.*

—¿Quién lo ha tramado? —sentía su propia rabia como sangre en la lengua—. ¿Lelou?

El escarabajo se ruborizó halagado.

—Oh, no, no. Todo el plan es de Su Alteza —dijo brindándole a Louis una nerviosa sonrisa—. No tiene mucha experiencia en la caza de tesoros, pero ha señalado, y con razón, el hecho de que estamos buscando el arma de su antepasado. Únicamente he propuesto que no te matáramos a ti ni a Reckless todavía, a fin de cuentas...

—... todavía tenemos que sonsacaros todo lo que sabéis —el hombre de los perros enseñó una dentadura tan amarilla como la de sus protegidos— sobre el Palacio Perdido... sobre la ballesta... y todo eso... El príncipe piensa que debería encargarme de ello —dijo brindándole a Louis una sonrisa devota y realizando una burda inclinación—. En realidad, el hombre de las aguas es el experto en ese tipo de asuntos —añadió—, pero el príncipe opina, con razón, que los rostros de escamas son tan fiables como la piel de piedra.

—Sí, sí, ya está bien. ¿Para qué le cuentas todo eso? —Louis se metió una pizca de polvo de elfos en la nariz. Las provisiones de sus alforjas eran inagotables—. Primero quitémosle el corazón a la zorra. Encerrad al goyl junto con Reckless en el carruaje.

Únicamente consiguieron atar al hombre de las aguas entre los tres. Lo ataron a una de las ruedas, como habían hecho anteriormente con Reckless, y el hombre de los perros arrastró a Nerron al carruaje.

—¡El príncipe tiene razón, goyl! —le murmuró antes de cerrar de golpe la puerta a su espalda—. Os deberían asar a todos. Cuando le nombren rey, vendrán buenos tiempos.

—¡Traed los caballos! —oyó Nerron ordenar a Louis con lengua de trapo.

Reckless estaba tendido en uno de los bancos, el rostro hinchado a causa de su colisión con la pared del carruaje.

—Este no era el plan, ¿no? —preguntó.



56

Rabia de gigantón

Por allí llegaban. Zorro se apartó de la cerca, que los campesinos de la región habían levantado para que su ganado no se extraviara entre las ruinas encantadas. El viento que soplaba de las calles desiertas, impulsaba el hielo y el granizo contra su rostro. Desgracia. Todo a su alrededor escribía esa palabra en la noche.

Los hombres que cabalgaban hacia la atalaya abandonada eran los mismos que Zorro había visto detrás del establo de la bruja, pero solo cuando se acercaron más pudo ver que el goyl no estaba con ellos. Lo mismo que Jacob.

—¡Tranquila! —le murmuró Valiant—. Eso no significa nada. Absolutamente nada.

Pero Zorro sintió que alguien le lanzaba férreos anillos alrededor del corazón.

Él no estaba con ellos.

Lo habían matado.

No, Zorro.

Eran cuatro. Todos bien armados. El hombre de las aguas tampoco estaba, pero llevaban los perros de presa consigo y Zorro se alegró de no llevar el pelaje. Uno de los hombres era aún muy joven, otro, apenas más alto que Valiant. Zorro reconoció a Louis von Lothringen por las reproducciones que había visto de él junto a su padre. En cualquier caso, en ellas tenía bastante mejor aspecto. Zorro olió el polvo de elfos y el desove de sapo cuando, a unos pasos de distancia

de ella, él refrenó el caballo.

—Eres la zorra.

Era en parte una pregunta, en parte una constatación. La voz de Louis era tan desagradable como su rostro:

—¿Un enano es todo el refuerzo que pudiste encontrar?

El hombre de los perros ladró una carcajada.

Valiant brindó a Louis una sonrisa indulgente. Para cualquier enano, ser subestimado por el tamaño del cuerpo suponía una maldición y una bendición al mismo tiempo:

—Evenaugh Valiant. ¿Con quién tengo el gusto?

Louis se tambaleó en la silla de montar cuando apartó la chaqueta para descubrir el puño de su sable adornado de piedras preciosas.

—Louis Philippe Charles Roland, príncipe heredero de Lothringen.

—¡Impresionante! —dijo Valiant—. Pero los enanos somos demócratas. Confío en que no os lo toméis como algo personal. Además —dijo mirando de pasada al príncipe en busca de ayuda—, en realidad estábamos citados con un goyl.

Los perros de presa vigilaban a Zorro. No se dejaban engañar tan fácilmente por la forma como las personas.

—¿Dónde está Jacob? —había prometido al enano dejarle hablar a él, pero estaba harta de esperar.

El príncipe la miró con una mezcla de horror y avidez, algo familiar para cualquier mutadora de forma.

—¿Dónde tienes el corazón? —bramó él—. Me apuesto a que lo llevas escondido bajo la ropa, lo mismo que tu pelaje.

Los perros enseñaron los dientes y Louis le hizo una seña con la cabeza al hombre que los llevaba.

Valiant se volvió hacia la atalaya y emitió un silbido agudo.

Dos siluetas voluminosas se separaron de las sombras detrás de la torre. Los gigantones tenían granizo pegado a la ropa y miraban a Louis de todas las maneras salvo con buenos ojos. En ninguna parte habían existido más gigantones que en Lothringen y en ninguna parte habían sido cazados con más pasión. El encorvado poseía una colección de cabezas de gigantones, que se seguían exhibiendo con gusto durante los actos oficiales.

—Sí, estaba prevenido —dijo Valiant, mientras Louis intentaba tranquilizar a su temeroso caballo—. Tuve el dudoso placer de hacer negocios con vuestro padre. ¿Por qué se iba a poder confiar más en el hijo?

El gigantón más grande emitió un jadeo reprobador y uno de los caballos se encabritó.

Fue el hombre de los perros quien disparó. Quizá temía por sus perros de presa, que ladraban con tal rabia al gigantón que este dio un torpe paso hacia ellos. Y la bala le alcanzó en medio de la ancha frente. Su cuerpo cayó aplastando al tirador y a los perros.

El otro gigantón lanzó un grito de rabia.

Tiró violentamente del príncipe, que estaba subido a la silla, y lo sacudió como a una muñeca de trapo, mientras con el otro puño golpeaba ciegamente a su alrededor. Mató al cara de niño de

un golpe. Zorro oyó su nuca romperse. Valiant solo pudo ponerse a salvo saltando hacia un lado, y ella misma retrocedió entre los caballos temerosos para encontrar protección del furioso gigantón. En su rabia, trituró el arma que había matado al otro, hasta que el metal se quedó pegado a sus suelas como follaje marchito. Después se postró de rodillas junto al cuerpo sin vida y, sollozando, le limpió la sangre de la frente agujereada.

No en vano «venganza de gigantón» era una célebre expresión.

Louis yacía en la tierra pisoteada y se movía tan poco como el pinche con rostro de niño. Solo el hombre escarabajo se deslizó a cuatro patas hacia su señor mirando atónito su rostro blanco como la cera. Detrás de él, Valiant se puso en pie quejándose y maldijo a todos los gigantones.

El príncipe llevaba dos bolsas engañosas colgadas del cinturón. Zorro las cogió antes de que el enano pudiera apoderarse de ellas, y le puso al escarabajo la pistola en la cabeza.

—¿Dónde está vuestro prisionero?

Louis se movió. El hombre escarabajo suspiró aliviado y le pasó sus dedos de araña sobre el rostro:

—En el carruaje —balbució.

Sus ojos estaban bañados en lágrimas. Zorro no estaba segura de si eran lágrimas de miedo o de rabia.

Capturó uno de los caballos e hizo caso omiso de las llamadas de Valiant.

Resultó fácil seguir las huellas. Las de un rebaño de vacas no habrían sido más claras, pero los nubarrones que flotaban entre las montañas hicieron difícil que sus propios ojos distinguieran el carruaje debajo de los abetos bajo los que se encontraba. El hombre de las aguas estaba atado a una de las ruedas. Bien. El olor de su piel escamosa le recordaba a Zorro las húmedas cuevas en las que había buscado con Jacob a muchachas secuestradas. Sacudió rabioso sus ataduras cuando la vio, pero Zorro pasó junto a él despreocupada.

Las manos le temblaban cuando abrió bruscamente la puerta del carruaje. El bastardo casi no se distinguía. Solo sus ojos relucían como monedas en la oscuridad. El rostro de Jacob estaba manchado de sangre, por lo demás parecía estar sano y salvo. Zorro cortó sus cuerdas. Dio un traspié al descender del carruaje. Zorro había visto ya una vez esa clase de agotamiento.

—¿Cuántas veces?

Él se pasó la mano por el arañado rostro e intentó esbozar una sonrisa:

—Estoy realmente contento de verte. ¿Dónde está Valiant?

—¿Cuántas veces, Jacob? ¡Respóndeme!

Sus dedos estaban fríos cuando agarró la mano de Zorro. *Es una noche fría, Zorro, no significa nada.* Pero ella creía ver la muerte en su rostro.

—Solo queda una mordedura.

Solo una.

Respira, Zorro.

Ella sacó las dos bolsas engañosas que le había quitado a Louis. Le dio a Jacob también la bolsa de piel en la que llevaba el corazón. Esta vez la sonrisa de Jacob no estaba tan cansada.

—Tú también pareces extenuada —le dijo Jacob pasándole la mano sobre el rostro—. Será bueno que esto acabe pronto, ¿verdad? De una u otra forma.

Metió las bolsas en el bolsillo del abrigo y se inclinó hacia el carruaje.

—Sigue buscando —le oyó decir Zorro—. Hay una puerta. Al otro lado no hay ningún ónix, tampoco pulgarcitos, pero sí príncipes. En cualquier caso, muy pocos llevan corona.

—¡Desátame! —respondió el goyl con voz áspera—. ¡Deja que averigüemos de una vez por todas quién es el mejor!

Jacob retrocedió.

—Otra vez será —dijo—. Esta vez no me puedo permitir perder.

—¡Habrías perdido hace tiempo si la zorra no te hubiera salvado continuamente el pellejo! — la voz del goyl sonaba como si se ahogara en su ira.

—Tienes razón —le contestó Jacob—. Pero eso no es nada nuevo.

Después cerró la puerta del carruaje.



57

Cabeza. Mano. Corazón

El gigantón ya había cubierto el cadáver del otro con piedras. A los pies del muerto había colocado en fila los otros cadáveres como ofrendas: el pinche de cocina, el hombre de los perros y los dos perros de presa. Ante los muros de la atalaya yacían, atados y amordazados, los dos que habían sobrevivido a su rabia: Louis y el escarabajo. Valiant andaba de un lado para otro y parecía todo menos feliz.

—¡Vaya, vaya! —le gritó a Jacob—. ¿En qué lío me has vuelto a meter? ¡El príncipe de Lothringen! Por suerte sigue con vida, pero el encorvado queda excluido como comprador de la ballesta. ¿No te basta enemistarte con la emperatriz?

Jacob sintió cómo Zorro lo abrazaba estrechamente una vez más antes de dejarse caer del caballo. Sentía su calor como una promesa, cuando saltó de la silla.

Todo irá bien.

Hizo caso omiso de las injurias de Valiant y se dirigió a la cerca tras la cual se hallaban las ruinas. La Ciudad Muerta. Un lugar que jamás hubiera querido ver de cerca. El propio Chanute se había mantenido alejado de ella. Jacob creyó oír voces, alguna salmodia interrumpida por ásperos gritos. Quizá los locos que vivían entre las ruinas, percibían que esa podía ser una noche especial. Supuestamente bastaba rozar los derruidos muros para caer en la misma locura. Jacob buscó con la mirada un camino a través de las calles desiertas que subían a la montaña. La ciudad había

tenido miles de habitantes. Vio escaleras y puentes, iglesias, casas y torres desmoronadas, cuyos vacíos huecos de las ventanas bordeaban los fuegos fatuos, y palacios derrumbados, en cuyos muros estaban pegados los nidos de los pinzones de la peste, el único pájaro que se criaba bien en lugares como ese. En el caso de que el palacio realmente apareciera, sería un largo camino, y Jacob sentía a cada respiración cómo se le acababa la vida.

—¿He oído que el goyl sigue con vida? —Valiant se acercó a su lado—. ¿Por qué no le has disparado? ¿La competencia estimula el negocio?

—No soy tan rápido disparando como tú, ¿lo recuerdas? —Jacob se volvió hacia la atalaya.

Zorro aguardaba junto a la puerta.

—¿Has traído el cadáver?

—Por supuesto —dijo Valiant dando un suspiro que suplicaba compasión—. ¡Espero que te hagas una idea de lo difícil que ha sido! Tuve que sobornar al centinela gigantón de la cripta con una provisión anual de polvo de elfos y enrolar a los otros dos para que trajeran el ataúd hasta aquí. Tuve que realizar un trabajo de maestría ante el consejo de los enanos para convencerles de que estaba igual de escandalizado que ellos por la desaparición del cadáver, y desatender mis otros negocios, para venir aquí. ¡Quiero esa ballesta! ¡Y quiero ganar una fortuna con ella! Tengo planeado viajar en persona a Albión tan pronto la encuentres, a fin de cuentas Wilfred la Morsa es nuestro comprador más probable, ¿no te parece?

—Claro —respondió Jacob.

Solo estaba feliz de que Valiant no supiera nada de su promesa a Robert Dunbar. En el caso de que la ballesta realmente le salvara la vida, tendría que cuidar de que el enano no le matara de un disparo.

• • •

El interior de la atalaya estaba vacío, salvo por unas lanzas oxidadas y los restos de una cabra que había acabado entre sus muros. El cadáver del verdugo de las brujas yacía en uno de los sencillos ataúdes de madera en los que los enanos enterraban a los mineros accidentados.

Zorro ayudó a Jacob a levantar la tapa.

En el sencillo ataúd, la vestimenta del muerto sin cabeza parecía aún más valiosa.

Zorro lo miró.

Había sido una larga caza. Pero habían llegado juntos hasta allí. Como se habían prometido mutuamente en el castillo de Valiant. Desde hacía más de seis años, ese estar juntos había determinado no solo la vida de Jacob sino también la de ella. De esa época apenas existían recuerdos que Zorro no compartiera con él. Su segunda sombra... en los últimos tiempos era mucho más que eso. Nada se lo había mostrado con más claridad que los últimos meses. Era una parte de él, inseparablemente unida a él. Cabeza, mano y corazón.

—¿A qué esperas? —de la impaciencia, Valiant estaba de puntillas en sus botas hechas a medida. No solo tenían un tacón alto. Las suelas también le hacían parecer más alto. Los zapateros de los enanos eran muy hábiles proporcionando unos centímetros adicionales a sus clientes.

Jacob sacó la bolsa con la mano en primer lugar. Como pasó con la cabeza, apenas notó algo

cuando tocó la piel muerta, y por un instante, le preocupó que la magia de Gismundo hubiera devenido inoperante después de tantos siglos. *Pronto lo sabrás, Jacob*. Las uñas presentaban restos de oro, pero no estaban enmohecidas, como solía pasar con las manos de los brujos. Quizá Gismundo había encontrado una forma de protegerse de ese efecto secundario. Tomar regularmente sangre de bruja producía efectos terribles. Perjudicaba la cabeza y causaba fuertes alucinaciones. Todos los brujos se volvían locos en algún momento. Gismundo, según los archivos de Vena, había dejado de confiar, años antes de su muerte, incluso en sus más leales caballeros y había ejecutado a amigos y a enemigos a diestro y siniestro, dejándolos morir de hambre en jaulas de oro colgadas de los muros de su palacio.

La mano al sur.

Jacob se inclinó sobre el muerto. La mano estaba rígida y fría, pero encajó en el muñón como si armara una tenebrosa muñeca.

El viento que atravesaba las ventanas de la torre era húmedo y frío como nieve, y hacía titilar la lámpara que Zorro sujetaba sobre el ataúd.

Jacob abrió la bolsa de piel que contenía el collar con el corazón, y apartó la camisa del cadáver hasta descubrir el agujero ribeteado en oro en el pecho del muerto. El corazón negro, que la nieta de Ramee había llevado alrededor del cuello blanco. No sintió más que un suave calor cuando desprendió la joya del collar. Casi como si su roce fuera bienvenido.

El corazón al este.

Encajó en el agujero bordeado en oro como si, también en vida, en el pecho de Gismundo hubiera latido una piedra. Probablemente fuera así.

El goyl había dejado la cabeza en la bolsa engañosa en la que Jacob la había llevado consigo.

La cabeza al oeste.

Cuando Jacob sacó la cabeza de la bolsa, el rostro estaba tan rígido y exánime como la mano, pero en cuanto la colocó en el muñón del cuello, los labios dorados se abrieron.

El estertor que escapó de la boca abierta sonó como el último aliento de un muerto. La piel sonrosada del cadáver se tiñó de gris, y el rostro comenzó a descomponerse como si alguien lo hubiera moldeado con arena de oro. El cuello, las manos, todo el cadáver se descompuso. La misma ropa se pudrió ante sus ojos, hasta que el ataúd se llenó solo de polvo sucio y gris mezclado con algunos rastros de oro.

—Pero qué demonios...

Valiant miraba atónito, pero Jacob respiró aliviado. La magia del verdugo de las brujas seguía surtiendo efecto. Y se había buscado un nuevo lugar, como un pájaro que hubieran dejado salir de la jaula.

Zorro estaba ya junto a una ventana y miraba las ruinas.

Sobre la Ciudad Muerta, una sombra se desprendía de la noche. Tomaba cuerpo solo lentamente, pues lo que se formaba a partir de ella era gigantesco. Torres, almenas, muros. Al principio eran transparentes como cristal sucio, pero después devinieron piedras, pálidas como el polvo que llenaba el ataúd.

El palacio, que crecía como un pétreo cardo en la noche, no había sido construido para impresionar por su belleza. Solo debía hacer una cosa: enseñar a temer. En los muros llenos de

almenas se distinguían, desde lo lejos, las jaulas en las que Gismundo había dejado morir de hambre a amigos y enemigos, y debajo de ellas Jacob vio la Puerta de Hierro. Si las historias que se habían contado en la época del verdugo de las brujas eran reales, despertaría a la vida mortal en cuanto un enemigo exigiera entrar. A un cazador de tesoros que quería robar la ballesta de Gismundo seguramente no se le consideraba un amigo.

Primero tienes que lograr llegar hasta la puerta, Jacob.

• • •

Fuera, el gigantón seguía apilando piedras sobre el cadáver del otro. Cuanto más alto las apilaba, más significado otorgaba al muerto. Cualquier amigo o familiar que visitaba la tumba de un gigantón depositaba otra piedra encima, de forma que a veces los monumentos fúnebres llegaban a alcanzar el tamaño de una pequeña colina.

El príncipe seguía inconsciente. El gigantón le había jugado una mala pasada, pero sobreviviría. Jacob no estaba seguro de si era una noticia buena o mala. Imaginarse a Louis en un trono no era necesariamente un pensamiento tranquilizador.

—¡Su padre os usará para dar de comer a sus perros! —gritó Lelou con voz aguda—, y ordenará que se le sirva vuestro corazón para desayunar...

—... y liará cigarrillos con nuestra piel. Ya sé —dijo Jacob sacando el cuchillo e inclinándose sobre Louis.

Lelou lo observó con atónito espanto, como si se hubiera tragado la lengua.

—Sí, es una lástima que no pueda venir con nosotros —dijo Jacob mientras cortaba unos mechones del cabello rubio blanquecino de Louis—. Estoy seguro de que la Puerta de Hierro le habría dado una bienvenida bastante más calurosa que a mí.

—¿De qué sirve eso? —preguntó Valiant—. ¿Quieres venderles un mechón a todas las chicas que miran con anhelo su cuadro y sueñan con convertirse en reinas de Lothringen?

Jacob le dejó a deber la respuesta al enano. No había estado nunca tan agradecido de que Alma le hubiera enseñado cosas que, en realidad, las brujas no desvelaban a ningún humano. Ella le había arrancado un pelo una vez y lo había enroscado alrededor de su flaco dedo. «Esto de aquí dice más de ti que tu sangre», había dicho. «Cada uno de tus cabellos revela quién eres y de dónde procedes. Pero vosotros, los humanos, los dejáis en peines y cepillos, sin comprender que unos simples mechones permiten a cualquier extraño meterse una poderosa parte de vosotros en el bolsillo. A una bruja le basta el cabello que dejas en el suelo de un peluquero para crear un doble tuyo por unas horas».

Para eso no bastaría. Pero quizá la puerta de Gismundo lo tomara por un descendiente lejano. El intento valía la pena.

—¡No tenéis derecho! —la voz de Lelou temblaba de ira—. ¿Cazador de tesoros? ¡Sois un sucio ladrón! ¡La ballesta pertenece a los herederos de Gismundo!

Jacob se incorporó.

—Sí, pero ¿por qué sus hijos no la han venido a buscar? ¿Tú qué crees, Lelou? —preguntó guardando el cabello de Louis en una de las bolsas engañosas vacías—. Es posible que no hayan

estado siquiera en su cripta. ¿Tu única explicación es que el verdugo de las brujas fue un padre terrible y que al final se volvió loco? ¿Ordenó, como se dice, matar a su madre y por ello renegaron de él? ¿O estaban demasiado ocupados haciéndose la guerra unos a otros?

Arsene Lelou presionó los descoloridos labios. Pero, como era de esperar, no pudo reprimir las ganas de vanagloriarse de sus conocimientos.

—¡Creían que su padre quería matarlos! —gangueó—. Por eso nunca fueron a la cripta. Por eso nunca ordenaron buscar la ballesta. Estaban seguros de que Gismundo encontraría una forma de matarles.

Valiant emitió un gruñido incrédulo:

—¿Por qué iba a hacerlo? Necesitaba un heredero.

Lelou se limitó a hacer bailar sus ojos de forma sarcástica:

—El verdugo de las brujas estaba loco. No quería que nadie subiera a su trono, ni siquiera sus hijos. ¡Quería que el mundo comenzara y finalizara con él!

Zorro se acercó a Jacob.

—¡Debemos marcharnos! —dijo en voz baja.

Sí, debían, pero Jacob seguía reflexionando sobre lo que Lelou había dicho. Quizá no fuera una buena idea llevar consigo el cabello de Louis. Jacob tiró de Zorro.

Detrás de ellos, Lelou recitaba cada historia de terror que se había escrito sobre el palacio o la Ciudad Muerta. Jacob las conocía todas.

Sacó el collar del bolso que la nieta de Ramee, y antes que ella quizá la hija de Gismundo, había llevado.

—Te traeré a cambio un colgante —dijo mientras se lo colocaba a Zorro alrededor del cuello—, el más hermoso que pueda encontrar en el palacio de Gismundo. Pero déjame ir solo. ¡Por favor! Es demasiado peligroso. Regresaré con la ballesta. Lo prometo.

En respuesta, Zorro le puso la mano en el corazón, allí donde la polilla del hada lo cubría:

—¿Qué puede ser peor que la casa del barbazul? —preguntó—, ¿o peor que esperar aquí por ti?

A una señal de Valiant, el gigantón abrió una brecha en la cerca.

El enano le alcanzó dos velas a Jacob.

—No fueron fáciles de conseguir —dijo—. Tus deudas aumentan cada vez más. Os esperaré aquí. ¡La cripta fue suficiente para mí, pero que no se te ocurran ideas estúpidas! Os encontraré si intentáis hacerme perder mi parte, y créeme, puedo ser aún más desagradable que el encorvado.

—Lo recordaré —dijo Jacob.

Y siguió a Zorro a través de la cerca deformada.



58

Ventaja

Al hombre de las aguas le chorreaba su propia pálida sangre de los dedos cuando Nerron le cortó las ataduras. Se había escoriado varias escamas de los brazos para liberarse. Con seguridad, una parte de su carne color verde oliva se había quedado también pegada a la rueda del carruaje, pero no pestañeó.

Naturalmente les habían quitado las armas.

Te has dejado tomar el pelo por un príncipe más estúpido que cualquier caballo que hayas montado nunca, Nerron.

Vieron el palacio ya desde lejos. El enano había traído, pues, el cadáver de Gismundo. Nerron estaba enfermo de rabia cuando dirigió el catalejo a la atalaya ante la cual debía celebrarse el intercambio. Un montón de piedras apiladas, que se parecían sospechosamente al monumento fúnebre de un gigantón, y, delante de ellas, unos muertos. No podía divisar quiénes eran, pero el gigantón que se inclinaba sobre ellos no se podía pasar por alto. Se trataba de un vigoroso ejemplar. ¡Pero qué demontre de encorvado había pasado allí!

—¿Ves a Louis? —Nerron estaba feliz de que el odio en la voz del hombre de las aguas no le concerniera a él.

Sacudió la cabeza.

—Quiero oír cómo se rompe su principesco pescuezo... —susurró Eaumbre—. O estrujarle el

cuello hasta que su estúpida cara se tiña del azul del cielo.

Había hombres de las aguas que pasaban años intentando cazar a un hombre que los había ofendido o mentido. Eaumbre había sido muy paciente con Louis. Pero a Nerron le daba igual si el príncipe aún vivía. Todo lo que le interesaba era si Reckless estaba entre los muertos. En cualquier caso, la información no valía una pelea con un gigantón.

Volvió a colgarse el catalejo del cinturón.

Eaumbre examinaba las ruinas y el palacio, que estaba dispuesto como una corona de piedras alrededor de la montaña:

—El verdugo de las brujas poseía más tesoros que la simple ballesta, ¿no es cierto?

—Probablemente.

Eaumbre se pasó la mano por los brazos heridos:

—Si Louis está allí, lo quiero para mí —susurró.

—¿Y si no es el caso?

El hombre de las aguas enseñó los dientes:

—... confío en encontrar suficiente oro para consolarme.



59

La ciudad muerta

Fachadas erosionadas. Columnas reventadas. Arcos. Escaleras que conducían a la nada. En el propio esqueleto de la Ciudad Muerta se percibía lo espléndida que había sido una vez. La calle que seguían giraba de forma empinada junto a las casas derruidas. El silencio entre ellas era tan negro como la noche sin luna. Jacob tomó el primer rostro por decoración, el legado de un cantero de mucho talento. Pero en todas partes miraban como fósiles desde los descoloridos muros. Mujeres, hombres, niños.

Las historias eran ciertas. Gismundo se había llevado consigo a la muerte a toda la ciudad. *¡Quería que el mundo se detuviera con su muerte! ¡Que empezara y acabara con él!* Escarabajo listo.

El verdugo de las brujas los había inmortalizado en la piedra de sus casas. ¿Qué los había matado? ¿Su último aliento? ¿Había muerto con la maldición en los labios? Jacob creía oír sus voces en el viento que atravesaba las calles desiertas. Suspiraba y gemía, soplaba follaje muerto y desprendía erosionadas piedras de los muros, que los siglos habían desteñido como huesos. Unos enjambres de fuegos fatuos los salpicaron de luz y unos pinzones de la peste picoteaban nerviosos entre los adoquines reventados. Por lo demás, nada se movía en las abandonadas calles con sus ribetes de rostros muertos.

Se abrían paso a través de las ruinas de una torre cuando, tras los restos de un monumento,

salió un hombre. Jacob le cortó el brazo antes de que le pudiera enterrar a Zorro una guadaña oxidada en la espalda. Su ropa estaba cubierta de fragmentos de cristal y metal. Uno de los predicadores. Su mirada estaba tan vacía como la de los muertos en los muros. Otros seis aguardaban bajo un arco del triunfo, cuyo mármol erosionado celebraba la victoria de Gismundo sobre Albión y Lothringen. Lucharon de forma tan encarnizada como si defendieran una ciudad viva, pero por suerte sus armas eran viejas y no estaban demasiado bien alimentados. Jacob mató a tres y Zorro disparó a otro antes de que este pudiera empujar a Jacob contra los muros encantados. El resto huyó, pero uno de ellos se detuvo tras unos pasos y gritó una maldición en un dialecto que se hablaba en esas montañas. No dejó de gritar hasta que Zorro le disparó delante de los pies de forma amenazante. La maldición era superstición, nacida del desamparado miedo ante la verdadera magia, pero el grito atrajo a más de esas figuras andrajosas. Emergían de todas partes entre las ruinas. Algunas solo estaban de pie y los seguían con la mirada o les lanzaban piedras. Otras les salían al paso caminando torpemente con oxidadas horcas o palas que habían robado a algún campesino.

Tuvieron que matar a cuatro más antes de que les dejaran en paz, pero Jacob estaba seguro de que delante del palacio les aguardarían más. Los modernos caballeros de Gismundo... Jacob se preguntaba si la magia que anidaba en las ruinas les inspiraba custodiarlas o si el temor a la propia mortalidad y la esperanza de encontrar allí una puerta, a través de la cual se pudiera escapar del fatal final, los llevaba a ese lugar de muerte.

No tan distinta a la esperanza que te ha traído aquí, Jacob.

Se acercaban al palacio solo lentamente. Una y otra vez, los escombros bloqueaban el camino, puentes hundidos... escaleras desmoronadas... Jacob se sentía como si hubiera vuelto a quedar atrapado en un laberinto. Pero esta vez Zorro estaba con él y el propio miedo a la muerte no era nada comparado con el miedo que había sentido por ella en el laberinto del barbazul.

Las ruinas a su alrededor seguían creciendo en el cielo nocturno. Algunas tenían muros que habían sido contruidos en forma de rejas de piedra. Dragoneras. Habían estado directamente debajo del palacio. La calle subía de forma cada vez más empinada y Jacob sentía lo mucho que las cortas peleas con los predicadores le habían agotado. *Te mueres, Jacob*. Pero las palabras no parecían significar ya nada. Como si las hubiera pensado demasiadas veces.

Una dragonera más. En los muros se perfilaban, en vez de rostros, gigantescas bocas, nucas dentadas, alas y colas con pinchos. Se decía que Gismundo había capturado a cientos de dragones para utilizarlos en sus guerras. En vez de las rocas con que se alimentaban, les había arrojado campesinos y soldados enemigos para comer, brujas, trolls, enanos. Eso los había vuelto furiosos, como vacas a las que se alimenta con carne.

Una última dragonera. En la calle de delante había estampadas garras gigantescas. La escalera ante la que acababa era aún más ancha que la escalera que había descendido a la cripta de Gismundo. Esta subía y era tan alta que un ejército hubiera podido formar filas en sus escalones. *Cien pasos hasta la Puerta de Hierro y detrás de ella cien formas de morir*. Jacob ya no recordaba dónde había leído esas palabras. Estaba tan exhausto que apenas recordaba cómo había llegado hasta allí. El pecho le dolía a cada escalón, pero Zorro caminaba junto a él.

La plaza donde acababa la escalera estaba cubierta de nieve, y las nubes que había encima

flotaban tan bajas que las torres del palacio desaparecían en su neblina. De los grises muros colgaban las jaulas de oro, tras cuyos barrotes se seguían viendo los despojos de los prisioneros de Gismundo. El palacio entero parecía que hubiera sido maldecido el día anterior y no hacía siglos.

La Puerta de Hierro brillaba como un sello en los muros. El hierro relucía como el peto de un rey. Jacob no vio cerrojo ni pestillo, solo una guirnalda de calaveras y el escudo de armas que habían visto en la cripta.

Los cuerpos andrajosos que yacían delante de la puerta eran más recientes que los tristes despojos de las jaulas. Algunos tenían las manos carbonizadas o los brazos quemados hasta los codos. Otros tenían terribles mordeduras. Los predicadores habían creído que la entrada al cielo por fin se les había revelado, pero en su lugar habían llamado a la puerta de un brujo.

Jacob sentía la misma oscuridad que se habían encontrado en la cripta como un puño que se cerraba tras la puerta. Y todo lo que llevaban consigo era un puñado de cabellos del príncipe y lo que había aprendido como cazador de tesoros en los doce años que había estado en ese mundo. Zorro apartó a un muerto del camino. *Y la tienes a ella, Jacob.*

En cuanto Zorro se acercó a ella, la puerta comenzó a arder al rojo vivo cual metal en la fragua de un orfebre.

Jacob sacó la bolsa con el cabello de Louis del bolsillo. Su única esperanza era que la puerta los dejara pasar como amigos. *Una muy débil esperanza, Jacob.* La tarjeta de Earlking estaba pegada a la bolsa.

No necesitas el cabello del príncipe.

Zorro miró por encima de los hombros de Jacob. La tinta verde seguía escribiendo.

Debes apresurarte, mi amigo.

Tenías que haber matado de un disparo al goyl.

La ballesta está tan cerca.

Amigo. La palabra no había sonado falsa. Jacob alzó la mirada hacia la Puerta de Hierro. El Hada Roja también había estado muy dispuesta a ayudarlo. Tiró la tarjeta y sacó el cabello del príncipe de la bolsa.

En la escalera apareció otro predicador. Zorro lo apuntó con la pistola, pero él siguió caminando hasta que vio los cadáveres. Su sucio abrigo estaba tan repleto de metal y cristal que realmente semejava una armadura. La puerta al cielo. Zorro lo derribó mientras él miraba incrédulo a los muertos. Llevaban demasiado tiempo allí. Unas horas más y se prenderían también cristal y hojalata en la ropa.

Jacob dio un paso hacia la puerta. Era tan alta que un gigantón hubiera podido cruzarla con él

en sus hombros. La mayoría de los palacios de la época de Gismundo tenían puertas que habían sido hechas a medida de la estatura de los gigantones. Algunos habían servido al propio Gismundo.

Jacob metió la mano en la bolsa con el cabello del príncipe. Sus dedos olerían al agua de colonia de Louis. Un desagradable pensamiento. Cerró el puño con los mechones rubio ceniza. Louis solo estaba lejanamente emparentado con Gismundo, por lo que su cabello solo actuaría como una contraseña susurrada en voz muy baja, pero era su única esperanza de no ser reconocidos como enemigos.

A Jacob no le habría sorprendido que la puerta le fundiese la piel de los dedos. Existían informes sobre monstruos que se formaban de su hierro, y por los cadáveres que tenían a su alrededor, parecía que se hubieran topado con ellos. Sin embargo, en cuanto extendió la mano, el brillante metal reventó como la piel de un fruto demasiado maduro. Se dividió en dos hojas, de las que crecieron pomos en forma de yemas de hierro. Se convirtieron en cabezas de lobo y Jacob sintió el viento que acariciaba el metal incandescente mientras los dientes iban saliendo de los afilados hocicos, hasta que toda la puerta volvió a brillar en un frío gris.

No necesitas el cabello del príncipe.

¿Qué había sido aquello? ¿Una mentira para matarle como a los hombres andrajosos que había a su alrededor? No importaba...

Intercambió una mirada con Zorro.

Las ganas de caza. ¿Los unía eso más que todo lo demás?

Ella le sonrió. Sin temor. Pero Jacob seguía viendo el miedo blanco que le había dado a beber en la cámara del barbazul. Los dos habían aprendido en los últimos meses dónde acababa su audacia.

Cerró las dos manos alrededor de las cabezas de lobo. Necesitaría toda la fuerza que aún le quedaba para abrir las pesadas puertas de hierro, pero estas se abrieron sin resistencia, con un suspiro que sonaba como el estertor que la cabeza de Gismundo había dejado salir de sus labios dorados.

El aire que les salió al encuentro era glacial, y la oscuridad que aguardaba detrás de la puerta era tan completa que cegó a Jacob durante unos pasos. Pero Zorro lo agarró del brazo hasta que sus ojos se hubieron acostumbrado a las tinieblas. La sala en la que se encontraban estaba vacía, a excepción de las columnas que sostenían el techo y que se perdían encima de ellos en la oscuridad. El eco de sus pasos se quedó prendido entre los altos muros como el aleteo de unos pájaros extraviados.

Zorro miró a su alrededor buscando algo, cuando el llanto de un niño atravesó el silencio. El grito de una mujer se mezcló con él, las voces de hombres riñendo.

—¡Detente! —le susurró Jacob a Zorro.

Las voces bajaron de tono como si se alejaran, pero seguirían oyéndose durante horas hasta extinguirse del todo. Los pasos de los muertos. Un hechizo del oscuro brujo. Cualquier paso que dieran despertaría el pasado: palabras que se habían dicho, susurrado o gritado. Y no solo palabras. Dolor, rabia, confusión, locura. Cualquier sentimiento cobraría forma. La oscuridad que los rodeaba estaba tejida de tenebrosos hilos. Debían ser sigilosos o se ahogarían en ellos.

Jacob pudo distinguir tres pasillos en la oscuridad. Por lo que veía, no se diferenciaban en nada. Sacó del bolsillo las velas color amarillo pálido que Valiant le había dado. Zorro y él ya habían utilizado velas como esas en otros lugares cuando debían separarse. Tan pronto una se apagaba, la otra también lo hacía. Zorro sacó cerillas del bolsillo. Después, en silencio, cogió una de las velas prendidas de Jacob. Las voces volvieron a subir de tono en cuanto sus pasos resonaron sobre las baldosas. Gismundo había matado a la mayoría de las brujas, a las que había robado sangre y magia, en los calabozos de ese palacio. Los gritos de mujeres se volvieron tan sonoros que a Zorro le resultaba visiblemente difícil continuar. Se volvió una vez más hacia Jacob antes de que la luz de su vela se perdiera en uno de los pasillos. Eligió el del medio.

¿Izquierda o derecha, Jacob? Se dirigió hacia el izquierdo.



60

La piel correcta

Uno de los predicadores tenía una herida reciente de espada. Nerron le disparó antes de que los sucios dedos le pudieran escribir la locura en la piel. El hombre de las aguas había tocado a uno de ellos, pero eso no parecía inquietarlo. Quizá se consideraba inmune contra la locura humana. Pronto hasta al propio Eaumbre le quedó claro que las huellas que seguían no procedían de Louis, pero no se volvió. El palacio que se alzaba sobre las ruinas era un destino demasiado tentador.

Le recordaba a Nerron las fortalezas que un clan de goyl de piedra de luna había construido hacía mucho tiempo contra los ónix. Kami'en las utilizaba entretanto como cárceles porque se encontraban profundamente bajo tierra.

Los locos andrajosos fueron el único peligro que se encontraron en las calles vacías, y la mayoría dejaba que el hombre de las aguas les disparara como en el tiro al plato. Parecía como si, en todos esos siglos, la magia del verdugo de las brujas se hubiera descompuesto al igual que la ciudad que había gobernado. A Eaumbre le alteraron los rostros petrificados que miraban desde los muros, pero a Nerron le dejaron frío; solo demostraban lo que los pieles blandas se parecían a los de su especie.

Cuando alcanzaron la escalera que subía al palacio, encontraron las huellas de Reckless y de la zorra como manchas de incendio sobre los escalones nevados. La nieve caía cada vez más densamente, diminutos copos glaciales que Nerron sentía como pinchazos sobre la piel de piedra.

Odiaba el frío, y por un momento anheló con tanta intensidad el cálido seno de la tierra que se sintió mal. El hombre de las aguas, por el contrario, se frotó en silencio la nieve en la piel seca antes de ascender.

La vista que les aguardaba al final de la escalera constataba que las historias sobre el Palacio Perdido y su Puerta de Hierro no habían nacido únicamente de la fantasía de un poeta. Los muertos carbonizados y mordisqueados las convertían en realidad, pero Nerron no pudo encontrar a Reckless o a la zorra entre los muertos.

¿Dónde estaban? Las huellas de la nevada plaza solo admitían una respuesta: su competidor ya estaba dentro del palacio.

Maldición. ¿Cómo?

El hierro comenzó a arder al rojo vivo tan pronto Nerron se acercó a la puerta. Eaumbre tiró de él cuando el metal se convirtió en una boca. Bocas, garras. La puerta entera despertó a la vida. Nucas dentadas se arquearon, zarpas escamosas, rojas como la lava, sacaron garras de hierro.

El hombre de las aguas cayó sobre los muertos cuando retrocedió tambaleándose.

Pero Gismundo no había esperado a un cazador de tesoros con piel de piedra. En su época, los goyl en la tierra no habían sido más que un tenebroso cuento de hadas.

Contra las garras, Nerron sacó una de las camisas de lagarto que Kami'en y Hentzau habían rescatado de la Boda Sangrienta, y el machete de jade que había hecho tallar a un orfebre expresamente para la Puerta de Hierro; atravesó cuellos y zarpas como si la puerta de Gismundo solo alumbrara monstruos de cera caliente. Nerron golpeó y clavó hasta que su ropa se quedó rígida a causa del frío hierro. ¡Reckless no estaba entre los muertos, por lo que había una forma de entrar! Partió una cabeza antes de que la boca envolviera su cráneo, cortó zarpas que echaban docenas de garras afiladas como agujas. Reckless no estaba entre los muertos. ¡Había una forma de entrar!

Los brazos ya le pesaban cuando por fin el hombre de las aguas acudió en su ayuda. El calor del hierro le escaldaba la piel, pero no peleaba mal. Pronto acabaron enterrados hasta las rodillas en metal despedazado. El propio jadeo resonaba en sus oídos. *¡Reckless no está entre los muertos, Nerron! Maldición, existe una forma de entrar.* Y efectivamente: de pronto el hierro siguió siendo hierro y la puerta formó un friso de calaveras. El escudo de armas de Gismundo apareció sobre el metal aún incandescente y se abrió una hendidura apenas perceptible.

Tocar el hierro caliente dolía, a pesar de la piel de piedra de Nerron. Dolía tanto que creía notar cómo se fundían sus huesos. Pero el dolor era algo a lo que los goyl concedían menos importancia que los humanos y finalmente Nerron embutió los dedos en la hendidura. El orificio que consiguió abrir en el hierro apenas bastaba para abrirse paso por él. El hombre de las aguasapestaba a pescado guisado, hasta que por fin se acercó a él y, detrás de ellos, la puerta se cerró con un ruido que sonó como el golpe sordo de una campana.

El frío que los recibió arrancó un gemido de alivio al hombre de las aguas, y el mismo Nerron se sintió agradecido por el alivio que trajo a su piel quemada. Olfateaba la magia del brujo en la oscuridad que los rodeaba, como el pelaje de un gato negro. Eaumbre lo miró asustado cuando oyó las voces, pero Nerron sonrió. Un hechizo de pasos. Había conocido a un cazador de tesoros que, por su culpa, había perdido el juicio en un palacio encantado, pero nada dejaba un rastro mejor. En

cuanto se despertaba a las voces, se las oía por muchas horas. Solo había que seguirlas.

—¡Quédate aquí y vigila la puerta! —le dijo al hombre de las aguas.

Quizá Reckless ya estuviera de vuelta con la ballesta. Pero Eaumbre negó con la cabeza.

—¡No, gracias! —susurró—. He sido bastante tiempo el vigilante de la puerta. ¿Todo lo que encuentre me pertenece?

—Todo salvo la ballesta.

El escamoso rostro hizo una mueca y esbozó una sonrisa de desdén.

—Tienes razón. Lo había olvidado. No necesitas una ballesta —murmuró Nerron—, pero con seguridad encontrarás aquí tesoros que podrás poner a los pies de una chica. Estoy seguro de que te alcanzarán para una docena de ellas.

La mirada de seis ojos se volvió glacial:

—Solo amamos a una. Durante toda su vida.

—Claro. Solo que no viven lo suficiente bajo vuestra protección.

Nerron se acercó al primer pasillo y aguzó el oído. Nada. Pero de los dos siguientes llegaban las voces de los muertos. Por lo visto Reckless y la zorra se habían separado. No había tiempo que perder cuando la muerte anidaba en el pecho de uno.

El hombre de las aguas desapareció sin decir palabra en el primer pasillo. Nerron se decidió por el izquierdo.



61

En la meta

Jacob había estado ya en muchos palacios encantados. Cualquier puerta podía significar peligro, cualquier pasillo acabar en una trampa. Las escaleras desaparecían. Las paredes se abrían. Pero no allí. Puertas, salas y patios abiertos. El palacio de Gismundo lo inhalaba como las fauces de un animal, en cuyas entrañas de piedra el pasado fermentaba como un indigesto veneno.

Los caballos escarbaban en cuadras vacías. Las armas tintineaban en patios abandonados, sobre los que oscuras nubes continuaban ocultando las estrellas. Voces de niños salían a su encuentro desde habitaciones abandonadas. Perros invisibles le gruñían. Y una y otra vez resonaban gritos a través de los tenebrosos pasillos y salas. Gritos de miedo. Gritos de dolor... Jacob creía sentir la locura de Gismundo como roña sobre la piel.

Encontró habitaciones llenas de tesoros hasta los techos y cuartos de armas con armaduras y espadas tan valiosas que una sola de ellas habría bastado para restaurar el castillo de Valiant, pero Jacob apenas se dignaba mirarlos. ¿Dónde estaba la ballesta?

Se preguntó si habría sido mejor haber escogido el otro pasillo, y miraba continuamente la vela que tenía en la mano, pero su llama ardía sin turbarse. Zorro tenía tan poca fortuna como él.

Debes apresurarte, mi amigo.

Tenías que haber matado de un disparo al goyl.

Se volvió una docena de veces, porque creyó oír pasos a su espalda, pero únicamente lo

seguían los fantasmas que él había despertado. Quizá se trataba de la magia de Gismundo, que los haría errar infinitamente a través de su palacio hasta que se hubieran perdido en su pasado y se convirtieran ellos mismos en uno de los fantasmas cuyas voces los seguían.

Otra puerta más.

Abierta como las demás.

La sala que había detrás parecía haber sido la sala de la audiencia una vez. Las baldosas estaban pisoteadas por incontables botas y el hollín de las antorchas apagadas hace tiempo estaba pegado sobre el erosionado enlucido. Jacob sentía la rabia como si de un fuerte humo se tratara, confusión, odio. Las voces susurraban y murmuraban, atenuadas por el temor.

Sigue, Jacob.

La puerta al final de la sala llevaba el escudo de armas de Gismundo.

Entró... y respiró profundamente.

Había alcanzado la meta.

La sala del trono de Gismundo no conjuraba el pasado mediante voces. Jacob solo oía el eco de sus propios pasos resonando en el silencio, pero, como en la cripta, las imágenes que allí había despertaban también a la vida el mundo perdido de Gismundo en techos y paredes. Enjambres de fuegos fatuos desprendían los colores de la oscuridad. Campos de batalla, palacios, gigantes, dragones, un ejército de enanos, una flota hundida, la ciudad que se desmoronaba fuera, llena de humanos. Los frescos habían sido pintados con tal maestría que Jacob olvidó por unos instantes el motivo por el que había ido allí. En especial el cuadro en la pared izquierda lo hizo detenerse. Un grupo de caballeros corría empuñando sus espadas a través de un arco de plata. Las guerreras que llevaban puestas eran blancas como las de los caballeros de Gismundo, y el emblema que había en ellas era también una espada roja, pero sobre ella brillaba una cruz roja... ¿Dónde la había visto antes? *Los Hermanos de la HH Espada, Jacob.* Una orden de caballería de su mundo, extinta hacía más de ochocientos años, después de haber desestabilizado extensas partes del norte de Europa... Jacob miró el arco. Estaba cubierto de flores de plata.

Jacob se había preguntado siempre si existía un solo espejo.

La respuesta, por lo visto, era no.

Miró a su alrededor buscando. En el centro de la sala había un trono. Una estrecha escalera conducía a lo alto del sillón de piedra. Cojines dorados cubrían los reposabrazos y el respaldo, y una imagen de Gismundo observaba fijamente a Jacob con la mirada vacía. Pero su mirada buscaba un espejo. Y allí estaba, al final de la sala. Era gigantesco, casi el doble de grande que el de la habitación de su padre. El cristal era igual de oscuro, pero las flores del marco no eran rosas sino lirios, como en el arco de la pared.

Junto a él había un esqueleto con un reloj de oro en las huesudas manos. En la época de Gismundo aún no habían existido relojes mecánicos en ese mundo. Aunque sí en el otro.

¡Jacob! Solo el dolor en su pecho le recordaba por qué estaba allí. Le volvió la espalda al espejo y se encaminó al trono.

La estatua que estaba sentada en él llevaba puesto el manto de brujo de pieles de gato, pero presentaba a Gismundo también como un rey guerrero. El yelmo, que encerraba su rostro, tenía la forma de las fauces abiertas de un lobo. Bajo el manto se veía una cota de malla larga hasta las

rodillas y la túnica blanca con la espada roja. Cuántas veces había visto Jacob el aro de plata que lo rodeaba, sin percatarse de nada. En ese momento no podía ver en él otra cosa que no fuera el marco de un espejo. Gismundo estaba sentado con las piernas muy abiertas, como un hombre que ha conquistado un mundo propio. Después de haber venido de otro.

Al pie de la escalera había un taburete. Sobre el cojín reposaba una ballesta.

Jacob sopló la vela.

Las baldosas sobre las que pisaba formaban un mosaico redondo que mostraba estaba plantado escudo de armas de Gismundo. El taburete con la ballesta estaba directamente sobre la cabeza del lobo coronado.

Jacob estaba a solo unos pasos del taburete cuando la polilla le mordió.

Cayó de rodillas. No vio, oyó o sintió nada salvo el dolor. Como si fuera ácido, le corroyó la última letra del recuerdo y el Hada Oscura recuperó su nombre. Después, la polilla se desprendió de su piel. Desprendió su velludo cuerpo de su carne, como si de un capullo sangriento se tratara, y batió las alas. Jacob oyó su propio grito de dolor resonar a través de la sala del trono y se retorció sobre el escudo de armas de Gismundo, mientras la polilla se marchaba revoloteando, de vuelta a su señora, llevándose consigo su nombre y su vida. Todo lo que dejaba atrás era su huella de carne cruda, y allí estaba él, aguardando a que su corazón se detuviera. Se atascaba y se aceleraba como si se aferrara a la última pizca de vida que aún existía en su cuerpo.

Levántate, Jacob. Pero no sabía cómo. Deseaba únicamente que el dolor acabara, que esa caza terminara. Que Zorro estuviera a su lado.

Levántate, Jacob. Por ella.

Sintió las frías baldosas a través de la ropa, sobre la piel, entumecida por el dolor.

Levántate.



62

Extinguida

Las voces eran horribles. Reñían. Gritaban. Lloraban. Aguardaban detrás de cada puerta y Zorro vagaba de habitación en habitación, de sala en sala; encontró oro y plata, botines amontonados sin orden ni concierto de ciudades saqueadas, arcas llenas de valiosas ropas, platos de oro sobre mesas vacías que, por un momento, trajeron el recuerdo del comedor del barbazul, camas bajo baldaquines color rojo sangre, muebles cubiertos con costras de joyas... La luz de la vela los desprendió como imágenes irreales de las tinieblas y todo ese esplendor se limitó a susurrar la locura de Gismundo. El palacio entero era un fantasma. Todas esas voces, toda esa tenebrosa hambre que lo llenaba... Toda esa vida muerta que no deseaba morir.

La titilante llama de la vela iluminó un cuarto de estudio. Libros. Mapas. Un globo terrestre. En el suelo reposaba la piel de un león negro, y el dibujo del tapiz que colgaba en la pared desvelaba que podía volar.

La vela se apagó.

Zorro sintió cómo su corazón comenzaba a latir más deprisa.

La había encontrado.

Jacob había encontrado la ballesta.

Mudó de forma. La zorra llegaría más deprisa junto a él.

Jacob viviría.

Todo iba bien.



63

La trampa

Ponte en pie, Jacob. El dolor comenzaba a remitir, pero su corazón seguía atascándose, como si cada latido pudiera ser el último.

Aun así, Jacob. Solo unos pasos.

Coge la ballesta. Zorro llegará enseguida.

Logró efectivamente levantarse.

¿Y si Zorro no lo encontraba a tiempo? ¿Quieres dispararte tú mismo la flecha en el corazón, Jacob? La imagen casi resultaba divertida.

De cerca, la figura que estaba sentada en el trono era tan real como si Gismundo la hubiera ordenado hacer de carne y hueso. La mirada muerta atravesó a Jacob cuando se acercó al taburete. *Cielos.* Sus pies se atascaban casi como su corazón.

—Se lo pones difícil a la muerte —el bastardo se separó sigilosamente de la sombra, como había hecho en la cripta.

¿*Dónde tenías los oídos, Jacob?* El error más viejo del mundo: olvidar la precaución cuando el tesoro estaba al alcance de la mano. Moriría como un principiante.

El bastardo contemplaba los cuadros de las paredes mientras se acercaba a él. Jacob echó mano del revólver, pero la muerte lo volvía lento, y el goyl lo apuntó con la pistola antes incluso de que hubiera sacado el arma del cinturón.

—No me obligues a acortar los últimos minutos de tu vida —dijo Nerron mientras apuntaba a la cabeza de Jacob—. ¿Quién sabe? Quizá te quede aún una hora. ¿Cómo abriste la puerta? El maldito hierro me ha quemado las manos incluso a mí.

—No tengo la menor idea —la ballesta estaba tan cerca que solo habría tenido que extender la mano, pero Jacob vio que el goyl dispararía. Había aprendido a leer en los veteados rostros. En ese momento le recordaba también al de su hermano—. ¿Quién te ha liberado?

—El hombre de las aguas. Tenía la sensación de que sería útil dejarlo con vida. Aunque en las últimas semanas le habría retorcido una docena de veces el escamoso pescuezo. —Nerron miró alrededor buscando—. ¿Dónde está la zorra?

Saca la pistola, Jacob. Inténtalo al menos. ¿Qué tienes que perder?

Pero quizá no quedaba simplemente suficiente vida en él.

Nerron se detuvo frente a él.

—Es muy hermosa y no es algo que suela decir de las mujeres humanas. ¿Crees que se dejaría consolar por mí? Al fin y al cabo también se marchó con el barbazul.

Sí, a Jacob le habría gustado matarlo de un disparo.

—Estoy seguro de que todos los diarios publicarán una necrología sobre el gran Jacob Reckless. —Nerron se dirigió a la ballesta, la pistola seguía apuntando a la cabeza de Jacob—. Quizá vengan a mí para escuchar cómo exhalaste el último suspiro. Te prometo que lo describiré de forma muy halagüeña.

Jacob pasó la mano sobre la sangrienta huella de su camisa. Tan cerca. Su mano temblaba:

—¿A quién se la venderás?

—Estoy seguro de que te sorprenderías.

Nerron agarró la ballesta.

Zas.

El tictac comenzó tan pronto el goyl levantó el arma del taburete, pero no se percató de ello. Al principio él tampoco comprendió, cuando se dirigió al borde del círculo... y se chocó contra una pared invisible. La maldición que profirió habría sido un honor para un enano. Intentó pisar otro punto del borde del mosaico, pero naturalmente las piedras no lo dejaban salir.

No era un consuelo para Jacob que el goyl fuera tan ciego como él, pero quizá podía autodisculparse diciéndose que el miedo a la muerte no volvía más listo.

Era una trampa. Desde el principio. Habían quedado atrapados en ella al leer las palabras en la cripta, y quienquiera que fuera el muerto cuyo cadáver habían encontrado allí no había sido el verdugo de las brujas. *¡Las uñas te habrían tenido que hacer desconfiar, Jacob! ¿Ni rastro de putrefacción? ¿Dónde tenías tu sentido común?*

Miró la figura sentada en el trono. El verdugo de las brujas estaba sentado frente a ellos, y la trampa que había colocado se había cerrado de golpe después de casi ochocientos años.

El bastardo arrojó con tal fuerza el taburete contra la pared invisible que los rodeaba que este se hizo astillas.

—¡Maldición! ¿Qué nos ha delatado?

Jacob se dejó caer sobre las rodillas:

—Nada —dijo—. Nos toma por sus hijos. Ese es el problema.

Sacó la bolsa con los cabellos de Louis del bolsillo y los lanzó lejos, aun cuando fuera demasiado tarde.

—La trampa estaba pensada para ellos, pero fueron más listos que nosotros. Se trata de un hechizo de tiempo.

Las brujas usaban relojes de arena, pero Gismundo había usado el reloj que había traído del otro mundo. *¡Lo viste, Jacob! ¿Dónde tenías tu sentido común?* Un círculo mágico y un reloj. No hacía falta más.

—Un hechizo de tiempo... —el goyl golpeó las garras contra la pared invisible. Sonó como si chocaran contra un cristal—. Nunca lo había oído. ¿Cómo actúa?

—A partir de este momento, cada minuto nos costará un año.

Llegaría, pues, a hacerse viejo.

Las brujas solían matar de esa forma a sus enemigos más odiados, pero el verdugo de las brujas no había tenido en mente ninguna venganza. *¡Tenías que haberte dado cuenta en la misma cripta, Jacob!*

—Cuando uno hechiza a sus propios hijos en el círculo —su voz sonaba ya más áspera—, consigue para uno mismo los años que les roba. Uno simplemente recupera la vida que se les ha brindado... cuantos más, mejor. A fin de cuentas, Gismundo no quería volver a nacer como un hombre viejo. Así que intentó atraer a los tres hasta aquí.

—¿Volver a nacer? —el bastardo miraba incrédulo la imagen de Gismundo.

—Sí. No es ninguna estatua. Es su cadáver. El verdugo de las brujas quería regresar de la muerte, aunque para ello tuviera que matar a sus hijos.

Tictac. El rechinar del reloj partía el silencio y Jacob sentía secarse su carne.

—Quizá habría funcionado con el mismo Louis —dijo—, pero nosotros no le serviremos. De todos modos, nos matará.

Y Zorro no podría hacer nada para liberarlos. Solo Gismundo podía romper el círculo. Jacob no sabía qué deseaba: que Zorro los encontrara aún con vida o mejor cuando todo hubiera acabado.

—¿Has oído, verdugo de las brujas? —gritó Nerron al muerto del trono—: ¡Has capturado a los erróneos! ¡Déjanos marchar! ¡Tus hijos no fueron tan estúpidos como nosotros y entretanto están tan muertos como tú!

Cada minuto, un año.

El bastardo se hundió de rodillas. Respiraba con tanta dificultad como Jacob, pero el hechizo apenas se notaría en él. La piel de goyl no envejecía.

—¡Admítelo! —gritó—. Admítelo. ¡He ganado!

Jacob cerró los ojos. No, no quería que Zorro los encontrara así. Quería que no los encontrara nunca y que todo aquello nunca hubiera sucedido. Pero ¿cómo había empezado todo? Cuando había cruzado el espejo. Si no lo hubiera hecho, nunca la habría encontrado y la zorra habría acabado en la trampa.

Levantó la mano. Parecía la de un hombre viejo.

No quería que lo encontrara así.



64

Vida y muerte

Zorro no entendía. Lo que veía era demasiado espantoso. Jacob en el suelo y, a su lado, el goyl. Cambió de forma mientras corría hacia ellos. Solo cuando estuvo cerca, vio la ballesta entre ellos.

Jacob.

Chocó contra una pared invisible cuando quiso acercarse a él. El aire que lo rodeaba estaba hecho de cristal, y Zorro vio el mosaico que había atrapado a Jacob y al goyl en un círculo de piedra. Un círculo mágico, pero ¿qué hacía con ellos? El bastardo parecía como siempre, aun cuando respirara superficialmente como un muerto. El rostro de Jacob, por el contrario, estaba tan demacrado que Zorro apenas lo reconocía. Su piel era como un pergamino, su cabello blanco como la nieve. No se inmutó cuando ella gritó su nombre, pero su consumido cuerpo se horrorizó cuando un tictac dividió el silencio.

El hechizo que robaba los años. Que hacía marchitarse a las personas como hojas.

Zorro miró a su alrededor confundida.

Los relojes de arena de las brujas robaban sigilosamente el tiempo a sus víctimas, pero encajaba con la crueldad del verdugo de las brujas que se apoderara de la vida de Jacob con un chirriante mecanismo de reloj. Zorro oía desplazarse las agujas mientras corría hacia el reloj.

Una esfera de oro en unas huesosas manos. Zorro intentó retroceder las agujas, pero no se podía, y finalmente renunció por miedo a que Jacob no recuperara los años robados si el reloj se

rompía. Imploró a la zorra, a todo lo que le había dado fuerzas siempre, pero las agujas no retrocedieron.

¡Por favor!

Zorro levantó la caja de las huesudas manos, pero ni siquiera pudo forzarla con el cuchillo. El espejo que colgaba junto al reloj, le mostró la desesperación de su propio rostro. Era tan grande que casi toda la sala quedaba apresada en su oscuro cristal.

Por un instante Zorro no comprendió lo que veía en él.

La figura que estaba sentada en el sillón del trono se movió.

Las manos enguantadas rodearon los brazos del sillón y la boca respiraba con dificultad. Gismundo giró la cabeza. Zorro se ocultó detrás de una columna antes de que su mirada la encontrara. El rostro apenas se reconocía bajo el yelmo, pero recordó la dorada imagen que había visto desde la puerta de la cripta. ¿Quién había sido el muerto del sarcófago? ¿Un doble que Gismundo había creado por medio de brujería? ¿Una envoltura sin alma, que había ocupado su puesto en el ataúd, impregnada de magia negra para que tomaran al cadáver por el suyo?

El verdugo de las brujas se puso en pie vacilante, pero el reloj, que Zorro sujetaba en las manos, seguía haciendo tictac. *Bien, Zorro, eso significa que sigue encontrando vida que poder robar.*

Gismundo miró en torno. Se apoyó en el sillón del trono y buscó a tientas la espada, que estaba apoyada en él. Sus manos temblaban. Naturalmente. La vida que estaba robando venía de un hombre moribundo... Zorro deseó tener consigo el sable de Jacob mientras sacaba el cuchillo. Un cuchillo contra una espada larga. No. Lo volvió a meter en el cinturón y sacó la pistola. El verdugo de las brujas no era un barbazul ni tampoco el sastre del Bosque Negro. Era una persona.

Se tambaleó al descender la escalera que había delante del sillón del trono. Con la respiración de Jacob, con su pulso. Los pelos de gato se arrastraban tras él, y en la mano sujetaba la espada.

Solo él puede romper el círculo, Zorro. Y después tenía que matarlo. Y confiar en que Jacob recuperara así la vida que el verdugo de las brujas le había robado. Se inclinó detrás de la columna cuando él volvió a mirar alrededor, y deseó llevar puesto el pelaje. *Aún no.* La zorra no podría matar a Gismundo.

Sus pasos eran inseguros como los de un sonámbulo. En el último escalón se detuvo y descendió la mirada sobre los hombres que su mágico círculo había atrapado. Solo dos hombres. Extraños. Zorro creyó oler su decepción. Su cuerpo debía de estar sediento de más vida.

Miró alrededor buscando.

No, no están aquí.

¿Qué percibía? ¿Dejaba la locura espacio para añorar ver a sus hijos, a pesar de haberlos querido matar? ¿Había colocado la trampa con el objetivo también de obligarles a estar a su lado, aun cuando no vinieran por amor sino por afán de poder? En cualquier caso, la sensación le resultaba seguro más familiar.

El verdugo de las brujas se quitó el yelmo. Seguía moviéndose aún de forma angustiosamente lenta, como si el cuerpo muerto simplemente no quisiera despertar. El cabello que emergió bajo el yelmo era gris, el rostro, arrugado y pálido. Gismundo. Gismundo... En Lothringen, su nombre se pronunciaba de forma distinta. Pero sus sobrenombres eran los mismos en todas partes: el Cruel,

el Codicioso. Naturalmente también le habían apodado el Grande.

Había olvidado el círculo. Chocó contra él, palpó con las arrugadas manos la pared invisible... y recordó.

—¡Venga, vamos! Tus víctimas están desde hace rato demasiado débiles como para escapar de ti y seguro que quieres recuperar la ballesta.

Las palabras le salieron de los labios casi de forma inaudible. Palabras de brujas.

Cuando el círculo mágico reventó, se oyó un ruido como de cristal haciéndose añicos. Gismundo conservaba la espada en la mano cuando se acercó a Jacob y al goyl. El sonido de la cota de malla era el único ruido que Zorro oía. La fatigada respiración de Gismundo. Y el tictac del reloj. Pero Jacob no se movía. Estaba tan quieto. ¿Y si ya había muerto?

No, Zorro. El reloj sigue haciendo tictac.

Lo dejó en el suelo detrás de las columnas antes de salir de su refugio. Gismundo se inclinaba en ese momento hacia la ballesta.

Zorro le disparó en el brazo que sujetaba la espada. Sí, solo seguía siendo una persona. El grito que profirieron sus descoloridos labios sonó como los gritos que resonaban a través de los pasillos del palacio. No estaba vivo, no estaba muerto. Un hombre que quería matar a sus hijos para no extraviarse en sus propias tinieblas. El verdugo de las brujas se volvió hacia ella y miró el arma que le había herido.

La siguiente bala se quedó prendida en su cota de malla.

¡Tienes que apuntar mejor, Zorro!

Sus labios se movieron mientras con el brazo herido levantaba la espada. Ella cambió de forma antes de que la maldición pudiera alcanzarla. Esta se limitó a acariciar a la zorra como una helada que atraviesa el pelaje. Zorro corrió hacia él. *Deprisa. Zorro.* Demasiado deprisa para su cuerpo, que seguía perteneciendo a la muerte más que a la vida. Gismundo empuñó la espada contra ella, pero no tenía fuerza, y Zorro dio las gracias al hada por la muerte que había sembrado a Jacob en el pecho. La zorra clavó los dientes en la carne, que olía a descomposición. Retrocedió de un salto cuando Gismundo cayó de rodillas, y cambió de nuevo la forma. Zorro y mujer, por siempre una. Una no era nada sin la otra.

El verdugo de las brujas se pasó la mano por el rostro. Su piel comenzaba a marchitarse. Empuñó la espada contra ella, pero su ataque fue tan débil que pudo pararla con el cuchillo, y antes de que pronunciara la siguiente maldición, Zorro le clavó la hoja en el indefenso cuello. La sangre que salió de la herida se convirtió en polvo mientras goteaba sobre la túnica blanca, y las manos, que se aferraban a su manto, se secaron antes de cerrar los dedos.

Zorro se apartó del muerto. El rostro estaba tan rígido como una talla de madera y los ojos miraban vacíos como el cristal. Un hombre viejo, nada más. Pero Zorro creía sentirlo aún en los muros que la rodeaban y en la oscuridad que llenaba la sala. Quería marcharse de allí.

Bajó el cuchillo y aguzó el oído.

El reloj estaba en silencio. Y Jacob se movía. Su cabello volvía a ser oscuro y su rostro, el rostro que ella amaba, pero a su lado estaba el bastardo y sostenía la ballesta en la mano.

No.

Zorro sacó la pistola, pero había utilizado la munición para el verdugo de las brujas.

El bastardo sonrió:

—Nunca te fíes de una zorra. Cuántas veces se lo he oído decir a mi madre. Son astutas y temen tan poco como tú la profundidad de la tierra, Nerron. ¿Qué habría dicho de que una de ellas me salvara la piel de piedra?

—¡Dame la ballesta! —Zorro sacó el cuchillo. En la hoja estaba pegada la polvorienta sangre de Gismundo—. ¡Estarías muerto si no fuera por mí!

—¿Y?

Un escamoso brazo le rodeó el cuello.

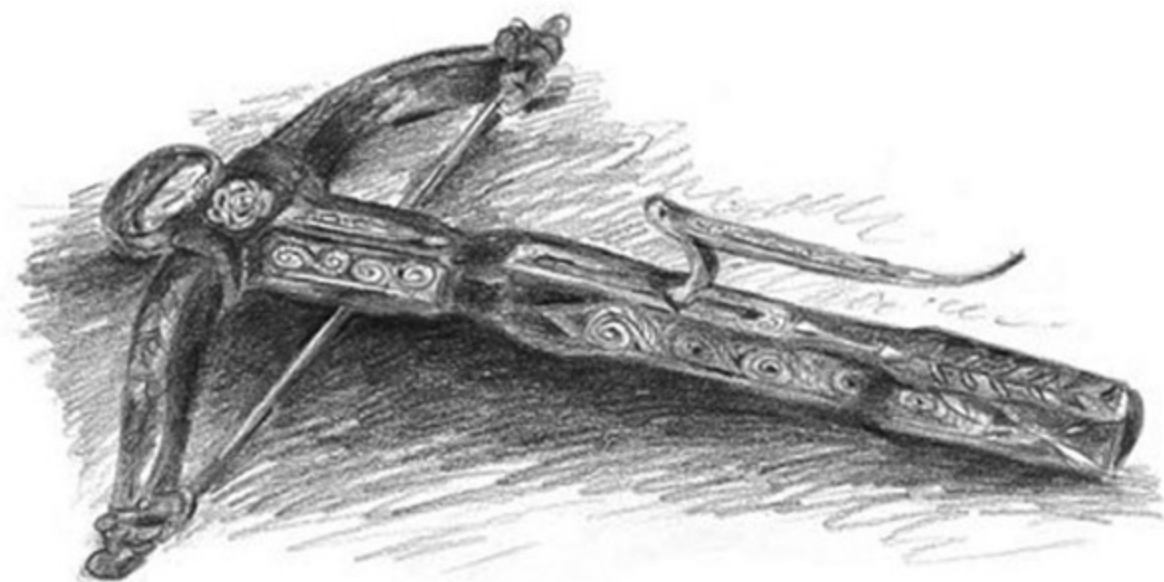
—Dicen que los mutadores de forma pueden hacer brujería —susurró el hombre de las aguas a Zorro—. ¡Demuéstramelo, zorra!

Llevaba una docena de collares de oro colgados del cuello, un abrigo de piel de unicornio y anillos de diamante en los escurridizos dedos. Zorro intentó soltarse, pero los hombres de las aguas eran fuertes.

Jacob quiso incorporarse. Su sangre dibujaba la huella de la polilla sobre su camisa.

La última mordedura.

Demasiado tarde, Zorro. ¿Dónde estabas?



65

El tercer disparo

Zorro... Jacob oía su voz y sentía sus manos. Pero en su cuerpo la vida luchaba con la muerte y la muerte era más fuerte. Se extendía en él, aun cuando su piel ya no semejara la de un hombre viejo. El precio del hada aún no había sido pagado.

Déjalo ya. Se acabó.

—¡No! —Zorro lo cogió por los hombros—. Jacob.

Él abrió los ojos.

El bastardo solo estaba a unos pasos de distancia:

—El verdugo de las brujas como un padre amoroso... —dijo pasando la mano sobre el mango de la ballesta bañado en oro—. Vaya estupidez. Nunca creí la historia del tercer disparo.

La flecha que había en la ballesta era negra como su piel. Le hizo una seña con la cabeza al hombre de las aguas.

—Quítala de en medio.

Zorro intentó sacar el cuchillo, pero el hombre de las aguas se lo arrancó de la mano de un violento golpe, y Jacob estaba demasiado débil como para simplemente levantar el brazo y así protegerla. Sentía cómo perdía la vida en cada inspiración. ¿Qué sería de Zorro? Eso era todo lo que podía pensar, mientras el rostro del bastardo se desdibujaba ante sus ojos. ¿Qué harían con ella? ¿Se la llevaría el hombre de las aguas secuestrada a algún charco o la mataría de un disparo

el goyl? No, escaparía. De algún modo...

—Fíjate en el astil. Como lo había imaginado. Es de madera de aliso. ¿Sabes lo que eso significa? —Jacob oía la voz del bastardo como en la lejanía—. No. Vosotros lo habéis olvidado. Pero los goyl lo recuerdan. Ellos han vivido más profundamente bajo tierra que nosotros, en sus palacios de plata. Elfos de aliso. Inmortales... astutos... y maestros en la fabricación de armas mágicas. Las hadas han destruido a la mayoría, pero en alguna parte de Cataluña dicen que aún hay una espada hecha por ellos. La magia es siempre la misma: el arma lleva la muerte a los enemigos de su dueño y la vida a sus parientes. Tenía la sospecha de que la ballesta era un arma de elfo de aliso desde que escuché la historia del tercer disparo por primera vez —el goyl pasó la mano sobre la madera rojiza—. Quién sabe... Quizá lo que pretendía Gismundo era matar a su hijo. Seguramente ya estaba loco en esa época, al fin y al cabo había bebido sangre de bruja durante años. Pero la ballesta no lo permitió.

Se acercó a Jacob.

—¿Cómo consiguió abrir la puerta? —preguntó a Zorro—. Fue fácil, ¿no? Simplemente lo dejó entrar.

Zorro no le respondió.

El bastardo tensó la ballesta.

—Él mismo me lo ha explicado. La magia del tiempo solo devuelve la vida si uno captura a un familiar. Yo no entro en consideración, pero Gismundo estaba bien vivo. Lo que significa...

Jacob apenas podía oír lo que el goyl decía. Su propio pulso sonaba demasiado fuerte, su fatigosa respiración... los últimos intentos de su cuerpo por seguir aferrándose a la vida.

—Por eso le dejó pasar la puerta. ¡Por eso fue más rápido que yo! —la voz áspera subió tanto de tono como si Nerron quisiera convencerse de que él era el dueño legítimo de la ballesta. Se sorprendió y las siguientes palabras volvieron a sonar de forma tan sarcástica y fría como siempre—. Sí, quién lo habría pensado —dijo—, Jacob Reckless lleva la sangre del verdugo de las brujas en las venas.

Jacob se habría reído de haber tenido suficientes fuerzas para ello:

—Tonterías... —casi no pudo pronunciar esa única palabra.

—¿Ah, sí? —Nerron retrocedió y levantó la ballesta.

—¡Déjame disparar! ¡Por favor! —la voz desesperada de Zorro partió en dos el murmullo en la cabeza de Jacob.

—No —prosiguió Nerron—. ¿Cómo vamos a comprobar, si no, que en este caso no se trata de amor?

El hombre de las aguas ahogó el grito de Zorro con la mano.

Y el goyl disparó.

Apuntó bien. La flecha se clavó en el pecho, exactamente donde su sangre le dibujaba la polilla sobre la camisa. El dolor detuvo el corazón y el aliento. *Muerto. Estás muerto, Jacob.* Pero oía su corazón. Latía vigoroso y sin estancarse. Hacía mucho tiempo que no latía de forma tan regular.

Abrió los ojos y cerró la mano alrededor del astil que le salía del pecho. Cada latido dolía, pero latía. Y la herida no sangraba.

Cerró la mano con más fuerza alrededor del astil. Su pecho estaba como entumecido, y consiguió arrancar la flecha de un tirón. No dolió ni la mitad que la mordedura de la polilla, y la punta de la flecha estaba tan reluciente como si la hubiera arrancado de la madera en vez de su carne.

El bastardo se acercó a él y le quitó la flecha de la mano.

—Suéltala —le dijo al hombre de las aguas.

Zorro temblaba cuando se arrodilló al lado de Jacob. De rabia, de miedo, de agotamiento. Jacob quería sacarla de allí, lejos de cámaras de barbazules y de palacios encantados.

Zorro lo miró incrédula cuando él se incorporó. La piel sobre su corazón estaba inmaculada. La propia herida que la polilla había dejado estaba curada. Se sentía tan joven como el día en que había salido con Chanute por primera vez a cazar tesoros.

El bastardo lo observaba con sonrisa sarcástica:

—Esta también sería una buena historia para los periódicos: por las venas de Jacob Reckless corre la sangre del verdugo de las brujas.

Cubrió la ballesta con una bolsa engañosa y metió dentro la flecha.

Jacob miró hacia el espejo. Quizá el bastardo tenía razón. Aunque no fuera como él pensaba.

—¿Sigues pensando en venderle la ballesta al encorvado o ha arruinado Louis las posibilidades de su padre?

Habla, Jacob. Gana tiempo.

Le había dado su palabra a Dunbar.

Zorro lo miró.

Dos contra dos.

—¿Qué precio pides? ¿Un palacio? ¿Una condecoración? ¿Un título? —Jacob volvió a mirar hacia el espejo. Zorro también lo había visto.

¿Y si se equivocaba? Valía la pena un intento.

—Digámoslo así... —el bastardo metió la bolsa engañosa en el bolsillo—, has recibido lo que querías. Yo recibiré lo que quiero.

—¿Y si te ofrezco un precio mejor? ¿Mejor que todo lo que Wilfred de Albión o los príncipes del este te puedan ofrecer?

—¿Y qué podría ser? Poseo un palacio entero lleno de tesoros.

—¡Tesoros! —Jacob se encogió de hombros con un gesto de desdén—. No me engañes. Te importan tan poco como a mí.

El bastardo no apartaba sus ojos de él. Los goyl aseguraban que los rostros humanos se podían leer como si fueran libros.

—¿A qué te refieres?

—A que los predicadores tienen razón.

La delgada boca esbozó una sonrisa sarcástica:

—La puerta al cielo...

—Yo no lo llamaría precisamente cielo. —Jacob sentía su recuperada vida como un narcótico. Había engañado a la muerte, ¿por qué no también al bastardo?—. Creo que tienes razón con la sangre —dijo—, pero no tiene nada que ver con el parentesco. Gismundo y yo solo procedemos

del mismo lugar.

El hombre de las aguas emitió un gruñido impaciente. Seguramente ya imaginaba el aspecto de la chica a cuyos pies dejaría, en alguna húmeda cueva, los tesoros de Gismundo. Leería cualquier deseo en sus ojos, pero no la dejaría marchar.

—¡Pronto estarán aquí! —susurró Eaumbre—. Los enanos... los hombres del encorvado... cualquier cazador de tesoros que se precie... ¡Vendrán todos, pero aún podemos trasladar a otro lugar la mayor parte!

—¿Por qué entonces sigues ahí? —respondió el bastardo—. Coge lo que quieras y desaparece. ¡Es todo tuyo!

La mirada de seis ojos con la que el hombre de las aguas observaba a Jacob parecía saber perfectamente a cuántos de sus semejantes habían capturado Zorro y él, y las víctimas que les habían hecho perder.

—Yo no me fiaría de ellos si fuera tú —le susurró a Nerron. Después se dio la vuelta y desapareció sin volverse a través de la puerta, que conducía a la sala de la audiencia.

Nerron guardó silencio hasta que los pasos del hombre de las aguas resonaron. Observó los cuadros que los rodeaban. Su mirada se detuvo en el arco de plata del que salían los caballeros de Gismundo, y, por un instante, Jacob vio en el veteadado rostro la nostalgia de un niño. Jacob casi sentía pena de no poder darle al goyl lo que anhelaba. Pero Dunbar tenía razón. Ciertas cosas no debían encontrarse nunca, y cuando se encontraban, el siguiente escondite debía ser mejor que el último.

Jacob pasó por encima del cadáver de Gismundo. ¿De dónde venía toda esa nueva vida que sentía en las venas? ¿Pertenece parte de ella también al verdugo de las brujas? Un pensamiento nada agradable.

—Estoy seguro de que las conoces todas igual de bien que yo —dijo mientras se acercaba al espejo—. Las historias sobre el origen de Gismundo. Que era el bastardo de un rey, el hijo de una bruja, el hijo de un demonio de pelo dorado... A nadie se le ocurrió pensar que provenía de otro mundo.

Jacob se detuvo frente al espejo.

—Esta es —dijo— la puerta que buscas.

El rostro de Nerron se fundió con el oscuro cristal cuando se acercó a él. Jacob notó en la cara del goyl que quería creerlo. Había aprendido a leer en el veteadado rostro.

—Demuéstraselo, Zorro —dijo.

Ella sabía, por supuesto, lo que tramaba. No era difícil de adivinar. Pero Zorro se apartó del espejo.

—No. Hazlo tú —el temor en su voz no era de mentira, y por un instante a Jacob le preocupó que no lo siguiera. Pero Zorro, al igual que él, le había hecho también una promesa a Dunbar.

La mirada de Nerron se cruzó con la suya en el oscuro cristal.

El mejor...

A Jacob no le habría importado cederle el título. Era una lástima que el bastardo también quisiera la ballesta.

—Venga, vamos —dijo Nerron—. Demuéstramelo.

No se percató de que Zorro se acercaba más a él. Él solo veía el espejo.
Jacob presionó la mano contra el cristal.



66

Un instante

Un instante. Jacob desapareció, y el bastardo olvidó qué era y dónde estaba. Y lo que llevaba en el bolsillo. Solo por un instante. Pero fue suficiente para la zorra. Más que suficiente.

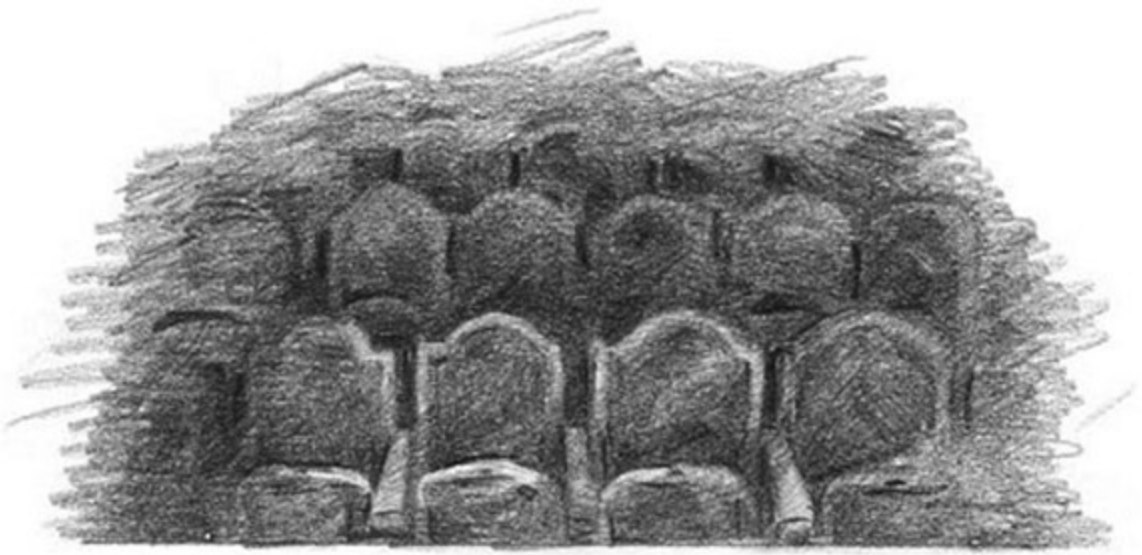
Zorro se colocó delante del espejo antes de que él pudiera cogerla, la bolsa en la mano. El grito de rabia de Nerron restalló en sus oídos cuando presionó la mano sobre el cristal.

Y después todo desapareció.

El goyl.

El palacio encantado.

Todo su mundo.



67

El otro lado

Zorro se dio la vuelta y Jacob agarró su mano. Recordó la sensación que producía perder el propio mundo por primera vez y encontrarse de pronto en otro. El mareo. La pregunta de si uno estaba soñando o despertándose. Sintió lástima por no poder dejarle más tiempo.

Jacob la apartó del espejo y destrozó el oscuro cristal con la culata del revólver. Dio golpes hasta que del marco de plata solo colgaron un par de afilados pedazos. Zorro se sobresaltó con cada golpe, como si él estuviera despedazando su mundo, y abrazó la bolsa que escondía la ballesta como si tuviera que aferrarse al único objeto que la unía a su mundo. Jacob se sorprendió de que su magia siguiera surtiendo efecto.

—¿Dónde estamos? —susurró Zorro.

Sí, ¿dónde?

A su alrededor estaba tan oscuro que Jacob apenas podía ver sus propias manos ante sus ojos. Tropezó con un cable y, al buscar apoyo, su mano agarró un pesado terciopelo.

—*Kto tu jest?*

El foco que se encendió sobre ellos era tan deslumbrante que Zorro se tapó los ojos con las manos. Los pedazos de espejo se astillaron bajo sus botas cuando retrocedió, y se enredó en una cortina negra. Jacob la agarró del brazo y la apartó a un lado.

Un escenario. Una mesa, una lámpara, dos sillas y, entre ellos, el espejo. Un atrezo. Nada más.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Se ocultaba desde hacía años entre polvorientos atrezos de teatro...? ¿Lo había usado alguien desde que Gismundo lo atravesara con sus caballeros, o había guardado su secreto desde entonces? ¿Cómo había llegado a manos del verdugo de las brujas? Tantas preguntas. Las mismas que Jacob se había formulado incontables veces sobre el otro espejo. ¿De dónde venían? ¿Cuántos había? ¿Y quién los había hecho? Había buscado largo tiempo las respuestas, pero el único indicio que tenía era la hoja de papel que había encontrado en un libro de su padre.

Otros dos focos se encendieron. Filas de asientos de color rojo se perdían en la oscuridad. Era un gran teatro.

—*Rozbiliscie Lustro!* —el hombre que se acercó a ellos se detuvo atónito cuando vio la mancha de sangre de la polilla en la camisa de Jacob.

Jacob metió la mano en el bolso mientras le brindaba al hombre la más amable de sus sonrisas.

—*Przykro mi. Zapłać za nie* —su polaco no daba para mucho más. Si era polaco lo que oía. Hacía unos años, Jacob había hecho negocios con un anticuario de Varsovia, pero había pasado mucho tiempo de aquello.

Por fortuna, aún le quedaba un tálero medianamente vistoso, pero el hombre miró la moneda con tanta desconfianza como si Jacob le estuviera pagando con dinero de atrezo.

Consigue escapar de aquí, Jacob.

Agarró la mano de Zorro y tiró de ella hacia la escalera del escenario. Continuaba sintiéndose como recién nacido.

Camerinos. Otra escalera. Un oscuro vestíbulo y una fila de puertas de entrada acristaladas. Jacob encontró una que estaba abierta. El aire que les salió al paso estaba entremezclado con los olores y los ruidos de su mundo.

Zorro miró incrédula la calle de cuatro carriles que tenían delante. Las farolas que las iluminaban eran mucho más deslumbrantes que en su mundo. Un coche pasó. Los semáforos teñían el asfalto de color rojo y, al otro lado de la calle, un rascacielos se elevaba en el cielo nocturno.

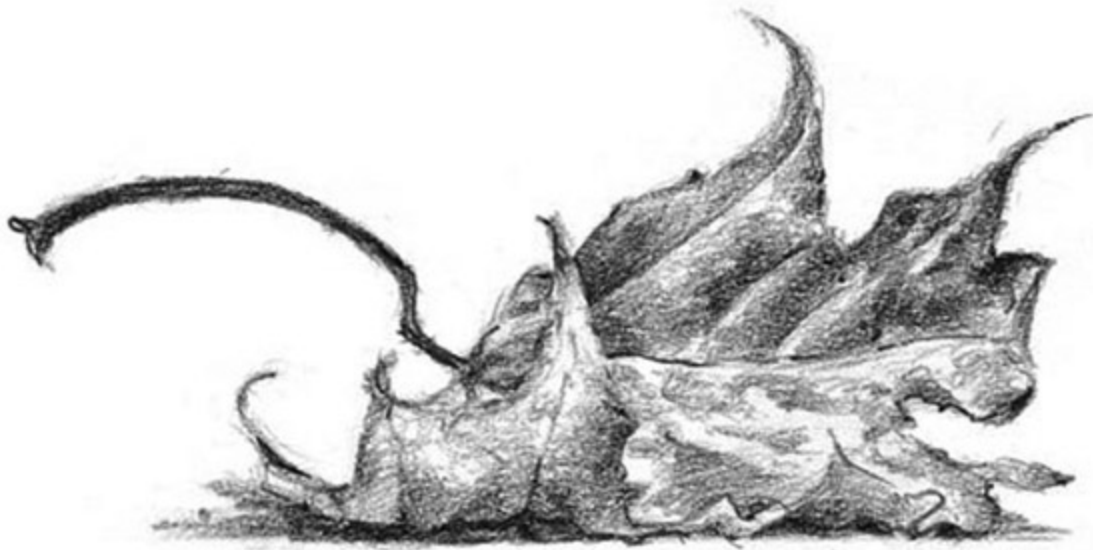
Jacob le quitó a Zorro la bolsa engañosa y tiró de ella.

—Regresaremos pronto —le susurró—, te lo prometo. Solo quiero ver cómo está Will y encontrar un buen escondite para la ballesta.

Ella asintió con la cabeza y lo abrazó.

Había pasado.

Y todo iba bien.



68
La roja

Jacob vivía.

La polilla había desaparecido y él vivía.

¿Cómo?

El Hada Roja gritó su rabia sobre el agua que la había alumbrado.

No había nada que rompiera la peor maldición de las hadas. Causaba la muerte a cualquier mortal. Los borraba como si no hubieran existido nunca. Ninguna otra cosa le traería la paz. Quería que el único recuerdo que le quedara de él fuera su muerte.

Pero vivía.

El lago se oscureció como el cielo nocturno y el agua le mostró el arma que había roto la maldición de su hermana. Tan fácilmente como una rama podrida.

La Roja retrocedió.

La madera de aliso.

La cuerda de cristal flexible.

El dibujo grabado en el mango dorado.

No.

Habían desaparecido. Hacía mucho, mucho tiempo.

Todos.

Hechizados en los árboles que les daban su nombre. No había escapado ni uno.

La Roja quiso volverse, pero, entre los lirios, algo se movió en el agua. Se arrodilló en la orilla y estiró la mano.

Era una tarjeta.

En su blanco papel había pegada una hoja marchita. El hada retiró asustada la mano.

El invierno había regresado una vez más a su isla.

No.

Habían desaparecido.

Todos.



CORNELIA CAROLINE FUNKE (Dorsten, Westfalia, 1958) es una escritora e ilustradora alemana de literatura infantil y juvenil, conocida principalmente por su trilogía del *Mundo de Tinta*.

Estudió en la Escuela de Diseño de Hamburgo y desarrolló su actividad profesional en los ámbitos de la pedagogía y la ilustración gráfica. En palabras de la propia autora, el aburrimiento que le provocaban los textos de las historias a las que tenía que dar vida en forma de ilustraciones la animó a escribir sus propios relatos. Fue así como, a los treinta y cinco años, vivió su bautismo como escritora.

La experiencia como ilustradora le resultó de gran utilidad en el inicio de su andadura literaria, ya que las historias que imaginaba se complementaban a la perfección con los dibujos que creaba. Así, después de variadas historias, en el año 2000 publicó *Herr der Diebe* (El señor de los ladrones), una obra juvenil que triunfó a nivel internacional y que sirvió como precedente al éxito que llegaría a obtener con su conocida serie. En el año 2003 se publicó *Tintenherz* (Corazón de tinta), libro que fue convertido a película el 2008, y lo siguieron *Tintenblut* (Sangre de tinta, 2005) y *Tintentod* (Muerte de tinta, 2007) para completar la trilogía.

El 2010 vio la llegada de la primera entrega de su nueva serie del *Mundo del Espejo*, la novela *Reckless. Steinernes Fleisch* (Reckless. Carne de piedra) y un par de años más tarde su continuación *Reckless. Lebendige Schatten* (Reckless. Sombras vivas, 2012). La tercera parte *Reckless. Teuflisches Silber* está programada para ser publicada en alemán en octubre del 2014.

En el ámbito personal, Cornelia se casó con Rolf Funke, en 1981, con quien tuvo dos hijos, pero este falleció de cáncer en el 2006.